
Chihuahua
capital de trabajo
y resultados
Gobierno Municipal 2021-2024


ICM
INSTITUTO
DE CULTURA
del Municipio
de Chihuahua


PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

Cruzando umbrales

Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura
del Municipio de Chihuahua

Heber Mauricio Rivera Anguiano
Coordinación del Programa Editorial Chihuahua
y Fomento a la Lectura

Diseño y corrección
Gisela Iliana Franco Deándar
Liliana Poveda

Vocales editorialistas
Alejandro Ramos Ayala
Aniela Rodríguez
Janeth Margarita Rogelio Ruíz
Raúl Aníbal Sánchez

Cruzando umbrales
© José Guillermo Vázquez Mendoza

Primera edición:
Septiembre 2026

Ilustración de cubierta: José Guillermo Vázquez Mendoza

ISBN: 978-970-96981-8-3

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

Editado y producido en México.

Cruzando umbrales

José Guillermo Vázquez Mendoza

colección



Historias de mi ciudad

Presentación

"Aunque hablar surge de manera natural, la escritura tiene que inventarse", afirma Edward Dolnick en *La escritura de los dioses*. Y ahí se encuentra algo extraordinario: hace miles de años, los humanos inventamos una manera de hacer que nuestras ideas, recuerdos e historias pudieran permanecer.

Desde entonces, cada vez que alguien escribe, algo logra quedarse.

Se queda la memoria de una familia. La historia de una calle. Una emoción que creíamos sólo nuestra. Una pregunta. Una idea.

Por eso una ciudad necesita a sus escritoras y escritores.

Desde 2014, el Programa Editorial Chihuahua ha acompañado a quienes han decidido poner sus palabras sobre el papel y compartirlas con los demás. Y en esta edición 2026 celebramos de nuevo las distintas formas de hacerlo.

Historias de mi Ciudad conserva aquello que nos pertenece: nuestros lugares, personajes, costumbres y recuerdos; esas historias que explican lo que somos.

Soltar las Amarras abre la puerta a quienes comienzan a navegar con una voz propia y se atreven a compartirla por primera vez.

Con Trayecto reconoce a quienes llevan camino recorrido y siguen encontrando, en la experiencia y en el oficio, nuevas cosas que decir.

Y la colección Infantil y Juvenil ofrece algo especialmente valioso: mirar la vida y el mundo desde los ojos de quienes apenas comienzan a descubrir el poder de las palabras.

Cada una es distinta. Pero todas nacen de la misma convicción: en Chihuahua hay talento que merece ser leído.

A las autoras y autores de estas páginas, gracias por escribir. Por encontrar palabras para aquello que a veces los demás apenas alcanzamos a sentir.

Y a quienes hoy abren estos libros, los invito a hacer algo muy sencillo: leerlos.

Porque alguna vez tuvimos que inventar la escritura para que nuestras palabras pudieran permanecer.

Ahora nos toca mantenerlas vivas.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

Presentación

Palabras: con ellas puedes hacer y deshacer lo que quieras

Elena Ferrante

Para el Gobierno Municipal y el Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua, es un orgullo presentar la colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) y del Programa Editorial Chihuahua Infantil y Juvenil 2026, resultado del talento, la dedicación y la creatividad de autoras y autores que, a través de la palabra escrita, continúan enriqueciendo el patrimonio cultural de nuestra ciudad.

Quiero expresar una sincera felicitación a quienes resultaron ganadoras y ganadores de esta edición. Sus obras son reflejo del compromiso, la disciplina y la sensibilidad con la que han decidido compartir su mirada del mundo. Al mismo tiempo, extiendo mi reconocimiento a todas y todos los participantes. Cada manuscrito recibido representa un acto de valentía y amor por la literatura.

Estos logros no serían posibles sin el respaldo constante del Gobierno Municipal de Chihuahua y el compromiso de nuestro alcalde, Marco Bonilla, quien ha impulsado el fortalecimiento de las políticas públicas que promueven el acceso a la cultura, la lectura, y las artes como herramientas para el desarrollo de nuestra comunidad. Gracias a esta visión, el PECH continúa creciendo año con año y reafirmando que invertir en cultura es invertir en un mejor futuro.

A quienes hoy sostienen este libro entre sus manos, les invito a disfrutar sus páginas con la certeza de que en ellas encontrarán voces que hablan de nuestra tierra, de nuestras inquietudes, y de los múltiples caminos que la imaginación puede abrir. Que esta colección sea un punto de encuentro entre escritoras, escritores, y lectores de todas las edades; un espacio donde las palabras continúen sembrando diálogo, esperanza y comunidad.

¡Enhorabuena a todas y todos! Que las letras sigan encontrando en Chihuahua un hogar desde el cual inspirar y dar norte a las generaciones por venir.

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura
del Municipio de Chihuahua



En memoria de

Roberto Solís Calderón
Gabriel Borunda Olivas
y
Luis Octavio "el Gordo" Híjar,
pieza fundamental en la configuración del
Programa Universitario Indígena.

Agradecimientos

Esta publicación no sería posible sin el generoso testimonio de las siguientes personas:

- Alfredo Ramírez Hernández
- Arturo Raúl Chávez Espinoza
- Betsy Larissa Pérez Villa
- Brenda López Santaneño
- Doménica Salas Santos
- Érika González Sánchez
- Federico Sánchez Domínguez
- Flor Esther Morales Moreno
- Hilda Daria Mancinas Muñoz
- Jean-Baptiste Cousin Humbert
- Jorge Hilario Chaparro Molina
- Lynn Denisse Ortega Chávez
- Martha Guadalupe Lazos Vega
- Raquel Ángel García
- Silvia Guadalupe Quezada González
- Yamel Antonia Luna Olivas

Asimismo, de los valiosos comentarios de: Fabiola Guadalupe Flores Molina, Gloria Gutiérrez Almuina, Luis Alberto Palma Pérez, Mónica Iturbide Robles, Raúl Herrera Ruvalcaba, Sandra Yaneth Aguirre Bustillos, Yolanda Ortega Díaz.

Prólogo

Cada idioma es una manera distinta de entender el mundo, decía el maestro Enrique Servín Herrera. Y no solo el idioma, sino la cultura que lo hace posible, crea distintas rutas de procesamiento mental. Cada idioma tiene algo que no nombran los otros, algo que los otros grupos humanos no perciben o no comprenden. Si pones a personas de distintos lugares a buscar soluciones a un problema, muchas de ellas verán aspectos distintos del fenómeno y eso aumenta las probabilidades de encontrar una solución más completa. Por eso, la diversidad cultural en un país es fuente incalculable de riqueza intelectual, y México tiene más de sesenta pueblos distintos. No obstante, como las fuentes de agua, esta riqueza intelectual puede ser contaminada o destruida cuando la visión del grupo humano dominante no permite apreciarlas y cuidarlas.

Las culturas originarias, con sus lenguas, sus saberes y sus visiones del mundo, tienen quinientos años de resistencia al exterminio. El Estado mexicano moderno dice acogerlas como ciudadanos y fomentar su integración a ese nuevo proyecto nacional, pero, ¿en qué condiciones se da esa integración? El desprecio, que legitimó el genocidio y la esclavitud en siglos pasados, aún sigue pesando para justificar la desigualdad económica y política.

Empobrecidos por el despojo y la destrucción de sus territorios, los indígenas de hoy se enfrentan a las dificultades propias de las clases explotadas, pero, además, definidos como bárbaros, se les niega el derecho a la educación que les

permita incidir en el desarrollo de la sociedad. Se les exige integrarse a ella como fuerza de trabajo, que hablen castellano, que lleguen temprano y adopten los hábitos del proletariado mestizo, pero no se acepta fácilmente que sean ingenieros, médicas, abogadas, administradores. Por ello, los mecanismos compensatorios siguen siendo indispensables.

El Programa Universitario Indígena es uno de estos esfuerzos por abrir una grieta en la superestructura social. Una grieta por donde puedan penetrar las raíces que sostendrán una relación distinta de las personas y comunidades indígenas con otros actores sociales. Porque las poquitas personas de cada comunidad o asentamiento que vayan obteniendo herramientas para dialogar, o negociar, en igualdad de circunstancias con la estructura *chabochi* representan una posibilidad de construir esa otra resistencia o esa otra integración menos desventajosa, por un lado; por otro, representan la oportunidad de integrar a la investigación académica creatividades que aportan perspectivas de los fenómenos de estudio antes impensables y, muy probablemente, categorías epistémicas nuevas.

Las personas que participaron en la organización de este programa constituyeron un colectivo en sí mismo, aunque cada uno representara a diferentes instituciones. Les unía el compromiso con su trabajo y la consciencia de que este implicó un paso histórico para la construcción de nuevas relaciones entre las personas indígenas y su entorno.

El primer capítulo integra los testimonios de algunos egresados. Es aquí donde se aprecia la riqueza a la que nos referimos al principio: la diversidad de experiencias y posibilidades que entran en comunicación unas con otras. Diversidad también en el seguimiento que cada beneficia-

rio del programa da a sus estudios, en las oportunidades laborales, en la incidencia mayor o menor en sus comunidades, en las perspectivas que se abren para cada quien. Pero todas tienen en común la pertenencia a esa comunidad política, personas vulneradas que se atreven a traspasar las barreras de cristal que compartimentan la "igualdad de derechos" de la república moderna.

En el segundo capítulo, varios integrantes de esa primera mesa de organización analizan las voluntades políticas y gestiones institucionales que lo hicieron posible, así como las estrategias y acciones de cada instancia para obtener recursos que aportar. Podemos observar los orígenes diversos de cada participante y cómo sus historias de vida les proporcionaron herramientas para empatizar con los estudiantes y entender la necesidad del programa.

En el tercero, el autor analiza a nivel profundo las implicaciones de las estadísticas del financiamiento, el número de personas beneficiarias y egresadas. Es un capítulo quizás más técnico, con la precisión y formalidad del lenguaje institucional, pero su enfoque va más allá de la pretendida objetividad de los informes, y nos va mostrando la dimensión humana del argumento sobre el que se construye esta memoria.

Además examina brevemente algunos de los debates internos y disensos entre quienes participan en la coordinación del programa. Podemos ver los diferentes retos para definir los criterios de selección de estudiantes, el debate sobre la reintegración, o no, de estas personas a sus comunidades de origen, y cómo la experiencia universitaria trastoca sus identidades.

Esta memoria, además de documentar veinte años de trabajo del Programa Universitario Indígena, nos deja, como sucede con los buenos libros, más preguntas que respuestas...

¿Cuántas personas tienen la oportunidad de estudiar una carrera universitaria que permita canalizar su vocación e impulso creativo? ¿De qué factores depende la existencia de esta oportunidad? ¿Cómo cambian las comunidades cuando algunos integrantes empiezan a cursar estudios universitarios? ¿Qué elementos se incorporan a la cultura política de un grupo cuando alguien de ellos adquiere herramientas para dialogar con el Estado?

Además, ¿es la universidad una opción mejor que otras para acceder a oportunidades laborales? ¿Desean las personas indígenas integrarse, junto con el resto de la población, a la masa trabajadora supernumeraria altamente especializada que se forma en la educación superior? ¿Qué contradicciones y síntesis se dan, entre las aspiraciones de superación individual asociadas a la formación universitaria y la necesidad de cohesión social de las comunidades amenazadas por el despojo y la contaminación de la minería y los megaproyectos?

Asimismo, ¿cómo se enriquece la producción académica con los saberes de las personas indígenas? ¿Qué ventajas presentan otras formas no modernas de transmisión de saberes? ¿Es extractivismo epistémico integrar los saberes indígenas al *corpus* de conocimiento de la ciencia moderna, tan usada durante siglos para facilitar la explotación colonial? ¿Tienen las personas universitarias indígenas las mismas oportunidades de realizar investigación y enriquecer el acervo universal? ¿Estamos dispuestos a dialogar con

las perspectivas de las diferentes culturas para construir soluciones nuevas?

Enhorabuena por esta memoria que comparte registros precisos y memorias subjetivas, diálogos y análisis, que nos permite asomarnos a ciertos instantes de veinte años de trabajo colectivo, y nos invita a reflexionar y cuestionar.

Galia Mirscha

Prefacio

Acaso ninguna otra actividad humana
sea tan remisa como la literatura a aceptar
su función social, y, consiguientemente,
que los libros se escriben para una sociedad
con la que es necesario contar.

José Luis Martínez
Problemas literarios (1996).

Esta obra intenta condensar la rica experiencia acumulada durante veinte años por el Programa Universitario Indígena. Un trayecto marcado por altibajos y contradicciones. Por momentos prevalecieron ideas esencialistas, como considerar que se estaba cometiendo un error al apoyar a estudiantes indígenas[11] para cursar estudios universitarios "con sus enemigos" (dicho por una persona encargada de operar un programa asistencialista en la ciudad de Cuauhtémoc, Chihuahua); por otra parte, quienes lo veían más como un asunto de pobreza y desigualdad: garantizar el derecho a la educación superior, disminuir la pobreza a través de la preparación universitaria y formar una masa crítica que les permitiera decidir su desarrollo de manera autónoma. Ambas posiciones pudieron expresarse y las decisiones mantuvieron un equilibrio, sobre todo mediadas por la participa-

[1] El término 'indígena', aunque es incorrecto, es utilizado por ser el de uso más generalizado y que contiene una menor carga negativa.

ción de los estudiantes, a través de reuniones periódicas y talleres diseñados para recoger sus opiniones.

La información está sustentada en testimonios y documentos pertenecientes al archivo del Programa Universitario Indígena (PUI). Las experiencias de algunas de las personas que participaron en ese proceso interinstitucional, tanto enlaces institucionales como estudiantes, fueron recabadas mediante entrevistas con previo consentimiento informado.

La memoria se vuelve narración. En los relatos de vida no se trata de romantizar una supuesta resiliencia; lo importante es dar cuenta de las condiciones materiales de los estudiantes indígenas y la necesidad de disminuir la brecha de desigualdad que impide el pleno ejercicio de derechos de las personas indígenas.

Hay historias de vida que demuestran la riqueza y los diferentes mecanismos que conforman y evolucionan identidades múltiples en transformación, y desmontan los estereotipos de "lo indígena".[2]

Los inicios del PUI son reconstruidos mediante entrevistas realizadas a cuatro representantes de instituciones: Coordinación del Programa Interinstitucional de Atención al Indígena (PIAI), Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), Universidad Autónoma de Chihuahua (UACH) y Fundación Tarahumara José A. Llaguno (FTJALL).

2 Ver el análisis de los tres principales estereotipos sobre los indígenas en Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (2006). Percepción de la imagen del indígena en México. Diagnóstico cualitativo y cuantitativo. CDI, pp. 14-20.

En cuanto a las acciones y estrategias desarrolladas para otorgar una mejor atención, solo son descritas las más importantes por razones de espacio; así también los temas más debatidos al interior del programa, como la selección de solicitantes, el paternalismo y el retorno de egresados a sus comunidades.

Cabe subrayar que una de las motivaciones para esta crónica derivó de un taller sobre historias de vida, impartido por el escritor Gabriel Borunda a un entusiasta grupo de 16 estudiantes universitarios indígenas en noviembre del 2014, que cristalizó en un primer intento con la publicación *TAMUJÉ NIWALA JÚ RA'ICHÁLA. Memoria colectiva*, en 2022. Otra es el propósito de dejar constancia sobre las acciones compensatorias articuladas desde la interinstitucionalidad, cuya continuidad representa una lección de perseverancia ante los cambios periódicos de funcionarios y personal de las universidades. Así como aclarar y despejar algunas dudas acerca del contexto cultural, económico, social y académico de los indígenas universitarios en Chihuahua.

En la actualidad hay una sutil irrupción de profesionistas indígenas en Chihuahua. Van ganando protagonismo y situándose sin estrépito en el escenario político. ¿Con su formación universitaria podrán dar la batalla a los que les usurpan la identidad para acceder a puestos políticos y recursos públicos, y desde una posición política defender sus intereses comunitarios? (también falta observar la responsabilidad en los funcionarios y la sociedad mayoritaria que admiten y practican la usurpación y la apropiación cultural).

José Guillermo Vázquez Mendoza

Introducción

La iniciativa para promover condiciones de equidad para jóvenes indígenas en la educación superior encontró una coyuntura favorable en el ámbito educativo, debido a la presencia de algunas universidades interculturales y los programas de atención a estudiantes indígenas en varias universidades públicas promovidos por la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES).

Para describir la creación de los mecanismos interinstitucionales que facilitaron el acceso de personas indígenas a la educación superior en Chihuahua es pertinente referir la legislación y algunas de las acciones indigenistas imperantes en ese periodo.

Legislación

En el ámbito del derecho internacional, el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo sobre Pueblos Indígenas y Tribales en Países Independientes, que entró en vigor el 5 de septiembre de 1991.

La Asamblea General de la ONU, mediante resolución A/RES/48/163 del 21 de diciembre de 1993, proclamó el Decenio Internacional de las Poblaciones Indígenas del Mundo, que comenzaría el 10 de diciembre de 1994. En el marco de este decenio decidió, en su resolución A/RES/49/214 del 23 de diciembre de 1994, celebrar el 9 de agosto de cada año el Día Internacional de las Poblaciones Indígenas.

En 2004, la Asamblea proclamó un Segundo Decenio Internacional, de 2005 a 2015,[33] y la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas en su 107ª sesión plenaria del 13 de septiembre de 2007, que reviste especial importancia, aunque sea un instrumento no vinculante.

En el ámbito nacional, en 1992 se reformó el artículo 4 constitucional reconociendo la composición pluricultural de la nación mexicana.

Los Acuerdos de San Andrés Larráinzar, firmados el 16 de febrero de 1996 entre el gobierno federal mexicano y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), intentaban establecer una nueva relación entre el estado y los pueblos indígenas, reconociendo en la Constitución Política sus derechos políticos, sociales, económicos y culturales, acuerdos que fueron incumplidos por el gobierno mexicano, evidenciando el nulo interés en mejorar las condiciones de vida de los pueblos indígenas.

La reforma del 14 de agosto de 2001 al artículo 2 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, para establecer los derechos de los pueblos y comunidades indígenas. En Chihuahua, la reforma constitucional del 11 de agosto de 2012 estableció el capítulo II sobre los derechos indígenas.

[3] El objetivo de ambas celebraciones era fortalecer la cooperación internacional para la solución de los problemas con los que se enfrentan las comunidades indígenas, en esferas tales como los derechos humanos, el medio ambiente, el desarrollo, la educación y la salud.

Acción indigenista

Desde los años cincuenta del siglo pasado, la acción indigenista en Chihuahua estaba a cargo del Instituto Nacional Indigenista y en los años ochenta surgió la Coordinación Estatal de la Tarahumara.

Instituto Nacional Indigenista

(A partir del 2003, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, CDI)

> El expolio de la Sierra Tarahumara inició con la extracción de recursos minerales, a la que se agregó la tala del bosque para la construcción de las vías del ferrocarril noroeste de México y Kansas City, México y Oriente (hoy conocido como Chihuahua al Pacífico, CH-PE).
>
> Al término de la Revolución, el estado mexicano resolvió integrar a los grupos indígenas a la nación. Los maestros rurales capacitados por las misiones culturales organizaron y convocaron a los indígenas para formar los consejos de la raza indígena. En 1939 se formó el Consejo Supremo de la Raza Tarahumara y se realizaron otros congresos en 1944, 1945 y 1950. En el último solicitaron la creación de un organismo que coordinara y dirigiera los programas gubernamentales. Así se creó el Centro Coordinador Indigenista de Guachochi, por acuerdo presidencial del 4 de junio de 1952. Después fueron creados otros tres centros: San Rafael en 1974, Carichí en 1975 y Turuachi en 1980.

> Para enfrentar el problema de las grandes distancias que recorrían los niños para poder estudiar, debido al alto grado de dispersión poblacional en la Sierra Tarahumara, en 1961 el INI inició la creación de albergues donde los niños comían y dormían durante cinco días a la semana. Después este modelo fue replicado en otras zonas indígenas del país. (Embriz, 1992, pp. 7, 9, 13)

A partir de 1994 se planteó la reorganización de las actividades del INI, resultado del movimiento zapatista y la nueva relación entre el gobierno federal y los pueblos indígenas. Así surgieron programas y proyectos productivos y culturales, a través del Programa Nacional de Solidaridad. La delegación en Chihuahua del INI, en coordinación con las organizaciones indígenas creadas para tal efecto, impulsó iniciativas culturales de radio, video, fotografía, música, artesanías, fiestas tradicionales, reparación de iglesias; y en el ámbito productivo: invernaderos, ganadería, aves de corral, acuacultura, curtiduría, cerámica, elaboración de pinole y mermeladas, tortillerías, tiendas de abarrotes, etc.; organizados y financiados a través de los Fondos Regionales de Solidaridad creados en las cuatro regiones atendidas por los Centros Coordinadores Indigenistas de Guachochi, San Rafael, Turuachi y Carichí.

En el año 2006 la CDI contaba con 105 albergues escolares, operados en conjunto con la Secretaría de Educación Pública, en 16 municipios de la sierra tarahumara: Balleza, Batopilas, Bocoyna, Carichí, Chínipas, Guachochi, Guadalupe y Calvo, Guerrero, Guazapares, Morelos, Nonoava, Maguarichi, Ocampo, Temósachi, Urique y Uruachi,

en los cuales se atendía a una población de 7,269 becarios, otorgándoles tres alimentos calientes diarios y productos de higiene,[4] así como entregas periódicas de cobijas, chamarras, etc.

Coordinación Estatal de la Tarahumara

La Coordinación Estatal de la Tarahumara, como organismo público descentralizado, fue creada por medio de la ley publicada en el Periódico Oficial del Estado el 8 de agosto de 1987.

Después de atender algunas de las necesidades de los asentamientos urbanos, estableció un área de atención a los mismos.

[4] Presentación en *Power Point* elaborada por la delegación de la CDI en Chihuahua, 2006. Archivo PUI.

I. Cruzar el rubicón

Los relatos son el modo más humano del tiempo,
y solo narrando, de tarde en tarde, de boca en boca,
nos hacemos eternos.

Liliana Bodoc

Imaginario de dignidad

En el vientre materno escuchas por primera vez la musicalidad del chatino. Al nacer, aprendes de tu familia más cercana, sobre todo de tu abuela, la palabra que nombra con respeto a todo lo que te rodea. Los primeros años de tu vida trascurren en esta lengua, no tienes conocimiento de que existan otras formas de comunicación porque tu abuela y sus hijos son monolingües, excepto tu mamá que en su adolescencia emigró a la ciudad de Oaxaca para huir de un matrimonio arreglado y te dejó a cargo de una de sus hermanas.

Cuentas con escasos cinco años cuando muere tu tía a la que das el trato de mamá. Le escuchas decir, en cama, antes de su despedida final: "Te vas a quedar con tus hermanas —que en realidad son tus primas—, Yola es tu mamá, ella te va a cuidar". De un golpe te enteras de que tu madre biológica es la tía que siempre ha estado trabajando en la capital. Ves a tus primas tristes y piensas: "No entiendo por qué ellas dicen "se va a morir tu mamá", "ya no vamos a tener mamá". ¿Cómo es que se va una y viene otra?".

Tienes miedo de asistir al preescolar, porque a la ausencia de tus madres podría agregarse el abandono de tu abuela. Lloras y jalas sus faldas, rogándole que no te deje.

Corre el rumor, reforzado por tus primos, de que la maestra se come a los niños: "Si vas a la escuela te va a comer la maestra". La profesora, llegada de la capital, usa un labial carmesí intenso, parece la sangre de los niños que, dicen, se come.

También sientes miedo de los maestros porque no entiendes sus palabras, aunque estas sean para tranquilizarte si te notan nerviosa; hasta la llegada de un maestro zapoteco que con su trato genera confianza, aunque no hable tu misma lengua.

En tercero del preescolar consideras que no te harán daño ni abandonarán, al observar que asisten niños más pequeños, por lo que acudes con gusto.

Al ingresar a la primaria comprendes la apremiante necesidad de aprender una lengua que te resulta extraña. Todos los maestros se comunican en español, aparentan no darse cuenta de que la casi totalidad de sus alumnos son hablantes de una lengua distinta. No es que exista prohibición alguna del chatino, tan es así que es la lengua predominante en el patio escolar, pero todas las clases son impartidas en español —hasta para ir al baño deben solicitar permiso en esa lengua impuesta—; entre los compañeros se consultan qué palabras usar para tener una comunicación funcional con los maestros.

Decides enfocarte en esa materia debido a los comentarios de familiares y vecinos de que solo hablando en ese idioma tendrán posibilidades de mejorar su situación económica. Mucho tiempo después entenderás las implicaciones de la enseñanza de un idioma único que, de manera sutil pero inexorable, promueve la pérdida de las lenguas indígenas y sus culturas.

Resuelves continuar estudiando fuera del pueblo debido a tu situación económica, así que decides ir a vivir con una de tus primas que trabaja en la ciudad de Oaxaca. Notas tus deficiencias académicas durante el primer año porque repruebas la mayoría de las materias. Aún batallas para comprender cabalmente el español, aunque sea la materia en la que más te has esforzado.

Un día, el esposo de tu prima con la que vives, te dice:

—Oye, habló la directora para comentarnos de tus bajas calificaciones. Que si no le echas ganas no vas a pasar.

—Es que me cuesta mucho trabajo entender, hay cosas que no vimos en el pueblo.

—Por esa razón tienes que poner más empeño.

—Todavía me cuesta trabajo entender bien el español. —Recuerdas que cuando estudiabas la primaria, a tus primos les ayudaban sus hermanos mayores y tíos—. Hay cosas que no comprendo por más que lo intento porque no tengo a quién pedirle ayuda.

—Tengo tiempo después del trabajo, si quieres te puedo apoyar para repasar las materias donde tienes más problemas. Vamos a priorizar esas y después vemos aquellas donde tienes menos dificultades.

Estás de acuerdo y todos los días dedicas un promedio de dos horas para repasar lo visto en la escuela. Gracias al apoyo de tu primo político, que tiene estudios universitarios, apruebas todos los exámenes del último parcial. Hasta tu prima se sorprende gratamente porque en matemáticas obtienes la calificación más alta de todo el grupo.

En la casa de tu prima tienes asegurado techo, comida y lo necesario para asistir a la escuela, pero estás acostumbrada a trabajar desde corta edad: con una señora que vendía ropa en Puerto Escondido y te pagaba con zapatos o alguna prenda de vestir; preparando comida y cuidando a los hijos pequeños de algunos maestros de la primaria, incluso preguntabas a tu abuela cómo preparar el caldo de pollo y otros guisos que te encargaban para alimentación de los niños; por lo que decides mudarte con otra de tus primas que labora como empleada doméstica.

Al principio solo planeas trabajar, pero tu empleadora te propone pagarte la escuela, y que vivas y comas en su casa. Asistes entonces a la escuela secundaria más cercana, pero como ya no cuentas con alguien que te ayude a estudiar, otra vez caes en bajo rendimiento escolar.

Como cualquier día ordinario, entras a casa para dejar la mochila e iniciar las labores que tienes encomendadas, pero antes de hacerlo alguien te dice que tienes un recado: "Tu abuela ha fallecido". Sientes un vacío interior y no crees que tal hecho pueda ser cierto, aunque sepas lo enferma que estaba. Ella es quien te enseña conocimientos ancestrales como saludar al sol por las mañanas y los varios rituales que hacen cuando, con todos tus primos, "viajan al cerro" en vacaciones; el origen marino de los chatinos, porque antes de ser humanos eran peces; así como entregar ofrendas a la serpiente solar y agradecer al santo dios padre sol y a la santa diosa gran madre abuela.

Tienes una gran conexión amorosa con tu madre abuela; no lo piensas mucho y dispones lo necesario para asistir al funeral.

Camino de Panixtlahuaca[5] recuerdas que te gustaba deambular por las calles del pueblo guiada únicamente por una necesidad de búsqueda de algo o alguien, que no aciertas a determinar. Estas correrías pueden durar varias horas, en algunas ocasiones tu abuela te busca por las noches en las casas de los vecinos donde más acostumbras detenerte. Como toda la gente te conoce y sabe de quién eres nieta, tu abuela pone un anuncio en el sonido local: "Si alguien ha visto a la nieta de doña Catalina, pase a entregarla". De todas maneras, no detienes tus andanzas; ya no paras a platicar con los vecinos, sino que empiezas a ir a los panteones porque ahí nadie te ve, pues si alguien se acerca te escondes tras el nicho de alguna lápida.

Hay un panteón en la entrada de la comunidad, el cual descubres y empiezas a visitar con frecuencia. Lo ves como un mundo de fantasía, lleno de secretos tras las "casitas" y figuras de ángeles y santos. Ahí juegas desde la mañana hasta la noche para que tu abuela no te encuentre. Incluso en dos ocasiones te quedas dormida en ese lugar.

Comes de las ofrendas que algunas personas llevan a sus muertos, por lo que no olvidas cuando una de tus primas te sigue, le pides que no lo haga, pero, ante su insistencia, accedes con la condición de que mantenga el secreto. Al llegar lo primero que ven es una ofrenda con dos tamales sobre una servilleta. Ambas se abalanzan para alcanzarlos, pero tu prima los coge antes: "Son míos, yo los vi primero", dice con aire de suficiencia; le respondes que

[5] Del náhuatl, Panixtlahuatl: en el llano de las vigas o en el llano del puente.

son dos y pueden comer uno cada una, pero como no cede, la convences alegando que entonces debe darle la mitad a 'Lulú' y señalas adonde según tú se encuentra tu amigo imaginario. Con una mirada que refleja miedo y recelo te entrega uno de los tamales. Después de comer y jugar un buen rato, regresan a casa.

Son las seis de la mañana del día siguiente. Te despierta la algarabía alrededor de la cama de tu prima: despertó y le faltaba aire, no podía respirar; su mamá investiga para saber dónde ha estado, hasta que alguien le dice que la última vez que ella estaba bien, la vieron contigo; entonces van a buscarte.

Cada que tu abuela te pregunta que a dónde fueron, solo aciertas a repetir: "Al santo", que es como ir a un rosario, pero no vas por el rezo sino porque sabes que te van a dar café, galletas o tamales. "Pero, ¿a cuál santo?, ¿dónde hubo santo?, tienes que decir porque si no tu prima se va a morir". Pero no sabes cómo describir el panteón, ni que tenga ese nombre, hasta que te ordena: "¡Llévanos!".

Todos siguen tus pasos, y en cuanto reconocen el panteón exclaman: "¡Madre mía! ¡¿Cómo es posible que vienes tú sola a jugar aquí?! ¿Desde cuándo? ¿Qué hicieron?". Les explicas lo de los tamales. Con esa información traen a un famoso curandero de otro pueblo, quien diagnostica que se le metió un muerto, pero tú dices que a ti nunca te ha pasado nada y no entiendes por qué a ella sí. Después de este suceso dejas de ir a ese lugar, te desagrada abandonar ese mundo secreto porque ahora tu abuela sabe dónde encontrarte.

Consideras que eres un dolor de cabeza para tu abuela: es que no sé qué voy hacer contigo —decía—. Te llevó

con varios curanderos hasta que le dijeron: "Cuando un chatino nace tiene un animal que lo representa, que puede ser un león, un venado o algún otro animal; si te enfermas de algo es porque a tu animal lo lastimaron; pero hay niños que no nacen con un animal, sino con un espíritu, y es el caso de tu nieta: nació con un espíritu muy vago, y por más cosas que le sucedan no va a enfermar, siempre se te va a ir, no va a estar quieta porque su espíritu no se lo va a permitir". En tu familia comentan: "Cuando crezca no se va a casar con alguien de aquí, se va a ir lejos". Tu abuela se preocupa pensando en lo que será de tu vida: "Ella se va a ir muy lejos, todavía no se va y ya la extraño".

Después del funeral decides quedarte en Panix para terminar de estudiar la secundaria. Hay una relación de admiración-odio con el director: lo conoces desde niña, cuando trabajabas llevando comida a los maestros y también a una de tus primas que ahí estudiaba. Te ponía de ejemplo con los alumnos, les decía: "Ella va a estudiar aquí y va a ser reina de estudiantes", pero te fuiste, se sintió traicionado y siempre te recriminó que no te hayas quedado a estudiar en su escuela. En una ocasión escribiste historia sin hache y el profesor le dijo a todos: "Es que en la secundaria federal 1 se escribe así, sin hache, ¿verdad?". Aprovechaba cualquier error que cometieras para hacer comparaciones odiosas, pero nunca pudiste explicarte por qué lo impedía su mal carácter. Por otra parte, le guardas agradecimiento porque te apoyó sin restricciones para que te revalidaran materias y acreditaras lo estudiado en la ciudad de Oaxaca.

Concluyes la secundaria, te inscribes en la preparatoria, formando parte de la segunda generación del tele-

bachillerato de tu comunidad. Retornas a trabajar con la señora que va los fines de semana por ropa al puerto. En la escuela te tornas rebelde debido a las burlas y ofensas entre compañeros. Piensas que si no lo haces serás blanco fácil: "Si no lo hago, la gente me pisotea mucho; algunos compañeros no son buenas personas, le hacen *bullying* a los otros, hacen lo que ellos quieren y si te ven frágil te van a molestar siempre".

Cuando solo falta un par de semanas para que concluyas la preparatoria, se comunica contigo una de tus primas que está estudiando en una universidad recién abierta en Los Mochis, Sinaloa; por alguna razón, no le gusta cómo funciona y decide aceptar la invitación de uno de sus compañeros para estudiar en Chihuahua. Quiere que la acompañes porque teme ir sola. Le preguntas dónde está ese lugar, menciona que cerca de Estados Unidos, y enseguida piensas en lo fácil que resultaría pasar de "mojado", solo tendrías que viajar a Chihuahua, trabajar un tiempo para reunir los treinta mil pesos que dicen en el pueblo que cobra un coyote para ayudarte a cruzar; no tienes la intención de ir a estudiar, sino de trabajar para mandarle dinero a tu mamá.

De manera discreta haces preparativos. Un día antes de salir, expones tus planes a tu mamá; sorprendida, te dice: "¿Estás loca? ¿Sabes siquiera dónde queda Chihuahua? Está hasta la punta del mapa". Te parece cercana cuando ves el pequeño mapa que guardas entre las hojas de un cuaderno —como cuando funcionarios de la Ciudad de México ven un mapa y dicen que se puede visitar el mismo día localidades que están separadas por la barranca de Sinforosa porque "aquí en el mapa se ve que hay una pequeña distancia"—. Te explica de varias maneras lo lejos que se

encuentra y lo difícil que te será regresar, pues considera que desistirás a medio camino. Insistes en que lo tienes decidido; ya no intenta detenerte, solo te dice: "Te voy a extrañar, pero ándale, ve".

Es tal tu desconocimiento sobre las distancias geográficas, pues lo más lejos que has viajado es a la ciudad de Oaxaca, que al llegar a Juquila preguntas a tu prima:

—Oye, Cata, ¿como cuánto nos alcanza para llegar hasta Chihuahua?

—No sé, ¿cuánto traes?

—Doscientos, pero ya me queda menos porque pagué el taxi.

—¿Nada más vienes con doscientos pesos?

—Sí, ¿por qué?, ¿no me alcanza?

—No, no te alcanza, vamos a pedir apoyo.

Van a las oficinas de la CDI, muestran unas constancias de "identidad indígena" que tramitaron en el municipio, las revisan y les preguntan:

—¿A dónde van?

—Vamos a Chihuahua, para estudiar. Ya estamos inscritas.

—¿Hasta Chihuahua? ¿Cómo le hicieron?

—Fueron unas personas a nuestra comunidad para invitarnos y ya estamos inscritas, pero no tenemos con qué dinero llegar.

El artificio de que ya estaban inscritas surte efecto y las apoyan con mil pesos a cada una. Tu prima argumenta que es poco porque debe alcanzarles para pagar transporte, comida y hospedaje cuando ya estén en Chihuahua.

Recuerdas que la señora con la que vivías y trabajabas cuando estudiaste el segundo grado de la secundaria —tu madrina Chela, como le gustaba que la llamaras—, te animaba a estudiar: "Tú no vas a trabajar en casa, tienes que estudiar". Decides visitarla al llegar a Oaxaca para solicitarle ayuda. Sales muy contenta de su casa porque sin cuestionamientos —si acaso el comentario de por qué a Chihuahua, donde viven los tarahumaras y hace mucho frío—, te proporciona varias chamarras y tres mil pesos. Al despedirse solo te dice: "Cuídate. Estudia y regresa pronto".

El autobús, que abordaron en la central camionera del norte en la ciudad de México, ingresa a los patios de la terminal sur de la ciudad de Chihuahua, a medianoche. Lo primero que preguntas a tu prima es a qué hora llega su contacto: "No sé cómo localizarlo a esta hora, vamos a tener que esperar hasta mañana porque no vive en la ciudad, sino en un pueblito" —contesta, con preocupación—. Te arrellanas en una banca lo mejor que puedes, apoyada entre las maletas y las chamarras, tratando de dormir, pero no puedes al enterarte de que el amigo de tu prima no vive en la ciudad. Toda la noche te ronda el pensamiento de dónde van a vivir, pues creías que al menos esa necesidad estaba resuelta.

Alrededor de las nueve de la mañana pasa por ustedes la persona que esperaban; no sabes cómo supo que habían llegado, pero ahí está y las lleva a la casa donde se hospeda, cerca del centro de la ciudad.

Han transcurrido dos décadas desde que migraste a la ciudad de Chihuahua en busca de oportunidades de estudio y trabajo. Sentada en la saliente de una roca que observa impasible la profunda barranca sobre la que se encuentra emplazada, para descansar, porque aún te falta una hora de camino para llegar a la comunidad que debes visitar debido a tu trabajo, reflexionas sobre los obstáculos y adversidades que has debido sortear para llegar a donde te encuentras hoy:

Padeciste rechazo social por no poseer una familia tradicional: vivías con tu abuela, desconocías a tu progenitor y tu mamá no estaba contigo porque trabajaba en la ciudad de Oaxaca para sufragar los gastos de tu manutención. "La gente especulaba y hasta inventaba quién sería mi papá; yo sabía que mis primas tenían papá y me preguntaba cuál sería el mío de todos los que decía la gente", pensabas en ese tiempo.

Escuchabas comentarios como "tu mamá ya te abandonó, no te quiere, ya te dejó y tiene otro hijo". En algún momento llegaste a odiarla, sentías que eras la hija abandonada.

Acudías con gusto a la primaria porque desde el segundo grado uno de tus sueños era aprender a hablar el idioma español, por más que te dijera tu abuela que ya no podías seguir estudiando por falta de dinero. Entendías que la única manera de lograrlo era asistiendo a la escuela. Lograste cursar la educación primaria completa y posteriormente la secundaria. Decidiste entrar a la preparatoria acicateada por los comentarios adversos. Decían que tú y tu hermana no iban a progresar porque tu mamá tenía en contra que era mujer y no estaba casada. "Yo voy a demostrar que sí puede", respondías.

Al llegar a Chihuahua, con apoyo de personas relacionadas con la Universidad Autónoma de Chihuahua, ingresaste a la Licenciatura de Ingeniería en Ecología, en compañía de tu prima y su amigo. En el tercer semestre reprobaste dos materias, no tenías para pagar los exámenes y pensaste en volverlas a cursar, pero no pudiste inscribirte porque no contabas con los mil pesos que costaba la inscripción —ya con el descuento de la beca académica—, pues también necesitabas cubrir los gastos de la renta, el gas, la comida y el transporte. Causaste baja porque no tenías las condiciones materiales para continuar.

Unos cuantos años después, en plática con tu mamá, acordaste que enviara a tu hermana contigo para apoyar su ingreso a una institución de educación superior, pues ya había concluido la preparatoria y carecía de opciones. Una vez instalada en tu casa, te propuso que las dos intentaran acceder a una universidad, así que visitaron algunas instancias educativas y de gobierno para preguntar cómo podrían ayudarlas.

Ingresaste a la Escuela de Antropología, a la Licenciatura en Lingüística Antropológica, y tu hermana a la Universidad Autónoma de Chihuahua. De alguna manera diste con lo que anhelabas: dominar el idioma español, sin renunciar a tu lengua materna; incluso fuiste más allá, aprendiste las reglas que desconocías para escribir el chatino.

Antes de reanudar el camino a la comunidad donde te esperan, discurres sobre tu contexto de separación, a cargo de tus hijos, con un empleo que te gusta, pero sin seguridad social ni estabilidad laboral. ¿Ha valido la pena? —te preguntas—. No vacilas, tu respuesta es un enfático "¡Sí!".

Primera generación

Antonia bajó del transporte colectivo Vivebus,[6] [6]avanzó sobre la avenida Independencia y giró hacia la calle Victoria para dirigir sus pasos hacia el café en el que vería a dos de sus amigas universitarias. Era un día soleado, de calidez agradable, aún con un ligero nublado.

Se detuvo un momento en la entrada de la cafetería, cuya fachada consistía en una pequeña puerta de cristal de dos hojas y una ventana rectangular alargada ocupando el resto de la blanca pared, sin letrero alguno de identificación. Como único ornamento estaban pintadas unas grecas en color azul en la parte superior del local. Observó en el reflejo de la ventana su imagen: una mujer joven de tez morena clara, mirada marrón, de complexión delgada y estatura media, con el pelo castaño oscuro, despeinado por un ligero viento; con pantalón de mezclilla, playera roja, chamarra de algodón azul y mangas blancas. No se reconoció de inmediato. Examinó su rostro y no le agradó el talante de tristeza y preocupación, agobiada por la lejanía de su familia y los constantes retos que enfrentaba en la ciudad.

Al no encontrar a sus compañeras, entre la gente sentada en las mesas dispuestas en la acera, resolvió entrar. El interior era sobrio, pero agradable. En las paredes de ladrillos desnudos colgaban algunos cuadros con obras de artistas locales. Eligió un asiento en la barra, frente a la ventana, y apartó dos bancos. El olor a café se imponía sobre los de-

[6] Servicio de transporte público de la ciudad de Chihuahua. En la actualidad, Sistema de Tránsito Rápido (BRT) llamado Bowí ("camino", en ralámuli, aunque lo correcto es Bowé).

más, por suerte ya entonces la ley prohibía fumar en lugares cerrados. Le encantaba esa nueva experiencia porque en su comunidad estaba acostumbrada a beber café instantáneo.

Eran las diez de la mañana y había una gran concurrencia. El público era diverso: en una mesa había una pareja joven, en otra cuatro personas platicaban animadamente sobre política, y más al fondo unos burócratas discutían apasionadamente sobre sus problemáticas laborales.

Afuera mucha gente transitaba por la adoquinada calle, reservada para los peatones hacía poco tiempo, deteniéndose algunas para mirar los escaparates de las joyerías y otras entrando a las tiendas de ropa o de zapatos.

Durante la espera ingresaron unas niñas ralámuli para hacer uso del sanitario y vender mazapanes, con autorización previa de la encargada; la mayor, de unos 10 años, llevaba de la mano a la más pequeña que tendría a lo sumo unos 5 años; ambas de apariencia muy pulcra, delgadas, con el pelo negro recogido y ataviadas con vestimenta tradicional de colores vivos y huaraches. Esa permisibilidad no la había visto en otras cafeterías o restaurantes. Al respecto, recordó a uno de sus compañeros de la universidad que trabajaba medio tiempo en un local de sushi, quien recién le había comentado: "Hace unos días, cuando ya estábamos por cerrar, mi jefe me dijo que tirara a la basura comida preparada que no habíamos vendido ese día, pero estaba limpia y en buen estado, por lo que mejor se la di a unos niños ralámuli que todos los días pasaban por el local pidiendo *kórima*; cuando mi jefe se enteró, me despidió con el argumento de que esos niños volverían a pedir comida en todo momento y él no podría deshacerse fácilmente de esa molestia".

En este punto reflexionó sobre la discriminación y el racismo, aún imperantes en la actualidad. De cómo a algunas de sus compañeras les habían retenido sus credenciales de la Universidad Autónoma de Chihuahua y la Universidad La Salle cuando las mostraban para solicitar el descuento en el transporte urbano, alegando los choferes que no creían que ellas estudiaran en la universidad, o los comentarios de algunos de sus compañeros mestizos que entre dientes decían: "Ahora ya hasta los indios entran a la universidad".

La apartó de su concentración la llegada de sus amigas: Lorena era delgada, con pelo negro lacio hasta la cintura, ataviada con una falda tradicional confeccionada por su mamá y una playera lisa de color azul claro, manera en la que generalmente vestía, pues siempre portaba una falda típica de la Baja Tarahumara; Bertha, con complexión menos delgada, pelo negro lacio a los hombros, vestida a la usanza mestiza, con pantalón de mezclilla, playera con logotipo de una marca de moda y tenis blancos. Ambas, por su excelente condición física, participaban en equipos deportivos; la primera en basquetbol de la ULSA y la segunda en voleibol de la UACH.

Al ver a sus compañeras abandonó la expresión melancólica y recobró la suavidad de gestos que la caracterizaban.

—Hola, Antonia, qué gusto verte —dijo Bertha, mientras las tres compartían un efusivo abrazo—. Disculpa que se nos hizo tarde, hay muchos problemas con el nuevo transporte.

—Lo sé, antes salía de mi casa al centro y llegaba en un solo camión, ahora tengo que usar tres.

—Pues yo vivo cerca de una estación del Vivebús y

no tengo ese problema, pero muchos de mis compañeros gastan más en pasajes y deben salir más temprano de sus casas —comentó Lorena.

—Lo bueno es que ya están aquí. Si quieren vamos a pedir y pagar el café.

En la caja ordenaron un café negro y dos capuchinos.

De vuelta en la barra, Bertha desvió la conversación hacia las dudas que tenía sobre los apoyos que les facilitarían para sus estudios, y le preguntó a Antonia:

—¿Cómo fue que te animaste a entrar a la universidad?

—¿Sabes?, no me había puesto a pensar en eso, pero recuerdo que a mediados de mayo del 2006 tuvimos una reunión en la preparatoria, a la que llegaron personas que iban de la ciudad de Chihuahua. Nos dijeron que querían formar un grupo de jóvenes indígenas que quisieran seguir estudiando y nos ofrecieron ayuda económica para apoyar los gastos de vivir en la ciudad. Hasta ese momento no había considerado seriamente estudiar en una universidad, porque en mi familia lo más que estudiaron fue la primaria y en la comunidad eran pocas las personas con estudios de secundaria y apenas unos cuantos, como en mi caso, habíamos salido a una localidad más grande para seguir estudiando —tomó unos sorbos de café, entornó la mirada como atrayendo recuerdos, y continuó—. Al término de la reunión me quedé con la impresión de que se trataba de un programa piloto y nosotros éramos los conejillos de indias. Me entusiasmaba la posibilidad de contar con una profesión, pues pensaba que era la única manera de mejorar; no me gustaba la idea de tener que casarme, criar hijos

y llevar la misma vida de las mujeres de la comunidad, que esperaban tener la suerte de encontrar un buen marido que las tratara bien y viera por el bienestar de su familia.

—¿Y qué dijo tu familia? —preguntó Lorena.

—Cuando comenté en mi casa que quería estudiar en la ciudad, aún no me sentía capaz, pues mi mayor reto hasta ese momento era vivir en la cabecera municipal, que quedaba como a una hora en vehículo de mi comunidad; aunque debo decir que era una terracería peligrosa, sobre todo para las mujeres, por lo que me asistía en el albergue de la escuela. Mi familia me dijo que me apoyarían en lo que quisiera y después de analizar las ventajas y desventajas decidí anotarme, porque cuando solo conoces pobreza y marginación arriesgas todo para acceder a una oportunidad, por imposible que esta parezca.

—¡Qué suerte! A mí no me dieron permiso y tuve que salir a escondidas, aprovechando que venía una de mis primas —terció Bertha.

—La verdad es que a mí sí me apoyaron, aunque me dijeron que no podían hacerlo con dinero, pues vivimos al día con lo poco que gana mi papá —replicó Lorena.

Después de una ligera pausa provocada por el ruido de una licuadora triturando hielo, continuó Antonia.

—Tenía muchas dudas. Me entusiasmaba poder estudiar en una universidad, lo que hasta ese momento me resultaba impensable, pero me entristecía tener que vivir lejos de mi familia y en un lugar desconocido que seguramente sería muy diferente al ambiente de la sierra. Además no me

sentía con la suficiente preparación académica y me daban miedo las burlas que pudieran hacerme. Con estas preocupaciones en la cabeza pasé toda la semana, hasta que viajé a la ciudad de Parral, todavía con sentimientos encontrados, para tramitar la ficha del examen en la carrera de Odontología. Entregué toda la papelería que me habían solicitado en la extensión de la UACH, a cambio me dieron un comprobante y una guía de estudio para presentar el examen.

—Pero, ¿por qué escogiste una carrera tan cara y difícil? Porque los materiales y el equipo de odontología son muy caros, ¿no? —preguntó Bertha.

Antonia aprovechó la interrupción para beber café antes de responder.

—Cuando estuve haciendo prácticas del CECYTECH, en el hospital comunitario de la cabecera municipal de Guadalupe y Calvo, conocí el trabajo de los médicos y las enfermeras, y no sé por qué la unidad dental me llamó tanto la atención que enseguida me imaginé trabajando en ese lugar; me dije: "Algún día voy a estar trabajando aquí". En un principio, mi sueño era estudiar medicina, pero se me hacía muy difícil de lograr, así que busqué información sobre las carreras relacionadas con la salud, y al final me gustó más la atención dental, sin saber en ese momento que tendría muchas complicaciones económicas.

Bueno, volviendo a lo que estaba platicando antes, a finales de junio presenté el examen CENEVAL. Al terminarlo regresé a mi casa y esperé con mucho nerviosismo los resultados. La verdad es que no creía aprobarlo, no sé si en parte se debía a que me sentía en desventaja con todos los

jóvenes de la ciudad que, supuse, están mejor preparados, aunque no necesariamente sea así, pues me he dado cuenta que como indígenas nos han hecho siempre sentirnos menos. A la semana siguiente, si bien recuerdo, se comunicaron conmigo para decirme que no había quedado seleccionada, pero que estaban en pláticas con los directivos de la UACH para que me permitieran entrar mediante un acuerdo que tenían para estudiantes indígenas.

—Por lo que dices, ¿no tuvieron un curso de preparación para el examen?, porque nosotras tuvimos uno cuando llegamos en 2008 —preguntó nuevamente Bertha.

—No, hasta donde sé, empezaron con la siguiente generación. Tuve que estudiar con los apuntes y algunos libros de texto que usamos en la escuela.

—Oigan, está muy buena la plática, pero se hace tarde y afuera está nublado. Nos va a agarrar la lluvia —dijo una preocupada Lorena, dirigiendo la mirada hacia la ventana.

—Tienes razón —respondió Antonia después de ver el cielo nublado a través del cristal—. Solo déjenme comentarles lo de las becas. En la reunión mensual del sábado pasado nos dijeron que hoy lunes nos depositarían el apoyo de la Fundación Llaguno, revisé en un cajero automático y aún no aparece el depósito, pero podemos revisar más tarde, y los de la Coordinadora[7] nos pidieron pasar a

[7] La Coordinación Estatal de la Tarahumara, mejor conocida como Coordinadora de la Tarahumara y por economía le decían la coordinadora, incluso, algunos estudiantes la referían como la "cordi". Después cambió su nombre a Comisión Estatal de Pueblos Indígenas (COEPI). En la actualidad es la Secretaría de Pueblos y Comunidades Indígenas.

recoger el cheque a partir de la próxima semana, en sus oficinas de la calle 11.

En ese momento el ruido producido por el molino de café y la licuadora picando hielo, en franco contraste con el sonido local que reproducía *Solitude*, con la armoniosa voz de Samara Joy, hicieron que Bertha subiera el volumen de su voz para ser escuchada.

—Espera, no entendí, ¿ya nos depositaron las becas?

—El apoyo de la fundación parece que hoy mismo nos lo depositan y lo de la "cordi" hasta la próxima semana. Ojalá no lo retrasen más porque ya tengo muchas deudas.

—Y que lo digas, nosotras estamos igual —asintió Lorena.

—Es verdad, pero ahora sí vámonos, pues ya empezó a llover —insistió Bertha.

Al salir se encontraron con una lluvia menudita que apenas mojaba el suelo pero amenazaba con volverse más intensa. Se despidieron rápidamente y tomaron caminos separados para continuar con sus actividades. Bertha estudiaba contabilidad en la UACH y trabajaba medio tiempo en una tiendita de abarrotes; Lorena estudiaba finanzas en la Universidad La Salle y daba asesorías en el ICHEA; Antonia, por su horario escolar, no podía trabajar, dependía de lo poco que podía enviarle su familia y de los apoyos económicos institucionales.

*

Después de conversar con sus amigas en una céntrica cafetería, Antonia se traslada al campus uno de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Aprovecha la cercanía de las instalaciones de la Facultad de Artes y la de Odontología para acudir a la última sesión de un curso de cerámica tipo Paquimé.

Recuerda que el día de apertura les dijeron que el curso tiene como antecedente la invitación, a finales del 2011, de la directora del Museo Casa Chihuahua,[8] Isabel Sen Venero, y el artista ceramista Julián Hernández, quienes otorgaron diez espacios gratuitos para mujeres universitarias indígenas. El sótano del museo fue el escenario de las prácticas, excepto la última sesión que consistió en la "quema" de las vasijas elaboradas. La cerámica fue exhibida en el patio del museo y, al finalizar la ceremonia de entrega de reconocimientos, las participantes viajaron a sus comunidades acompañadas de sus piezas de cerámica dentro de las maletas, como regalos de época decembrina.

Después de atravesar el área arbolada entre la estación del Vivebús y la Facultad de Artes, se encuentra frente al taller de cerámica, el cual está en una nave de aproximadamente doscientos metros cuadrados con piso de cemento pulido y techumbre a dos aguas de lámina galvanizada. El acceso principal es un portón gris metálico de dos hojas. En el interior, al lado derecho, están unos seis tornos para modelar arcilla, con platos esféricos de unos cuarenta centímetros de diámetro, y dos mesas de dos metros de largo por un

[8] Está ubicado en un edificio de inicios del siglo XX, conocido como Palacio Federal. Con el tiempo ha albergado a distintas instituciones, como el servicio de correos, entre otros.

metro de ancho. También cuenta con un horno cilíndrico eléctrico y otro a gas con mayor capacidad (en la actualidad está remodelado para brindar un mejor servicio).

Este curso es una parte importante de las actividades organizadas por el PUI. El instructor es Julián Hernández, artista ceramista de Nuevo Casas Grandes, y Adán Sáenz Díaz es el responsable de las instalaciones facilitadas por la universidad. También participan, como apoyo del instructor, su esposa y un ayudante.

El curso inició con una plática introductoria, apoyada en un video sobre el proceso de elaboración de vasijas, que va desde la búsqueda del barro apropiado, su filtrado y preparación hasta la quema de las piezas. Enseguida se dio una breve explicación sobre las herramientas utilizadas: pinceles de pelo humano y mango de madera, lija para alisar la superficie de las ollas, ágatas para bruñir, aceite mineral para muebles de madera, pigmentos minerales (blanco, negro, rojo y azul), colorines y jabón de barra para pulir la pintura.

En los dos primeros días las actividades consistieron en modelar vasijas, con la técnica de añadir tiras cilíndricas de barro e ir presionando con los dedos para integrarlas bajo la forma deseada. Además de raspar la parte interior para afinar las paredes y favorecer una superficie delgada. La boca de la vasija es formada cuando se alcanza el alto deseado.

El instructor recomendó empezar con formas simples. Una vez entendida la técnica, pueden elaborarse ollas con forma de animales o superficies con texturas.

En los dos siguientes días, en tanto se airean las ollas para reducir la humedad y estabilizar la forma, deben ali-

sarse las piezas proporcionadas por el instructor, con una lija fina hasta que quede al tacto una superficie llana, sin borde alguno. Después embadurnan de aceite mineral todas las ollas y las bruñen con una ágata, cuidando de no golpearlas al tocar la superficie, pues pueden agrietarse y romperse al momento o después, al quedar sensibilizadas.

Después del bruñido proceden a pintar con pigmentos minerales y pinceles elaborados con pelo humano. Andrea, la esposa del instructor, confeccionó algunos con cabello proporcionado por los mismos estudiantes: lacio para líneas rectas, y rizado para delinear curvas. Los trazos deben ser precisos y con un solo movimiento.

La olla puede apoyarse en algún aditamento cilíndrico, como puede ser un envase de plástico o cartón, para ir girando la pieza conforme se va pintando. Las partes más grandes pueden "rellenarse" con pinceles modernos para mayor rapidez.

Cuando está lista la pintura es pulida con un frijol "colorín", agregando un poco de jabón de pasta, para que obtenga brillo, o puede dejarse así para un acabado mate. Con esto termina el proceso de elaboración, lijado, pulido y pintado de las vasijas.

En el último día de trabajo en el taller la lluvia ha dificultado un poco el proceso de secado del barro. Algunos participantes encontraron más dificultades para finalizar sus piezas. Antonia y su amiga, estudiante de Administración Agrotecnológica, no son la excepción. Algunas vasijas, por fortuna pocas, aún conservan humedad, por lo que no podrán hornearlas. Antes de retirarse del taller, cada participante debe colocar las piezas terminadas cla-

sificadas en dos secciones: sobre una de las mesas las que serán quemadas de manera tradicional, y en otra las que serán cocidas en uno de los hornos de gas con apoyo del encargado del taller.

Al día siguiente, sábado, en una granja aledaña a la carretera a Aldama efectúan la "quema tradicional" con leña. Las vasijas son colocadas sobre una rejilla de hierro, cubiertas por una tina metálica. A los costados y arriba se coloca leña y se enciende fuego para el cocimiento de las ollas.

Si la tina es colocada ligeramente separada del suelo entra el oxígeno y las ollas adquieren colores vivos, pero si es dejada a ras de suelo, con papel adentro para que se encienda y consuma el oxígeno interior, adquieren una coloración negra con tonalidades según el color con que se haya pintado y si se pulió o no la pintura. También puede pintarse con grafito para un acabado de apariencia metalizada.

En el vestíbulo de la Quinta Gameros se exhibieron las piezas elaboradas en color y acabado negro, que habían sido empacadas el día anterior en cajas con periódico estrujado para proteger la fragilidad del barro cocido a baja temperatura.

En este curso participaron ocho personas externas no indígenas, como fomento de la interculturalidad.

Ódami

(Testimonio publicado en Vázquez, 2022, pp. 72-74)

Soy originario de Baborigame, municipio de Guadalupe y Calvo, Chihuahua. Nací en la ciudad de Chihuahua, pero desde mi segunda semana de nacimiento estuve viviendo en Baborigame.

No soy hablante de ódami por razón de que mi mamá no es tepehuana, mi papá sí, pero el detalle es que se la ha pasado de chofer, entonces a nosotros no se nos inculcó del todo. Mi hermana lo hablaba cuando estaba en la primaria, pero lo fue dejando al empezar la secundaria; actualmente, ella y yo lo entendemos, pero no lo hablamos. Lo fuimos perdiendo porque no tuvimos interacción del todo con los hablantes de la lengua.

Recuerdo que nos visitaban familiares de mi papá y no hablaban en ódami, sino en español, es decir, sí sabían ódami, pero hablaban en español, ¿por qué razón?, no lo sé, y mi papá les contestaba en la lengua, pero ellos no querían hablarlo.

Educación básica

Estudié en el kínder que está anexo a la primaria "Niño Tepehuano", donde posteriormente cursé la primaria, que está ubicada relativamente cerca de la casa de mis papás. Tuve una estancia excelente, con buenos profesores y compañeros. Lo que más me gustó fue una materia complementaria sobre el conocimiento de nuestra cultura materna.

Cuando estaba en tercer grado, por motivo de unos conflictos familiares, me cambiaron a la primaria "Cinco

de Mayo". Durante el año que estuve en esta escuela recibí mucha discriminación, pues me catalogaban como indio mugroso y cosas de este tipo. Afortunadamente pude regresar a la otra primaria, donde fui bien recibido por mis anteriores compañeros y amigos.

Al terminar la primaria, me inscribí en la única secundaria que hay en Baborigame, por lo tanto, ahí se da el encuentro de mestizos con los que pertenecemos a alguna etnia indígena, y si a esto le agregamos que estamos en la etapa de la pubertad, pues la estancia se torna difícil debido al racismo.

Había mucha violencia entre nosotros, cualquiera te insultaba y las mismas hormonas provocaban que te hicieras el valiente, pero logré sobrellevarlo muy bien, sobre todo porque en el grupo donde estuve había muchos compañeros pertenecientes a la etnia tepehuana que conocía desde la primaria "Niño Tepehuano" y otros conocidos que venían de la "Cinco de Mayo".

Aprendí mucho de compañeros ralámuli y de cinco estadunidenses, dos mujeres y tres hombres, que se inscribieron porque sus papás estaban realizando estudios de las etnias en Baborigame.

Algunos profesores tuvieron la iniciativa de promover un intercambio cultural entre mestizos, tepehuanos, ralámuli y los niños que venían de Estados Unidos, quienes, por cierto, también pertenecían a una etnia indígena. La verdad, la secundaria fue muy grata en ese sentido, a pesar de la discriminación hacia los indígenas.

Bachillerato

El cambio más grande que he tenido fue cuando vine a estudiar a Chihuahua, desde el bachillerato, porque en aquel entonces en Baborigame faltaban muchos profesores, algunos tenían que cubrir tres o cuatro materias, o se les empalmaban las horas, y nos dejaban muchas horas libres; entonces, platiqué con mis papás y decidimos que lo mejor era estudiar en Chihuahua.

Cuando llegué a Chihuahua traía trescientos pesos en la bolsa, lo que me quedó después de pagar camiones, una que otra comida y agua para el camino. El sábado siguiente empecé a trabajar en la construcción como chalán y ayudante de maestro, y así estuve durante todas las vacaciones, antes de ingresar al bachillerato.

No conocía la ciudad, ni sabía andar en camiones, tampoco conocía las escuelas de nivel bachillerato, pero una de mis primas, que tiene alrededor de treinta años viviendo en Chihuahua, me ayudó para sacar la ficha de examen en el Colegio de Bachilleres.

Logré ingresar al plantel 2 y dejé de trabajar en la obra, pero trabajaba en las tardes, de lunes a domingo (no tenía descansos), en una tienda de abarrotes que estaba cerca de mi casa, donde recibía un sueldo de seiscientos pesos por semana. Aparte, estaba becado, gracias a la colaboración de Alejandro Rivas y Jesús Emigdio Herrera, familiares de mi papá. Por lo tanto, debido a mi trabajo y a la beca, se me facilitó terminar el bachillerato.

A partir del segundo semestre de preparatoria logré despuntar en volibol y conseguí una beca deportiva al obtener el campeonato estatal y uno nacional en dicho

deporte, pero esta actividad de alto rendimiento me trajo algunas lesiones que me llevaron al quirófano en distintas ocasiones, lo cual me retiró de las canchas.

Me vi muy afectado porque estuve sin poder trabajar, pero la escuela me siguió apoyando con la beca, solo me pidieron como requisito mantener un promedio arriba de nueve, lo que hice siempre.

Ingreso a la educación superior

Decidí continuar mis estudios en el Tecnológico de Chihuahua, antes estuve platicando con mi tío Jesús Emigdio Herrera, quien me mandó con la maestra Olga Burciaga; después de platicar con ella sobre los apoyos para estudiantes indígenas, me envió con Guillermo Vázquez, el encargado del PUI.

Mi papá me acompañó a la entrevista que tuve con el coordinador y el doctor Alfredo Ramírez porque tenía que demostrar el reconocimiento de mi etnia, conocer las tradiciones y a nuestras autoridades tradicionales como el capitán general.

Desde el inicio también platiqué con Lupita Quezada y tuve apoyo de la Fundación José A. Llaguno, a cambio de cumplir con servicio social comunitario y asistir a los Encuentros Interculturales, los cuales eran muy interesantes, sobre todo en semana santa, porque cada estudiante mostraba algo de su cultura. Nos empapábamos de diferentes culturas, no nada más del estado, pues también había jóvenes de Oaxaca, Querétaro e Hidalgo, entre otros.

Cuando presenté examen de ingreso a la carrera de Ingeniería Mecánica Industrial, en el Instituto Tecnológico

de Chihuahua, de doscientos aspirantes únicamente quedamos sesenta. Así empecé mi aventura en la universidad.

Vida universitaria

Tuve mi primera adversidad cuando murió mi tía, con quien vivía en ese entonces, y tuve que buscar una casa de renta porque sus hijos no quisieron apoyarme para seguir estudiando; en consecuencia, todos los apoyos de beca que recibía se me iban en gastos de renta y servicios.

De pronto, sin darme cuenta, me cayó el veinte de estar en una etapa crucial de la vida, tuve que hacer nuevos conocidos y ver cómo vencer los obstáculos. Como alumno de primer semestre, llega uno con la inercia del bachillerato y piensa que es igual, y eso trae consecuencias porque reprobé veintidós exámenes, algo que yo mismo no podía creer; esta tragedia y su causa era el reventón, y, por el trabajo, estaba dejando de lado la escuela; aun con los apoyos de instituciones y mis padres, no estaba consciente de lo que es estudiar una carrera.

Mi padre vino a vivir conmigo para apoyarme un poco más, darme un jalón de orejas y hacerme entender que era mucho el sacrificio de todos para que estudiara y dejara de hacer tonterías.

Fui mejorando en los siguientes meses hasta llegar a obtener buenas calificaciones en los demás exámenes y, al final, en exámenes de segunda oportunidad, salvar el semestre, para lo cual, llegué a dormir en la biblioteca del Tecnológico, estudiando para pasar los exámenes de regularización, y hasta parecía hecho a propósito porque obtuve muy buenas calificaciones: saqué un buen promedio

final de nueve. Lo gracioso de esto es que rompí el récord de exámenes reprobados y en recuperación, al aprobar los veintidós exámenes presentados.

A partir de esos días de tanta presión psicológica aprendí que si quiero ser un profesionista tengo que estudiar todos los días y no únicamente cuando hay exámenes.

Posible deserción

Llegaron las vacaciones de invierno, fui a la sierra para visitar a mis padres y se me presentaron problemas porque no tenía dinero para volver a estudiar, pero un primo me ayudó económicamente, con la condición de que le ayudara los fines de semana en la construcción de su casa.

En ese tiempo, tuvimos la experiencia más fría que se ha tenido en Chihuahua, cuando el termómetro marcó 23°C bajo cero,[9] lo que me trajo fuertes consecuencias porque con las bajas temperaturas se me agravó un problema que desconocía: un tumor en el cerebro. Me practicaron pruebas médicas y resultó operable por estar detectado a tiempo.

Los apoyos económicos de instituciones se nos hacían a través de depósitos bancarios y, por un afortunado error, en mi cuenta contraté un seguro, y el banco tuvo que cubrir mi operación y tratamiento.

Después de la intervención médica tramité mi baja temporal y hablé con los diferentes encargados de los apoyos, para explicarles que debía descansar seis meses y reci-

[9] Helada atípica del 4 de febrero del 2011. En la ciudad de Chihuahua se reportaron 18 grados bajo cero y una sensación térmica de -27°.

bir tratamiento médico durante los dos años siguientes, y todos me apoyaron.

Regresé a clases pasados los seis meses y, como uno de los efectos del medicamento era mantenerme en un estado de profunda relajación, bajaron mis calificaciones, pero aprobé todas las materias. Con el pasar de los meses fui adaptándome al medicamento hasta lograr buenas calificaciones, si no las mejores, al menos aceptables, de entre ocho y nueve.

Relación con el PUI

Me sirvieron mucho los cursos y talleres que organizaban entre todas las instituciones del PUI y que se hacían sobre todo en la UACH, con Raúl Herrera, para mejorar y estar a la par con los estudiantes de la ciudad. También nos ayudábamos entre estudiantes por medio de algunos profesores invitados o con compañeros más adelantados en sus carreras. A mí me ayudaron muchísimo con un taller de liderazgo proporcionado por el Centro para el Fortalecimiento de la Sociedad Civil, CFOSC, y a desenvolverme para saber cómo hablar en una entrevista. Asistía a todos los cursos, a menos que tuviera algún compromiso escolar.

El curso más importante es el que se hace cada año para los aspirantes. Inicialmente se llevaban a cabo por profesores que daban clases en alguna universidad o preparatoria; después, nos hicieron la propuesta para ayudarnos nosotros mismos y, la verdad, fue una gran experiencia estar ayudando a los compañeros que van a presentar el examen de ingreso a la universidad. Estuve apoyando este curso durante cinco años consecutivos, después ya no pude asistir por ocupaciones de mi trabajo, y ahora con las restricciones de la pandemia, creo que el de 2019 fue el último.

De vez en cuando me encuentro con algunos muchachos que estuvieron en esos cursos y están terminando o ya terminaron sus carreras, y me saludan con gusto. Para mí es gratificante ver a estos muchachos, de igual o más difícil situación económica que la propia, que estén logrando superarse y que, además, apoyen a otros que van llegando para retribuir los apoyos que han recibido.

Identidad y discriminación

En cuanto a mi relación con profesores y personal del Tecnológico, desde el principio les di a conocer mi pertenencia a una etnia indígena; en las oficinas me dijeron que no tenían convenio con algún programa de apoyo a indígenas, y lo más que podían hacer por mí era darme una beca alimenticia; sin embargo, para las becas de PRONABES me citaban directamente con el jefe y no con la persona que recogía la papelería.

Respecto a los maestros, recuerdo mucho a uno, el profesor Guido Lasaroto, que en una ocasión me dijo: "La verdad es que te entiendo, porque vengo de otro país, y te aseguro que la única manera de que sobresalgas es exigiéndote más"; entonces, muchos profesores adoptaron esa actitud conmigo, pero en el buen sentido, o sea, nunca fue de discriminación o para hacer que me rindiera. Si tenía alguna duda, ellos estaban a la orden y me explicaban; siento que sí me cargaron un poco más la mano, pero ahora que ya estoy del otro lado se los agradezco.

Del trato con los otros estudiantes, puedo decir que algunos compañeros tienen muy asentada su educación de siempre haber tenido una buena posición económica, no generalizo, pero algunos se mostraban clasistas; por ejem-

plo, para la realización de actividades en equipo evitaban que estuviera con ellos, claro que otros decían: "Sabes qué, ven con nosotros", pero sí se sufre que de alguna manera te estén relegando. Solo cuando demuestras que tienes más conocimientos que ellos en cierta área o materia, por conveniencia te invitan a trabajar, pero fuera de ahí no se muestran muy amigables.

Conclusión

De acuerdo con mi experiencia, el Programa Universitario Indígena representa un extraordinario apoyo, no nada más económico sino también por darnos herramientas que nos ayudan a sobresalir y formarnos como mejores personas, tanto en la vida profesional como en nuestras familias, y en las comunidades, para quienes deciden regresar.

Creo que los egresados deben mostrarse más accesibles porque muchos ya están ejerciendo su profesión, pero a veces se pierde el contacto, por lo tanto, pienso que estaría bien hacer reuniones con egresados, acordar cursos y talleres, incluso, pláticas con los muchachos que están estudiando, para mostrarles herramientas que nos están funcionando en nuestro trabajo y, sobre todo, que si requieren de alguna ayuda para hacer su servicio social o prácticas, llevarlos con nosotros, y ya que estén en una empresa o industria, darles *tips* de cómo ejercer o quedarse con una planta, etcétera, y que si logran hacerlo, vayan y lo implementen con la siguiente generación.

Raíces de mi vida

(Testimonio publicado en Vázquez, 2022, pp. 80-84)

Soy originaria de la comunidad El Frijolar, municipio de Uruachi. Tengo un hermano dos años menor que yo, y dos hermanas, que son de otros matrimonios de mi mamá. Mi papá murió cuando yo tenía 2 años y mi hermano seis meses.

Después de que murió mi papá nos fuimos a vivir a casa de mis abuelos maternos, en la comunidad de Pacayvo.

Tengo muchas dudas sobre mis primeros recuerdos, pero creo recordar el entierro de mi papá, después, no me acuerdo mucho, hasta la edad de 4 años, cuando mi mamá nos dejó en la comunidad porque se vino a la ciudad de Chihuahua para trabajar.

Tenía 5 años cuando entré a la escuela, pero mi mamá ya me enseñaba en la casa a leer, escribir y contar; era una señora bien estricta y, si no me aprendía las cosas, me daba con los huaraches o con lo que se le ponía enfrente.

Aprendí a hablar warijó y español al mismo tiempo; mi familia paterna casi no habla el warijó, pero mi mamá y su familia sí lo hablan bien.

Por las condiciones en que vivíamos era prácticamente obligatorio ser bilingüe: a mi bisabuelito, la persona que nos curaba cuando íbamos a visitarlo, siempre le hablábamos en español, a mi abuelita también, y con mi familia materna la comunicación era en warijó.

Mi abuelita materna también era curandera, en menor grado que mi bisabuelo, pero también nos curaba, yo creo que son de esas cosas que me acuerdo por el olor y

sabor de las bebidas, y mi bisabuelito platicando con mi hermano y conmigo, a pesar de que nosotros no pusiéramos atención.

Me acuerdo mucho de mi abuelo materno, actualmente está muy viejito, pero en ese tiempo era una persona a la que yo veía enorme, casi mide los dos metros, era bien corajudo y quería que uno hiciera rápido las cosas. Crecí prácticamente con él.

Cuando llegaban los tiempos de irnos a sembrar, desde temprano iba con él a todos lados, a barbechar, sembrar y escardar; a veces, terminaba con los talones llenos de sangre porque me pisoteaban los burros.

Era algo bien complicado, pero como nosotros no teníamos para pagar nuestra manutención, y mi mamá trabajaba en Chihuahua, pues de alguna forma teníamos que trabajar para estar allá con ellos, éramos como "arrimados" en casa de mis abuelos.

En uno de los viajes que hacía mi mamá, ella y una de sus compañeras sufrieron de abuso en el camino. Existe mucha violencia en la Sierra Tarahumara, sobre todo hacia las mujeres.

Educación básica

Cuando fui a la escuela primaria, nada más estuve medio año en primero, luego pasé a segundo porque ya sabía todo lo que había que aprender en primero. La escuela era de CONAFE y estaba a treinta metros de la casa de mi abuelito, tenía dos cuartos, y en la pared pusieron una losa de cemento para que ahí pudieran enseñarnos.

Teníamos únicamente un maestro para los seis grados. Quién sabe si el maestro sabría enseñar o si nosotros éramos demasiado flojos para aprender, pero se desesperaba mucho y nos decía que no sabíamos hacer nada; cuando nos pasaba al pizarrón, si no sabíamos las respuestas, nos trataba muy mal.

En una ocasión, yo estaba llorando frente al pizarrón porque no sabía cómo terminar una división, él agarró una botella de coca cola, la agitó y me la vació en la cara, fue algo bien feo, tal vez por eso hasta el día de hoy no me gusta ese refresco.

Ocasionalmente, el maestro hacía fiestas tradicionales: invitaba a la comunidad, ponían pascoleros, tocaban el arpa y el violín, y bailábamos. Siempre me ha gustado mucho el pascol, todavía le digo a mi abuelita que nada más lo escucho y se me alborota el nervio bailador, aunque mi mamá dice que estoy bien loca.

Cultura

En cuanto a mi vida en la comunidad, mis abuelitos maternos fueron los que me enseñaron todo. Mi abuelita era *kolaria* en la iglesia de Loreto, que nos quedaba muy cercana, como a cuatro horas de camino, más o menos. Loreto se considera como el centro ceremonial para la comunidad warijó tanto de Sonora como de Chihuahua, por eso vienen desde allá para algunas ceremonias.

Mi abuelita, como *kolaria*, organizaba la fiesta: decidía cómo debería arreglarse la iglesia, dónde iban a ponerse los pascoleros, lo que seguía de una cosa a la otra, a qué horas se rezaba y a qué horas se hacía la otra ceremonia, porque

son dos cosas en una misma fiesta, por una parte estaban los santos, ya que había personas mestizas rezando el rosario y otros rezos, y había personas indígenas como *mainates* o rezadores, que hacían cantos, y afuera de la iglesia ponían la *ramada*, donde estaban los músicos y los pascoleros.

También se realiza la ceremonia de ponerte el tocado, a mí me hicieron la ceremonia de las coronas, hasta la edad de 9 o 10 años y se supone que es para que tengas la bendición de dios, o algo así, no sé bien, es una manda que se hace ahí. Debe llevarse durante cuatro años, pero yo solo lo hice durante dos. Lo usan tanto las mujeres como los hombres, a veces personas que ya son grandes lo vuelven a hacer, como una forma de pagar algo que hayan pedido a dios o a la iglesia.

En relación con mi participación en la comunidad, culturalmente hablando, me hicieron la ceremonia de fuego, la "charrasca", cuando tenía 8 años. Los padrinos de esta ceremonia son los que se consideran más valiosos, son los que te pasan por el fuego para quitarte todos los males y ataduras que tengas.

Después de alguna de las fiestas que se hacen para los muertos, realizan la ceremonia de la charrasca para todos los niños.

No hay una edad obligada para que los niños participen en esta ceremonia, pues depende de cuándo quieran los padres llevarlos, he visto niños como de 1 o 2 años y otros que ya estaban grandes, de 12 o 13, así que varía mucho la edad.

También se considera que es una forma de liberarte de "telarañas" que traes, por ejemplo cuando se te muere una

persona querida o algo así. Los adultos pueden hacerlo, para lo cual deben contar con dos personas que sean sus padrinos y los ayuden para pasar de un lado al otro de la fogata.

El que está a cargo de la ceremonia es el *mainate*, el cantador o el rezador, es el que tiene una mejor forma de comunicarse con dios, de pedirle y rezarle, porque también se le ha dado el don de curar, de aconsejar y de ver cuándo es más propicio para hacer ciertas cosas y cuándo no. Toda la ceremonia se hace en warijó.

Si yo soy el fiestero, tengo que acordar con el *mainate* para que venga y ponga la cruz, rece y haga toda la ceremonia, para lo cual le tengo que llevar cigarros, encender uno y ofrecérselo, si él se lo fuma es que está de acuerdo en que va asistir a la ceremonia.

Para empezar la fiesta, también se enciende el cigarro, se prepara y pone la cruz, así como las fogatas. Al terminar la ceremonia hay que entregar la casa y despedir a la gente. Todo esto se hace para la charrasca.

Existe la otra celebración que le hacen a los niños para echarles el agua, que no es como el bautizo que hacen en la iglesia, sino que esta se hace con agua del aguaje, por lo tanto debes tener tus padrinos de agua y tus padrinos de fuego, que son los que más valor tienen para nosotros como warijó. Claro que también hay personas que van a la iglesia y se bautizan con un padre, pero lo hacen los que entienden de eso.

De niña, siempre me tocaba acompañar a mis abuelitos a las ceremonias en Loreto. Mi abuelito tocaba el violín, actualmente lo sigue haciendo, aunque ya no escucha bien, y mi abuelita pues era la *kolaria*, así que forzosamente

teníamos que ir, aunque mi mamá no estuviera porque trabajaba en Chihuahua.

¡Cómo me acuerdo cuando íbamos a Loreto!, nos parábamos para cortar y limpiar nopales porque había muchos por el camino, y la gente nos los compraba, o los llevábamos a la casa donde nos quedábamos, que generalmente era con familiares de mi abuelita, quien vivió ahí mucho tiempo.

Tuguri

Otra de las danzas que hacemos es el *tuguri*, aunque en la actualidad si acaso quedan dos señores, ya muy viejitos, que cantan *tuguri*, quién sabe si a los jóvenes les da pena, pues muchos de los cantos son más bien de estar en comunicación con dios.

Tenemos la creencia de que cuando dios formó el mundo, nuestra madre bailó *tuguri* para afianzar la tierra, por eso es una danza de mujeres, en la cual no danzan los hombres; en el pascol pueden danzar tanto hombres como mujeres, pero el *tuguri* es nada más para las mujeres.

Las primeras que bailan son las niñas y después van las señoras grandes, pero es un hombre el que mueve los bules y canta, porque cuando se formó la tierra, dios cantó y nuestra madre bailó, por eso el cantador es el que está en comunicación con dios.

Es una danza que debemos respetar mucho y continuar haciéndola porque es una manera de mantener la tierra viva y de que todo siga su curso normal, bueno, esa es nuestra creencia.

Pérdida de la cultura

A veces me pregunto qué va a pasar con nosotros los warijó, me preocupa que no haya un señor anciano que esté ahí para mover los bules y hacer los cantos, los jóvenes ya no saben eso, se ha perdido mucho.

Lo mismo pasa con los músicos de arpa y de violín, y los pascoleros; por ejemplo, hay danzas como la de la iguana, que no todos saben bailarla, no todos los pascoleros saben cómo sacar la iguana del arpa, porque el arpa es una señora grandota, no una señorita chiquita como las que conocemos normalmente.

Por otra parte, las arpas las hacían allá mismo, pero con todo esto del calentamiento global, se han perdido especies de plantas que afectan su hechura, porque las hacían de un árbol y las pegaban con la savia de otra hierba, que ya casi no se encuentra; por lo tanto, ya no son de la misma calidad ni tienen la misma duración, pues tienen que usar pegamento sintético.

Me preocupa que se vaya perdiendo el uso del arpa y del violín, aunque haya músicos que tocan los instrumentos que toca cualquier otra persona, como el chelo y el acordeón.

En el caso de las sonajas, que se colocan en los pies, los capullitos de mariposas los cosían con las tripas de la vaca, pero ya no lo hacen. Se han perdido muchas tradiciones de hacer las cosas como antes, pero también afecta que se hagan las cosas para venderlas en gran cantidad, pues ya no es lo mismo.

En cuanto al cantador, es él quien inicia la ceremonia, con los bules llama a los músicos para que se sienten, después entran los niños, y enseguida el pascolero, sin em-

bargo, cuando ya no exista esa persona, pues también se va a perder una parte importante de nuestra cultura, aunque otros tengamos nuestra propia forma de ver cómo se organiza, pero no es lo mismo a que se siga conservando porque forma parte de lo que nos da identidad: yo no entendí que era indígena hasta que fui mayor de edad, hasta que estuve en una escuela donde me dijeron que por ser warijó era indígena y todavía, todavía... me estoy acostumbrando.

Maycoba

Tengo un recuerdo vívido de cuando entré a sexto de primaria: mi mamá vivía en Chihuahua e iba a vernos en diciembre. Ella siempre quiso tener casa en la comunidad, pero mi abuelito nunca quiso que viviera sola, decía que se le iban a amontonar los hombres, y otras cosas de ese tipo, por eso peleaban en ocasiones y mi abuelito la corría, pero al rato se contentaban. En una de esas ocasiones, mi mamá llegó al límite y decidió que nos fuéramos, con el pretexto de que íbamos a ir a Maycoba, Sonora. Mi hermano y yo, nos enfermábamos muchísimo de tos, bronquitis, anginas y todo lo que nos pudiera dar, entonces, la promesa era que íbamos a ir a la iglesia de San Francisco de Asís en Maycoba para llevar nuestro cabello, el cual no nos lo cortábamos desde que nacíamos hasta ese momento.

Con ese pretexto, salimos de Pacayvo mi mamá, mi hermano y mi hermanita, la más chiquita en ese momento. Estuvimos en una comunidad que se llama Ranchería, donde estuve unos días asistiendo a la escuela. Nunca llegamos a Maycoba. Después nos trasladamos a Chihuahua, cuando yo aún no terminaba la primaria. Llegamos a la Casa del Peregrino, mientras mi mamá volvía a trabajar.

Casa-hogar

La señora con la que trabajaba mi mamá le recomendó que fuera a la Coordinación Estatal de la Tarahumara para que nos pudiera meter a la escuela, de ahí nos mandaron a la Casa Hogar Misericordia, que está por la carretera a Aldama, cerca del Siroco, donde se aparta el camino para Las Torres.

Terminé la primaria en una escuela de Rancho En Medio, a la que íbamos todos los niños de la casa-hogar; en ocasiones, fuimos hasta 120 niños y jóvenes, algunos en la primaria, otros en la secundaria y el CETIS, porque había niños y niñas desde 3 hasta 18 años.

Los encargados de la casa-hogar eran la hermana Marianita y el hermano Fidel, había otras personas que se encargaban de cuidarnos y hacer la comida. A nadie veíamos diferente, todos éramos iguales, todos éramos parte de la misma familia, era como una familia normal, con Fidel y Marianita al frente.

Todos colaborábamos para hacer la limpieza y todo lo que nos encargaran, los más grandes cuidábamos a los más pequeños, desde cambiarlos, peinarlos y alistarlos para que fueran a la escuela.

Siento que ahí nos ayudaron mucho, pero mi hermano y yo nos hicimos bien retraídos porque no teníamos mucho contacto con nuestra familia, salíamos cada quince días, que era cuando mi mamá venía a sacarnos de la casa-hogar; estábamos con ella el fin de semana y nos regresaba el domingo; en vacaciones, nos íbamos a Pacayvo; así, terminé la secundaria.

Vacaciones

En el primer verano que regresamos a Pacayvo, de vacaciones, casi me arrastra el arroyito, iba bien revuelta el agua, yo cargaba con las maletas y mi mamá llevaba a mi hermano que estaba bien chiquito, desde entonces le tengo pavor al agua.

En semana santa nos la pasábamos en Chihuahua y en algunas ocasiones acompañábamos a una amiga de mi mamá que era muy devota de los santos e ir a la iglesia; en acción de gracias hacía toda la comida y se llenaba la calle de matachines. En su casa pasábamos la mayor parte del tiempo que estábamos de vacaciones, pues no teníamos un lugar a dónde ir.

Todos los años, cuando regresábamos de vacaciones, los de la casa-hogar nos compraban uniformes, zapatos, calcetas, libros, cuadernos, mochilas, todo nos lo daban ellos, incluso, si nos portábamos mal en la escuela, les mandaban a hablar y eran los que nos regañaban, por esa razón mi mamá casi no batalló con nosotros.

Asistíamos a juntas cada fin de semana ahí mismo, o íbamos a otra iglesia. Teníamos una cancha enorme y una biblioteca. Siempre me gustaron mucho los libros, desde que aprendí a leer hasta la fecha; creo que tenía como 4 años cuando empecé a leer. En la secundaria fui de las más destacadas por aprovechamiento escolar y representaba a la escuela en concursos académicos.

Bachillerato

Después entré al CETIS, pero me salí. En ese tiempo, mi mamá se casó con quien todavía está viviendo. Discutía

mucho con mi mamá, me corría de la casa, me iba y regresaba al ratito, a veces, me daban ganas de quedarme en la casa-hogar y no volver a salir de ahí nunca más, pero también me llamaba la atención irme a la sierra.

Quería entrar a la militar, pero mi mamá me decía que no, que no me mandaba sola porque aún era menor de edad. En una de las vacaciones me fui al rancho con mis abuelitos y ya no regresé, me quedé allá con ellos; volví, cuando tenía casi los 18 años.

Cuando regresé a Chihuahua, mi mamá estaba embarazada de mi hermanita que ahorita tiene 12 años. Antes de irme al rancho me quedaba con mi mamá y mi padrastro, pero me gustaba irme de vaga con los muchachos de la colonia, mi mamá me regañaba y discutíamos, nos llevábamos como el perro y el gato, sin embargo, siempre me ha dejado hacer lo que he querido, y creo que eso, en parte, me ha llevado hasta donde estoy porque nunca me ha dicho que no, siempre me dice "Haz lo que quieras" y, a veces, cuando digo que ya no quiero, me aconseja que le eche ganas.

Quedé sorprendida cuando regresé del rancho porque algunos de los muchachos con quienes me juntaba a vaguear estaban en centros de rehabilitación.

Estaba instalada en casa de mi mamá, cuando me preguntaron si quería entrar a la preparatoria y les dije que sí. Se trataba de una escuela para estudiantes indígenas, más bien para estudiantes ralámuli. Por ser warijó, era diferente, porque ahí todos eran ralámuli. Era un proyecto muy bueno, lástima que no pudo continuar.

Lo que más me gustaba de la preparatoria eran los servicios comunitarios, íbamos a comunidades de la zona

de Urique: hacíamos adobes, levantábamos paredes, y dábamos pláticas sobre drogadicción y métodos anticonceptivos para que los jóvenes aprendieran sobre estos temas. Me gustaba mucho que fuéramos en diciembre, cuando hacían fiesta en la comunidad por el día de la Guadalupe porque me daba la oportunidad de pascolear.

Servicio comunitario

Me encontraba en los últimos semestres, cuando quisieron expandir el proyecto y poner una secundaria en la sierra; ahí me tocó estar trabajando como maestra, y me di cuenta que algunos no sabían escribir, ni siquiera sabían leer, era algo bien triste, pero había otros que estaban avanzando.

Los salones eran con piso de tierra, y esto me hace recordar la escuela donde estudié la primaria:

Empecé a estudiar la primaria en una casita que prestó mi abuelito, estudiábamos en unos troncos que hicieron cuadrados a base de hacha, como éramos más chiquitos nos sentábamos en el piso de tierra y escribíamos en nuestros cuadernos sobre esos troncos. Todavía me acuerdo que, en una ocasión, mi mamá me había dado un lápiz nuevo y cuando regresé en la tarde tenía un lápiz pequeñito, me regañó y me correteó con una chalina; una vez, me comí el borrador y también me regañó mucho.

Posteriormente la misma comunidad se organizó y cooperó para construir la primaria, pero ya nos quedó lejos de la casa y batallábamos mucho para levantarnos, porque me quedaba estudiando con mi tía, cuatro años mayor que yo, en la mesa con una lamparita de aceite; nos quedábamos dormidas afuera, en el portalito, con la *cachimbita*.

Me gustaba mucho ir con los otros niños porque era cuando tenía oportunidad de jugar con ellos, pues en casa siempre había trabajo qué hacer. Una vez, me subí a un árbol, estaba columpiándome en las ramas y se me atoró el vestido; cuando bajé, se me quedó el vestido arriba, los niños se rieron mucho de mí.

Actualmente, todas mis compañeras de ese tiempo ya están casadas, tienen hijos, están divorciadas, o les han matado al esposo.

Este recuerdo me lo traen los pisos de tierra en la secundaria, que nosotros ayudamos a construir cuando hacíamos los servicios comunitarios, desde levantar los cimientos y las paredes, incluso tuvimos que tirar como tres veces una pared que no quedaba porque estaban mal hechos los cimientos.

También había una cocina y un dormitorio para los niños que venían de algunas comunidades aledañas a Huicorachi, como Guadalupe Coronado, Guapalayna y El Naranjo.

Hace poco, andaba por el centro de la ciudad y me encontré a uno de los chicos que les di clases, estaba muy contento porque lo habían aceptado en la Universidad La Salle.

Fortalecimiento cultural

En la preparatoria se le daba mucho valor a la cultura ralámuli, a mí me tocó tener el bastón de mando como si fuera *siríame* de una comunidad, en este caso de la escuela.

Tenía que ir de un lado para otro y estar siempre pendiente con el director, quien me regañaba mucho porque era muy mal hablada, me decía que me iba a lavar la boca

con jabón o me cobraba cinco pesos por cada grosería, pues yo creo que le quedé debiendo bastante. Él tuvo que ver mucho con la decisión de que yo siguiera estudiando, porque siempre nos animaba mucho.

Me quedaba en el internado porque estaba lejos mi casa y siempre llegaba tarde a clases en la mañana. Venían estudiantes indígenas de los municipios de Urique y Guazapares, estaban de lunes a viernes, y algunos hasta se quedaban los fines de semana, yo me quedaba nada más de lunes a viernes e iba a casa de mi mamá los fines de semana. La organización era igual que en la casa-hogar: nosotros mismos hacíamos toda la limpieza y la señora Alma, encargada de la cocina, nos hacía la comida.

En ese tiempo me gustaba, y aún me gusta mucho, escribir, pero siento que en ese tiempo se me daba más, en español y en warijó, todavía guardo algunos escritos; uno de mis tutores, el profe Eleazar, me apoyaba para la redacción. También tuve el apoyo de la antropóloga Claudia Harris, quien siempre me estuvo empujando. Cuando me gradué de la preparatoria, fueron mis madrinas de graduación ella y Linda Steinbacher, esta última fue la otra americana que me estuvo ayudando, bueno, todavía siguen las dos ayudándome mucho. A Claudia la conocí cuando tenía 5 años, prácticamente toda mi vida, porque ella estudió mucho con los pueblos warijó, así que en las comunidades la conocen muy bien, y nosotros a ella.

Ingreso a la universidad

Estaba en el último semestre de la preparatoria y no sabía qué hacer, tenía un tutor que me decía estudiara algo

que tuviera que ver con matemáticas, pero me parecía muy aburrido, en realidad, tenía en vista arquitectura o derecho, al último, decidí hacer examen para derecho y, afortunadamente, me quedé.

Cuando decidí ingresar a la Universidad Autónoma de Chihuahua, me acompañó Linda para pedir información, llegamos a Dirección Académica y nos mandaron con Raúl Herrera, quien nos dijo lo que teníamos que hacer, entre otras cosas, tenía que solicitar una carta de pertenencia a un pueblo indígena. Linda se quedó sorprendida de que alguien tuviera que certificarme como indígena.

Fuimos a la Coordinadora, me dijeron que me iban a pasar con una persona, para que me hiciera un examen y ver si era cierto que hablaba warijó. Nos llevaron a una oficina en el primer piso, ahí estaba el ingeniero José Luis García Naranjo, nos saludamos y me preguntó si me habían entregado los audios y videos de una grabación sobre derechos humanos, en los que participé, le respondí que no y en ese momento me los entregó. En la plática le comenté a qué iba y me dijo que no necesitaba hacer ese examen de lengua indígena que me habían pedido, así que regresé con Raúl para continuar los trámites.

Una vez que fui aceptada, asistí al curso previo del PAEI para entrar a la universidad, que de algo debió servirme porque me quedé en la Facultad de Derecho.

Todavía pienso en qué hubiera hecho en caso de no quedarme, pues no tenía ninguna otra opción, nada más me concentré en prepararme para el examen. Cuando salieron los resultados del CENEVAL y me di cuenta de que me quedé fue cuando me entró el pánico por no haber pre-

visto un plan para el caso de que no me hubieran aceptado; hasta ese momento me preocupé.

Vida universitaria

En la universidad hice pocas amistades y tuve buenos docentes; algunos sabían que era indígena y otros no. Algunas clases se me dificultaban más que otras, tenía que machetearle para obtener buenas notas; algunas veces estudiaba con libros y varios diccionarios; una materia logré pasarla hasta el tercer intento, ¡qué vergüenza!

Tuve una tutora a la que vi en escasas ocasiones; finalmente, fue el director el que firmó como mi tutor para un trámite que necesité al finalizar la universidad.

Durante este tiempo empecé a asistir a diferentes congresos de jóvenes indígenas del país, capacitaciones y talleres para liderazgo, por lo que faltaba a clases con cierta frecuencia. No fue fácil, pues estudiaba y trabajaba los fines de semana; además, me encontré con personas que dudaban de mi capacidad para aprender o para llegar a ser una profesionista.

Tuve que lidiar con la discriminación hacia los indígenas: en una ocasión, acudí con uno de mis profesores para pedirle que me justificara una inasistencia por haber asistido a un foro en otro estado, me preguntó si yo era indígena y al decirle que sí me dijo que si sabía bien el español y si entendía lo que me explicaban los maestros en las clases; me dio coraje que alguien me dijera eso, como si me tuviera lástima. O aquel profesor que me dijo que para el examen final quería que pareciera señorita. Y otras tantas muestras de racismo y discriminación que debí enfrentar.

Actividad laboral

Desde que estaba en la universidad he participado, a nivel estatal y nacional, en la difusión cultural y derechos humanos, con ponencias en diversos paneles e impartiendo talleres; también como dictaminadora en varios concursos. Obtuve el Premio Estatal de la Juventud en el área de difusión cultural en 2013. Mientras estudiaba, trabajé con el INEE en una consulta a comunidades y pueblos indígenas.

Realicé mi servicio social en la Comisión Estatal de Derechos Humanos. Egresé en 2017 y mientras me titulaba por materias de maestría, trabajé en Educación Indígena y también fui consejera de la Asamblea Municipal del Instituto Estatal Electoral de Chihuahua.[10]

Conclusión

Me titulé en el 2019, gracias al apoyo de diversas personas que han creído en mí y me han ayudado, ya sea enseñándome o con el simple hecho de darme apoyo moral. También ha sido gracias al apoyo económico de diversas instituciones que forman parte del Programa Universitario Indígena, sola no podría haberlo hecho.

Hay personas de mi familia y de mis amigos que cuestionan lo que hago, para qué me sirve o en qué me beneficia. Me dicen: con lo que estudiaste podrías tener dinero, los indígenas no van a dejarte nada. Si quieres trabajar con pueblos indígenas tienes que acostumbrarte a que te paguen con quesos, animales, o nada.

[10] Desde diciembre del 2020 trabaja en el Instituto Estatal Electoral de Chihuahua.

Actualmente, sigo trabajando en diferentes proyectos; voy a mi comunidad cada que puedo estarme allá unos meses, convivir con las personas y mi familia; y espero seguir aprendiendo para poder colaborar con los pueblos indígenas en el desarrollo de las comunidades.

"Si aprendemos, pero no servimos a la comunidad, de nada nos sirve aquello que aprendemos".

Adversidad

(Testimonio publicado en Vázquez, 2022, pp. 85-87)

Soy hablante de ralámuli. Lo aprendí porque era una manera de comunicarme con mi familia, ellos no saben hablar español y tuve forzosamente que aprender las dos lenguas, de otra manera, cómo me defendía aquí y allá. El ralámuli lo traigo desde muy pequeña, mi mamá nunca dejó de hablármelo, y hablo el español por mis compañeros de Chihuahua y mi madrina de confirmación que estuvo muy pendiente de mí.

Nací en la ciudad de Chihuahua, pero nos tuvimos que ir porque mi mamá no podía cuidarme y trabajar; estuvimos así un tiempo y ya cuando tenía 3 años, regresamos a Chihuahua. Después, volvimos otra vez a la sierra y mi mamá trabajó como dos años en Creel. Cuando tenía 7 años, nos instalamos definitivamente en Chihuahua.

No conocí a mi papá. Alguna vez alguien me dijo quién era, pero no fue mi mamá, ese tema nunca lo platicó conmigo. Ella tuvo que huir de él porque la golpeaba mucho; es mucha la violencia allá en la sierra. Por eso, yo nací en Chihuahua, en el Hospital Central; ella estaba trabajando, tenía que andarse escondiendo porque él la buscaba.

Actualmente, mi mamá tiene muchos problemas porque su nuevo marido tiene demencia, y lo tienen sin salir de su casa. Antes yo la buscaba, tocaba a su puerta y no me abría, yo sentía muy feo. Siempre fui muy insistente y seguí buscándola; ahora, al menos, la veo de vez en cuando.

Alguna vez me pregunté el porqué del cambio de la sierra a la ciudad, pero mi mamá siempre fue marcándome que era una necesidad que estuviéramos aquí, a estarnos

muriendo de hambre; nunca le pregunté, pero eso es lo que pienso de ella, como no crecí con mi papá, de una u otra manera, con hechos, me demostraba que iba a estar conmigo, a pesar de que estuviéramos solas.

Mi mamá es estricta y, gracias a eso, me hizo una persona responsable con los actos que tengo, no diré que soy muy madura, pues cada uno va aprendiendo día tras día, y con eso le doy frente a los problemas.

Infancia en la comunidad

La comunidad donde viven mis abuelitos se llama Gumisachi, ejido de Choguita, a un lado de Norogachi. Me gusta mucho porque es una comunidad poco poblada, donde viven puras familias indígenas; en aquel tiempo, eran diez familias nada más, actualmente aumentó a veinte. Crecí como hija única: cuando jugaba con mis primos, todos se iban a sus casas en la noche y yo me quedaba sola y triste.

De mis primeros años, recuerdo que vivía muy a gusto en la casa de mis abuelitos, pero tuvimos que migrar a Chihuahua por trabajo. La casa de mis abuelos era de piedra, con un solo cuarto y chimenea; dormíamos en el suelo. Vivíamos con mis dos abuelitos, dos tíos, que son hermanos de mi mamá, una tía, mi mamá y yo.

De niña era muy vaga y activa. Me gustaba mucho cuidar a las chivas y ayudar a mi abuelita a acarrear agua porque no teníamos dentro de la casa; íbamos a un aguaje, que estaba un poco retirado, como a unos diez minutos. No teníamos luz, nos alumbrábamos con la pura luz del sol y con la lumbre en la noche. Nos dormíamos temprano y madrugábamos para hacer nuestras actividades. En esta comunidad estuve solo por temporadas.

Educación básica

Estuve un tiempo en la escuela, en Creel, pero dice mi mamá que era muy vaga, no entraba a clases porque jugaba mucho con una niña de otra escuela. Cuando nos cambiamos a Chihuahua, entré a la "Mujer Obrera", donde estudié los seis años de la primaria.

No sabía hablar español cuando empecé la primaria, mi madrina de comunión me empezó a hablar en este idioma y me explicaba con señas, porque ella es mestiza, así me enseñó, poco a poco, hasta que le fui entendiendo.

Como no hablaba español, las maestras decían que era muy seria, que no participaba, bueno, esa era la queja que traían; mi mamá también me empezó a hablar en español, poquito, pero nunca dejó de hablarme tarahumara. Batallé mucho los dos primeros años.

Tengo el recuerdo positivo de dos profesores que marcaron mi infancia: la maestra Martha, que fue muy apegada a mi mamá, muy bonita maestra, y el profe Rogelio, que a pesar de sus gritos y demás, pues aprendimos mucho. Como recuerdo negativo, nada más el trato de los compañeros, como no sabía hablar español, me mantenía agarrándome de los cabellos, peleándome con mis compañeros, y como mi mamá nunca se quitaba la vestimenta tarahumara, me traían como trapo viejo. En tercero fue cuando ya me defendí; mi madrina se molestaba mucho y me decía: pues, ¡defiéndete!

Estudié la secundaria en la "Técnica 32", que está por la UP y la calle 38. Ahí mi experiencia fue más calmada, más aceptable, como ya de la primaria conocía a los de sexto, para mí fue más fácil porque ya no me hicieron no-

vatada, no me hicieron cosas que le hacen a los de primero; fue más fácil, más calmadito, ya no me trataban como "la indígena"; los primeros dos meses sí se burlaban, pero como los de segundo y tercero estaban de mi parte, ya les tenían miedo y me fueron respetando más; incluso, tenía muchos grupitos de amistades, ya no me hacían *bullying*, al contrario, me decían que les enseñara un poco de ralámuli.

Cuando empecé a trabajar, descuidé la escuela. Nunca he sido de buenas calificaciones, pero tampoco nunca me gustó descuidar la escuela. Cursé ahí los tres años.

Bachillerato

Después, entré al Colegio de Bachilleres 2, que está por la Santa Rosa y la calle 12. Me fue igual, como quien dice, ya me esperaban y entré muy a gusto, sabían que era indígena, pero como que ya no lo recordaban, me llamaban solamente por mi nombre. Los profes me trataban igual que a los otros compañeros, todo bien, muy a gusto me la pasé. Desde ahí empecé a conocer más amistades.

Ingreso a la universidad

¿Por qué decidí entrar a la universidad? Yo creo que me aferré en todos los años de primaria y secundaria porque todos mis compañeros se entusiasmaban, platicaban y hasta hacían planes de dónde iban a entrar, y conforme iba escuchándolos, me decía: "¿Por qué yo no? Si terminé la secundaria y el bachillerato trabajando... ¿por qué no puedo entrar a la universidad?". Así, fue como quise entrar a la universidad, porque no me quería quedar atrás.

Mi mamá nunca me apoyó para estudiar, desde la secundaria, por eso decidí trabajar y estudiar; trabajé des-

de que entré a la secundaria, de los 13 años en adelante, trabajaba en casa y empecé a vender cueritos en las calles, sábados y domingos, y en las tardes que salía de la secundaria; de ahí, conocí a una señora que le dicen Tula, y me dijo que necesitaba una muchacha. Así estuve trabajando hasta la universidad.

En el primer semestre de la universidad andaba de traductora y conocí a una señora que se llama Belén, quien trabajaba en el municipio y me presentó con su jefe. Empecé a trabajar en el municipio, y gracias a ese ingreso y las becas fue como pude estudiar porque de otra manera no lo hubiera logrado.

Quería estudiar enfermería y presenté el examen, pero no entré por mi puntaje. Tuve la oportunidad de elegir una carrera como segunda opción y escogí la Licenciatura en Administración Agrotecnológica; salí muy contenta de esa carrera, no me arrepiento, la verdad, de haberla escogido.

Vida universitaria

La relación con mis compañeros fue muy suave, todos nos apoyábamos entre todos. Quedé embarazada cuando estaba en el tercer semestre y pensé que me iban a rechazar, pero sucedió lo contrario, todos estaban al pendiente de mi embarazo, como si fueran ellos también parte de mi familia o muy cercanos.

No sentí mis dos embarazos, no sentí el cambio, nada más cuando nacieron. Solo afectó el primer embarazo mi desempeño académico porque andábamos en exámenes finales y tuve que presentar dos con mi bebé en brazos, al día siguiente

que me dieron de alta en el hospital. Recuperé las materias que había reprobado y salí junto con mis compañeros.

Tengo una prima, que no trabajaba, ni estudiaba, y ella cuidó a mi hija durante todo un año. A veces, me llevaba a la niña a clases y nadie me decía nada. La niña era calmadita en ese entonces, no me hacía tanta lata, mi mamá me ayudaba de vez en cuando, pero como es muy estricta, me regañaba por todo lo que había pasado.

Nada más tengo un hermano, de 9 años; mi mamá era igual conmigo que con mi hermano, la misma manía, a lo mejor, porque no quiere que suframos lo mismo que ella; sé que piensa muchas cosas, pero yo no puedo juzgarla, ni decirle nada, cada mamá somos diferentes.

No tuve novio hasta que conocí al papá de mis hijas. Yo era muy amante de andar en grupos, nunca sola, porque siempre se me arrimaban las personas. No me sentía rara entre puros mestizos.

En temas muy abiertos, siempre soy callada, pero al momento de que ya me piden mi voz, me suelto de la lengua; y nunca me sentí aparte porque ellos mismos me hacían sentir como parte de su grupo.

Mis materias preferidas en la "uni" fueron casi todas; bueno, la lectura casi nunca me ha gustado, pero todo lo que son fórmulas matemáticas sí me gustaban, aunque no tuviera buenas calificaciones, pero ahí estaba. El inglés no, claro que la maestra era muy buena, pero de todos los semestres que me tocó con ella, se me pegó una que otra palabrita; siempre teníamos horas libres, o de un semestre, íbamos tres veces a clases.

Identidad

Haber estudiado en la universidad no hace que uno pierda su cultura. En mi opinión no es así, porque llevas contigo la raíz de tu familia, de tu cultura, es como si vinieras a la ciudad y te olvidaras de todo, sería como cortar un árbol para volver a crecer en otro, pues no, porque la cultura la llevas desde que naces; bueno, en mi familia nunca me dijeron "Tienes que ir a nuestra comunidad a fuerzas", siempre tuvieron la opción de decirme "¿Quieres ir?, pues vamos", pero a mí siempre me ha gustado estar ahí.

En cuanto a la vestimenta tradicional, es decisión de cada persona: cómo se quiera vestir, cómo le guste estar más cómoda, ya eso depende de cada quien.

A mis hijas les enseño las dos lenguas, porque yo sé lo que es batallar, que se burlen, pero ahorita hablan más español que tarahumara.

No es más importante el español, sino las dos; yo sé que ellas van a hablar las dos, aunque, la mayor, en la primaria, tiene más comunicación en español que en tarahumara.

Empleo

Para apoyar mis gastos, también llegué a desempeñar otros empleos: empleada doméstica, niñera, organizadora de eventos en un salón de fiestas infantiles, cajera de supermercado, mesera en un restaurante y una rosticería de pollos, traductora de tarahumara-español, promotora comunitaria y colaboradora en el área de atención ciudadana del municipio de Chihuahua. Cuando salí de la universidad, llegué a trabajar otra vez en casa y después en la radio de Guachochi.

Pues nomás en eso, no he tenido mucho "paquete". Me gustaría trabajar en algo que tenga que ver con ayudar a las personas, eso me anima, pues me gustó mucho el trabajo que hice cuando estuve en el municipio.

Superación ante la inequidad

(Testimonio publicado en Vázquez, 2022, pp. 88-90)

Nací en la clínica de la Unidad Médica Rural de Yerbitas y actualmente vivo en la comunidad El Ocote, del municipio de Guadalupe y Calvo. Mi papá murió cuando yo tenía nueve años. Mi familia vivía en la comunidad Palos Caídos; decía mi abuelo que le pusieron ese nombre porque tiempo antes había pasado una "culebra de agua" que derribó todos los pinos.

Recuerdo que cuando vivíamos en Palos Caídos solo había tres casitas, vivíamos arriba y hacia abajo mis abuelitos, como a diez minutos de distancia, y al otro extremo, como formando un triángulo, estaba la casa de un hermano de mi papá. Por un lado de la casa de mi tío pasaba un arroyo, que a mí me parecía muy bonito. También había mucho bosque, pero actualmente ya casi no hay. El agua la traíamos de una ciénaga más arriba.

En la casa de mi abuela se reunía más gente de la familia, bailábamos matachín y *yúmare*, y tomábamos tesgüino; nos acompañaba una comadre de mi mamá que vivía en Yerbitas, se llama Paula y es mestiza, pero iba al rancho a convivir porque le gustaban mucho esas tradiciones.

Mis abuelos paternos y mi papá eran hablantes de tarahumara, los hermanos de mi papá lo hablan, mis primos no sé, y mi mamá y sus papás solo lo entienden. Cuando mi papá murió nos distanciamos de la comunidad y de toda la parte cultural, tal vez seríamos hablantes de ralámuli si mi papá no hubiera muerto.

Educación básica

Las primeras veces que asistí a escuelas fue como de visita porque no me inscribían; estuve yendo a La Laja, Rancho del Indio y, ya una vez que nos cambiamos a Palos Caídos, mi mamá nos inscribió en la primaria "Eduardo Omarini", de Turuachi, donde estudié desde primero hasta sexto.

Me quedaba en el albergue del INI, con mi hermano quien me lleva tres años más de diferencia, y después entró mi hermana, tres años menor que yo. Recuerdo muy bien al doctor Roque Hernández del INI que nos visitaba para supervisar el funcionamiento del albergue.

Mi papá nos dejaba en el albergue los domingos o nos encaminaba al camión. Si nos íbamos sin mi papá, salíamos los lunes como a las cuatro y media o cinco de la mañana y caminábamos como dos horas para tomar el camión en la carretera, cerca del entronque de Yerbitas.

El regreso a casa era los viernes a mediodía, si iba mi papá él nos conseguía "raid" y nos daba para el camión. Cuando estaba como en quinto o sexto de primaria, mi papá murió, a partir de entonces nos íbamos en "raid", aunque siempre me dio miedo viajar arriba de un camión "trocero", pero no había de otra.

Para nosotros fue un período muy complicado; a veces nos teníamos que quedar hasta quince días en el albergue, por complicaciones económicas y de tiempo por las que atravesaba mi familia. Pero nos beneficiaba mucho, tanto a mis papás como a nosotros, porque ahí teníamos alimentos, hospedaje, útiles y otros apoyos más.

Al terminar la primaria, me inscribieron en la secundaria de la misma localidad, y me asistía nuevamente en un

internado. Solo estuve un año porque tuvimos problemas muy graves que nos obligaron a movernos continuamente, así que mi mamá prefirió inscribirme en Yerbitas, que nos quedaba mucho más cerca de la comunidad donde vivimos actualmente, y ahí terminé con mis estudios de secundaria.

Bachillerato

Como no había preparatoria en Yerbitas, mi mamá me inscribió al CECYT 4 de Guadalupe y Calvo; al llegar, buscamos un lugar para quedarme y no estar viajando desde mi comunidad, no encontramos, pero nos dieron información sobre un internado al que asistían los estudiantes, lo que para mí fue de gran ayuda por mi situación económica.

En ocasiones, no podía ir a mi casa cada fin de semana y me quedaba hasta un mes continuo, sin embargo, no siento resentimiento al tener que estar viviendo en internados para poder estudiar, pues lo considero como un aprendizaje para sobresalir; además, aprecio que siempre he recibido mucho apoyo por parte de las instituciones.

En las vacaciones y los fines de semana, que regresaba a mi casa, trabajaba en un restaurante de una tía política, para ayudar a mi mamá con los gastos porque somos cuatro hermanos, y mi mamá tenía que darnos estudio a todos.

En ese tiempo, las cosas se nos complicaron, mi hermano mayor estaba estudiando Ingeniería Forestal en Uruapan, Michoacán, y teníamos que enviarle dinero para sus gastos. Fueron tiempos difíciles, que duele recordar, porque sufrimos mucho; por ser la mayor, yo siempre andaba con mi mamá consiguiendo dinero, vendiendo y moviéndonos de un lugar a otro.

Mi mamá siempre nos ha inculcado el hacer cosas para poder sobresalir, hacer de todo para vender y obtener dinero para nuestros gastos, sobre todo de transporte, que era lo que más se nos dificultaba, y si no teníamos dinero para el transporte, pues caminábamos o pedíamos "raid", como se acostumbra allá en la sierra.

Cuando terminé la preparatoria, tuve problemas para que me entregaran mis papeles porque debía en el internado un porcentaje de la cuota que piden, como es llevar algunas cargas de leña por mes y otras cosas, que se nos van quedando pendientes por dificultades económicas. Otro problema que tuve es que no sabía qué hacer, si trabajar o estudiar, aunque el interés de estudiar y salir adelante siempre ha estado en mí.

En ese tiempo, el actual esposo de mi mamá trabajaba de chofer con las madres del convento de Guadalupe y me consiguió trabajo con ellas, daba clases y les ayudaba en la cocina y con las niñas. Ahí estuve ocho meses, hasta que un día la directora del albergue del convento me dijo que en Parral una señora quería que me estuviera con ella para cuidarla, y a cambio me pagaban la inscripción de un curso o lo que quisiera seguir estudiando.

Decidí aprovechar la oportunidad y me fui a Parral, pero las cosas no sucedieron como las planeamos, pues el mes que viví con esa señora fue tan feo que no se lo deseo a nadie, sufrí muchísimo con esa señora, no podía ni salir, así que no pude estudiar ni tomar algún curso. No aguanté y prácticamente me escapé, regresé de nuevo a mi casa y me puse a trabajar en una tortillería, con una de mis tías.

Educación superior

Después de egresar del CECYTECH, mantuve contacto con varios compañeros, algunos estaban estudiando en el Tecnológico de Parral, me platicaban sobre sus estudios y cómo les estaba yendo, así que busqué información para inscribirme en esa escuela, por medio de ellos y otro amigo que estaba a punto de terminar la preparatoria.

Mi mamá me acompañó al Tecnológico, me dieron toda la información sobre los requisitos de ingreso, cómo tenía que pagar, y me proporcionaron una guía de estudio para presentar el examen de admisión.

Me aceptaron y me inscribí con lo que había ahorrado de mi trabajo para ese propósito, pero solamente estuve dos meses porque no me alcanzó lo poquito que había ahorrado; intenté encontrar un empleo, pero el horario de la escuela era en la mañana y en la tarde no encontraba trabajo.

Uno de los compañeros que se fue conmigo encontró trabajo, pero era de guardia en un bar, en la noche. Se me fue terminando poco a poco el dinero, incluso en ocasiones me iba caminando hasta el Tec, no me quedaba tan lejos, pero sí era muy cansado. Ante esta situación, ya no continué y me regresé al pueblo para trabajar.

Después de unos meses, mi hermano se casó y me convenció de mudarme a Chihuahua y acepté. Recuerdo muy bien que llegué un 15 de septiembre porque me llevaron a la fiesta de celebración de la Independencia. Como en quince días conseguí trabajo en una maquila, ya que mi objetivo era trabajar, ayudar a mi mamá para que mis hermanas terminaran su preparatoria y después seguir estudiando.

Ingreso a la UACH

Fueron pasando los años y no encontraba la manera de continuar mis estudios, sobre todo, por comentarios de jóvenes que estudian y trabajan al mismo tiempo, quienes decían que no les alcanzaba lo que ganaban, lo que hacía que se me bajaran los ánimos. Por otra parte, mis hermanas estaban terminando la prepa, una de ellas se fue a estudiar Ciencias de la Educación a León, Guanajuato, y tuvimos que ayudarla económicamente. Mi otra hermana decidió ingresar a la UACH, y cuando se inscribió me di cuenta de los apoyos para jóvenes indígenas.

Por consejos de mis hermanas y de la tutora de una de ellas, me animaron a estudiar y cuando me dijeron que de no hacerlo acabaría trabajando toda mi vida en una maquila, es que decidí seguir estudiando.

Por recomendación de una hermana, fui a Dirección Académica para hablar con Raúl Herrera, encargado del PAEI, y pedirle información sobre los trámites para ingresar a la UACH. Me explicó cuál era la papelería que tenía que entregar y me dijo que necesitaba una carta de la CDI, inmediatamente fui a solicitar dicha carta, me entrevistó Alfredo Ramírez y me pareció gracioso que en cuanto le mencioné la comunidad de Palos Caídos me dijo que conocía todas esas comunidades indígenas, y me aceptaron.

Tenía poca información detallada sobre las opciones para estudiar, no sabía exactamente lo que quería estudiar, creo que nos pasa a todos al tomar esa decisión, solo tenía conocimiento de las carreras de Administración y Contabilidad, que nunca me han gustado, y de Enfermería.

Me convencía la enfermería, pero pensaba que no era

mi área; al ver que no me convencía ninguna otra, decidí entrar. Saqué ficha y presenté el examen, pero no me quedé.

Regresé con Raúl para decirle que no pude entrar a Enfermería, me explicó que tenía la posibilidad de entrar a alguna de las carreras que se ofrecían como segunda opción, y me pidió que fuera a investigar si tenían lugar en la que tuviera más interés.

Solamente dos facultades ofrecían cupo: Filosofía y Letras, y Ciencias Agrotecnológicas, no sabía sobre qué trataba la última, que todos conocían como FACIATEC, pero fue adonde me encaminé primero. En las oficinas me dieron unos trípticos informativos con las carreras de Ingeniería en Desarrollo Territorial, Ingeniería en Horticultura, y Administración Agrotecnológica, opté por esta última y no me arrepiento, me gusta mucho mi carrera, es maravillosa.

Vida universitaria

Durante mis estudios de licenciatura tuve muchas dificultades porque no podía adaptarme debido a que tenía algunos problemas psicológicos que arrastraba de tiempo atrás, así como carencias económicas, de transporte y de ubicar ciertas cosas, pero batallé más para adaptarme al nivel de conocimiento que traían mis compañeros de la ciudad, con mayor razón por el tiempo que dejé de estudiar. Otra cosa que se me dificultó mucho fue la expresión oral. La mayoría de nosotros todavía nos ponemos nerviosos y temblamos cuando nos ponen a exponer.

Los cursos y talleres impartidos por el PUI y el PAEI sobre diferentes temas nos han ayudado mucho para expresarnos y perder el miedo, para comunicarnos y socializar con todos los demás.

En lo personal, he recibido diferentes invitaciones para participar en la Sociedad de Alumnos y en el Consejo Técnico de la facultad, y acepté en ambas, aunque en la primera estuve poco tiempo, con la intención de involucrarme y socializar más. Nunca me he puesto barreras para hacer más cosas, siempre hay algo que aprender.

Algunas de mis compañeras indígenas participan en un programa que se transmite en Radio Universidad, hablan súper bien, me encanta y enorgullece, pues son un ejemplo de superación.[11]

Quienes venimos de la sierra no contamos con los medios que nos ayuden para buscar información, casi siempre estamos en las bibliotecas porque no tenemos computadora y debemos ir al centro de cómputo, o buscar libros, etcétera, creo que somos los que más las visitamos.

En mi caso, soy lenta para buscar información, eso me desesperaba en la prepa, y en la licenciatura me provocó mucho estrés porque duraba las horas con algo, no terminaba y los tiempos que tenía eran muy cortos; salía de clases a las tres y tenía hasta las seis para hacerlo, agarrar el camión e irme a casa, por el miedo de andar en la noche.

Posteriormente pude comprarme una computadora que me facilitó las cosas; aunque no tuviera internet, descargaba lo que necesitaba y trabajaba muy a gusto en mi casita.

---

[11] Programa radiofónico "Pueblos Kawi". El programa inaugural se transmitió el 7 de mayo del 2014, desde el Salón 25 de Marzo del Palacio de Gobierno de Chihuahua con una entrevista al gobernador por Antonio Chaparro (ódami, coordinador), Brenda López (warijó), Martha Laura Palma (ralámuli) y Oralia Carrillo (ralámuli).

Durante los primeros semestres tenía que quedarme para hacer las tareas, a veces llegaba al centro de cómputo y estaba todo lleno, lo que me desesperaba hasta casi llorar y querer rendirme. En la licenciatura viví una etapa de estrés muy fuerte con constantes dolores de cabeza y mal comidas, pero considero que muchos jóvenes pasamos por ese proceso.

En la universidad me identificaban como estudiante indígena, sobre todo porque formamos un grupito en el que nos juntábamos las que veníamos de la sierra, ahí estaban Erika, Lorena, Cindy, y otras más. Sin embargo, nunca sentí discriminación por este motivo, tenía compañeros muy sociables que se interesaban por conocer nuestras culturas, lo que tenemos allá, lo que hacemos y todo lo que consideraban diferente.

Posgrado

En ningún momento pensé estudiar una maestría, es más, estaba decidida a no hacerlo por el estrés que había pasado durante la licenciatura; sin embargo, el coordinador del PUI me convenció cuando me explicó los beneficios del Programa de Incorporación de Mujeres Indígenas al Posgrado. Asistí a la reunión de información con Bertha Casillas, después de escuchar toda la información, me convencí plenamente de estudiar una maestría y me inscribí en ese programa.

Ra'ichali bi tibí

("Nos queda la palabra". Traducción de Flor Esther Morales Moreno)

La luz naranja del atardecer entraba por el ventanal que observa los jardines del antiguo CIDECH,[12] en un salón ubicado en la planta alta de la biblioteca central del Centro Cultural Bicentenario Carlos Montemayor Aceves, cuya construcción inició en agosto del 2010 en medio de la polémica, debido a que originalmente estaba planeado su emplazamiento en la intersección que forman las avenidas División del Norte y Universidad, y contemplaba el derribo de árboles con mucha antigüedad. Pero la oposición social —hubo jóvenes que se ataron con cuerdas a algunos árboles para impedir la operación de la maquinaria—, obligó a que su localización se desplazara algunos metros.

En un extremo del salón se encontraba una joven acicalada con vestido ralámuli y huaraches. Poseedora de una sonrisa espontánea y una mirada transparente, denotaba cierto nerviosismo al estar frente a un grupo de empleados de gobierno, miembros de asociaciones civiles y estudiantes universitarios, interesados en aprender la lengua ralámuli. Después me enteré por ella misma que en ese tiempo, con 20 años, cursaba el cuarto semestre en Lingüística antropológica y no tenía experiencia docente, solo una plática de diez minutos con Enrique Servín para que

[12] El Centro de Información del Estado de Chihuahua (CIDECH) funcionó cerca de 30 años como biblioteca pública, pero resultaba insuficiente, por lo que se construyó un inmueble moderno para ofrecer mejores servicios con tecnología más avanzada.

supiera cómo usar el material didáctico: fotocopias del manual *Ralámuli Raichábo*, un pizarrón, hojas de rotafolio y unos marcadores. "Estaba asustada porque me sentía comprometida con transmitir el idioma ralámuli, no era algo que me tomara a la ligera", pensaba ella en ese momento.

Hasta donde alcanzan sus recuerdos, en su familia siempre le han llamado Sewá. Aparentemente se debe a que así se dice su nombre en ralámuli, no tanto porque en su lengua no exista el sonido efe (f), aunque está el caso de una chica a la que su abuelo, monolingüe, le daba distintos nombres como Beti, Lola, etc., porque no podía pronunciar la efe de Flor.

Proviene de una familia de cinco integrantes. Su papá, originario de Ramuchéachi, trabajaba en el aserradero y, ocasionalmente, actuaba como taxista cuando se hacían entregas de apoyos sociales. Por supuesto que también laboraba en la milpa, pues no podía faltar el *sunú* para elaborar *batari*, *kobísi* y *remé*; *muní*, *bachí* y *rerowi*.[13]

Su mamá es originaria de Basoléachi. Maestra jubilada del sistema de educación indígena. Como tenían que vivir en la comunidad a la que fuera enviada para dar clases, se mudaban a distintos lugares de la sierra; por eso cuando le preguntan "¿De dónde eres?" contesta: "Soy de la sierra, pero de varios lugares, no de una localidad en particular. Si bien, de alguna manera Ramuchéachi siempre ha sido un punto de retorno para las vacaciones, días feriados o algún fin de semana. En ciertas ocasiones digo que soy de ahí, que, al fin y al cabo, es el punto a donde siempre termino regresando".

[13] Maíz, tesgüino, pinole, tortilla; frijol, calabaza y papa.

Los dos primeros años de la instrucción primaria los estudió en una institución de religiosas del Sagrado Corazón de Jesús en Norogachi, no obstante, por problemas entre el gobierno del estado y ese tipo de escuelas atendidas por religiosas, para cursar el tercer grado tuvo que trasladarse a la cabecera municipal de Bocoyna.

Para ella significó un gran cambio porque en Norogachi todos los niños se asumían ralámuli y hablaban su lengua materna, con excepción de una alumna mestiza, que se adecuaba a los demás porque vestía indumentaria ralámuli, aunque no hablara su lengua. Debido a esa convivencia y otras posteriores, desde niña se comunica de manera fluida en las dos lenguas.

Después tuvieron que mudarse, por cambio de escuela de su mamá, a un pequeño rancho llamado Rosabichi, en el mismo municipio de Bocoyna. Los primeros días los recuerda con gran pesar porque no tenían a dónde llegar y durmieron en el piso de una de las aulas que estaba llena de bancas, libros, despensas, sillas y cajas con documentos, situación agravada por el frío y las incontables goteras del gastado techo por donde se filtraba el agua de una intensa e interminable lluvia. Así debieron vivir durante varios días, en los que su mamá preparaba comida, arreglándoselas con los utensilios que estaban a mano, siempre encontrando la manera de cómo hacer las cosas. Por suerte, poco después encontraron una casa de renta cercana a la escuela.

En ese plantel entendió las diferencias culturales al encontrarse con niños provenientes de ranchos, con su mismo color de piel y edad, pero no hablaban su lengua ni de temas que incluyeran los términos tarahumara o ralámuli. En sus palabras: “Cambió mi mundo ante niños bien

malcriados, eran muy malos. El primer día de clases me hicieron llorar, sentí muy feo y salí del salón. Ni siquiera recuerdo exactamente por qué me molestaban, solo que lloraba y le decía a mi papá que quería regresar a Norogachi, pero ya no se podía, y no me quedó de otra más que aguantarme en seguir ahí".

En esa escuela fue la primera vez que su mamá le dio clases y tuvo que aprender a conducirse, según el contexto; le decía: "En la escuela soy tu maestra, saliendo de ahí ya soy tu mamá". Al principio le resultaba confuso tener que llamarla maestra, pero con el tiempo se le fue facilitando, sobre todo después de que en una ocasión provocara la risa y burla de sus compañeros al decirle mamá a la maestra.

En ese tiempo estuvo viviendo solo con ella porque su papá se quedó en Ramuchéachi, su hermana en un internado de religiosas en Creel y su hermano mayor se estaba tomando un tiempo libre al concluir la preparatoria.

Esa temprana separación familiar la sintió como una fragmentación dolorosa de su vida y la llevó, durante mucho tiempo, a tener sentimientos de tristeza y melancolía. Intuye que lo mismo sucedía con su mamá y que, por esa razón, todos los fines de semana se trasladaban a Ramuchéachi. Ni las inclemencias del frío, el viento o las intensas lluvias les impedían viajar para estar en la casa familiar. Generalmente lo hacían en el Datsun amarillo de su papá, pero si él no podía ir por ellas, caminaban hasta Creel para abordar el camión. Aun cuando no era mucho el recorrido le resultaba agotador, por el peso de la mochila en que llevaba los útiles para cumplir con los deberes escolares; sin embargo, la animaba la perspectiva de estar con su familia,

amigos y vecinos con quienes compartía la misma lengua y forma de ver al mundo.

Con el paso del tiempo, y gracias a su capacidad de adaptación, se fue acostumbrando a las nuevas condiciones de vida, tan es así que hizo amistades en la escuela y llegó a conocer de cerca cómo vivían porque su mamá, como parte de su práctica docente, tenía que hacer visitas a las casas de sus alumnos, y ella aprovechaba para pasear y platicar con ellos. Aunque su madre, por razones que nunca le previno —tal vez por sus escasos 9 años—, pidió un cambio de escuela, que le concedieron después de trabajar ahí un año y dos meses.

Se mudaron a la cabecera municipal de Bocoyna donde cursó el quinto y sexto grados de la primaria, los tres de la secundaria y uno de preparatoria; así que estuvo alrededor de seis años viviendo en ese sitio, al que llegó a considerar "un pueblo totalmente mestizo, muy racista, como suelen ser los pueblos de la sierra, donde ser indígena a lo mejor no es tan válido".

Esta afirmación procede de varias situaciones, entre otras, la siguiente: recién llegadas a esa localidad se dieron cuenta de que ya no se celebraban fiestas tradicionales porque, según les platicaron algunos de sus vecinos, a una de las religiosas no le gustaba el ruido que se generaba y corrió a la gente un día porque decía que hacían mucho escándalo, y a partir de ese momento ya no hicieron fiestas. "Posteriormente los movieron a un cerro, les hicieron una construcción consistente en un mero cuarto —ni siquiera iglesia—, y les dijeron váyanse allá a hacer su fiesta, y hasta la fecha continúa esa situación".

En otro caso, su mamá platicó con una de sus alumnas más pequeñas sobre su vida familiar. La niña le comentó que sus abuelas usaban faldas tradicionales, y que su mamá también, cuando era chica, pero ahora ya no lo hacían. A la pregunta de por qué no las seguían usando, la niña respondió que su mamá ya las había quemado. Hasta la fecha, este recuerdo le ronda constantemente y se cuestiona: "¿Cómo son en ese pueblo, que te inducen a quemar tus faldas? ¿Por qué?".

En la nueva escuela notó cómo se cortaban los vínculos que antes tenía con los niños ralámuli, más que en Rosabichi. Vestían uniforme escolar, y ya no observaba a niñas con falda tradicional. Tampoco estaba vigente el idioma ralámuli; en su caso, pasó a ser idioma de casa. En Rosabichi también, pero en menor medida. En Norogachi era diferente porque lo usaban de manera generalizada en el centro del pueblo, en la tienda, en la escuela, en la casa, es decir, su uso estaba normalizado. A pesar de esto, hizo varias amistades, pero siempre usando el idioma español para comunicarse. Aunque muchas personas provenían de ranchos y de familias ralámuli, nunca se comentaba sobre ese origen, ni se hablaba del idioma.

Cuando estaba por concluir el primer año de la preparatoria, su hermano terminó la licenciatura en la Normal y encontró trabajo en la Normal Experimental de Parral. Enseguida pensó en cambiar de escuela porque el telebachillerato contaba con pocos maestros que se ausentaban constantemente. Sentía que no estaba aprendiendo. Hasta ese momento estuvo muy apegada a sus padres, pero por razones educativas y un deseo de superación decidió mudarse con su hermano.

Al principio le resultó complicado porque no había vivido antes en una ciudad. Conocía Guachochi y había estado en Chihuahua un par de veces, "nada más de pasadita". Por casualidad, cuando su mamá estuvo en Bocoyna conoció a una maestra que era originaria de Parral, lo que les facilitó la estancia, porque les ofreció aposento con su familia. Aún no sabe si fue suerte, coincidencia o el destino, porque la casa estaba muy cerca del plantel Ramón López Velarde y también de la Normal donde iba a trabajar su hermano, es decir, todo se fue acomodando sin planearlo.

En Parral, con población mestiza mayoritaria, con dificultad iba a encontrarse con personas ralámuli. "Los chavos de ahí son muy "blancos"; cuando uno llega se siente fuera de lugar", pensaba. No obstante, descubrió que podía llegar caminando al centro desde varios puntos. En cuanto al idioma, tampoco tuvo problemas de adaptación porque el español siempre había estado presente en su vida, lo que le facilitó la movilidad.

Le gustó mucho la preparatoria porque sentía que enseñaban mejor que en el telebachillerato; sin embargo, había mayor exigencia. Reprobó tres o cuatro materias por temas que desconocía porque no los habían estudiado en la preparatoria de la sierra, pero con dedicación y empeño fue superando sus deficiencias académicas.

Por desgracia, también padeció situaciones de racismo que prefiere no explicitar; hacía caso omiso y con su desempeño les demostraba que sus ideas estaban equivocadas, porque cualquier persona tiene la capacidad para aprender. Consideraba esas circunstancias como parte de su crecimiento personal, al aprender a no sentirse mal por

determinados comentarios. Como su hermano tenía otras ocupaciones, tuvo que superar sola esa dura experiencia.

Nada más estuvo un año en Parral, regresó a la sierra para cursar el tercer año de preparatoria en el CECYTECH de Rocheachi, cerca de la casa familiar de Ramuchéachi. Tomó esa decisión porque casi todo el tiempo había estado con su mamá y había convivido poco con su papá. Conoció a primos y otros miembros de la familia con quienes no había tratado. También mejoró mucho la convivencia con su padre. Cuando estudiaba en la secundaria, casi no hablaban porque a ella le daba vergüenza. Él estaba acostumbrado a vivir solo y únicamente se veían los fines de semana. No obstante, para su sorpresa, se generó una gran confianza entre ambos.

Al concluir la preparatoria decidió disfrutar las vacaciones de verano en la sierra. En una de tantas ocasiones en que sintonizaba la programación de la radiodifusora indigenista XETAR, escuchó un aviso que promovía la oferta educativa de la Escuela de Antropología en Chihuahua, de otra manera no se hubiera enterado porque en su comunidad no tenían acceso a internet y les llegaba poca información sobre las opciones de educación superior. En cuanto a la descripción sobre las carreras, le llamó la atención la Licenciatura en Antropología Social, por lo que garabateó en un papelito el número telefónico proporcionado para solicitar más información.

En la primera oportunidad que tuvo se trasladó a la cabecera municipal con su mamá porque en la comunidad de Rocheachi no había señal de telefonía. En la caseta telefónica la comunicaron y preguntó por el proceso de inscripción. Le dijeron que estaba a tiempo para la pre-

inscripción y entrega de documentación. En cuanto colgó, le dijo muy contenta a su mamá que eso es lo que quería estudiar. Durante todo el trayecto de regreso, la conversación giró en torno a cómo organizar su futura estancia en la ciudad.

Una vez llegadas a casa, mientras preparaban la comida, platicaron en familia algunas de las ideas que se les ocurrieron en el camino. Lo primero que hicieron fue analizar sus ingresos para determinar la cantidad de que podrían disponer, pero la mayor complicación estaba en conseguir hospedaje porque no tenían parientes ni conocidos que vivieran en la ciudad. De pronto, recordaron que las monjas habían apoyado a algunas personas en situaciones semejantes y decidieron hablar con ellas para pedirles consejo.

A temprana hora del día siguiente, nada más desayunar, se encaminaron a la iglesia de Rocheachi. Las religiosas las recibieron enseguida. Después de explicarles a las monjas que las atendieron las circunstancias que las llevaron ahí, preguntaron si conocían a alguien que viviera en Chihuahua para que Sewá se hospedara, mientras tomaba el curso obligatorio de dos semanas para inscribirse en la Escuela de Antropología. Las monjas respondieron que era posible con sus compañeras de la ciudad, y amablemente les proporcionaron el domicilio.

Los días siguientes fueron muy ajetreados. Contaba con pocos días para organizar su viaje y le preocupaba el drástico viraje que tendría su vida, al verse obligada a vivir más lejos de su familia. Respecto a la parte material, no le molestaba tanto preparar las maletas, pues con unas cuantas mudas de ropa y algunos enseres de higiene era suficiente.

Un domingo muy temprano viajó a la ciudad de Chihuahua acompañada de su mamá. En cuanto llegaron se trasladaron directamente a la casa de las religiosas. Durante el recorrido se dio cuenta de que la ciudad, aunque le era desconocida, no era tan impresionante como la había imaginado, tal vez debido a su experiencia en Parral.

El taxi las dejó frente al domicilio indicado, una casa situada en la calle Matamoros de la colonia Zarco, a unos cuantos metros de los Jardines del Mortero y el asilo de ancianos El Bocado del Pobre.

Las monjas las recibieron. Después de escucharlas atentamente, autorizaron que viviera con ellas mientras asistía al curso y, en caso de ser aceptada, un tiempo adicional en tanto encontraba una casa de renta. Nada más dejarla instalada, su mamá regresó a la sierra apremiada por su trabajo. Se despidieron con un dejo de tristeza, pero con esperanza por lo que esto representaba en su futuro como familia.

Al día siguiente empezó a asistir al curso, de nueve de la mañana a tres de la tarde. A temprana hora desayunaba y, como estaba acostumbrada a caminar grandes distancias, se desplazaba cómodamente a pie aprovechando la relativa cercanía de la escuela. Al término del propedéutico quedó seleccionada y regresó a la sierra para pasar una corta estancia antes de mudarse definitivamente a la ciudad de Chihuahua.

Inició clases en agosto del 2013. Al tratarla y enterarse de que era ralámuli hablante de su lengua materna, algunos maestros le fueron inculcando la idea de cambiarse a Lingüística antropológica. La convencieron y al finalizar

el primer semestre cambió de carrera, decisión que todavía hoy le parece de lo más acertado que ha hecho en su vida.

Poco a poco se fueron dando las cosas, como encontrar un trabajo que le permitiera seguir estudiando. Primero pasó por dos trabajos sin importancia; después, la contactó el maestro Enrique Servín para invitarla a participar en la impartición de cursos de ralámuli a través del Instituto Chihuahuense de Cultura. Hasta el día de hoy no sabe cómo se enteró de que ella estudiaba lingüística y era hablante de su idioma materno.

Su condición de migrante fue crucial en la construcción de su identidad étnica.

Experimentó un fuerte impacto al pasar de una geografía de clima templado, espacios abiertos llenos de vegetación y corrientes de agua, a un ambiente de desierto cubierto de concreto y vialidades diseñadas para el tránsito de vehículos, pero hostiles con los peatones. Debió adecuarse a nuevas condiciones de movilidad y relacionamiento con el resto de la sociedad, que eran distintas de las que se desarrolló de niña al interior de su familia y su rancho, e incluían desde el aprendizaje básico de las rutas del transporte público hasta las innumerables diferencias culturales.

Desde que se desplazó a vivir en un medio urbano notó que existía una sociedad mestiza, que trataba con desconfianza su diferencia, y que para ser aceptada sin restricciones debía ocultar su identidad étnica. "Buscando en mi memoria, recuerdo que al llegar a Parral, de alguna manera sentía que tenía que aprender a vivir, hablar y comer como lo hacían ahí. Tenía que actuar de otra manera y no me sentía yo misma". No obstante, optó por resistir a

través de su capital cultural forjado a través de su experiencia y la de su familia.

También decidió encontrar lo positivo en su nueva circunstancia y llegó a gozar de las ventajas que tiene la vida en un medio urbano. En Parral pudo disfrutar por primera vez de un cine. En la sierra tenía más restricciones, en cuanto a las salidas con sus amigos, pues no podía ir a Guachochi o a donde quisiera sin el permiso de sus padres, pero en la ciudad, alejada de su familia, podía pasear en Santa Bárbara o cualquier otro lugar, sola o en compañía de los amigos que había hecho con sus compañeros foráneos que procedían de localidades de la sierra, Santa Bárbara y Durango. Sin embargo, continuaba extrañando las fiestas tradicionales, a pesar de lo admirable y divertido de las cosas positivas que encontró en la ciudad. Por nada cambiaba la emoción causada por la sonoridad de los tambores, esparcida desde febrero en todo el territorio de la Sierra Tarahumara, anunciando la proximidad de las celebraciones de semana santa.

En la comunidad de Romichi había un entusiasta grupo de danzantes fariseos, que gustaban de participar en las fiestas de Norogachi, pero cada vez era más reducido porque no tenían dónde comer y dormir. Su papá, conmovido ante esta situación, les ofreció la casa familiar para que se hospedaran y pudieran preparar sus alimentos. Ella, por su edad, ya sabía 'echar' tortillas para alimentar a los danzantes, y también apoyaba en otras cosas, como en la organización del traslado de la fiesta de semana santa de Norogachi a su pueblo para llevar a cabo la tesgüinada. "No sé si la expectativa de esperar la semana santa para hacer comida y hablar con la gente fue un punto clave que me

ayudó a no olvidar y tener un sentimiento de arraigo tan fuerte que nunca me cuestioné, ni nadie nos cuestionó si éramos o ya no éramos ralámuli". No recuerda comentarios negativos sobre su pertenencia ralámuli, como: "Vives en Parral, ya eres *chabochi*". Aun cuando ya estaba estudiando en Chihuahua, si su mamá se encontraba con personas conocidas, en el pueblo o en una tesgüinada, y le preguntaban por ella: *¿Kabé mujé ranála?* (¿Dónde está tu hija?), solo les respondía: *Chiwawa benéa atí* (Está estudiando en Chihuahua), sin dar detalles de lo que estudiaba, y como único comentario le decían: *Sébali galá jú ko* (Qué bueno).

En la actualidad admite que las fiestas tradicionales celebradas en la ciudad son tan alegres como las de la sierra: "Apenas este año fui a un asentamiento urbano para celebrar un domingo de ramos, aunque llevo mucho tiempo aquí. Fue la primera vez porque en mi cabeza siempre estaba la idea renuente de que las fiestas no se disfrutan igual que en las comunidades. Concurrimos con mucha gente en el asentamiento La Soledad.[14] Tuve el mismo sentimiento de estar en la sierra, al ver bailar a los danzantes y a la gente reunida haciendo comida".

Promotora de su idioma y cultura obtuvo el premio Erasmo Palma (2017) por escribir en su lengua materna. Considera que es de suma importancia transmitir el idioma materno a los hijos para que no se rompan o se vuelvan frágiles los lazos con la comunidad ralámuli. "El idioma materno es importante aunque estés en la ciudad, o en otro

[14] Asentamiento ralámuli que se ubica a espaldas del Cerro Grande, al sur de la ciudad de Chihuahua.

lugar del mundo. Si traes el idioma contigo es como una llave, digamos, con la cual puedes ingresar de nuevo a la comunidad".

Después de vivir en la ciudad de Chihuahua desde el 2013, con una familia formada, no planea volver a la sierra; hasta ahora solo lo ha hecho por cortas temporadas de máximo dos semanas. Considera que no tendría condiciones para hacer su vida allá, pero le gustaría volver: "Para vivir las fiestas y la milpa que me he perdido, y toda la comida de la sierra que no he comido. Ahí pasé mucho tiempo de mi niñez, o mejor dicho, más de la mitad de mi vida, por lo que la extraño".

Construyendo una historia propia

1

Es la mayor de cuatro hermanos, le sigue uno de 22 años estudiante de agronomía en la Universidad Tecnológica de la Tarahumara, uno más de 20 que está estudiando para médico veterinario zootecnista en la Universidad Antonio Narro en Torreón, Coahuila, y una hermana de 15, que aún vive con sus papás y planea estudiar psicología.

Su mamá es oriunda de la ciudad de Guachochi, Chihuahua, y su papá de Nuevo Ideal, Durango. Él estudió únicamente la primaria; al respecto, le ha comentado que le hubiera gustado continuar, pero su papá no se lo permitió, le decía: "Los hombres no estudian, los hombres trabajan". Sin embargo, en su opinión es muy inteligente, trabajador y disciplinado: "Nunca se le ha hecho tarde para ir al trabajo". En el caso de su mamá, solo concluyó la preparatoria y estuvo un semestre en estudios de secretariado, pero desertó cuando se casó, y desde ese momento se dedicó al cuidado del hogar. No obstante, reconoce que cuenta con una escritura impecable, sin errores ortográficos.

Se autoadscribe como ralámuli por las raíces que proceden de su abuela materna. Su bisabuela era ralámuli y se casó con un mestizo, pero en ese tiempo no era tan bien vista esa relación de pareja y tuvieron que atravesar por una vida llena de críticas y conflictos. Cuando su bisabuelo falleció, a ella y a sus hijos los despojaron de todos los medios que tenían para subsistir. Les arrebataron su casa y los pocos animales que tenían para alimentarse.

Su bisabuela cayó en depresión y se aisló mucho. Como su abuela era la hija mayor tuvo que apoyar en la atención de sus hermanos —hasta la fecha tiene algunos que nunca se casaron y siempre ha visto por ellos—. Después se casó con un chabochi y formó una familia. Posee una fortaleza tal que nunca la ha visto doblegarse ante las adversidades. En algunas ocasiones la observó compartir con sus hermanos y hablar en lengua ralámuli, pero ella nunca la aprendió porque estuvo viviendo varios años en distintos lugares lejos de su familia.

Ha transcurrido su vida en varias localidades, pero más tiempo en el terruño materno, por lo que siente más apego a la cultura y tradiciones de la sierra tarahumara. La causa de la migración familiar se debió a la falta de oportunidades laborales: la ocupación principal de su papá era la agricultura y esto hacía que viajara a las diferentes zonas de cultivo de acuerdo con la temporada, de manzana o chile, principalmente. En ocasiones lo contrataban para que cuidara ranchos o propiedades con animales porque conoce todas las actividades relacionadas con el campo. Hoy considera que por esa situación apenas están terminando de construir su casa, después de veintisiete años de casados.

Los continuos cambios de residencia provocaron que estudiara en diferentes escuelas, pero en ningún momento dejó de asistir, porque para sus padres la educación de sus hijos era prioritaria. Por esa misma razón no tuvo oportunidad de crear vínculos con sus compañeros y profesores como le hubiera gustado, siempre fue la niña nueva; no obstante, su mamá no dejaba que se atrasara y cada vez que llegaba a una escuela diferente se asesoraba con los docentes, para que ella se pusiera al corriente con las clases.

En sus primeros cuatro años de vida, antes de entrar al kínder, tuvo varios cambios de residencia: en Casas Grandes, Delicias y Meoqui, de donde solo conserva vagos recuerdos, posiblemente algunos de ellos implantados por tanto que sus papás le platicaban de esa época, tal vez para que conociera la identidad y trayectoria de su familia.

Cursó la mitad del kínder en La Junta y lo concluyó en la ciudad de Cuauhtémoc, aunque trataron de atrasarla un año debido a su baja estatura, pero cuando supieron que sabía leer y escribir, por apoyo de su mamá, la mantuvieron con los de su edad. Estuvo tres años en una primaria de Guachochi y el resto en Nuevo Ideal Durango, donde también cursó la secundaria.

En la actualidad reflexiona sobre el impacto que tuvo en su vida la circunstancia de estar cambiando continuamente de residencia. Supone que tal vez la sensación de no tener algo seguro la volvió tímida y reservada, pero también le ayudó para ser una persona que puede tomar decisiones rápidas: "No le tengo miedo al cambio, soy muy aventada y, hasta cierto punto, valiente".

Como era dedicada en sus deberes escolares contaba con el aprecio de sus profesores, pero por parte de sus compañeros sufría burlas, que en ese tiempo solo se consideraban como diferencias inevitables en el trato entre el alumnado.

Por su habilidad para leer en voz alta, a uno de sus profesores le gustaba que lo hiciera cuando trataban temas de historia. En una ocasión, todos sus compañeros de grupo empezaron a abuchearla para impedir que continuara, el profesor intervino a su favor y a partir de ahí empezó a tener más problemas, pues los demás lo interpretaban como un trato privilegiado.

Cada escuela era diferente en cuanto al lugar, los profesores y los alumnos. La principal diferencia la hacían los docentes y el interés que tenían por la educación. Por ejemplo, cuando estuvo tres meses en una ranchería de Durango porque había fallecido su abuela paterna, recuerda muy bien que a la profesora no la veían con el respeto de un profesor, sino como una compañera más: "Algunas veces, yo como niña de 11 años, hasta la corregía porque sentía que no tenía la preparación suficiente". Por esta experiencia conjetura que algunos profesores no están preparados para el cargo tan importante que es ser maestro, sobre todo en comunidades marginadas, donde se necesitan mejores docentes porque hay estudiantes con más deficiencias.

El acceso a los libros y los útiles necesarios para el estudio diario era más complicado. Algunas veces recibió libros de años atrasados porque no les llegaban los nuevos, o le tocaban algunos usados, que no siempre estaban en condiciones óptimas.

Concluyó la primaria y la secundaria con calificación de diez. Además participaba en oratoria y poesía. Como resultado de su excelente desempeño académico le obsequiaron el viaje de fin de estudios de la secundaria a Acapulco, Guerrero, y a Six Flags, en la Ciudad de México.

En la primaria y parte de la secundaria pasaba el receso en el baño porque no tenía amigos para convivir y le daba pena estar sola. En la prepa tuvo mayor oportunidad de socializar y hacer amigos, sin dejar de lado el sentido de responsabilidad en la escuela. Por eso, considera que no fue una niña "normal"; además porque sus papás le inculcaron la responsabilidad de ser la hija mayor, le decían que

todo lo que hiciera y dijera iba a repercutir en sus hermanos, así que siempre trató de actuar en consecuencia.

Estudió la preparatoria en el Centro de Bachillerato Tecnológico Agropecuario (CBTA) 170 en Guachochi, donde no apreció distinciones de trato en los profesores, pero sí entre los estudiantes, no solo por razones de identidad cultural, sino también por ciertos estilos de vida.

Debido a su personalidad, desde los primeros días de clases estableció una relación de amistad con dos chicas ralámuli "líquidas",[15] aunque con algunas dificultades porque eran muy reservadas. En la actualidad están casadas y tienen hijos. El afecto ha trascendido porque cuando visita a su familia en Guachochi aprovecha para reunirse con ellas.

Como también la preparatoria la cursó con dieces, recibía etiquetas de "la cerebrito", "la matadita", "la que no tiene vida", y otras similares: "Tenía esos problemas con mis compañeros de la escuela, y sufrí bastante, pero fue más bien porque no entendían que yo fuera tan entregada a la escuela".

En cuanto a sus hábitos de estudio era una persona muy disciplinada. Tenía bien definidos sus horarios. Llegaba de la escuela a su casa y ayudaba a su mamá a cocinar o ir a la tienda por lo que se necesitara para la comida.

[15] Palabra usada por algunas personas ralámuli pagótame (bautizados) para referirse a quienes son hablantes de su lengua materna y mantienen sus usos y costumbres. Es utilizada, sobre todo, en comunidades ubicadas en el municipio de Guadalupe y Calvo. Algunas personas no indígenas la usan también en ese sentido, pero no es un término generalizado.

Después de comer, revisaba lo que precisaba para hacer las tareas escolares por si debía comprar algo, después apoyaba con el cuidado de sus hermanos o los quehaceres de la casa. Por lo general, le tocaba planchar la ropa porque recuerda que a su mamá no le gustaba hacerlo. Por la noche jugaba con sus hermanos un rato, antes de la cena. "Me gusta mucho leer, sobre todo novelas románticas, así que hacía un espacio para hacerlo. Asimismo tenía un diario personal donde escribía el acontecer de mi día, y le dedicaba un buen rato por las tardes. Ahora leo más sobre psicología porque es una ciencia que me parece súper interesante. Y un efecto positivo de mi buen desempeño escolar es que desde la primaria hasta la preparatoria recibí becas de gobierno".

Su papá y su mamá, en un afán de protección, querían que continuara estudiando en Guachochi. Le decían que ahí tenía varias opciones de estudio y a su familia. Pero no impartían la profesión que ella quería estudiar, porque cuando le aplicaron el estudio psicométrico para ver qué licenciaturas eran las que se ajustaban a su perfil, le sugirieron la de Ingeniería en Geología: "No sabía qué era eso. Me puse a investigar en internet y, bueno, me enamoré con lo que encontré; me dije: tengo que estudiar esa carrera, yo quiero ser eso. Hablé con mis papás para convencerlos pero me replicaron: "No. Eres mujer —lo que siempre argumentan, ¿verdad?—, estarás sola, no habrá quién te apoye; hay personas que pueden hacerte daño con más facilidad".

En su plantel, por reglamento, a cada grupo le es asignado un orientador vocacional. Su tutora fue la psicóloga Lourdes Acosta, desde que inició hasta que terminó la preparatoria, con quien mantuvo una relación cordial

y le reconoce su disponibilidad para apoyar a sus tutorados en todo momento. En la materia de orientación vocacional, en el sexto semestre, les platicó sobre los servicios otorgados a través del Programa Universitario Indígena al que podían aplicar para que, en caso de ser aceptados, los apoyaran para ingresar a la universidad. Llegado el momento, realizó los trámites para ingresar su solicitud.

Pasaron los días y una tarde, cuando estaba lavando los trastes después de comer, recibió un mensaje telefónico diciéndole que al día siguiente debía presentarse a una reunión convocada por su tutora con los otros seis aceptados. Recibieron las indicaciones para trasladarse a la ciudad de Chihuahua, asistir a un curso de preparación y presentar el examen de admisión. Después de disipar algunas dudas sobre los apoyos institucionales, la tutora los arengó para apoyarse mutuamente, dando por terminada la plática.

Al salir intercambiaron comentarios de alegría por la noticia, cargados de incertidumbre por el cambio drástico que tomarían sus vidas. Enfilaron hacia sus casas, después de reafirmar el horario acordado y el lugar en que se verían a la mañana siguiente.

Camino a su casa fue pensando la manera de convencer a sus padres, porque le habían insistido en las limitaciones económicas que tenían al sostener a tres hijos más: "No queremos que batalles y aquí pues vas a estar en tu casa, donde no te falta comida y un techo; y lo que te falte nosotros vamos a tratar de dártelo hasta donde podamos". Sin embargo, mostraron disposición cuando les comunicó que algunos de sus compañeros del bachillerato también habían sido seleccionados, así que no estaría sola, además recibiría apoyo académico y económico. Estaba dispuesta

a aprovechar la oportunidad porque de acuerdo con su experiencia: "En la sierra, antes de que crearan programas de apoyos por equidad, solo los mestizos con recursos podían salir a las ciudades para continuar estudiando".

El domingo 15 de junio se trasladó a la ciudad de Chihuahua, con una maleta pequeña con dos mudas de ropa idónea para el calor intenso en esa época del año, sus apuntes para repasar, libreta, bolígrafo y el anhelo de asistir a una universidad.

Viajaron todos juntos en un autobús de una línea comercial y llegando a Chihuahua se trasladaron en el transporte público al hotel, guiados por uno de sus compañeros que tenía un conocimiento elemental de la ciudad. Se identificaron en la recepción, les indicaron las habitaciones correspondientes, de acuerdo con una lista autorizada, y procedieron a instalarse. Más tarde los citaron en el patio para darles instrucciones, que deberían seguir desde ese día hasta regresar a sus comunidades. Al terminar la reunión les proporcionaron un refrigerio y se retiraron a dormir.

A la mañana siguiente se levantó a las seis porque debía tomar turno para bañarse, ya que compartía habitación con otras tres chicas.

Frente al espejo, al secar y peinar su pelo, pensaba en las intensas emociones de la última semana, desde el nerviosismo de esperar respuesta a su solicitud de apoyo, hasta la incertidumbre de no tener claros los medios económicos de que dispondría para vivir en la ciudad, pasando por el temor de no contar con los conocimientos para asistir a una universidad: "En el CBTA de Guachochi nos infundieron mucho miedo porque nos decían: "Los que se van

a ir a estudiar a Chihuahua, ¡aguas!, allá es otro nivel académico, van a tener que estudiar y esforzarse mucho más, porque no van a estar al mismo nivel que sus compañeros que van de preparatorias de la ciudad".

Interrumpieron sus disquisiciones dos de sus compañeras que estaban listas para desayunar en el restaurante y le pidieron que las acompañara. Al bajar las escaleras se les unió otro pequeño grupo que procedían de la Baja Tarahumara. No lo sabía en ese momento, pero con esos chicos establecería amistad durante toda su vida universitaria.

Después de algunos comentarios de sobremesa salió del hotel, con ese mismo grupo que recién se había formado. Para llegar a las instalaciones del curso solo debían cruzar la deportiva, pero la intersección de las transitadas avenidas Tecnológico y División del Norte les asustaba y corrían en tropel, cuando alguno de los semáforos se los permitía. Es un cruce riesgoso, pero mucha gente lo usa, incluso los estudiantes del Colegio de Bachilleres, plantel 9, aunque varios metros más adelante hay un paso peatonal que permite el cruce de estudiantes del Tecnológico de Chihuahua y otro para acceder al Parque Infantil del DIF.

Al llegar al lugar indicado, dentro de las instalaciones de la Universidad Autónoma de Chihuahua, advirtió que se trataba de un espacio amplio ubicado frente al Centro Universitario de Desarrollo Docente, con acceso a las aulas de la Facultad de Odontología. Le dijeron que esperara en una de las aulas mientras llegaban todos los participantes que estaban esperando. Verificaron su nombre en las listas y le informaron que le correspondía integrarse al grupo de ingeniería.

A las nueve y diez de la mañana iniciaron con una bienvenida por parte de los encargados del PAEI y del PUI en representación de las instituciones participantes. Les informaron sobre las reglas del curso, los horarios de clases y de comida, el uso de sanitarios, etc. También les presentaron una parte del grupo de instructores, que estaba formado con diez estudiantes destacados, uno de ellos no indígena, de la UACH, la ULSA y el ITCH.[16]

Su primera asesoría fue de matemáticas, impartida por tres de los estudiantes instructores, uno del Instituto Tecnológico de Chihuahua y dos de la Universidad La Salle. En cuanto salían unos instructores entraban otros, por lo que se sorprendió cuando les avisaron que la comida estaba lista. Habían transcurrido cinco horas sin que lo percibiera por lo ameno de las clases, le infundía confianza el trato entre iguales con los instructores y el compañerismo creado entre todos los participantes por su procedencia de varios puntos de la Sierra Tarahumara; si bien unos cuantos tenían tiempo residiendo fuera de ese ámbito, continuaban con algunas de sus prácticas culturales a través de los asentamientos urbanos.

Cuando salió del salón, que se encontraba en el primer piso, encontró el pasillo y las escaleras aglomeradas por los setenta y dos asistentes al curso. No tardó en llegar

[16] Instructores: Jorge Hilario Chaparro Molina (ITCH), Luis Armando Moreno Julimez (ULSA), Cutberto Quimari Espinoza (ULSA), Fidel Martínez Chaparro (UACH), Martha Alicia Mancinas Frías (UACH), Maribel Díaz Bustillos (UACH), Luis Alberto Palma Pérez (UACH), Martha Guadalupe Lazos Vega (UACH), Yuri Diana Lucero López Jiménez (ULSA) y Emilio Vázquez Sánchez (UACH).

a la planta baja porque el descenso era ordenado. De frente vio el comedor que consistía en varias mesas y sillas alineadas a lo largo de un corredor, flanqueado por un edificio y un área arbolada con césped. Todo cubierto con una carpa y ventilado por un aparato grande de aire acondicionado. Se formó en una línea y llegado su turno tomó un plato, le sirvieron un guisado de carne de res con una guarnición de verduras cocidas, acompañado de tortillas, un vaso con agua fresca saborizada y servilletas de papel. Los proveedores a cargo les dijeron que podían solicitar más comida si así lo deseaban, lo cual hacía la mayoría. Tenían una hora de comida, pero terminaban antes y aprovechaban el glauco césped recién podado, para descansar y socializar con el resto de sus compañeros.

Después de comer retomaban las asesorías, terminaban a las siete de la tarde y regresaban al hotel con un refrigerio proporcionado por la universidad. Al día siguiente se repitió la misma rutina de actividades, así hasta finalizar el curso.

Los días transcurrieron sin mayor novedad, excepto por algunos jóvenes que llegaron a presentar malestares por el calor intenso, debido a que no estaban acostumbrados al clima desértico de la ciudad.

Llegó el esperado día del examen. Cuando entró al restaurante para desayunar, vio que estaba abarrotado y tuvo que esperar unos minutos para que se desocupara un lugar. Todos comían de manera apresurada. Era notorio el nerviosismo porque estaban a punto de presentar una evaluación que decidiría su futuro.

Mediante un operativo de las instituciones que los estaban apoyando, les facilitaron el traslado y les auxiliaron

para ubicar el salón en que debía presentarse cada uno de ellos, porque la mayoría desconocían la ciudad y las instalaciones universitarias. A ella le correspondió estar dentro del grupo conducido por el instructor Jorge Chaparro. Entró al aula, se identificó con el aplicador del CENEVAL y este le señaló el lugar donde debía sentarse. Tenía la sensación de estar fuera de lugar, entre tantas personas que nunca antes había visto, con conversaciones en susurros que no entendía.

Después de unos minutos una persona les dio las instrucciones para que iniciaran el examen, provocando un silencio solo interrumpido por el crujir de las hojas del cuestionario y el arrastrar de los lápices.

En cuanto supo el tiempo asignado para resolver cada uno de los apartados, decidió mantenerse relajada y adecuarse a esos lapsos, apoyada en su disciplina de estudio. Al terminar, entregó con satisfacción los materiales del examen. Se decía a sí misma que estaba contenta y confiada en obtener un buen resultado.

Caminó hacia la Facultad de Contaduría y Administración, aledaña a la Facultad de Ingeniería, donde estaba el punto acordado de concentración para que los llevaran a comer y recogieran sus boletos de transporte facilitados por la Coordinación Estatal de la Tarahumara. Después de una comida ligera los trasladaron a la terminal de autobuses, donde abordaron uno con destino a Guachochi.

Tres días después consultó los resultados en la página web de la universidad: "Ver mi nombre en el lugar ocho[17]

[17] En el examen de admisión CENEVAL, para el ciclo agosto-diciembre de 2014, en la Licenciatura de Ingeniería en Geología fueron

de la lista de aceptados fue lo mejor que me había pasado hasta ese momento: reflejaba mi esfuerzo. En mi familia me dijeron que se sentían muy orgullosos".

2

Llegué a la ciudad de Chihuahua, con un par de maletas que contenían lo básico para iniciar una nueva etapa de mi vida. El primer año estuve viviendo en la colonia Nuevo Chihuahua, en la casa de los papás de una compañera del CBTA; como estaba ubicada muy cerca de la universidad no usaba transporte público y prefería caminar, alrededor de veinticinco minutos de ida y otros tantos de vuelta.

Después me fui a vivir con una prima en la colonia Quintas Carolina. Abordaba dos camiones y me tomaba cuarenta minutos llegar a la universidad.

Como parte de los apoyos convenidos, recibía por parte de la universidad una beca académica para la inscripción y una beca alimenticia. La primera consistía en la condonación de los conceptos atribuidos directamente a la universidad: en el SEGA[18] me llegaba la notificación del pago que debía hacer por semestre y tenía que esperar una semana o semana y media para que se reflejara el descuento y poder hacer el pago. El descuento era como del 70%, porque recuerdo que mis compañeros pagaban alrededor de cinco mil pesos y yo pagaba mil pesos o mil quinientos;

---

aceptados 35 de 115 aspirantes. Obtuvo el octavo lugar con un puntaje global ponderado de 1173.

[18] Sistema Estratégico de Gestión Académica (SEGA), de la Universidad Autónoma de Chihuahua.

en un semestre hubo cambio de director, no recuerdo que pasó y para todos se hizo un pago como de la mitad y yo pagué alrededor de quince pesos, era algo representativo; la verdad es que me era de gran ayuda.

La beca alimenticia establecía una comida por día. Durante toda la carrera me dieron ese apoyo que constaba de un platillo con un guisado, dos guarniciones y un vaso de agua de sabor. A veces nos daban oportunidad de cambiar, si no nos gustaba o teníamos otra preferencia por, no sé, dos burritos, pero siempre fue un platillo por día, de lunes a viernes, disponible en un horario de doce de la mañana a cinco de la tarde.

No recuerdo haber hecho algún trámite que fuera tedioso, la verdad, nunca batallé, solo recuerdo que cuando regresé de intercambio, estoy hablando del 2017, me pedían que fuera a firmar al inicio del semestre, no sé si como una forma de corroborar que era yo la que estaba recibiendo la beca alimenticia, pero solo iba y firmaba en las oficinas administrativas y era todo. También recibía una beca económica por parte de la Coordinación Estatal de la Tarahumara.

Considero que llevé una vida normal desde el kínder hasta la preparatoria, sin embargo, mi ingreso a la universidad significó un cambio muy grande y lleno de retos. En Guachochi nunca tuve un teléfono celular ni computadora, hasta un semestre antes de concluir la preparatoria pude familiarizarme un poco con esta tecnología, pero notaba que no estaba al nivel de mis compañeros, tal vez porque ellos portaban teléfonos más avanzados y estaban acostumbrados a otro tipo de vida estudiantil. No tenía acceso a Internet, solo consultaba libros de la biblioteca y tomaba notas a mano. En cambio, en la universidad algunas tareas

y exámenes debíamos presentarlos en una plataforma virtual, lo que me causaba conflicto porque nunca antes había hecho un examen en línea bajo tiempo. Sí, fue todo un reto.

En cuanto a mi manera de relacionarme con otros, me gustaba apartarme. Siempre fui muy cerrada a las personas, y creo que eso me ayudó al ingresar a la universidad, a diferencia de compañeros que sentían no encajar dentro de la sociedad estudiantil. También el hecho de que de alguna manera resalté entre los demás por mi desempeño académico, porque me veían como diciendo: "Ah, es aplicada, acércate a ella... que te pase los apuntes".

Desde el primer semestre me asignaron un tutor para que me apoyara en cuestiones académicas y personales. En los dos primeros semestres, de manera obligatoria, lo veía dos veces a la semana. Me preguntaba acerca de todo y de nada. Por suerte, nunca tuve algún problema grave que necesitara de su intervención. Creo que hacían un análisis que entregaban al final del semestre y decidían si requería seguir con un tutor o ya no era necesario, pero después del tercero vieron que ya no era tanto el riesgo de que desertara.

Desde que iniciaron las clases puse mi mejor esfuerzo y todo empezó a fluir de manera armoniosa. Enseguida destaqué por mi compromiso y voluntad, que no muchos chavos lo hacen, como que todavía traen la onda de la prepa del "valemadrismo" y esas cosas. Además llevábamos materias que les decíamos "de relleno", entonces, pues muchos no se esforzaban y terminaban reprobados.

Como mencioné antes he sido muy cerrada y me juntaba con pocas personas. A veces me pedían los trabajos y, la verdad, nunca los pasé. Actuaba como una especie de

líder cuando tenía que hacer trabajos en equipo: delegaba responsabilidades y sacaba a quienes no daban resultados. Tengo una anécdota con una compañera que me ingresó a su equipo porque yo no tenía, así que me invitó con otras dos personas, y al último la terminé sacando porque no nos ayudó. Ella estaba confiada por haber formado el equipo, pero como no nos apoyó, la saqué del trabajo final. Con esto resalté entre mis compañeros, no estoy diciendo que fuera excelente, pues no tuve dieces, pero concluí la ingeniería con promedio de ocho punto nueve.

A mis amigos y compañeros más cercanos les daba clases en las tardes. La biblioteca de la facultad tenía unos cubículos donde hacíamos anotaciones con un marcador en las paredes de cristal, pues nos daban esa oportunidad. Hacíamos repasos cuando eran exámenes importantes y les prestaba mis apuntes. Como los profesores eran de los que hablaban y hablaban, teníamos que tomar apuntes de lo que nos pareciera más importante y yo los tenía muy completos; en varias ocasiones descubrí que traían copias de los mismos, compañeros que no conocía ni había tratado antes.

Durante dos semestres cursamos materias de tronco común: álgebra, física, cálculo, trigonometría, probabilidad estadística, y siempre me fue bien. Desarrollé buenos hábitos de estudio. Soy de las personas que necesitan escribir mucho para que se le queden las cosas, así que hacía mis propios resúmenes y notas de estudio.

No llegué a sobresalir igual entre los profesores, porque la universidad tiene muchísimos alumnos y tan variados, que de repente en un semestre estás con unos y al siguiente te topas a dos o tres nada más. Se van presentando rezagados, adelantados, no falta, y luego, como

cada semestre hacíamos nuestro propio horario, pues cada quien acomodaba el suyo como podía, dependiendo de las calificaciones que hubiera tenido en el semestre anterior. Lo que puedo decir de los profesores es que nunca vi alguna especie de favoritismo, tampoco de discriminación.

Algunos compañeros que venían de Guachochi conmigo ingresaron en la misma facultad, pero solo un chavo y otra chava estaban en el PUI. La chava, que estaba en ingeniería civil, se embarazó, le empezó a ir muy mal en matemáticas, se salió y no terminó. El chavo creo que sí concluyó la carrera en topografía. Recuerdo que cuando teníamos beca alimenticia, a veces me lo topaba en la hora de comida y comíamos juntos.

Por desgracia muchos compañeros del programa que estudiaban en otras facultades se quedaron en el camino. Cuando fuimos aceptados nos reunieron a todos, nos dieron una plática y el curso para el examen de admisión CENEVAL, ahí pude conocer a muchos de ellos y conforme pasaron los semestres me fui enterando de que algunos iban desistiendo, de hecho, dos compañeros míos, y que ahora considero amigos, se dieron de baja. Uno de mis mejores amigos, de la Universidad La Salle, tuvo muchas dificultades y nunca desistió, por lo que creo que también tiene que ver el carácter de la persona, o sea, qué tan fuerte es mentalmente, porque recuerdo unos compañeros que decían "es que mi mamá me está hablando", o "es que aquí no es lo mismo", "no hay nadie", "me siento solo". Son muchas cosas, ¿no?, yo no puedo juzgarlos porque la vida de cada persona es un mundo y las circunstancias son diferentes.

Antes de terminar el séptimo semestre, entre abril y mayo de 2017, empecé a hacer trámites para irme de in-

tercambio a otra universidad. Siempre tuve la espinita de conocer la Facultad de Ciencias de la Tierra de la Universidad Autónoma de Nuevo León y me llamó más la atención porque está ubicada dentro del pueblo mágico de Linares, a dos horas de la ciudad de Monterrey.

Los intercambios sean nacionales o internacionales son una experiencia muy padre, ya que conoces otras formas de aprender y maneras distintas de enseñar, de cosas que te pueden ayudar y nutrir de conocimientos diferentes, pues cada universidad tiene su propia filosofía, su propio estilo, la verdad es que percibí una gran diferencia. Regresé en diciembre y considero que me fue muy bien.

En algún momento tuve un profesor que trataba de hacerme *bullying* por provenir de la sierra de Chihuahua, aunque para mí no significó nada, porque esas personas llegan hasta donde uno lo permite. La importancia que uno les da es la misma que ellos se otorgan, entonces yo siempre lo ignoré, de hecho creo que actualmente ese profe está demandado por algunas de sus alumnas.

Tuve oportunidad de conocer muchos lugares, por medio de las prácticas, que allá les llaman excursiones. Conocí la capital del estado, Tamaulipas, San Luis Potosí, la Ciudad de México y muchas partes de la sierra de Nuevo León. La geología allá es preciosa, increíble. Tuve una buena aceptación de mis compañeros. Lo único que sufrí mucho fue el intenso calor húmedo.

Sentí un poco de rezago, pero nada que con esfuerzo y dedicación no pudiera resolver. Tuve mucho apoyo de la encargada de intercambios que estuvo al pendiente de mí y de cómo iba con mis materias. En una ocasión, un

profesor no quería aplicarme un examen porque no estaba registrada por ser de intercambio. Ella fue a hablar con él, y me dio la oportunidad de hacer el examen.

Regresé a mi facultad después del periodo vacacional, en enero del 2018, y como me fue bien en el intercambio, acomodé todo para no atrasarme porque generalmente hay retrasos por las materias diferentes, pero pude revalidar muy bien y terminé en los nueve semestres establecidos en el programa de estudio.

Llegando a Chihuahua, como continué siendo parte del programa, tenía acceso a las becas de inscripción y alimenticia por parte de la UACH, y a la económica de la Coordinación Estatal de la Tarahumara.

En cuanto a los cursos y talleres organizados por el PUI, varios me interesaron, por ejemplo el de cerámica, pero no pude participar porque tenía prácticas los fines de semana. Asistía a clases de lunes a jueves, el viernes nos íbamos de prácticas y regresábamos el domingo, por lo tanto, se me dificultaba mucho participar. Sin embargo, en una ocasión asistí a un foro y desayuno en el hotel Palacio del Sol, y a una plática sobre nuestras raíces indígenas, con un expositor de la ciudad de México. En otra ocasión asistí a unas conferencias en el museo Casa de Juárez, que está en el centro.

Estos talleres fomentaban el intercambio de experiencias para, de alguna manera, crear comunidad. Me gustó bastante porque a veces una se siente sola y se le cierra el mundo al estar pasando por una experiencia difícil, pero después de escuchar a otros compañeros, dices: ¡Ah caray!, somos muchos y algunos hasta en situaciones más complicadas que las propias.

Recuerdo con melancolía que cada fin de año nos hacían una posada navideña. Nos daban una comida, repartían regalos y rompíamos una piñata. Al estar entre los mejores promedios llegué a ganarme una *tablet*. Para mí era como un año más cumplido, como un escalón más para conseguir mi objetivo de vida.

3

Realicé mis prácticas profesionales en una mina de Cananea, Sonora, del Grupo México, cuando estaba en octavo semestre, y después en la mina de San Francisco del Oro del Grupo Frisco, por un periodo de seis meses. Pero siento que había mucho recelo por parte de los trabajadores. Estaba con otras dos muchachas, las tres éramos geólogas y, pues, no es lo mismo, aunque ellos tenían experiencia. La verdad, no vimos apoyo para trabajar ahí, aparte de que la empresa estaba pasando por momentos difíciles: tenían recorte general de empleados porque querían bajar el gasto en salarios.

Después trabajé un tiempo en telefonía y enseguida estuve en un proyecto de la empresa Pondercel. Estaban haciendo un relleno sanitario, a la salida de Anáhuac, para la papelera, y estuve participando en la parte de gestión ambiental. Me tocó hacer trámites, entregar documentación y dar seguimiento al manifiesto de impacto ambiental ante la Dirección de Ecología. Estuve los tres meses que duró el proyecto.

Laboré en muchas cosas y me pongo a pensar que sé de todo. Trabajé como cajera de un Oxxo cuando recién entré a la universidad; con una señora en un puesto de burritos para ayudarle a hacer tortillas; en un puesto de

papas; de cajera en un Soriana; en un restaurante de mariscos, y planchando ropa dos veces a la semana para una vecina que tenía muchos hijos. Alguna vez me dediqué todo un fin de semana a hacer pan de plátano, la verdad es que nunca me he estancado sin hacer nada, pues trato siempre de salir adelante.

Conseguí trabajo en la empresa Autronic, que se dedica a la automatización de procesos mineros, y estuve ahí casi dos años; es lo más cerca que he estado del ramo de la geología. Laboralmente he batallado mucho, he mandado currículos, pero es difícil porque hay mucha competencia.

A veces, al salir de la universidad y entrar a la vida laboral lo que menos importa son los conocimientos, es cien por ciento tus contactos, tu actitud, muchas cosas que pues una no tiene. En ese sentido, me siento deficiente, pues soy una persona introvertida que no he sido buena con las relaciones. Varias personas me decían: "Mira, llévate bien con todos, trata de hacer contactos", y ese tipo de cosas, pero yo nunca le vi un sentido hasta ahora que no consigo un trabajo de geóloga, mas sigo buscando y espero encontrarlo pronto.

Desde que tuve la idea loca de venir a estudiar a Chihuahua, hasta mi titulación —también con beca del PAEI— y que comencé a trabajar como profesionista, el papel del PUI fue muy importante. De hecho, mis papás no me querían dar permiso, pero se animaron cuando les dije que iba a recibir apoyos del programa, porque antes me habían dicho que ellos no podrían apoyarme económicamente e iba a enfrentar una situación muy difícil. Cuando supe que me habían aceptado se los comuniqué y fue la razón por la que de buena gana aceptaron que viniera a estudiar.

Aun sin ese apoyo, por mi forma de ser, mi carácter y temple, me hubiera amachado y hubiera dicho: lo siento, yo me voy. Hubiera visto la forma de salir para estudiar en Chihuahua. Podemos decir que el hubiera no existe, pero estoy segura de que sí hubiera estudiado la carrera, con muchos retos, con situaciones más complicadas, a mis papás los hubiera puesto en más aprietos, hubiera tenido que trabajar mucho más y a lo mejor descuidar un poco mis estudios para dedicarle más tiempo al trabajo, pero no hubiera desistido.

Faltaba un par de meses para finalizar el noveno semestre cuando empecé a hacer los trámites de titulación. Elegí la modalidad de curso opción a tesis, con duración de un mes. Me titulé y ya cuento con cédula profesional.

Hoy estoy más hecha a la vida citadina. Cuando voy a la sierra es para convivir con mi familia. Considero mis visitas a Guachochi como una desintoxicación de la vida de la ciudad. Me relajo, respiro aire limpio y trato de hacer ejercicio; visitar a mi abuelita materna, a mis tíos, a mis hermanos, a mis papás. Disfruto muchísimo. Pero lo veo como unas vacaciones, un mini descanso de dos o tres días, máximo una semana y regreso a la ciudad. Tengo la idea, hasta hoy, de que cuando alcance la vida de adulta mayor, regresar a pasar mis últimos años allá, lo haría feliz. Aunque todavía me faltan muchas cosas por hacer, muchos planes por realizar y muchas metas por cumplir.

Hombres de lodo

(Testimonio publicado en Vázquez, 2022, pp. 104-107)

Soy hablante de la lengua zoque y oriundo de Chapultenango, Chiapas. Mi pueblo está ubicado entre cerros, tengo entendido que en náhuatl se refiere a "lugar de chapulines" y en la palabra zoque significa "hombres de lodo".

Pertenezco a una familia de nueve hermanos, mis padres y mi abuela paterna. Mis padres son bilingües y tengo la fortuna de ser el primero en pisar un aula universitaria.

Nuestra cultura es muy extensa: gastronomía, danza, música, relatos, mitos, leyendas e historias que han surgido ahí mismo en la comunidad, como la erupción del volcán Chichonal.

Las danzas se realizan en diferentes etapas del año, algunas son alusivas a la siembra, por ejemplo, la danza de la niña *etze*, que es como ir recaudando todo lo que se cosecha en el municipio para realizar después el cultivo de plátano, maíz, calabaza, yuca y otros productos locales.

En cuanto a la música, se utilizan principalmente el pito de carrizo y el tambor, y aunque el sonido es muy monótono logran una buena composición musical. Las danzas, que se acompañan con esta música, tienen tal reconocimiento que gracias a eso han salido a representar al municipio en diferentes partes del estado.

La gastronomía es muy interesante porque a pesar de que tenemos contacto con otros productos, incluso algunos transgénicos, permanece todo lo natural porque la gente de la zona prefiere el consumo de productos locales.

En el pueblo, la gente come puras cosas naturales: guineos, maíz, frijol, plátanos, yucas, tomate, también el chile; y hay otras personas que se dedican a la cacería.

Existe un alto contraste con la ciudad: si vas caminando por las calles del pueblo te encuentras en cada casa con una mata de plátano, de naranjo, o una planta de chile, y otras cosas que se pueden consumir, es como tener el cultivo en casa.

Hay familias que se dedican solo a la agricultura de autoconsumo y, aunque algunas personas hacen venta del excedente para sobrevivir, esta es únicamente local. Lo que más cultivan es la yuca, el chile, la calabaza y, sobre todo, el maíz, porque es el producto base para elaborar tortillas, tamales y pozol.

Para preparar pozol, se cuece el maíz con cal, en fuego de leña, y el nixtamal obtenido se muele en un molino. Se bate a mano para formar una masa que se puede acompañar con un chile o sal. En otra variante se agrega cacao tostado en comal para integrarlo con la masa, y puede ser dulce. Por último, está el pozol agrio: la gente envuelve la masa en una hoja de piedra, y lo tienen más o menos una semana para que fermente.

Las personas que se dedican a la agricultura llevan su masa y jícara porque a los "trabajaderos" que van hay ríos y arroyos, y a la hora de la comida o del desayuno, baten el pozol. Lo relaciono mucho con el tesgüino entre los tarahumaras, nada más que el tesgüino tiene otra elaboración.

Tiempo atrás, el café era el cultivo principal; cuando tenía un alto valor, toda la gente se dedicaba a su producción. Llegaba un avión para comprar todo el café, pero

decayó el precio y se dejó de vender, entró la ganadería y destruyeron los cafetales para hacer potreros. Antes, había más cafetales que potreros, ahora hay más potreros.

Por cierto, los zoques tenemos la costumbre de tomar una taza de café al despertar, es lo primero que hacemos, y eso en las ciudades se va perdiendo. Es muy raro ver que llegues a una casa y te inviten una taza de café.

El platillo principal de nuestra gastronomía es el *pimbu*, frijol cocido con plátano macho verde molido en el metate (o machacado en una bolsa de plástico) y *jako*, también conocida como yerba santa, la que le da un sabor especial, y, la verdad, no la he probado en ninguna otra parte. Generalmente, va acompañado de una tortilla de maíz hecha a mano.

En cuanto al contexto sociocultural, hay personas que, en determinado tiempo, fueron muy discriminadas por el idioma, y algunos padres decían: "Tú no vas a hablar zoque porque no te sirve de nada". Creo que eso nos orilló a dejar de hablar el idioma y tomarle más importancia al español.

Aunque somos ricos en cuestiones naturales y culturales, tenemos una baja economía, la cual ha mejorado por algunos cambios de la gente que empezó a salir, ¿y qué es lo primero que tuvo que hacer?, pues comunicarse con otras personas que no entendían el idioma zoque, y este se fue perdiendo. Considero que todos somos zoques porque no atendemos otra cultura, aunque algunas personas ya no hablen la lengua indígena.

Primaria y secundaria

Estudié en una primaria donde todavía tuve la fortuna de que me enseñaran todo lo básico del idioma zoque, como nombrar las partes del cuerpo, objetos y algunas otras cosas; en ese momento todavía no lo hablaba en mi casa, solamente lo entendía. Mis papás me hablaban en zoque de vez en cuando, pero generalmente lo hacían en español.

Cuando estudiaba en la secundaria empecé a tomarle importancia. En mi pueblo tenemos la costumbre de recibir visitas: llegaban personas a la casa y se armaba la charla, platicaban de cosas del trabajo, de cómo les fue en el día y de muchísimas cosas que pasaban en el municipio. Me interesé en hablarlo porque las visitas eran personas adultas monolingües y a veces no encontraban a mi papá o a mi mamá. Inicié por practicar la pronunciación de palabras porque es un idioma tonal —hay que darle el tono para poder pronunciar bien—, y hablar más en zoque con mi mamá, así fui agarrándole el hilo. Sin embargo, no aprendí la escritura al cien por ciento porque todavía no había una gramática definida.

En la secundaria me empezó a llamar la atención el dibujo. Vivía en el barrio Guadalupe, y en ese tiempo ya había algunos chavos que estaban iniciándose en esta actividad, lo cual me interesó mucho y empecé a practicar.

Tuve la oportunidad de asistir a un taller de dibujo, gastronomía y danza, en un curso de verano, pero me incliné más por las artes plásticas, así fue como me surgió el lado artístico de mi vocación, hasta que llegué a la prepa y participé en actividades relacionadas a nivel estatal y regional, lo que me dio el aplomo de continuar.

Tenía poca información acerca del arte y el primer artista que recuerdo es a Diego Rivera, y me preguntaba cómo le hacía para pintar de esa manera. Mi mayor sueño era ser un muralista.

Migración

Tengo una hermana que vive en Chihuahua desde hace mucho tiempo; cuando terminé la prepa, me comuniqué con ella para decirle que quería vivir ahí y me dijo que estaba bien. Para trasladarme tardé como seis meses, en lo que hacía trámites de mi documentación personal.

Fue un cambio radical, del medio rural al urbano. Pensaba que llegaría a un lugar como los Estados Unidos, pero mi hermana vivía en una colonia de la periferia y me di cuenta de que las condiciones eran peores que donde yo vivía; me di cuenta de las diferencias entre el desarrollo urbano del centro, las zonas comerciales y las orillas de la ciudad.

Estuve alrededor de un mes sin trabajar, solamente estaba dedicado a conocer la ciudad. Tenía un plan B, quería ser militar, porque tengo un cuñado que estuvo en el ejército nueve años, más o menos, lo poco que sabía él me lo transmitió y, con todo lo que me contaba, me llamaba la atención. Así que me dije: si no puedo estudiar, puedo ser militar.

El primer trabajo que conseguí fue en una maquila, estuve ahí como nueve meses, y un día se me prendió el foco y pensé que no podía estar todo el tiempo trabajando de esa manera. Le dije a mi hermana:

—Quiero hacer algo más.

—¿Qué quieres estudiar? —me preguntó de manera sincera.

—Pues no sé, lo que me gusta es el dibujo y la pintura.

—Hay una carrera que se llama diseño gráfico, pero está muy cara.

—No es lo que ando buscando, no quiero algo digital, sino más tradicional.

—Pues está la Universidad Autónoma de Chihuahua, si quieres vamos y checamos las carreras y si alguna te gusta vemos qué se puede hacer.

Dicho y hecho, fuimos a la universidad, nos dieron un folleto y lo primero que vi fue artes plásticas y en el fondo un caballete con un cuadro; le dije:

—Esto es lo que estoy buscando —ni siquiera vi las otras carreras—, quiero entrar ahí.

—Si es lo que quieres ¡adelante!, veamos qué trámites hay que hacer para entrar.

Universidad

Saqué la ficha y me preparé, aunque tenía noción de lo que era el dibujo, pues ya había tomado cursos. Aunque trabajaba, por las tardes me ponía a practicar con base en la guía para el examen. Asistí bien preparado al examen teórico y práctico.

La encargada de grupo de la maquila me preguntó: "¿Vas a quedar?", le dije que ya había presentado el examen, pero no sabía el resultado. Llegó la hora de saber si me habían aceptado, al revisar la lista, me dijo: "No'mbre, no quedaste... No te creas, ¡sí quedaste!". Quedé impactado, fue la mayor noticia que he recibido.

Cuando me enteré de la cantidad que debía pagar para inscribirme, no supe qué hacer, porque también me generaría gastos la compra de materiales muy caros: pince-

les, pinturas, papeles y un montón de cosas que se necesitan durante la carrera.

No recuerdo exactamente quién me habló de servicios escolares, pero supongo que fue porque supieron desde dónde venía. Me mandaron con Raúl Herrera, y fue como tuve contacto con el Programa de Estudiantes Indígenas de la UACH. Al principio nada más era el apoyo de la beca académica y me perdí de muchos eventos organizados para estudiantes indígenas universitarios.

Como a mitad de la carrera entré en contacto con el PUI, a través del coordinador, Guillermo Vázquez, y me empezaron a jalar a otros cursos y talleres que para mí significaron una experiencia muy bonita porque me di cuenta de que no era el único estudiante indígena.

Nos invitaban a unos eventos para compartir con otras personas, para darte ánimos, realmente no es un apoyo solamente económico, sino que ves a otras personas que también vienen por esa línea y se han superado, y eso era impresionante cuando al escuchar testimonios de personas que habían salido de un lugar muy pobre y que sobresalieron, te inspira a continuar. Gracias a eso fue que logré acabar la carrera.

También tuve la oportunidad de participar en Radio Universidad,[19] con compañeros indígenas: Irma y Emilio (ralámuli), David (náhuatl, del estado de Hidalgo) y Raquel (chatina), entre otros. Fue una experiencia muy interesante porque tuve la oportunidad de conocer otras

[19] Programa radiofónico "Pueblos Kawi".

culturas originarias. En nuestras conversaciones notamos que nuestras culturas son muy parecidas y las diferencias están ligadas a la geografía y la disponibilidad de recursos naturales, por ejemplo en el sur hay más abundancia en la naturaleza y por eso es más amplia la gastronomía.

Con mis compañeros de la carrera mantuve una buena relación, si tenía alguna dificultad les preguntaba y siempre se comportaron amablemente para ayudarme en todos los aspectos. Además, me ayudó que siempre es interesante conocer a personas que tienen una cultura diferente y, al parecer, era el primero que venía de Chiapas para estudiar en la UACH. Por otra parte, todos los estudiantes de arte somos más sociables y empáticos.

Tal vez, de cierta manera hubo discriminación por el color de piel, pero nunca pasó a más y creo que me ayudó mucho mi carácter sociable.

Tuve más contacto con los maestros que con los alumnos, quizá debido a que me daban prioridad por ser foráneo, o porque notaban mi interés en la carrera, pues siempre daba lo mejor para cumplir con trabajos y tareas. Sabían que, a pesar de trabajar para sostener la universidad y vivir como a hora y media de la universidad, siempre llegaba temprano (al menos media hora antes de la entrada).

Siempre utilicé las herramientas y materiales que proporcionaba la universidad, por ejemplo, a la biblioteca y el centro de cómputo trataba de sacarle un mejor provecho y me mantenía más en la universidad que en mi casa; salía temprano y regresaba tarde, ya casi oscureciendo, me bañaba, comía, y al día siguiente lo mismo.

A partir del octavo semestre después de haber apren-

dido casi todas las técnicas, se empieza a repetir todo, eso no lo hace interesante, siento que le faltó algo más a la carrera, pero todo lo que aprendí fue de gran importancia, y lo puedo utilizar en mi vida diaria.

Crítica

A un compañero no le gustó la academia, se acercó con el encargado de la carrera de Artes Plásticas y le comunicó las cosas que no le parecían, sobre todo, en cuanto al trato y preferencias de los docentes hacia los alumnos, pérdidas de trabajos, comportamiento inadecuado de los maestros, algunas aulas que no estaban en condiciones para las clases de pintura por falta caballetes y acondicionamiento de espacios.

Recuerdo que había inseguridad porque en ocasiones se perdían desde una hoja, cuadros y otras cosas de los alumnos; no entendía cómo era posible que se perdieran.

Comentó que nadie le hizo caso, publicó una carta dirigida a todos los alumnos en la que explicaba lo que no le parecía, y se hizo una polémica en las redes sociales. Finalmente, decidió irse a estudiar a La Esmeralda. Fue algo negativo para la universidad.

Los alumnos no expresamos lo que sentimos, por miedo de que nos vayan a reprender, porque algunos maestros abusan del poder que tienen, entonces prefieres no decirlo para evitarte problemas. No sé si sentirían envidia algunos maestros, porque parecía que de cierta manera le metían trabas a algún alumno que se estaba superando. Por mi parte, me llevé muy bien con todos, no puedo decir que algún maestro me trató mal.

Al concluir la carrera, decidí participar en la exposición de egresados y envié mi obra bajo los parámetros establecidos, sin embargo, como a los dos meses, me enteré de que no podía participar porque mis cuadros no cumplían con las dimensiones acordadas. Lo peor del caso es que no me avisaron, lo vine a saber por otro compañero.

Cuando vi que no aparecía mi nombre en la lista de expositores hablé con la encargada de la exposición, me dijo que los cuadros pasaron por un filtro y determinaron que no estaban terminados, a lo que contesté: "Cómo pueden ustedes determinar inconclusa esta obra si yo soy el artista, no ustedes, es decir, yo puedo presentar un cuadro en blanco y decir que esa es mi obra, mientras esté bien justificada". Insistieron en su postura con argumentos, para mi gusto, incoherentes, relacionados con la museografía. Me molestó mucho y lo sentí como una censura a una obra apta para el público: no contenía pornografía, no hablaba mal del sistema ni nada por el estilo.

No me convenció la explicación, acudí a la defensa de los derechos universitarios, les planteé todo lo que había sucedido, y como solución para remediar el problema me propusieron otra fecha, pero después decidí no presentar esa exposición.

Me pareció extraño que mi asesora no abogó por mí, a sabiendas del arduo proceso y trabajo que había tenido con ella, siento que eso también me dio para abajo y decidí dejarlo truncado un rato porque considero que la universidad no debe ponerte obstáculos para continuar, al contrario, debe darte más herramientas para seguir mejorando.

Conclusión

Transcurrió un año después de que terminé la universidad y regresé a Chiapas, donde estuve otro año antes de volver nuevamente a Chihuahua.

Puedo decir que la gente de mi comunidad me conoce y me relaciono con todos. En el mes de diciembre del 2020 hice un mural de diez por cuatro metros en la capilla de mi barrio, en honor a la virgen, hasta ahora el formato más grande que he hecho, lo cual es una manera de darme a conocer ante el pueblo y sepan que ahí también hay artistas.

Lo que más me gusta e identifica es pintar elementos de mi cultura: frutas, paisajes y todo lo típico de la región, pero puedo hacer cosas bajo otras corrientes artísticas.

Considero necesarios los apoyos dirigidos a estudiantes indígenas debido a la falta de oportunidades, con mayor razón si somos foráneos. Incluso debería existir más difusión, pues no conocí el programa hasta que estuve inscrito en la universidad.

Batopilas

Nací hace 26 años en la barranca de Batopilas, en la sierra tarahumara. Mi vida transcurrió en el medio semiurbano de la cabecera municipal y el rancho familiar. Mis primeros recuerdos me envían a una región exuberante, cálida y llena de vida.

Asistí al kínder desde de los 3 hasta los 6 años. Era una niña muy solitaria, y lo sigo siendo, no hablaba con nadie, me era difícil salir porque siempre me excluían y no entendía por qué. Escuchaba comentarios como "ay, no te juntes con ella". Me atraía la idea de jugar con otros niños, pero terminaba siempre en el salón, jugando sola.

Cursé la primaria en el Colegio Sor Juana Inés de la Cruz, donde aceptaban a estudiantes de todas partes y nos ayudaban con beca y apadrinamiento. Creo que sin esas facilidades ni la primaria hubiera terminado.

El edificio del colegio, propiedad de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres, ocupa una manzana completa. La puerta de acceso está en la esquina izquierda, a la derecha de la entrada están unos salones de clase, enseguida la casa de las hermanas y una sala de proyección, estas últimas con paso independiente por la calle. Al centro se encuentra un gran patio con árboles de mango. Del lado izquierdo un templete, una capilla, un comedor y en la esquina un cuarto de despensa. Continuando al fondo a la derecha está la cocina, una área de estantes, los baños (de las internas, los de uso general y de maestros) y una bodega. En la parte trasera, a la que se accede por un pasillo entre los baños y la bodega, están unas gradas y una

cancha deportiva para practicar basquetbol y volibol. Del lado derecho del jardín hay una cochera y enseguida una huerta con árboles de manzana, guayaba, plátano, papaya, naranja, limón y algunas palmas. En la planta alta hay más salones de clase, habitaciones de las hermanas, un guardarropa, un salón de estudio y el dormitorio de las internas.

En la escuela era notoria la discriminación, de lo que te veían te separaban, se sentía algo diferente porque siempre hubo preferencia de las maestras por ciertos alumnos, o tal vez fue mi imaginación, no sé. Sin embargo, siempre estaba sola, no tenía amigos para jugar, me jalaban del cabello y me ponían sobrenombres. No fue tan divertido, pero me fue bien al final.

Me reprobaron en quinto, pues dijeron que no tenía los conocimientos suficientes para continuar al siguiente grado, aunque tenía un promedio casi de ocho. Repetir el grado me sirvió para mejorar mi desempeño académico y formar parte de la escolta; tal vez era el grupo anterior el que me reprimía, o me daba miedo, supongo.

Ingresé a la secundaria becada por las mismas monjitas: nos apoyaban para pagar el uniforme y parte de la colegiatura; además, me proporcionaban útiles escolares y zapatos. En esa escuela nos enseñaron a usar las máquinas de escribir mecánicas —en el pueblo era lo más cercano a una computadora—, con la intención de que al menos aprendiéramos a escribir. Tenía muchos problemas para conseguir las hojas blancas que nos solicitaban; usaba hojas recicladas mientras los demás llevaban incluso hojas de colores. En una ocasión intenté meter una hoja de cuaderno sin lograrlo. Siempre estaba atrasada, no tenía hojas sufi-

cientes porque me acongojaba pedirle dinero a mi mamá, a sabiendas de la situación económica en que vivíamos.

En ese tiempo entré en un conflicto porque mis padres se separaron de manera repentina y no teníamos nada en mi casa. Empecé a trabajar para apoyar a mi mamá que estaba muy enferma, por la presión alta no podía trabajar ni hacer muchas cosas.

Mi hermano tomó partido por mi papá, un día sacó de la casa toda su ropa y se fue al rancho. Mi hermana menor y yo nos quedamos con mi mamá, quien no trabajaba, y fue un desastre, un año completo sin el apoyo de mi papá. Nunca hemos tenido dinero, pero gracias a las actividades en el rancho teníamos frijol, maíz, naranjas, leche, carne, todo lo que ahí se produce, y en la casa del pueblo no teníamos nada.

Tiempo después fui a visitar a mi mamá, me dio melancolía, ¡ay, no, qué triste!, nunca me di cuenta que eso también pasó en la primaria. Me dijo: "Mija, no tenía nada para darles de comer, la vecina me traía porque yo no podía". ¡Ay, ¿cómo es posible?!, pero entiendo que no a todos nos tocan los privilegios.

Después de un año de la separación, en compañía de mi hermana le solicité a mi mamá visitar a mi hermano y a mi papá en el rancho, pues hacía mucho que no teníamos noticias de ellos, insistimos tanto que accedió para que fuéramos al día siguiente. Ese mismo día, por la tarde, llegó mi hermano, en condiciones que parecía un vagabundo. Con toda la felicidad del mundo lo veíamos llegar. Le dijimos sonrientes:

—Nosotras vamos mañana para el rancho.

—No sé dónde van a dormir, porque se quemó la casa —nos respondió dejando caer los hombros.

—¡¿Cómo que se quemó la casa?! —exclamamos sorprendidas.

—Sí, mi papá estaba hospedando a uno de sus sobrinos y este le prendió fuego a la casa porque estaba muy enojado, y le quemó todo.

Allá no hay bancos y lo poco que teníamos estaba en la casa del rancho, así que se quemaron todos los ahorros, absolutamente todo. Solo se salvó un rosario, que era de mi abuela Trinidad.

—¡Ay!, mire, le traigo lo único que quedó —le dijo a mi mamá, mientras se lo mostraba.

Hasta la fecha el rancho sigue caído, nunca terminaron de reparar la casa.

Con frecuencia estaba en los primeros lugares de aprovechamiento escolar, a pesar de todas las actividades que tenía. No podía dejar de trabajar y me gustaba estar en el grupo de jóvenes porque era la única ocasión en que me reunía con otros muchachos de mi edad, con los que sí convivía porque en la escuela no lo hacía. También amaba cantar en el coro e ir a misa, no importaba lo demás que hiciera, todos los domingos iba a misa.

En ese tiempo empezaron a otorgar becas de gobierno, lo que significó una salvación para mi mamá. No estrenábamos ropa, es decir, prendas compradas, mi mamá adquiría tela para hacer sus faldas, todo lo que necesitaba lo hacía ella misma. De los retazos que le quedaban salía nuestra ropa. La frase favorita de mi papá cuando le pedíamos algo: "Les compro eso o comen". Con ayuda

de las becas, mi mamá por lo menos tenía para pagar la tienda donde pedía fiado mientras mi papá no venía del rancho. Después de pagar su crédito en la tiendita todavía le quedaba porque nunca se endeudaba tanto como para no pagar.

Además de trabajar, participé en el grupo de jóvenes y en el coro. Entré porque mi hermana me dijo que necesitaban que el grupo creciera. Era muy divertido. Así fue como conocí más la sierra. Me fascinó. Íbamos con los padrecitos, en la cajuela, a todas las asambleas. Andábamos todos quemados, porque recibíamos de lleno el sol y el viento. Amaba ir los domingos al coro.

Me mantenía ocupada todo el día, entre las clases y el trabajo; ni tiempo tenía para hacer las exposiciones que nos encargaban. Entrábamos a las siete y media de la mañana y salíamos a las dos de la tarde, pero la escuela estaba en un punto del pueblo y mi casa al otro extremo. Caminábamos dos kilómetros todos los días, salía a las seis y media de la mañana de la casa para llegar a las siete, ¡ay no!, fueron los años más largos de mi vida. El primer año fui sola, en el segundo me acompañaba mi hermana, pero ella y su amiga le pedían "raite" a los policías y me dejaban abandonada. Me daba cosa tener que caminar sola.

Tenía que levantarme a las cinco de la mañana porque mi mamá no nos dejaba ir si no comíamos algo. A las tres de la tarde entraba al trabajo, solo llegaba a la casa para cambiarme de ropa y dejar la mochila. Así, de lunes a viernes.

El restaurante en el que trabajaba era atendido por la señora y su esposo, en ocasiones sus hijos, y yo. Aunque sus hijos preferían divertirse. En algunas ocasiones, cuando

les iba mejor porque llegaba más clientela, salía a las dos de la mañana y regresaba a las cinco para limpiar las mesas; estaba hasta las seis o seis y media, para llegar a tiempo a la escuela, y al terminar las clases otra vez a trabajar. Me pagaban poco, pero qué podía hacer, era lo que había y, pues, con eso vivíamos. Entraba cualquier otra señora, trabajaba la mitad del tiempo que yo y ganaba el doble. Era una situación muy injusta.

*

El bachillerato me pareció más complicado porque las materias de inglés y tecnologías no las tuvimos en la secundaria. Había un salón con computadoras de escritorio, grandes y pesadas, algo obsoletas, pero eran las más accesibles, donadas prácticamente, y ¿qué nos enseñaron?: cómo prenderla y las partes que la componían. Era más teórico que práctico. No recuerdo haber utilizado algún programa como *Excel*, *Word*, o navegar en la Internet. No nos enseñaron lo suficiente con la excusa de que debíamos cuidarlas.

La maestra de inglés en la secundaria era buena, pero después de un tiempo ya no se esforzaba, decía que no podía retrasarse solo porque algunos no entendieran lo que ya deberían saber —lo cierto es que las clases no eran de inglés, pues solo veíamos alguna película o realizábamos otra clase de actividades para cubrir ese horario—. En algunas ocasiones solo hablaba en inglés o simplemente platicaba porque se daba por vencida, se notaba que ya no sabía qué más hacer.

Para mí era un mundo totalmente distinto, ¡ay, se me hacía tan complicado! Me daba pavor cuando la maestra

entraba por la puerta, pensaba: "Si es tecnologías, *ok*, si es inglés, estoy perdida". Como la maestra solamente hablaba y hablaba, nunca aprendí algo.

Tuve siempre dos maestras fijas, y un maestro que rotaba porque no aguantaba el ritmo; después llegó otro maestro, era psicólogo. Me acuerdo que siempre pasaba sus clases con diez, las que me parecían muy ligeritas y me encantaban, aunque me dijera que estaba loca.

Continué en el grupo de jóvenes que era coordinado por la hermana Érika, un amor de persona. Nos traía de aquí para allá, motivándonos a todo, nos decía: "Ustedes pueden dar más, incluso pueden seguir estudiando. Si aquí no hay opciones, búsquenlas, vean la posibilidad de salir a ver otras oportunidades".

Me convertí en la coordinadora del grupo de adolescentes, para lo cual me proporcionaban diferentes temas que debía desarrollar con los muchachos en el pueblo. Me recomendaban que no lo hiciera muy teórico, sino más práctico: "Algo que los atraiga, que se muevan más".

Organicé todas mis actividades para seguir trabajando en el mismo lugar. En una ocasión me quedé a cargo del restaurante, y uno de los hijos de los propietarios perdió un dinero que le dejaron para sus gastos, pero en ese momento no me enteré porque no me dijo nada. Al regresar sus papás de vacaciones les platicó sobre el dinero que perdió y me preguntaron que si había visto quién se lo llevó, les dije que no, pero insistían tanto que llegué a pensar que me estaban culpando, como diciendo "¿Tú te lo llevaste?". Dejé de trabajar ahí por la vergüenza de que me culparan por algo que no hice, después de servirles durante cuatro

años. Al mes me estuvieron insistiendo en que regresara y lo hice porque necesitaba el trabajo.

El bachillerato fue más divertido que la secundaria. Estaba ubicado en un cerrito al que accedíamos por una carretera en zigzag, como en culebrita. Al salir de la escuela teníamos que bajar con el sol a todo lo que daba. Había dos muchachos, Regino y Tony, este último era un año más grande que yo, y siempre me esperaban a la hora de la salida, incluso cuando estaba en la secundaria. "Lili, te estábamos esperando para bajar juntos". Solamente lo hacían porque querían ir molestando a alguien, no los soportaba, no sé si ellos lo tomaban como un juego o era su misión. En la actualidad ya no me importa y me llevo mejor con ellos.

Nos impartían clases de ocho a dos. Los martes y jueves de cuatro a seis de la tarde teníamos clases de educación física, en las canchas del pueblo. Aunque la escuela contaba con una cancha muy bonita, no estaba protegida del sol intenso de la tarde. Además me agradaba ahorrarme la pendiente sinuosa para llegar a ella. Tengo fijación con esa pesada subida. Cuando no había disponibilidad de agua en la escuela, nos mandaban con unos baldes grandes para acarrearla del río. Nos organizaban por grupos para hacerlo de manera intercalada. Pesaban mucho, pero necesitábamos el agua para los baños, el regado de los árboles y la limpieza de los salones.

Me encantaba hacer el aseo general. Al inicio o fin de cada semestre, en ocasiones en ambos, debíamos pintar los salones. Usábamos pintura de aceite, así que salíamos con un dolorazo de cabeza. Pintábamos los salones y las bardas porque la maestra trataba de mantener la escuela impeca-

ble, súper bonita. Cuando se juntaba algo de hierba o ramas los muchachos la cortaban con un machete y las mujeres recogíamos todo. Siempre teníamos algo qué hacer.

La maestra Alicia nos daba las materias que me resultaban más complicadas: química, física, cálculo integral, diferencial y matemáticas. Cuando llegué a Chihuahua me enteré de que en todos los bachilleratos hay áreas de formación para diferentes cosas, y que aquí escogían lo más complicado y ahí te va; se me hacía muy pesado cuando estaba allá, pero al estudiar aquí todo me resultó más ligerito y llevadero.

Por cierto, acaba de regresar la maestra Alicia porque una temporada no estuvo dando clases en Batopilas. Salieron sus hijas del bachillerato y pidió su cambio a la ciudad de Chihuahua para acompañarlas mientras estudiaban la universidad. Cuando terminaron, regresó a dar clases.

El bachillerato lo iniciamos treinta y seis alumnos, y lo concluimos doce: seis mujeres y seis hombres. Al final se nos añadió una muchacha que creo estaba estudiando en Creel y por alguna razón la reprobaron, pero la aceptaron en nuestra escuela. Terminamos graduándonos trece.

En el pueblo siempre decían: "Es que la maestra hace que todos los alumnos se vayan", "es que la maestra les pone las cosas muy complicadas", y no era tanto así, lo que pasa es que debes esforzarte más; aparte, si lo único que tienes que hacer es estudiar, pues hazlo bien.

Las becas económicas que nos daban aumentaban por año. En el bachillerato la beca mensual ya te daba para pagar el uniforme y la colegiatura. Incluso, por primera vez en mi vida, pude comprarme un par de tenis. Obs-

tinada se los pedía a mi papá, pero a mi hermana y a mí siempre nos compraba zapatos toscos, como de niño, con suela de llanta, así íbamos a la escuela.

*

Al terminar el bachillerato no tenía ni idea de qué rayos iba a seguir haciendo con mi vida; dejé de estudiar un año completo. También en ese momento no estaba trabajando en el restaurante, no recuerdo exactamente por qué razón. Me pidieron las monjitas que apoyara a los niños que estaban retrasados porque algunos que cursaban el cuarto grado aún no aprendían a leer, pero ahí los tenían por la edad. Tenía que enseñarles a leer y hacer cuentas.

Considero que no me fue muy bien. Solo estuve alrededor de dos meses. Una mañana me habló la directora, que no me caía bien; nos pusimos a platicar y en un momento dado me dijo: "Tienes la actitud de una cuarentona amargada". ¡Cómo fue capaz de decirme eso a mis 17 años! Salí bien triste y dejé de trabajar ahí.

Por fortuna, mi mamá se sentía mucho mejor, la presión ya se le había regularizado con el tratamiento médico que le tenían y estaba trabajando con las monjitas en el comedor, pues cocina con un rico sazón. Cuando estaba en la primaria también daba con tiempo ahí con las monjitas, pero después se empezó a sentir mal, así que regresaba y salía siempre de los comedores.

Llegaba a la escuela para verla, pero la hermana no me dejaba entrar; una vez me cerró la puerta en la cara, pensé: "Qué rayos le hice a la monjita, por qué me trata así". En definitiva, no le agradaba. Recuerdo que la her-

mana superiora en ese momento me decía: "Ay, mija, ignórala, la amargada es ella".

Después estuve trabajando en una tienda, ayudándoles a acomodar mercancía y cobrar; sentía que no era para mí, que algo me faltaba. Siempre estudié y trabajé, así que no me veía salir de la escuela y casarme como todo mundo espera en la sierra, acabas la secundaria, ya no sigues estudiando, y te casas, o el fulanito te robó, y ahí te quedas. Creo que mi papá desde que terminé la secundaria pensaba: "Terminó, ya nos vamos a regresar al rancho", y que le salgo con que planeaba seguir estudiando.

*

Mi hermana, un año menor que yo, estaba terminando el bachillerato. Por consejo de la directora y la maestra Alicia decidió tramitar una ficha para examen de admisión a la UACH con otras de sus compañeras. Supongo que tuvieron mejor orientación que yo. Al enterarme fui, así nada más, de metiche, para ver si también podía sacar una ficha. No sabía qué iba a hacer porque tenía pavor de salir del pueblo.

Tramitamos dos fichas, una para mi hermana y otra para mí, aunque no teníamos idea de dónde íbamos a sacar el dinero para pagarlas. Por azar del destino, en ese momento iban a efectuar los exámenes de evaluación que les practican anualmente a los niños y estaban solicitando personal por parte del CONAFE. Resulta que ya había participado el año anterior en esa actividad. Lo vimos como la solución. Nos aceptaron y nos enviaron a algunas comunidades para aplicar los exámenes.

A mi hermana y dos o tres muchachitas que también tramitaron ficha se les ocurrió que solicitáramos un anticipo. Nos pareció una buena idea, fuimos todas con el profe quien nos dio el dinero que le llevamos a la maestra Alicia para que pagara las fichas. Cuando nos entregaron el resto del pago total, lo guardamos para los gastos de traslado a la ciudad de Chihuahua.

No sé por qué mi hermana tramitó ficha para enfermería, si ella quería estudiar para maestra, esa fue siempre su motivación, nada más porque su amiguita en ese momento quería estudiar enfermería. Por el resultado de su examen fue aceptada, pero no quiso inscribirse porque su amiga no se quedó. Dijo que no quería estar sola; aunque le dije que yo estaría en la facultad aledaña. Me sorprendió su reacción porque cuando éramos pequeñas nos trataban como cuatitas, nos vestían igual, en parte porque no había de otra. Siempre pensé que realmente éramos gemelas, hasta que una vez, ya estando en la primaria, le pregunté a mi mamá: ¿Nacimos al mismo tiempo? Me dijo que no. Cuando se embarazó de mi hermana, yo tenía tres o cuatro meses. No me duró mucho la mamá para mí sola.

Cuando entré al kínder, éramos tan unidas que no quiso quedarse en la casa. Dice mi mamá que los primeros días lloraba mucho. Tenía como 2 años cuando dejó el pañal y el biberón porque quería asistir a clases conmigo. La reprobaron un año y nos separaron porque decían que yo era muy posesiva, que no la dejaba jugar con los demás, no la dejaba moverse y la tenía sentadita en un solo lugar. Observaron que no la dejaba ser ella misma: no la dejaba divertirse ni yo lo hacía. En una ocasión fue al salón a verme, una niña azotó la puerta y le reventó una uña, se

le puso morada y se le cayó. Con mi mentalidad de niña pensé: "¿Para eso nos separaron?". Lo cierto es que después de ese alejamiento ya no fuimos tan unidas.

*

Un día estaba pasando por la iglesia y me encontré con mi amiga Martha, quien me dijo: "Oye, me hablaron de la universidad para decirme que me aceptaron". A mí no me habían hablado, bueno, ninguna teníamos teléfono, pero a ella la llamaron al número que dejó como contacto. Pensé que yo también podría haber sido aceptada. Esto sucedió un mes después del examen. Había llorado decepcionada porque suponía que no me había quedado. Cuando Martha me comentó que al día siguiente iría a Chihuahua, le pregunté: "¿Puedo ir contigo?". Aunque no me había puesto a pensar a dónde iba a llegar, cómo pagar la universidad ni cómo mantenerme; a fin de cuentas, no tenía nada. Dudó en aceptar, pero cedió ante mi insistencia. Nos despedimos y fui directo a casa para platicarlo con mi familia.

Llegué y le dije a mi mamá: "Voy a preparar la maleta porque me quedé en la universidad y mañana me voy". Ni siquiera tenía maleta qué hacer porque no tenía ropa. Como sea, eché lo que tenía y les avisé a los dueños del restaurante que ya no podría asistir porque iba a entrar a la universidad. Eran como las nueve de la noche.

En la madrugada del día siguiente salí rumbo a Chihuahua, sin saber si me habían aceptado ni dónde me iba a quedar. Teníamos que llegar directamente a la universidad porque creo que teníamos hasta las tres de la tarde para poder inscribirnos.

Cuando llegamos, sentí que se me salía el corazón porque a mí no me habían hablado, así que no sabía si me iba a quedar. Me preocupaba cómo regresar en caso de que no me aceptaran. Le preguntaron a Martha qué se le ofrecía, les dijo que le llamaron por teléfono porque había sido aceptada e iba a inscribirse. Antes de que respondieran les dije que yo iba a lo mismo. Revisaron en las listas nuestros nombres, verificaron que fuimos aceptadas y nos dieron las instrucciones para inscribirnos. Como dije antes, a mí nadie me había hablado, pero algo me dijo "¡Vete!". Intenté convencer a las otras: "Vengan ustedes también, vámonos", pero no quisieron, ni modo.

Mi hermana pagó el primer semestre. Le hablé para decirle que me habían aceptado, pero no tenía para pagar la inscripción. Aceptó apoyarme y me envió, a través de otra persona, la cantidad de dinero exacta. Por una urgencia que no recuerdo bien, algo pagué y lo descompleté. Tuve que pedirle prestado al señor que me había traído el dinero, sin reparar en ese momento en cómo iba a pagarle. Ella entendió y me mandó lo necesario. De no ser por eso, a nada hubiera llegado.

Aproveché que Martha venía con alguien que yo también conocía, para pedirle quedarme con ella unos días. La casa era de la maestra Blanca y me dijo que sí. Después de una semana sentí que ya estaba cayendo mal que estuviese ahí, porque ella se había comprometido en apoyar a una estudiante, no a dos; además, tenía dos hijos que volvían más complicada la situación.

Con la finalidad de encontrar una solución, mi hermana habló con unos familiares que se trasladaron a vivir aquí. Fueron a recogerme el fin de semana, pero vivían

hasta la Nueva España, por la colonia Tres de Mayo, muy lejos para mí. Me dijo mi hermana que en auto quedaba a veinte minutos, pero yo no tenía y se me hacía muy complicado, aunque fueron muy amables conmigo.

¿Cómo iba a trasladarme todos los días?, porque tenía horario de tarde y salía a las ocho de la noche. Entonces le hablaron a una de mis tías que vive muy cerca de la universidad. Ya estaban con ella otros dos primos. A mí me rentaron el departamento de arriba. Por cierto, el primer día me perdí en la noche, no sabía cómo regresar, y anduve perdida un buen rato en la colonia.

Mi hermana también me apoyaba para pagar la renta porque mi mamá no me podía mandar dinero. Cuando llevaba cerca de dos meses sin tener comunicación con mi familia por falta de señal, mi mamá decidió utilizar el servicio de una caseta telefónica para saber cómo me encontraba. Al colgar, cuál sería su cara de sorpresa y congoja cuando le dijeron: "Son trescientos pesos, señora". No los tenía en ese momento y tuvo que hacer malabares para pagarlos. Le dije que no me marcara. Por fortuna, ese mismo año tuvieron acceso a la señal de telefonía celular en la cabecera municipal.

En ese tiempo dos de mis primos estaban estudiando con beca del Programa de Atención a Estudiantes Indígenas de la UACH. A Martha y a mí nos pusieron en contacto con el responsable de ese programa para solicitar nuestro ingreso.

El siguiente semestre llegamos muy emocionadas porque esa beca nos permitiría asegurar el pago de inscripciones sin problemas, pero nos encontramos con la noticia de que no nos habían aceptado. Se me vino el mundo enci-

ma, me puse helada, pues no tenía idea de cómo conseguir el dinero para pagar alrededor de cinco mil pesos que me costaba la inscripción semestral.

En el primer semestre me fue muy mal con TIMI,[20] reprobé porque no tenía computadora para hacer las actividades. Me dijo mi hermana: "Puedo ayudarte para comprar una computadora, pero es eso o la inscripción, no puedo apoyarte para las dos cosas". Estaba con el dilema de abandonar la universidad, pero mi hermano y mi papá eran beneficiarios de PROCAMPO,[21] y me proporcionaron sus tarjetas, que por primera vez entregaban en el pueblo, para retirar el apoyo y enviárselos. Sin embargo, no vieron ese dinero porque me vi en la necesidad de usarlo para pagar la inscripción, con la promesa de devolvérselos después.

Al terminar ese semestre volvimos a solicitar el apoyo del PAEI y nos dijeron que estuviéramos pendientes del resultado.

Llegado el momento de regresar a la ciudad de Chihuahua para iniciar el tercer semestre, no tenía idea de cómo pagar la inscripción, ni siquiera para comprar comida para la primera semana. No podía pedirle a mi hermana porque ella pagaba mi renta, mi papá y mi hermano en ese momento no tenían dinero y mi mamá no trabajaba.

---

[20] Tecnologías y Manejo de la Información.

[21] Es uno de los programas de bienestar económico y generación de ingreso del gobierno federal. Fue creado en 1994 como un instrumento para compensar la posible pérdida de ingreso de productores rurales en el contexto de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).

Decidí salir de mi casa únicamente con el pasaje, me dije: vamos a ver qué pasa, si obtengo la beca me quedo, si no, me regreso; vamos a echar la moneda al viento y lo que caiga, a ver qué pasa.

Sentí una gran alegría cuando me enteré de que sí me habían otorgado la beca académica. Pagué trescientos cuarenta pesos, por el costo del libro de inglés. Los siguientes pagos en que no cursaba esa materia pagaba solamente ochenta pesos. ¡Guau, de aquí soy!, pensé. No hubiera continuado de no ser por ese apoyo.

A partir de ese momento tuve una beca alimenticia que me salvó la vida porque a veces solamente comía en la escuela, no comía en otro lugar, pero no me di cuenta de esa beca hasta el siguiente semestre. Un compañero becario me dijo en una ocasión que fuéramos a comer a la cafetería porque también contábamos con una beca alimenticia.

De igual forma me otorgaron una beca económica a partir del sexto semestre, por medio de la Coordinación Estatal de la Tarahumara. Con eso compraba libros porque generalmente los que necesitaba consultar estaban prestados en la biblioteca. Así que tener mis propios libros era una ventaja. Prácticamente tenía todo cubierto: computadora, libros, comida en la escuela, pago de inscripción; solo la renta seguía pagándola mi hermana. Ya no tenía la incertidumbre de cómo cubrir mis gastos.

Un año antes de concluir la licenciatura estuve preparando a mi papá para que me apoyara con el pago de la titulación, pero no fue necesario porque la beca académica de la universidad también incluía ese concepto. En ese tiempo llevaba a cabo prácticas profesionales por lo que

me pagaban mil doscientos cincuenta pesos semanales y con eso tenía que pagar renta y sufragar todos mis gastos porque mi hermana dejó de mandarme recursos, pues ya debía mantenerme sola.

En la actualidad tengo planeado retomar los estudios de maestría que suspendí porque mi trabajo me absorbe mucho tiempo, pero deseo continuar ahí, puesto que es un despacho contable donde aprendo mucho y me dispensan un buen trato. Quedarme a vivir en la ciudad, aunque cuando vienes de pueblo nunca dejas de extrañar una vida simple y sencilla, pues a pesar de las carencias que puedes tener, te proporciona paz y una felicidad enorme que no puedes experimentar en un medio urbano.

Por nada cambiaría mi vida en el pueblo, extraño todos los días cada momento vivido. Las adversidades ahora las veo como un aprendizaje y no como un infortunio.

Entre culturas

(Testimonio publicado en Vázquez, 2022, pp. 64-68)

Mi papá es de Carichí y mi mamá de Tónachi. Cuando mis papás se conocieron ella era supervisora, él se dedicaba a la agricultura y la ganadería. Mi papá estudió hasta tercer año de primaria, y es muy bueno para las matemáticas. Mi mamá se graduó en la Normal.

Soy egresada de una licenciatura que pude estudiar gracias al apoyo de mis padres y de becas, tanto académicas como económicas.

Familia

Procedo de una familia con profundas raíces ralámuli porque mi mamá es hablante de esta lengua, incluso es maestra de educación indígena bicultural y actualmente imparte clases en la carrera de Enfermería, en la ciudad de Cuauhtémoc. Mi mamá modificó su acta de nacimiento para trabajar porque tenía 17 años. Después, quiso modificarla nuevamente para que apareciera su fecha real de nacimiento, pero tuvo muchos problemas por tener dos actas y al final se quedó con la modificada.

Mi papá es una persona muy amigable y educada; tiene una educación que siempre admiré porque sabe comportarse de acuerdo con la situación y las personas con las que se encuentra. Por ejemplo, en vacaciones de primaria y secundaria, íbamos a las fiestas de Tónachi, donde estábamos literalmente con puro ralámuli, y mi papá se comportaba de acuerdo con la situación, lo mismo sucedía cuando íbamos a Estados Unidos, con gente de un nivel económico más alto que nosotros.

Es muy agradable, pero también tenía un carácter muy fuerte, muy enérgico; bueno, al menos por lo que me cuentan mis hermanas, porque a mí me tocó que se le ablandara el corazón, pero mis hermanas dicen que era muy estricto y enojón, muy "especial", a mí ya no me tocó tanto, unas dos rayitas más abajo que a ellas; aun así, siento que de él aprendí más que de mi mamá.

Mi mamá es una persona humilde, muy orgullosa de sus raíces y educada. Es muy sociable, agradable y sencilla, en suma, es muy humana, qué más puedo decir: es la mejor mamá.

Tengo cuatro hermanas mayores, con las cuales mantengo una buena relación, pero, como en todas las familias, con unas más y con otras menos. Con mi hermana, la mayor de todas, es con quien tengo la mejor relación, de cualquier cosa que me pasa es la primera en enterarse, o a la que le pregunto; mi mamá casi siempre es la última en enterarse, pero por muchas razones, por evitarle problemas porque su reacción no es muy buena que digamos, ya que se altera de cualquier cosa, y pues ya no es muy viable que se entere de muchas cosas.

Con mis otras hermanas también me llevo muy bien, pero con la mayor tengo un vínculo más fuerte, ya que la considero mi gran apoyo, en comunicación y en mil cosas.

El lugar donde nací era un pueblo muy chico y tranquilo, podía uno andar hasta medianoche bien a gusto y no había ningún problema; de hecho, mis papás se preocupaban porque no eran horas de que anduviera en la calle, pero no porque existiera un peligro real; además, como todo mundo se conocía, siempre sabían dónde estabas; la gente

bien chismosa, pero era muy buen pueblo. Era un pueblo "civilizado", por así decirlo, en comparación con otras comunidades donde todavía no tenían luz, carros y esas cosas. Desde que yo me acuerdo siempre hubo luz eléctrica, teníamos agua, televisión y radio. Como mi papá era mecánico, arreglaba trocas, dompes, tractores y todo eso; entonces, puedo decir que era una comunidad más urbana.

Mi personalidad de niña era de muy valagarda, tenían que ir a recogerme a la escuela y tenían que llegar antes porque si se llegaban las doce y yo no veía a nadie que me estuviera esperando, me iba, pero nunca a mi casa, siempre me iba con amiguitos a la casa de alguien, siempre recalaba en cualquier otro lugar que no fuera mi casa.

Ah, y tenía novio desde los 5 años; me acuerdo que él me encaminaba a mi casa, pero estaba muy lejos y para llegar había un arroyo, que recuerdo se llama Arroyo de Los Chacones, así que él me acompañaba hasta ese lugar. En ese lugar había dos piedras enormes en una esquina, nos sentábamos a platicar y jugar, y ahí durábamos las horas. Me cuentan mis hermanas que se llegaba la una de la tarde y yo no llegaba, iban por mí y si no me encontraban en el arroyo con el novio platicando y jugando, me encontraban en su casa o en la de otros amigos, pero siempre fui muy valagarda, siempre andaba en la calle, nunca dentro de la casa.

Era muy vaga, pero muy seria, muy buena niña, siempre fui muy educada, la maestra me quería mucho, de hecho, en la foto del kínder estoy junto a la maestra porque fui una de las consentidas y mucha gente me aprecia mucho porque era muy linda, si alguien me decía "quédate ahí", ahí me quedaba y no hacía nada hasta que me dijeran: "ya puedes irte a jugar o ve a hacer lo que quieras". No

era manipuladora, si pedía algo y no me lo podían comprar o no querían comprármelo, les rogaba como dos o tres veces, pero como ya me lo habían negado muchas veces, pues no insistía.

Identidad

No soy hablante de ralámuli, realmente nunca lo aprendí porque no se me dio. En las escuelas donde estudié nunca escuché la lengua, por ejemplo, en la primaria me tocó convivir mucho con niñas hablantes de la lengua, pero hablaban únicamente entre ellas, tenían muy cerrado su círculo, nos llevábamos bien y jugábamos, sin embargo, siempre tenían su límite hasta donde ya no podía uno jugar con ellas. Y mi mamá, que es hablante, siempre estuvo fuera por su trabajo y en la casa no había quien lo hablara, realmente mi mamá no tenía con quién hablarlo en casa y nunca lo escuchamos.

Tampoco fui a una escuela donde mi mamá diera clases. Creo que de bebé me llevaba a la escuela donde estuviera dando clases y me encargaba con alguien que me cuidara, pero ya cuando tuve que ir al kínder me dejaba en el pueblo y ya no me llevó. Mi papá y un tío, primo hermano de mi papá, fueron mis niñeros junto con mis hermanas, desde que tenía 3 años más o menos.

Crianza

Mi crianza fue la mejor de todas, mis padres fueron estrictos, pero a la vez permisivos, si me decían no, era no, y no había negociación. Mi papá, desde chiquita, me enseñó a no jugar con mis decisiones ni con las demás personas. Me acuerdo mucho del siguiente caso:

En unas vacaciones de la escuela íbamos a viajar a Guachochi para ver a mis abuelos, y fue el peor verano, el más largo de mi vida. Unas dos semanas antes, andaba haciendo mis berrinches porque mi papá no me había permitido ir a un festivalito de la escuela; cuando mencioné que no quería ir con mi abuela, volteó mi papá y me dijo:

—¿Estás segura de que no quieres ir? ¿Es tu última decisión?

—Sí, es mi última decisión —respondí—.

Tenía como 7 años, ¡qué iba a saber de decisiones! Cuando se estaba alistando mi mamá, un día antes de salir, me dijo:

—Haz tu maleta.

Hice mi maletita muy feliz y, al día siguiente, llegué bien chingona mientras los demás estaban subiendo sus cosas a la troca.

—¿A dónde vas? —dijo mi papá.

—Pues a subir mis cosas.

—¡No, usted se queda!, ¡usted dijo que se quedaba, que no iba a ir estas vacaciones!

—Pero eso lo dije hace mucho tiempo.

—Sí, pero todavía me acuerdo y usted debe pensar muy bien lo que decide porque no puede andar jugando con las demás personas, si a mí me dices que no, es no, eso se hace y te fregaste —dijo muy molesto. Y me solté llorando.

—Pero, ¡cómo la vas a dejar!, ¡es una niña! —intervino mi mamá.

—Si su hermana se va a quedar por algo de la escuela, que se quede con ella, si no, con su abuela —respondió mi papá. Finalmente, decidieron que me quedara con mi hermana.

Después que se fueron, mi papá regresó porque no sé qué fregados se le olvidó y yo todavía estaba llorando en la banqueta, llegó conmigo, se agachó y me dijo:

—Hijita, perdóname, con todo el dolor, me está partiendo el corazón dejarte, pero tengo que enseñarte que conmigo ni con tu mamá se juega, tengo que enseñarte eso y si no te lo enseño yo, nadie más lo va a hacer.

Se fue y continué llorando como una semana, pero jamás volví a hacer eso.

En adelante, cuando mi papá me preguntaba algo, le decía: "¿Te puedo responder mañana?", nada más se me quedaba viendo, pero yo pensaba bien mi respuesta porque sabía que sí me la cumplía.

A pesar de todo, siempre fue muy permisivo, si quería algo me decía: "Váyase, pues"; nunca me prohibió algo. Recuerdo que como a los 13 o 14 años quería ir a una cabalgata, mi papá me dijo que debía yo misma conseguir el aparejo, pensaba que no lo iba a lograr, pero siempre lo conseguía, le pedía a mi abuelo, a mi padrino, a todo mundo le pedía algo; así, el mero día alistaba todo y mi papá me decía: "¿A dónde va?", a la cabalgata, "¿Con permiso de quién?", pues usted me dijo que si yo conseguía todo, me iba, lo conseguí y usted siempre me cumple; "Ándale, ve"; siempre fue así, muy duro, pero a la vez muy permisivo.

Mi mamá es el reverso de la moneda, siempre fue muy blandita, la podíamos mangonear a nuestro favor, y a mi papá nunca, pero fue del que más aprendí porque siempre nos daba una moraleja; si él sabía que nos íbamos a dar en la madre, nos dejaba.

En una ocasión que estaba jugando con una fogatita que hicieron, mi mamá estaba friegue y friegue con que: "Te vas a quemar, te vas a quemar", y mi papá dijo: "Ya me cansaste, y ya me cansaste tú de estarle diciendo, ya déjala que se queme, te aseguro que es la única vez que se va a quemar"; y así fue: hasta que me quemé, quedé a gusto; se acercó mi papá y me dijo: "¿Cuántas veces te van a volver a decir que no hagas esto?", y aprendí. Gracias, ahí está, ya aprendió, todos felices, así era la manera de enseñar de mi papá, no sé, muy firme y muy cruel, pero a la vez tenía muchas enseñanzas.

Educación básica

En el kínder quería mucho a la maestra; me desesperaban los demás niños que no se apuraban para hacer las cosas y que eran muy desordenados, me frustraba que no le hicieran caso a la maestra cuando pedía silencio.

Mi maestra físicamente era alta, rellenita, de hecho todavía la he visto y, por cierto, usa el mismo corte de cabello, lo tiene chino y lo usa como peloncito; tenía dos hijos en ese entonces y acudían al kínder donde ella daba clases, llegué a convivir con ellos desde entonces y ya de grandes nos hicimos amigos, en parte porque el pueblo era chico y forzosamente todos nos conocíamos.

Mi kínder lo recuerdo muy chiquito, todo cercado, con baños de niñas y de niños, y dos salones. Había dos maestras, para primero y segundo, siempre quise estar en el otro salón, pero nunca pasó porque solo estuve un año y de ahí a la primaria.

Teníamos cuatro columpios, los cuales me gustaban mucho, pero no los resbaladeros, porque los niños jugaban bien feo, nos aventaban.

También teníamos de esas llantas que están semienterradas y un gran gusano completo, así como una canchita donde hacíamos nuestros festivalitos o los honores a la bandera.

Me gustaba mucho estar en la escolta de niños y niñas, pero me enojaba que mis compañeras no hacían caso, les decían que fueran derechitas y ahí iban pajareando, ¡cómo me caía gordo que no hicieran caso!

Al kínder me llevaba mi papá o mis hermanas, estaba algo retirado, y de chiquita se me hacía un mundo, pero, ahora que lo veo, está como a un kilómetro, más o menos.

Estudié la primaria en "Yermo y Parres", que está en Sisoguichi y tiene servicio de internado para indígenas, solo asistía a la escuela, pero no me quedaba en el internado. La secundaria también, en la misma escuela. Solo la mitad de los estudiantes eran ralámuli. Nos llevaban a misa, pero no había clases de religión, solo de ética y valores.

La escuela estaba grandísima porque tenían kínder, primaria y secundaria. La construcción era de dos pisos, tenía cuatro canchas grandes y un terreno enorme de terracería; al fondo, unas casitas para los maestros.

Me quedaba más lejos que el kínder, bueno, realmente estaba casi a la misma distancia, pero por la ubicación parecía estar un poco más lejos de mi casa.

Recuerdo que a algunas de mis hermanas las tenía que esperar, pues yo salía de la primaria como a la una de la tarde y ellas salían de la secundaria alrededor de las dos.

También aquí había otras niñas ralámuli y jugábamos con ellas, pero solo dentro de la primaria, fuera no, porque, como ellas estaban en el internado, no las dejaban salir; de

hecho, ahí conocí a Argelia, compañera también apoyada por el PUI, estuvimos en el mismo grado de secundaria, no sé ni cómo, pero me hice amiga de ella; después que salimos de la Yermo y Parres, quién sabe qué habrá pasado con nuestras vidas, y hasta el "curso de preparación" del PUI fue donde me la encontré otra vez. Muchas veces platico de ella con mi mamá porque la conocía muy bien, no me acuerdo tampoco ni el porqué, tal vez le dio clases en alguna primaria.

Como mencioné antes, también el primer grado de la secundaria lo estudié en la escuela "Yermo y Parres". Después estuve viviendo todo un año en Denver, con una de mis hermanas que está radicando allá. Cuando regresé, pedí hacer exámenes del segundo grado, los aprobé y me inscribí en tercer grado en la misma escuela, pero solo estuve la mitad del año lectivo porque me expulsaron y decidí ir al albergue El Buen Pastor para terminar la secundaria.

Bachillerato

Al terminar, me fui otra vez a Estados Unidos y pasé seis meses sin estudiar. Para no perder más tiempo, estuve unos meses en un sistema de preparatoria abierta y al año siguiente entré al CECYTECH de Carichí, donde inicié desde el primer semestre y logré concluir los tres años.

Había un albergue en el que se asistía a chavitos de la secundaria y la preparatoria. Se me hace que era de gobierno porque le pedían mucho apoyo a la Presidencia Municipal. Estaba cerca del CECYTECH, nada más se cruzaba un arroyo, aunque de todos modos llegaban tarde los que ahí se asistían. En esta escuela todo se me hacía más padre, había más estudiantes, pero casi ninguno ralámuli.

Asistían muchas chavitas de otros pueblos, pero ya iban de pantalón de mezclilla y nunca escuché que hablaran en lengua ralámuli.

La escuela era de un solo piso y eran tres salones, la dirección, una sala de cómputo, una cancha y un terreno con porterías para jugar futbol, así como un baño para hombres y otro para mujeres.

Estaba chiquita la escuela, no estaba tan grande como otras que había visto. Teníamos muy buenos maestros, al menos el de matemáticas era muy buen maestro, al que conocíamos como "Lalito", y todos eran de Cuauhtémoc. Con todos me llevaba muy bien, incluyendo al director. No teníamos orientador, si había un problema nos mandaban con el director.

Con mis compañeros siempre tuve una buena relación, quién sabe si ellos me hayan odiado. Tenía dos mejores amigos, una chava y un chavo, aunque con todos me llevaba bien. Ulises era mi mejor amigo, quería estudiar la carrera de Educación Física, pero no se quedó, supe después que estudió en una universidad particular y creo que está estudiando actualmente una maestría.

En marzo del 2009, casi para terminar la preparatoria, nos informaron de los apoyos del Programa Universitario Indígena. Mi hermana mayor, que es como mi segunda madre, me dijo que preguntara; aparte, me dieron información muy vaga, general. También mi mamá me dijo: "¡Ve!, tienes ascendencia indígena".

Estaba en quinto semestre cuando nos cambiaron de director; la nueva directora nunca me quiso, me tenía que estar cuidando de no dar un mal paso porque me daba

cuello; recuerdo que estaba en el equipo de futbol y en un partido que tuvimos, ella no quiso que me metieran a jugar, hasta que me enojé y la escuché que dijo: "¡Métela, para que ya no esté fregando!", así se lo dijo al profesor, y me metió. De hecho, anoté dos goles.

Me odiaba, no sé por qué, el caso es que una vez entró al salón y nos platicó que había un programa de becas para los que quisieran estudiar la universidad, que de preferencia fueran personas que tuvieran buen promedio, también nos dijo que uno de los requisitos era tener pertenencia indígena. Yo no sabía si quería estudiar, así que no dije nada; después un maestro me aconsejó que fuera; incluso, la directora me preguntó:

—Oye, ¿tú vas a entrar?

—No —respondí.

—¿Por qué?, pues si tu mamá es tarahumara, ¿no?

—Pues sí.

—Y entonces, ¿por qué no vas?, éntrale, es una buena oportunidad.

La verdad es que, a pesar de que ella me odiaba mucho, se me hizo buen gesto que me preguntara, o sea, no me motivó, nada más me preguntó, pero se me hizo un buen gesto.

Cuando le platiqué a mi mamá, mi decisión de ir a estudiar la universidad, fue la que más se emocionó, ya que mi hermana mayor ni siquiera terminó la secundaria, la que le sigue terminó la prepa en el CBETIS de Cuauhtémoc, pero más a fuerza que con ganas porque mi papá no la dejaba, las otras dos terminaron la prepa en Ciénaga, otro pueblo que está cerca de Carichí, porque ahí no había prepa y también

más a fuerza que con ganas porque mi papá no las dejaba, tenían casi que irse a escondidas. Les decía "Para qué estudian, si se van a casar"; es que mi hermana la mayor estaba en secundaria y se salió porque se casó a los 14 años, entonces yo digo que, por esta razón, traumó a mi papá, quien nos decía: "Para qué les voy a dar estudio, para que se salgan y se casen, mejor no"; y mis hermanas coinciden todas en eso: por culpa de ella mi papá no nos dejaba estudiar.

El caso es que mi mamá se emocionó, me dijo: "Nadie me ha dado estudios, todas se casaron, ándale, tú eres mi última esperanza". La verdad, me motivaba mucho ser como mi mamá, por eso fue que me animé a entrar.

Vida universitaria

En junio del 2009 tomamos un curso en Creel, en instalaciones del Ichiméame. Nos presentaron a Rosa, egresada de Derecho y eso me motivó. La sociedad hace ver a los indígenas más abajo y se me hizo motivador ver a Rosa con su vestido tradicional.

Por cuestión de identidad me llamaron dos veces durante el curso, me dijeron: "No pareces indígena". Les dije el nombre de mi mamá y alguien la reconoció como maestra indígena. Todavía en Chihuahua el coordinador nos entrevistó a otra compañera y a mí. Me enteré en plática con mis compañeros que alguien no me quería en el PUI porque no "parecía" indígena.

Hice una gran amistad con varios de los compañeros del programa, como Nayeli, Lucy, Servando, Diana, Yamel y Chopeque, y también con estudiantes de otras universidades.

Mis papás me mandaban dinero para gastos. Rentaba con mi amiga Olivia, en una casa de asistencia, luego me fui a vivir como un año con una tía política, después renté casa con una compañera de la ULSA, hasta que terminé la carrera.

¿Por qué solicité ingresar a la Universidad La Salle? Yo siempre quise estudiar criminología o algo que tuviera que ver con eso, pero mis papás nunca me dejaron porque decían que era una carrera muy peligrosa, aunque no en sí la carrera, sino más bien los trabajos que te pueden dar. Me llamó la atención la Licenciatura en Ciencias de la Familia, si bien había algunas materias que no me parecían, en general, siempre estuve conforme con esa elección.

Fue fácil adaptarme a la universidad porque ya había estado en varias escuelas; a veces, cuando estás solo en una escuela y no sales de la misma o del mismo lugar, batallas mucho, pero como había estado en Chihuahua, Cuauhtémoc y Estados Unidos, ya no le tenía tanto miedo al cambio, entonces no fue tanto rollo, nada más fue el cambio de estatus, se podría decir, de llegar y encontrarme gente de un nivel socioeconómico muy alto, eso fue así como que, ¡ah caray!, no es muy agradable, muy cómodo, pero me di cuenta que muchos de los que estaban ahí tenían beca porque no podían pagar y realmente eran chavos muy agradables, por lo tanto me acoplé muy fácil a todo.

También me acoplé muy bien con mis compañeros del Programa Universitario Indígena de la ULSA. Ingresé con Reyna, y ya estaban inscritas Yoli y Janeth, ambas de Carichí, con la primera estudié en la primaria y con la segunda coincido en edad, solo que yo me atrasé en la prepa, perdí un año y ya no estuvimos en el mismo grado.

Experiencias de discriminación no tuve, pero sí menosprecios, en algún momento por ser becada o venir del rancho. Noté que la apariencia tenía mucho que ver, por ejemplo, si te veían más morena, pero también influía la actitud y personalidad, algunas compañeras eran más serias y sumisas, como que agachaban más la cabeza, y les podían más los comentarios negativos.

En una ocasión, tuve una ligera discusión con un chavo porque hizo un comentario de burla sobre los becados, algunos le respondieron en tono de defensa, pero yo me enojé y le dije que mi beca era del cien por ciento y no iba a pagar nada, pero que a él le iban a estar pagando todo y ni siquiera porque fuera listo, con lo cual se terminó la discusión.

Reflexión

Lo mejor, pero también lo peor, que me pudieron dar en mi familia fue la atención. Por ser la más chiquita, fui el foco de atención, pues todas mis hermanas se empeñaron en que tuviera lo que ellas no tuvieron; mis papás también, creo que mi papá pensaba: "Lo que no le pude dar a mis otras hijas se lo voy a dar a ella, en todo lo que me equivoqué con las otras, con ella no lo voy hacer"; entonces tuve mucha atención y apoyo, pero, a la vez, fue algo que no me ayudó, porque el tener tanta atención te perjudica, y siento que en mi adolescencia me perjudicó mucho todo eso.

Tuve mucho apoyo de toda mi familia, sobre todo por el "ensayo y error" trataban de orientarme mejor para no cometer los mismos errores que con mis hermanas.

En cuanto a lo mejor que yo he dado a mi familia, por lo que me han dicho, son mis logros porque nadie se

los esperaba y, por cierto, era lo que más deseaban, porque como siempre fui un desastre, no esperaban que llegara tan lejos: terminar la universidad, titularme y vivir sola, de manera responsable, que haya crecido en muchos aspectos, aunque siempre me vieron muy madura y listilla, pero decían que todo eso me iba a perjudicar.

Mi mamá me elogió mucho que haya terminado la universidad sin haberme casado, que lo haya hecho a pesar de ser un desastre. No podían esperarse muchas cosas de mí, porque era muy impredecible. Mi hermana mayor fue la oveja negra; en sus tiempos dio mucha lata a mis papás, pero yo la rebasé. Mi papá me decía: "Veo muchas cosas positivas en ti que yo no tenía, me haces sentir tan orgulloso en muchas cosas, pero en otras pienso lo peor"; como que nunca pudieron saber lo que pasaba en mí.

Entre mis metas estaban el no casarme, alcanzar al menos el mismo grado de estudios de mi mamá y el vivir de manera independiente. Lo de no casarme se debe a que veía a mi mamá y mis hermanas casadas, si andaban deseando salir, para hacer muchas cosas, entonces por qué se casaban, yo no quería eso. Me decían: "Lo que menos quieres es lo que tienes", pero siempre les demostré que no es cierto, que el destino nos lo forjamos, no hay que justificarse pensando: "Fue el destino que me tocó", sino que es el que tú elegiste.

Desde chiquita me propuse estudiar, mínimo lo mismo que mi mamá y, si puedo, algo más, ya sea una maestría o doctorado. También estoy cumpliendo el vivir sola, de manera independiente, pues siempre anhelé tener mi casa e independizarme.

Otra de las cosas que siempre quise fue salir del pueblo, mi papá me decía con insistencia: "Si vas a salir del hoyo, que no sea para meterte en otro hoyo". Nunca me agradó la idea de quedarme en el pueblo, casarme con alguien de ahí y permanecer estancada, sin prosperar. Cuando te quedas en el mismo lugar toda tu vida, te acostumbras a eso y te da miedo salir de lo que ya conoces, pero cuando empiezas a conocer algo más, te das cuenta que hay cosas mejores, y... peores. Mi papá me enseñó a no conformarme, si ya lograste hacer algo, busca hacerlo mejor, claro que llega un punto en el que te estancas, pero lo intentaste.

Anécdota

Me gustaría finalizar mi relato con un hecho que marcó mi adolescencia. Tuve un accidente como a los 17 años, me acuerdo que hice garras la camioneta, tuve que ir al médico porque me lastimé la espalda y tuve que durar mucho tiempo con un collarín. Mi papá no estaba en Carichí y mi miedo siempre fue el regañadón que me iba a dar, porque ya lo conocía, sabía cómo era y pensé que me iría de la fregada; esperaba un regañadón, cintarazos, tontería y media, pero cuando me vio, su reacción y lo que me dijo, para mí fue un cachetadón con guante blanco, literal, a partir de ese momento, cambiaron muchas cosas, y yo también cambié mucho.

Habitualmente, ya manejaba, manejé como desde los 13 años; de hecho, a esa edad me regaló un carro, así que manejaba desde muy chiquita. Cuando tuve el accidente, iba manejando a madre en terracería; no andaba en fiesta, o sea, salimos a tomar nada más; me puse hasta las trancas.

—¿Qué te pasó? —dijo mi papá.

—Pues, es que me accidenté, perdón —le respondí.

—No me pidas perdón, a mí no me hiciste nada, pídetelo a ti de todos los chingadazos que te diste. Entiendo muy bien, también tuve tu edad, sé lo que pasa, andando en el gusto, el alcohol, la velocidad y los amigos, son una muy mala mezcla; yo también estuve en tu situación, qué te puedo decir que no haya hecho, me superas en cosas, pero entiendo muy bien, así reacciona uno, es la edad.

Este evento lo recuerdo más por la reacción de mi papá que por lo traumático del accidente, hasta mis hermanas comentaron que mi papá nunca había reaccionado de esa manera.

Irrupción

Recién la puesta del sol, la temperatura empieza a disminuir. No hay iluminación artificial en este fraccionamiento, ubicado detrás de la Fundidora Ávalos.[22] Su construcción está muy cuestionada por encontrarse cerca de desechos tóxicos. Con la escasa luz de una incipiente luna que emerge de a poco en el estrellado cielo, un grupo de personas ódami bebe tesgüino y practica una carrera de bola.

Entre gritos y expresiones de alegría corren, unos descalzos, otros con huaraches, tras la pequeña bola de madera, sin reparar en los afilados guijarros y las espinas de los pequeños arbustos que cubren el llano.

Me invade una sensación inefable al encontrarme en este oasis de vida, al margen de la caótica ciudad. Sin desearlo evoco en retrospectiva mi relación con la antropología, el feminismo y los estudiantes indígenas universitarios.

*

[22] La antigua planta fundidora se encuentra en la zona sureste de la ciudad de Chihuahua en el boulevard Fuentes Mares y Francisco Portillo, colonia Americana. Inició operaciones el 1 de mayo de 1908 con el propósito de beneficiar concentrados minerales de plomo mediante procesos pirometalúrgicos. En 1997 cerró operaciones de forma definitiva, esto último debido a la reducción del suministro de concentrados de plomo de la mayoría de minas. El predio se encuentra contaminado con arsénico (As), plomo (Pb) y cadmio (Cd). La remediación del sitio es responsabilidad del Gobierno del Estado de Chihuahua. Programa de remediación de la Ex Fundidora Planta Ávalos, ubicada en el estado de Chihuahua. Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, 28 de julio de 2021 (consulta del 13 de marzo del 2025). https://www.gob.mx/semarnat/acciones-y-programas/ex-fundidora-planta-avalos-chihuahua-chihuahua

Nací en la ciudad de Delicias, Chihuahua. Soy la menor de siete hermanas. Mis padres eran campesinos y vivíamos en un rancho, por lo que mis primeros recuerdos están rodeados de parras, duraznos, sandías, melones, recogiendo los frutos, siempre cercana al proceso de la agricultura. Huellas indelebles en mi vida. Era la bonanza de la agricultura mexicana, en los años sesenta y setenta del siglo pasado.

En la década de los ochenta, ante la debacle de la agricultura que la tornó incosteable, mis papás decidieron emigrar a la ciudad de Chihuahua para que mis hermanas pudieran estudiar la universidad. En ese tiempo muchas familias se trasladaron a las urbes en busca de oportunidades.

Llegamos en 1986 a vivir en Ranchería Juárez,[23] por cierto, un espacio muy comunitario y todavía despoblado. Cuando venías al centro de la ciudad, decías: "Voy a Chihuahua", pues se le consideraba una zona lejana.

Desde mi primera infancia me ha intrigado conocer lo otro, lo diferente a mí. Creo que hay algo arcaico en nuestro ser que nos induce a ser parte de una colectividad, sin embargo, provenir de un contexto religioso protestante me alejó de imágenes y festividades de la sociedad mexicana.

Por fortuna, a través de mis tías que me dieron los primeros indicios, veía todo lo católico como algo exuberante. A mis 10 años escuchar el rezo del rosario o ir a una iglesia era como estar en una película. Fueron muy bellos esos atisbos de la otredad. De ahí mi temprano interés por

[23] La colonia Ranchería Juárez está ubicada al sur de la ciudad de Chihuahua. Fue un asentamiento de campesinos y pequeños ganaderos, bajo el régimen de propiedad social ejidal, antes de ser urbanizado.

la antropología y el feminismo, que me ayudan a comprender esta realidad tan compleja que me sitúa desde un cuerpo construido como femenino, en un contexto de violencia cruzado por múltiples factores como la clase social, el grupo étnico al que pertenezco, la religión, y las cosas que se me permitieron o prohibieron desde mi cuerpo como mujer.

*

Supe por primera vez de los estudiantes apoyados por el Programa Universitario Indígena cuando la antropóloga Mónica Iturbide Robles, responsable del área de difusión de la Escuela de Antropología e Historia-Unidad Chihuahua, me preguntó si me gustaría hacer el servicio social obligatorio en ese programa, le dije que sí, pues quería hacer ese trámite, como comúnmente se le considera; por ventura, fue más que eso.

Inicié mi servicio social, formalizado a través de la CDI, con la elaboración de un guion de entrevista para los chicos y las chicas que se iban incorporando. A partir de ese momento se entabló una relación muy linda, que se ha seguido cultivando, pues han transcurrido casi trece años y nos seguimos encontrando y discutiendo todavía la mucha vida que le toca vivir al PUI, cuya función principal consiste en aglutinar una serie de servicios informativos, de gestión y de acogida para estos jóvenes que llegan de contextos rurales o urbanos, sin conocer a nadie, sin más que muchos sueños por alcanzar.

Este proyecto genera una serie de estrategias para que los jóvenes indígenas no resientan el ambiente sumamente hostil de la universidad. Si de por sí lo es para los estudiantes mestizos, imaginemos lo que es estar en los zapatos de

los indígenas, que en ocasiones vienen sin conocer la ciudad, ni las rutas de los camiones, sin contar con un correo electrónico ni habilidades en el uso de la tecnología, aun cuando suponemos que eso todo mundo debe conocerlo.

Recuerdo que a mediados del 2010, en una mañana de aparente rutina en la oficina, llegó una chica procedente de la sierra, de estatura media y silueta estilizada, muy seria, con una maletita y una cobijita por equipaje; ahora es una profesionista que trabaja y se gestiona la vida sola. Ese es el gran fruto que ahí está, que es tangible y que ha marcado la vida no nada más de esa muchacha, sino de toda su familia y de otras jóvenes de la comunidad, que han observado este cambio de vida, y cómo incrementa su posibilidad de expansión de ser y estar en este mundo de forma digna, porque eso es lo que hace la educación.

Podemos atisbar cambios trascendentales en muchas de las historias de vida de estos jóvenes, que nada más se pudieron dar en este momento histórico, las cuales van a generar que las niñitas y los niñitos de esas comunidades los vean como una posibilidad de vida. Creo que es una constante siempre en los cambios. La primavera no la hace una sola golondrina, tenemos que ver muchos ejemplos para poder decir: "Ah, mira, yo puedo lograr lo mismo que mi prima, o mi tía". Así, ellas y ellos están construyendo esas narrativas que tal vez en nuestras historias como mestizos sean muy comunes, pero para ellos, en ocasiones, se trata del primer miembro de la familia que accede a la educación universitaria, se titula y después consigue un trabajo de acuerdo con su profesión.

Esas cosas que damos por sentadas, para estos grupos son sumamente importantes, y me parece que eso es lo

que se debe fortalecer: la continuidad de estas posibilidades que nosotros como mestizos en ocasiones obviamos o damos por naturales. Sin embargo, para lograrlo tenemos que estar construyendo derechos más amplios: que el beneficio sea para toda la sociedad.

Es importante que los jóvenes indígenas universitarios generen narrativas que a nivel subjetivo ayuden a imaginar posibilidades. También lo es la representatividad, o sea, ver a estos profesionistas indígenas en todos lados. Así como queremos ver a nuestras hijas e hijos graduados, pues ellos también tienen ese derecho, pero hay una gran brecha en las posibilidades que todavía les son adversas.

Si para las personas mestizas es complicado el acceso a la universidad, porque el costo de la vida es sumamente caro, para los y las jóvenes indígenas me imagino que se ha complicado mucho más. Por lo tanto, la pregunta es: ¿Cómo articular y mejorar este tipo de acciones y estrategias ante una embestida de crisis económica compleja?, además de conocer qué están haciendo las universidades para interculturizarse, porque sus prácticas docentes dejan mucho que desear. Algunos maestros son muy sensibles a la situación, pero otros no; y es que un comentario negativo puede ser contundente para un indígena y tumbarlo, aunque puede suceder que se agarre y diga: "No me iré y voy a quejarme", como bien hay muchos ejemplos.

Todas las universidades, sobre todo las que participan en el PUI, tienen que estar alerta ante estas prácticas de discriminación. Ya no pueden ser tan evidentes; acalladas en la práctica del aula, persisten a través de comentarios sutiles de los docentes, que hacen mella como una constante gotita de agua.

En definitiva son instituciones, tanto las públicas como las privadas —pero tienen mayor responsabilidad las primeras—, en las que el compromiso de los derechos humanos se aplica a todo, por lo tanto, considero de vital importancia no dejar de insistir en esta concientización y, por qué no, también en la sanción si hay una falta o alguna práctica discriminativa, a la cual no se llega en muchas ocasiones, pero quien ejerce el poder tiene que estar consciente de que eso no está permitido y es sancionable. Estoy segura de que ahí estaríamos dando en el clavo, porque la llegada de los jóvenes indígenas a la universidad impacta también las prácticas docentes, o debería hacerlo.

Desconozco el tratamiento actual a esta situación, pero lo esperado es que también irrumpan en las subjetividades de todo el grupo, y en eso el docente tiene que estar alerta. Claro que es muy complicado conseguirlo si no es algo institucionalizado, tiene que sobrevenir como una escalada la consigna de prohibir este tipo de prácticas, y promover la reflexión y el conocimiento. Pero es una tarea que se ve complicada. Con tantos años de trabajo, apenas se ven algunos resultados, por tratarse de procesos históricos largos y complejos, según lo observado.

*

La idea de universidad occidental que tenemos no es cierto que sea universal: sus postulados epistémicos son insuficientes, porque nada más nos habla de una cultura hegemónica, la europea, que subordina e ignora todo lo demás que ha construido la posibilidad de las grandes culturas humanas. De ahí la gran deficiencia de estas universidades

que no son universalistas, sino que aíslan y atomizan el conocimiento.

¿Por qué los pueblos indígenas no pueden tener universidades bajo sus propias políticas culturales, a las que yo como mestiza pudiera acceder para dialogar y construir? Sin embargo, prevalece la idea de atomizar en lugar de sumar, lo que para mí resulta complicado, pues tendemos a crear muros.

Son necesarias las universidades indígenas, pero debemos alejarnos de la idea de "allá los grupos indígenas y sus universidades, y los no indígenas en las ciudades con nuestras universidades "blanqueadas"", pues seguiríamos construyendo muros. Por lo tanto, se torna necesario que estos jóvenes tengan la oportunidad de decidir si estudian en una universidad indígena o no, pero que sea una elección. Eso será posible cuando empecemos a conversar sobre las posibilidades existentes de que los jóvenes decidan estudiar en una universidad indígena porque lo desean, y no porque sea su única vía de educación. Por otra parte, las universidades deben interculturalizarse para dar paso a un diálogo epistémico.

Considero que no debemos limitar un derecho, en este caso, a la educación superior, aunque sea en las formas en que se exprese, pero que siempre haya la posibilidad de elección, y creo que aquí es donde estamos fallando, pues prevalece un conocimiento único, positivista, que no dialoga con la naturaleza ni con las necesidades espirituales del ser humano, y eso es lo dañino. Al no incorporar a nuestro sistema educativo estas prácticas que cuidan al ser humano, vamos a estar renqueando, en carencia de algo, llenando mucho el cerebro, pero vaciando el espíritu. En

tanto no existan estos conocimientos ancestrales, reivindicativos, de resistencia en torno a la tierra, al cuerpo de las personas, a las plantas, a los animales, siempre vamos a estar careciendo.

Ante la actual crisis ambiental lo ideal sería que fluyéramos a través de los conocimientos y de las prácticas ancestrales. Debemos voltear hacia estas prácticas indígenas para revalorizar la tierra y entender a la naturaleza como un todo, como una madre. Las grandes reservas ecológicas están siendo resguardadas por los grupos indígenas, van a ser los pequeños oasis que tal vez salven a la humanidad, porque hablando en esta idea un tanto prospectiva de la que muchos teóricos tratan: "El celo que ellos tienen al bosque es lo que nos va a salvar".

*

La idea de un sistema democrático es tener la posibilidad de elegir, pero estos jóvenes vienen y encuentran todo con un ambiente hostil, que los limita hasta el hecho de poder usar sus trajes tradicionales, o que los señala y les dice "tú eres india, tú no puedes, aunque traigas tu credencial de universidad, no te creo que eres una estudiante universitaria". En consecuencia, lo salvable es la posibilidad de que estos jóvenes finalmente hicieran efectivo un derecho.

De por sí, la cosa es osada, y ellos se atreven a irrumpir. Me gusta ver a las chicas cuando andan con su traje tradicional, porque rompen el esquema de la modernidad; están ahí, resistiendo con su vestimenta y su lengua; por eso creo que ellas y ellos son una posibilidad de cambio para nuestra sociedad y las universidades. Necesitamos de su presencia.

Sabemos que hay despojo de tierras, que el campo se está muriendo: las familias migran a la ciudad para huir de la violencia y del narcotráfico. Las posibilidades de subsistencia se les agotan a estas familias indígenas y, aun en ese contexto tan complicado, vienen e irrumpen en nuestra urbanidad. En medio de todo esto, resisten y se emancipan.

*

En principio, el impactado tiene que ser el joven o la joven. Con el paso del tiempo la mentalidad de la persona va cambiando, así como su discurso y sus prácticas afectivas y educativas de ver y de estar en el mundo. Claro que se van a ver impactados, pues eso es lo que hace la educación. Después ellos mismos impactarán a sus familias y comunidades, como un efecto dominó. Es un beneficio expansivo, no sé si en sentido de valor material, pero sí como detonante de cambios.

Lejos de ideas antropológicas antiguas, que promueven perspectivas anticuadas de culturas estáticas que hay que preservar y conservar, sabemos que, para sobrevivir, estos grupos humanos van a tener que hacer cambios a sus prácticas culturales. Por ejemplo: si una chica empieza a tener información y decide que no se quiere casar a los 13 años, como se acostumbra en su comunidad, pues eso se va a tener que mover, porque esas prácticas no están dadas por dios.

Definitivamente hay tensión, o sea, eso es lo que genera la educación: lo hemos visto en muchas narrativas de las chicas y chicos, como "me aferré aun en contra de mi familia, vine a estudiar a la ciudad contando mentiras". Entonces, el joven tal vez va a estar siempre en una conti-

nua tensión por el efecto que hace la educación en su vida, pero así es como se va a preservar la cultura, aunque parece una idea paradójica, así suele ser; se tienen que modificar las prácticas culturales para sobrevivir: dialogar, coexistir e incorporar otras formas de pensamiento.

Hace unos cuantos años, algunas personas consideraban que al usar teléfonos celulares los indígenas dejarían de hablar su lengua materna, pero vemos actualmente que los chicos hablan en su idioma por este medio, sin problema alguno. Es una posibilidad más de resistencia. Eso es lo interesante de este momento histórico que estamos viviendo. Las culturas tienen que cambiar y ellos van a tener que negociar. Hay tensión y luego relajación, y, en otro momento, tensión, pero es lo normal para la sobrevivencia.

*

No se puede catalogar ni limitar la identidad étnica por elementos como la lengua o el vestido, porque detrás de hablar una lengua indígena, o de usar una vestimenta tradicional, hay todo un capital cultural y político en cada persona.

Las personas indígenas lidian con un sistema cultural dominante que siempre las está observando y señalando, porque finalmente son cuerpos racializados. Cuando los niños y las niñas indígenas ingresan al sistema educativo son afortunados si pueden aprender conocimientos en su lengua, porque eso va a marcar sus identidades de por vida; pero qué desafortunados los que llegan a la ciudad y se les acalla y estigmatiza al arrebatarles su lengua y vestimenta.

Lo más vergonzoso en este nivel de ciencia y de desarrollo de la humanidad es estar hablando de grupos hu-

manos que tienen que dejar sus prácticas culturales para poder sobrevivir, sobre todo en una cultura dominante como lo es la mestiza chihuahuense.

¿Por qué tienen que cambiar sus prácticas culturales?, ¿por qué se les limita la posibilidad de expresarse en su lengua? y ¿por qué seguimos señalando y desvalorizando?

Es terrible que alguien deje de hablar su lengua materna y no la enseñe a sus hijos para que no sufran discriminación. Es tarea de la interculturalidad poner las bases para que ellos en un momento dado puedan elegir, porque si su lengua es valorada, la van a seguir hablando, de otra manera prefieren hablar español porque eso les puede facilitar el acceso a un trabajo y a otros derechos. Resulta irónico que algunas dependencias soliciten profesionistas indígenas, hablantes de su lengua materna, cuando históricamente promovieron su pérdida.

II. Prelusión

Todo vivir humano ocurre en conversaciones y es en ese espacio donde se crea la realidad en que vivimos.

Humberto Maturana

Causa

En el ambiente de la celebración del mal llamado V Centenario del "Descubrimiento" de América, también conocido como 500 años de la Resistencia Indígena, la Agencia Española de Cooperación Internacional, en colaboración con la Oficina Regional de UNICEF para América Latina y el Caribe, convocaron al Primer Encuentro Iberoamericano sobre los Derechos de la Niñez y Adolescencia Indígena, el mes de julio del 2005 en Madrid, España.

La convocatoria contemplaba la realización de cuatro eventos regionales en México: sureste-Caribe (Yucatán, Campeche, Quintana Roo y Chiapas), norte (Sonora, Sinaloa, Durango y Chihuahua), norte 2 (Michoacán, Guerrero, Oaxaca y Jalisco) y centro DF-contexto urbano (D.F. y zona conurbada).

En Chihuahua la organización estuvo a cargo del Consejo Nacional de Fomento Educativo (CONAFE), con apoyo de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI). En ese momento fungía como delegada del CONAFE, Rosario Chavira Rodríguez, y Guillermina Báez Acosta de la CDI.

Alfredo Ramírez Hernández, responsable estatal del programa de bienestar de la CDI, transmitió la convocatoria a los directores de los cuatro centros coordinadores ubicados en la Sierra Tarahumara, pero solo envió una propuesta Roque Hernández Montes, en ese momento encargado del Centro Coordinador Indigenista (CCI) de Guachochi, que llegó a Chihuahua en enero de 1991 para prestar su servicio social en la elaboración del Primer Diagnóstico de Salud de la Niñez Indígena de México,[24] y, al concluirlo, se quedó a trabajar en el CCI de Turuachi.

En mayo realizaron la etapa regional correspondiente al norte, en el Hotel San Francisco de la ciudad de Chihuahua, a la que asistieron jóvenes de Chihuahua, Durango, Sinaloa y Sonora. Ellos mismos eligieron a sus representantes para el encuentro, después de que cada uno hizo una presentación sobre lo que opinaban del papel de los jóvenes indígenas en la sociedad. Seleccionaron a un estudiante de otra entidad federativa y a Catalino Muela, estudiante de la secundaria Repabé Rarámuri de Guachochi —un muchacho, como la mayoría de los ralámuli de esa edad, con un carácter apacible e introvertido, hablaba poco pero hacía comentarios certeros y poseía una personalidad carismática—. A partir de esa reunión, en la delegación de la CDI en Chihuahua lo apoyaron para tramitar su pasaporte y le facilitaron recursos para pequeños gastos de viaje.

[24] Estudio financiado por el Fideicomiso para la Salud de los Niños Indígenas de México, A.C., fundado por Francisco Toledo, Ofelia Medina, Juan Pérez Amor y Yolanda García y de Montanaro. Se llevó a cabo en seiscientos de los mil doscientos albergues escolares para niños indígenas que tenían a su cargo el Instituto Nacional Indigenista y la Secretaría de Educación Pública.

Los jóvenes hicieron recomendaciones en materia de trabajo infantil y migración, maltrato familiar, equidad de género, derecho a la educación, derecho al medio ambiente y derecho a la salud. Las siguientes correspondieron al tema de educación:

1) Que todas las niñas de todas las comunidades asistan a la escuela, que no las discriminen por ser mujeres,
2) Que las escuelas cuenten con tecnologías como televisión y computadora,
3) Que no solo nos enseñaran las materias, también nuestros derechos y formas de ayudar a los demás,
4) Que se apoye a los niños que viven lejos de la escuela con traslado, alimentación o albergues,
5) Que en la escuela nos enseñen también las tradiciones indígenas, los juegos y las danzas,
6) Que las comunidades cuenten con servicios básicos como electricidad, drenaje, agua potable, para asegurar buenas condiciones de vida y que la gente no tenga que salir de ellas,
7) Que podamos estudiar en una universidad, que se construyan en los municipios para no tener que salir lejos de nuestras comunidades (Archivo PUI. Presentación de *PowerPoint* elaborada por la delegación del CONAFE en Chihuahua, 2005).

Cuatro meses después del regreso de los jóvenes del encuentro en España, los integrantes de la mesa de educación del Programa Interinstitucional de Atención al Indígena (PIAI) esbozaron la idea de aprovechar ese momento

para generar acciones que apoyaran el ingreso de personas indígenas a la educación superior. En noviembre del 2005 celebraron el encuentro Nuestra es la Voz, con la asistencia de los rectores de la Universidad Autónoma de Chihuahua (UACH), la Universidad Regional del Norte (URN), la Universidad La Salle (ULSA), la representante en México de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y cuatro de los jóvenes que participaron en el encuentro realizado en España.

Los organizadores presentaron un balance positivo —según la minuta del sábado 10 de diciembre del 2005 (archivo PUI. En adelante toda minuta o reunión citada pertenece al archivo del Programa Universitario Indígena, a menos que esté determinada otra ubicación)— y acordaron solicitar una entrevista con el rector de la UACH para presentarle una propuesta que facilitara el ingreso de jóvenes indígenas. Sin embargo, sus diferentes actividades demoraron dicha entrevista, según el informe presentado por el coordinador Jean-Baptiste Cousin Humbert en la reunión del 11 de febrero de 2006.

Para evitar más retrasos, en la siguiente reunión del 8 de abril acordaron solicitar una plática con el director de Extensión y Difusión de la UACH, para explicarle la importancia del proyecto y pedirle que gestionara una cita con el rector, porque debido a su viaje a China para la ratificación del convenio con el Instituto Confucio y las vacaciones de semana santa, esta no se había podido concretar.

A la postre llevaron a cabo una reunión entre el rector y personal directivo de la UACH con una comisión de la citada mesa del PIAI, en la que analizaron las condiciones específicas de los estudiantes indígenas que deseaban

cursar estudios universitarios. Ambas partes coincidieron en la importancia de generar condiciones equitativas para lograr ese objetivo: "El planteamiento inicial que se le hizo a las autoridades de la Universidad Autónoma de Chihuahua consistió en solicitar la admisión y la instauración de "cuotas" para estudiantes indígenas, la preparación para el examen de admisión a través de un curso propedéutico o la instauración de un semestre cero y el establecimiento de un acompañamiento personalizado a través de tutorías".

Por parte de la universidad aceptaron la propuesta para facilitar el ingreso —sin dispensar la presentación del examen de admisión— y el servicio de tutoría. Como veremos más adelante, fueron incorporando otras políticas de equidad, como la impartición de un curso para presentar el examen del CENEVAL, pero quedaron fuera las peticiones de un semestre cero y la instauración de "cuotas".

El rector asumió el compromiso para que los directores de las facultades facilitaran el ingreso de los rechazados, siempre y cuando obtuvieran puntuaciones cercanas a los seleccionados en las carreras respectivas, sin establecer una cantidad determinada; sin embargo, algunos directores se opusieron y no permitieron el ingreso bajo reglas de equidad.

Es preciso aclarar que el espacio en el que se discutió y dio forma al PUI fue en la mesa de educación del PIAI, no en los eventos citados como antecedentes, ni en el PIAI general, sino en la mesa de educación, ya que trabajaban en sus reuniones de manera más o menos independiente. No existió un proyecto en papel, sino que sobre la práctica se fueron generando estrategias y acciones de manera reactiva y, en algunos casos, tomando ejemplos conocidos.

Así surgió el Programa Universitario Indígena, con las instituciones que participaban en las discusiones sobre este tema y, sobre todo, aportaban recursos económicos para el cumplimiento de los acuerdos: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, Consejo Nacional de Fomento Educativo, Coordinación Estatal de la Tarahumara,[25] Instituto Chihuahuense para la Educación de los Adultos, Fundación Tarahumara José A. Llaguno y el Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Chihuahua (versión basada en documentos de archivo del PUI y la entrevista a Jean-Baptiste Cousin, en ese tiempo coordinador del PIAI y del proyecto de estudiantes indígenas universitarios).

[25] Es necesario aclarar que Horacio Echavarría asistió a las primeras reuniones en representación de la CET, pero en la reunión del 10 de junio de 2006 informó que ya no laboraba en esa dependencia, y que a partir de ese momento participaría por parte de la Secretaría de Educación de Gobierno del Estado. En las reuniones continuó participando un representante de la CET.

Así empezamos

Dentro de una pequeña y recién remodelada oficina del Instituto Chihuahuense para la Educación de los Adultos, sobre la calle J. Eligio Muñoz, esquina con la calle 21, en el tradicional barrio de Santo Niño, se encuentra Alfredo Ramírez Hernández, sentado frente a un pequeño escritorio blanco de melamina, sobre el que se halla una computadora portátil cerrada y en una de sus esquinas un sombrero de gamuza marrón. Intercambiamos saludos y me ofrece la única silla del lugar, la cual coloco al otro lado del escritorio. En su rostro tiene una expresión de sincera cordialidad, acompañada con las dotes de un buen conversador.

Nació en la ciudad de Jalapa, Veracruz, en 1955. Hijo de un obrero y una madre encargada de su casa y de una pequeña tienda, propiedad de la familia. Creció en un barrio pobre de la ciudad. Su padre recibió una liquidación porque la fábrica donde trabajaba cerró por una huelga, recurso con el que compraron una casa, pero con tan mala fortuna que la misma ya había sido vendida anteriormente a varias personas. Debido a los problemas legales con los otros supuestos propietarios decidieron abandonarla y darla por perdida. Frente a esa circunstancia, su papá consiguió trabajo de velador en un estacionamiento, y se trasladaron a vivir por algunos años en el pequeño cuarto que le asignaron. Por desgracia tuvieron que enfrentarse a la temprana muerte de su progenitor. Ante este sombrío panorama, su mamá abrió un puestecito de venta de comida para sostener a seis hijos: cuatro mujeres y dos hombres; él era el segundo, y la más pequeña tenía escasos ocho meses.

Cursó la primaria en diferentes instituciones debido a los cambios de domicilio. Una parte la estudió en una escuela contigua a la Escuela Normal, utilizada para las prácticas de los estudiantes normalistas. Recuerda que en el aula donde tomaba clases le llamaba la atención un gran espejo, junto al escritorio del profesor, que se extendía desde la mitad de la pared hasta casi el techo. Con uno de sus compañeros, igual de inquieto, buscó la ocasión para cruzar al lado opuesto e investigar qué había detrás de ese gran espejo: "Alguna vez pasamos al otro lado movidos por la curiosidad y solo vimos una especie de escalones anchos con sillas alineadas, que después supimos era donde se sentaban los estudiantes para observar cómo se impartían las clases, lo cual ahora me parece muy avanzado, pues hablamos de, más o menos, 1964".

Lo que más le gustaba era el acceso voluntario, de todos los alumnos, a los servicios de la Normal: la alberca olímpica, los talleres de cerámica, curtiduría y carpintería, entre otros. También que atrás del edificio estuviera un cerro llamado Macuiltépetl (del náhuatl: cinco cerros), hoy área natural protegida, el cual visitaban cotidianamente para poner en práctica los conocimientos teóricos adquiridos. "Nos juntábamos dos o tres compañeros, y lo que leíamos en los libros de ciencias naturales lo observábamos en acción: serpientes, orugas envolviéndose en sus capullos para después convertirse en mariposas, tarántulas que hacían hoyos para cazar a sus presas…".

En cuanto al acceso a la lectura, uno de sus compañeros del tercer grado, con el que estableció una estrecha amistad, lo invitaba a su casa al salir de la escuela y aprovechaba para leer las revistas del *Selecciones* del *Reader's*

Digest, así como los libros condensados de la misma franquicia, porque en su casa no había libros, y por su situación económica era impensable comprarlos. "Me sentaba a leer por horas, hasta que la mamá de mi amigo llegaba del trabajo y me preguntaba: "¿Desde qué hora estás aquí?", cuando le decía que desde la salida de la escuela, se mostraba sorprendida y me enviaba a mi casa".

Al concluir la primaria, su mamá le permitió mudarse con una tía que vivía en Guadalajara, para que terminara de estudiar la secundaria. En esta ciudad le sorprendió encontrar escuelas de secundaria exclusivas para mujeres y otras para varones; en Jalapa solo las conocía mixtas, por lo que consideró que Guadalajara era más conservadora, aunque aparentemente más cosmopolita. Terminó la secundaria en el turno vespertino. Después ingresó a la escuela preparatoria número 1, en una época de mucha violencia estudiantil.

Su familia ya se había trasladado a Guadalajara. Su hermana mayor, para contribuir al gasto familiar, estudió lo que en ese tiempo se consideraba "adecuado" para las mujeres: formación en comercio, que no era sino una especie de secretariado con habilidades en mecanografía, taquigrafía y nociones básicas de administración.

Con la actividad laboral de su hermana y la venta de comida que realizaba su mamá, los ingresos económicos familiares mejoraron sustancialmente. Por su parte, los tres años de secundaria y los dos de preparatoria trabajó en una imprenta de alto reconocimiento, donde elaboraban desde la papelería de la prestigiada marca de calzado Canadá, hasta la publicidad de una reconocida casa de citas; con el ingreso obtenido solventaba sus gastos personales.

Regresó a Jalapa en 1972, en busca de ingresar a la universidad para estudiar odontología, porque no contaba con el promedio mínimo solicitado. Le habían informado que podía inscribirse a un curso llamado iniciación universitaria, creado como preámbulo para ingresar a la licenciatura. Eligió el área médico-biológica para entrar a odontología, la carrera que siempre tuvo en mente porque el papá de su mejor amigo era dentista, pero sin mayor información; además, quería una profesión que le fuera redituable para ayudar con el sustento familiar, aunque también le atraían las carreras de historia y antropología, pero pensaba que esas solo le harían pasar hambre.

Estuvo un año en Jalapa, asistido por una de sus tías. Después se trasladó a Veracruz para vivir con otro de sus tíos. Transcurrió otro año y, con la intención de volverse más independiente, acordó con la esposa de su tío que le alquilara un cuarto.

Se enteró de lo costosa que era la carrera de odontología hasta que se presentó a clases, pero no se arredró, sino que consiguió trabajo de velador en un servicio de lubricación, donde guardaban carros en la noche aprovechando el amplio estacionamiento.

Hoy todavía se pregunta cómo lo logró: no tenía dinero para comprar todo el material, incluso reprobó una materia porque, por su trabajo, no pudo presentarse al examen final. Por fortuna un amigo le regaló el material que le había sobrado y con eso cumplió con los trabajos pendientes para acceder nuevamente al examen.

En su paso por odontología conoció a un antropólogo con quien platicaba asiduamente, llegó a considerarlo

como un maestro, de esos que se dan el tiempo de escuchar y proporcionar consejo de manera empática. Él fue quien le sugirió que hiciera su tesis sobre la odontología precortesiana y se ofreció a dirigirla.

Tenía alrededor de un año trabajando como dentista, cuando le hizo una visita a su maestro, quien le recomendó que intentara ingresar al Instituto Nacional Indigenista, en una plaza para odontología recién abierta. Se mostró interesado en buscar una entrevista en dicha institución.

Viajaron a Jalapa, Veracruz, y de ahí a la ciudad de México. Primero fueron a Culturas Populares porque su maestro era el encargado de la residencia de Acayucan, Veracruz; enseguida al INI. Lo recomendó con algunos de sus conocidos. Después de una entrevista le pidieron que volviera en una semana para aplicarle un examen psicométrico y otra entrevista. En la fecha indicada presentó el examen y regresó a Jalapa. Al finalizar el proceso de selección le ofrecieron contratarlo en el Centro Coordinador Indigenista de Santa María Ecatepec, en la zona chontal alta de Oaxaca.

Como su familia estaba viviendo en la ciudad de Guadalajara, solicitó un cambio de adscripción para la región huichol, el cual no le concedieron, pero aceptó el ofrecimiento de una plaza en el Centro Coordinador Indigenista de Turuachi, Chihuahua, que atendía población ralámuli y ódami de los municipios de Balleza y Guadalupe y Calvo. Así fue como llegó a la sierra de Chihuahua en 1984.

El impacto de ese cambio lo notó en cuanto visitó el local que fungía como tienda, restaurante y caseta telefónica, en la localidad de Turuachi: "Lo que más me impactó

fue la cuestión económica porque en Oaxaca pagaba treinta pesos por tres comidas al día incluido el refresco, y acá pagaba treinta pesos, pero por comida, y sin el refresco".

Interrumpe la charla una persona que solicita de mi interlocutor un informe que debe entregar hoy; al retirarse, le propongo que aprovechemos para caminar un poco y tomar café. Me alcanza una taza blanca, junto a la que distingo otra de color negro brillante con la leyenda "XETAR XXIV Aniversario", y vamos al pasillo donde está una cafetera metálica que da servicio al personal.

Mientras regresamos a la oficina le comento que me llaman la atención las paredes de ladrillo térmico, las escaleras de concreto y la escasez de ventanas, que contrastan con algunas remodelaciones recientes; me explica que este edificio albergó una escuela.

Al retomar la plática inquiero sobre la problemática que llevó a la creación del PUI, ¿en aquel momento qué sucedía en torno a la población indígena y su acceso a la educación superior? Para entender mejor el contexto acordamos revisar primero los antecedentes del Programa Interinstitucional de Atención al Indígenas (PIAI). Él responde:

Hubo un tiempo en que los asentamientos indígenas urbanos fueron preocupación de las instituciones, pero era una inquietud más bien material, que se suscitó porque dos empleadas del INI, sin una función fija, encontraron una veta de trabajo en los asentamientos. Empezaron apoyando a las señoras que pedían *kórima* (recibir algo, regalar) en los cruceros, haciéndoles carteloncitos pidiendo una ayuda, luego fueron metiéndose en cosas más complicadas, como

conseguir material para la reparación de casas y hacer ciertos trabajos al interior de los asentamientos. Buscaron fuentes de financiamiento y apoyo porque las instituciones no tenían recursos directos para cubrir esas necesidades.

Una de las puertas que tocaron fue la de la Fundación del Empresariado Chihuahuense, A.C. (FECHAC). Su presidente, Samuel Kalisch, al conocer que había migrantes indígenas en la ciudad para los cuales se pedía ayuda, solicitó una reunión con los titulares del INI y la Coordinación Estatal de la Tarahumara (CET).

En el INI reconocieron la falta de una partida presupuestal para apoyar a los asentamientos urbanos, y no podían desviar los recursos destinados para atender las necesidades de la sierra. En la CET mencionaron que el dinero que manejaban era muy poco y no alcanzaba: "La cobija es muy corta, no alcanza para todos". Entonces Kalisch les dijo que había dos personas que a nombre del INI le solicitaron apoyo; le confirmaron que sí trabajaban con ellos y a veces podían apoyar con algo. Aceptaron que había migración de indígenas en la ciudad, por lo cual decidieron unir esfuerzos y recursos para atender dicha problemática.

Acordaron elaborar un plan para que la gente no tuviera que salir de su comunidad. Así es como entiendo que se fue formando la idea del PIAI: invitar a las instituciones para sumar esfuerzos y mejorar las condiciones de vida de los indígenas en sus comunidades, y con esto evitar su migración a la ciudad de Chihuahua.

¿Esta instancia es creada por las tres instituciones antes mencionadas que pertenecen al ámbito estatal y federal?

Antes de continuar, me regreso para aclarar que esta mesa es interinstitucional, entre instituciones gubernamentales y la FECHAC, y organizaciones civiles invitadas, pero que no son fundadoras ni convocantes. Por otra parte, tampoco tiene que ver con la participación realmente indígena, porque lo que se está discutiendo son asuntos de presupuesto de las instituciones que tienen la obligación de derivar sus recursos a las personas indígenas, es decir, se trata de dialogar y acordar la suma de esfuerzos de las instituciones participantes.

¿Cómo inició tu participación y cómo se fue desarrollando?

Un día me invitaron a una reunión de lo que apenas se estaba configurando como el PIAI. Fui porque estaban tratando el tema de la medicina indígena y... ahí me quedé, como veinte años después de esa reunión.

Considero que desde el primer evento organizado en el marco del PIAI, este se fue pintando como iba a ser después, ¿por qué?, pues porque trajimos gente de Yucatán, Quintana Roo, Chiapas y Nayarit para hablar sobre medicina indígena y nadie del PIAI asistió, solo una persona de la Fundación Llaguno.

Para llevar a cabo esta presentación de la medicina tradicional y su relación con la medicina institucional, por parte del INI pusieron todo el recurso para el traslado de la gente que vino a dar las pláticas, la FECHAC apoyó con veinte o veinticinco mil pesos, que era de lo que podía disponer sin meterse en la junta de gobierno, utilizado principalmente en la elaboración de carteles y otros artículos de publicidad.

Esas pláticas fueron en el Hospital Central. A la inauguración del proyecto sí llegaron los convocantes: Samuel Kalisch, de FECHAC; Horacio Lagunas, del INI, y Pedro Pérez, de la CET. Replicamos el evento en el Hospital de Campo de San Juanito, con apoyo del IMSS. Después no hubo continuidad, desde ese momento pintó el PIAI cómo iba a ser: se hace un evento, no hay continuidad, ¡zaz!, se acabó.

Pasado un tiempo empezaron a realizar reuniones mensuales; como implicaba una carga burocrática para el director ejecutivo, buscaron a una persona que coordinara las diferentes actividades.

Para atender el tema de la educación en la Sierra Tarahumara, formamos la mesa de educación y hacíamos las reuniones en la ciudad de Chihuahua, pero nos dijeron que la mayoría de personas que trabajaban en este tipo de educación estaban en la sierra, entonces hacíamos las reuniones en Creel un sábado de cada mes y otro tiempo las cambiamos a Guachochi.

¿Quiénes asistíamos?, pues éramos los que teníamos de alguna manera participación en la educación, como el INI, que mantenía los albergues funcionando para que los niños fueran a las escuelas de educación indígena, como responsables de la parte educativa; los maristas, que tienen escuelas operando con albergues; algún tiempo estuvo participando la Escuela Normal de Creel; también la asociación de padres de familia de Creel, el ICHEA y el CONAFE. Podemos decir que algunas de estas instituciones no participaban en el PIAI general, sino nada más en las reuniones de la mesa de educación.

¿Qué era el PIAI general?

La mesa donde se reunía la mayoría de las instituciones y donde se presentaban todas las problemáticas alrededor de los indígenas, pero sin llegar al fondo del asunto, no se analizaban los detalles. En las mesas específicas discutíamos más y proponíamos algunas soluciones.

Hubo un período en que una persona de la mesa de educación informaba al PIAI general sobre los temas tratados, y durante mucho tiempo las primeras personas que coordinaron el PIAI tenían relación directa con los convocantes.

¿Cómo era la relación del PIAI con la FECHAC?

El PIAI es un proyecto que nació con ellos, en términos económicos, porque propusieron contratar un coordinador que apoyara con la burocracia de elaborar las actas y la agenda, dijeron: "Que sea como un empleado nuestro, nosotros lo pagamos, y que esté aquí". Así fue que los primeros coordinadores tuvieron una oficina en las instalaciones de la FECHAC.

Llegó un momento en que nos planteamos contratar un coordinador con una oficina propia, que fungiera como una especie de asesor, para no tenerlo de tiempo completo; otorgarle un sueldo digno, que le permitiera pagar los servicios: internet, teléfono y todo lo necesario para que estuviera al servicio de la gente.

El PIAI publicó una convocatoria y constituyó un grupo plural, entre los que estaban los convocantes, para entrevistar a los solicitantes. Uno de ellos, Juan Bautista, nos dijo que no tenía oficina, pero trabajaba como asesor en una oficina que estaba a una cuadra de las instalaciones

del INI, para una asociación civil de ahorro del Frente Democrático Campesino, y ofreció laborar para el PIAI tres días de la semana. Al término de las entrevistas, la mayoría quedó convencida de que él fuera el coordinador.

En un momento dado percibimos que había mucha actividad, pero algunos participantes se quedaban callados, nunca hablaban, entonces Juan empezó a trabajar la idea de tener un grupo que fuera más operativo, no nada más ir con los jefes a presentarles la agenda, sino hacer más ejecutivo al PIAI. Entonces se creó un comité, al que se nombró COPIAI para que, sin descuidar la relación con los convocantes, proporcionara rumbo y soluciones sin tener que consultarles todos los asuntos.

¿La iniciativa para crear el Consejo del PIAI (COPIAI) fue una propuesta de Juan Bautista?

Al final sí, aunque ya la traía también Salvador Sánchez, el anterior coordinador, pero no cuajó. Con Juan formalizamos ese asunto y se propuso que, de cada institución convocante, participara una persona nombrada por los titulares respectivos, y dos o tres integrantes más de las mesas. Aunque con el tiempo vimos que no se cumplió con la finalidad de mejorar la operatividad y dirigir bien los rumbos.

Volviendo al tema de la educación, ¿qué otras actividades realizaron como antecedentes del proyecto de estudiantes indígenas en educación superior?

En la mesa de educación hicimos una cumbre iberoamericana, fue una reunión internacional sobre educación indígena, suena rimbombante, pero logramos juntar gente

de la Universidad de Nuevo México y de la Universidad de Albuquerque, de grupos indígenas de esos estados que vinieron a una reunión con grupos de aquí de Chihuahua, e invitamos también gente de educación indígena de otras entidades federativas. La hicimos tres o cuatro veces; el que lo siguió haciendo, Armando Martínez, ya no compartió con nosotros, pero le dimos seguimiento gracias a su presencia.

Poco tiempo después, por parte del CONAFE invitaron a la CDI para apoyar un congreso de estudiantes indígenas de primaria y secundaria. De la delegación de la CDI solicitamos apoyo de los cuatro centros coordinadores para difundir la convocatoria y captar participantes, pero solo nos respondieron de Guachochi enviando al joven Catalino Muela.

Cuando los jóvenes regresaron de España, Juan Bautista nos preguntó: "Bueno, fueron los muchachos a España, y ¿ahora qué?". Entonces nos planteamos hacer un evento para que platicaran su experiencia. Por parte de la CDI cubrieron los gastos para que vinieran a Chihuahua jóvenes de Quintana Roo, Guerrero, la Ciudad de México, y también de la Sierra Tarahumara.

Unos meses después, otra vez nos preguntamos ¿y ahora qué? Como consecuencia propusimos la idea de apoyar a estudiantes indígenas para que accedieran a la universidad. De ese grupo inicial soy el único que continúa participando, pues sigo aferrado a que la educación juega un papel muy importante.

De las acciones emprendidas en educación, el pináculo en ese tiempo fue con Juan Bautista, pero no solo su

labor, sino que contó mucho la participación de los directivos de las instituciones convocantes. Ellos dejaron bases firmes para darle continuidad al proyecto.

¿Qué condiciones permitieron, en ese momento, el surgimiento de un programa como este?

A veces me hago esa pregunta, aunque sea en otros términos. Considero que fue un proceso de cierta gente que nos fuimos formando en las diferentes mesas del PIAI, quienes de pronto encontramos la oportunidad de hacer algo, sin planearlo y sin dinero, porque solo llegamos a tener una fuente de financiamiento con Christensen Fund, debido a un compañero que asistía al PIAI y un buen día nos pasó el contacto para solicitar apoyo de esa organización. Fue entonces que decidimos contratar a Juan Bautista para dejar de depender de la FECHAC, ya que era una aspiración dentro del PIAI: tener una persona totalmente independiente y con la Fundación Christensen lo conseguimos. Aprovechamos ese contacto para que, a través de la contratación de un coordinador en 2008, el PUI también operara de manera autónoma, solo acotado por los acuerdos de las instituciones integrantes.

Hacer historia

Con motivo de una ajustada agenda del entrevistado, accedo a buscarlo en el domicilio que me indicó, pues aprovecha las pocas ocasiones en que viaja de París, Francia, a México para reunirse con la familia de su esposa y amigos. Conozco bien esta parte de la ciudad de Chihuahua, pero tengo una ligera dificultad para encontrar la ubicación por el trazo asimétrico e irregular de sus calles: algunas desembocan contra una pared y continúan a unos cuantos metros. Al llegar a la casa indicada, oigo una voz femenina:

—Juan, llegaron por ti.
—Enseguida salgo —responde. Y así lo hace.

Intercambiamos saludos, sube al auto y le pregunto si sabe de algún café cercano. Me dice que no. Entonces me dirijo a uno ubicado sobre la avenida Zarco, por tratarse de la rúa principal más cercana. Es una cálida mañana de verano este jueves 18 de julio de 2024. Por periodo vacacional el tráfico vehicular es escaso y nos trasladamos de manera rápida.

Se trata de Jean-Baptiste Cousin Humbert, de origen francés, que viajó de París a México para prestar servicio social en sustitución del servicio militar. Es de complexión delgada y alto de estatura, por lo que flexiona las piernas al sentarse debido a lo estrecho del auto compacto en que viajamos. Viste de manera sencilla, un pantalón de color café y una camiseta de manga corta.

Entramos a la cafetería, pide una bebida de chocolate y una galleta, pues dice que no acostumbra tomar café, y yo

pido un café negro. Elegimos una mesa disponible cerca de la puerta. Le recuerdo que el motivo de nuestra plática versa sobre los inicios del apoyo a estudiantes indígenas para facilitar su ingreso a la educación superior en la ciudad de Chihuahua. Está de acuerdo en que le haga las preguntas que considere pertinentes, no sin antes hacer el siguiente comentario: "Hay que tener cuidado con la memoria porque es selectiva... por si llego a omitir algún detalle".

¿Cómo fue que llegaste a Chihuahua y en qué condiciones lo hiciste?

Como estudiante tuve contacto con Víctor Quintana cuando él estudiaba allá en Francia. Me relacionó con el Frente Democrático Campesino,[26] donde presté servicio social durante dos años y medio, en sustitución del servicio militar de mi país, después me casé y regresé a Francia.

Al poco tiempo decidí volver a México con mi esposa y nuestra hija. Fui contratado por el Frente Democrático Campesino para hacerme cargo del proyecto de la caja de ahorros, pero me pagaban poco, así que busqué otro sueldo, en Chihuahua ya sabes que necesitas otro ingreso para "armarla", y participé en la convocatoria para dirigir la coordinación del PIAI, pues pretendía manejarse como

[26] El Frente Democrático Campesino Chihuahua fue constituido legalmente el 6 de noviembre de 1993 y tiene por objeto lograr que haya democracia en el campo, representar y asesorar a los campesinos asociados ante los diferentes niveles de gobierno, gestionar préstamos para fines de la asociación así como defender sus intereses comunes cuando se vean afectados de cualquier forma, procurando siempre el beneficio colectivo, con la finalidad de hacer valer sus derechos y dignificar sus condiciones de vida.

una consultoría independiente para romper la dependencia hacia la FECHAC.

Después del proceso de entrevista me llamaron para decirme que les convenció mi propuesta, y me eligieron.

¿Cómo aprendiste español?

Estudié algo en secundaria y prepa, pero lo aprendí bien por la necesidad de comunicarme, porque cuando llegué a Chihuahua no conocí gente que hablara francés.

¿Recuerdas cómo inició el Programa Universitario Indígena?

El punto de partida fue convencer al rector de la Universidad Autónoma de Chihuahua, Raúl Chávez Espinoza. A pesar de que habíamos hecho varios intentos, en aquel momento no mostraba mucho interés.[27] Aprovechamos un foro en el Paraninfo Universitario, al que asistió la encargada de la UNICEF en México y dos jóvenes indígenas que habían estado en España.

Los organizadores del foro convocaron a estudiantes inscritos de la UACH. Media hora antes de iniciar no había nadie, así que en algunas facultades suspendieron clases para garantizar una nutrida concurrencia. En la toma de palabra, el joven de Campeche dio un mensaje muy fuerte sobre el hecho de que los indígenas tenían que tomar su destino entre sus manos, que el acceso a la educación es fundamental y que necesitaban el apoyo de los jóvenes no indígenas. Se llevó a la audiencia por su entrega: era un joven con capacidad de liderazgo.

[27] Esta percepción tal vez se deba a las ocupaciones del rector que se citan atrás, en el apartado "Causa".

El rector quedó impresionado por ese mensaje y la reacción de los estudiantes de la UACH, quienes expresaron de manera entusiasta: "¡Órale, nosotros tenemos que hacer algo!, ¿por qué no apoyarles?, ¡estamos con ustedes!". Levantó un entusiasmo contagioso. En respuesta, el rector, frente a la representante de la UNICEF, expresó un compromiso: "Durante mi mandato voy a hacer algo para que los indígenas puedan tener acceso a la universidad". Como consecuencia, en una estructura muy jerárquica de nuestra sociedad, esa voluntad política desencadenó todo.

En la mesa de educación del PIAI teníamos identificada la necesidad de que los indígenas accedieran a la educación superior. Durante los tres primeros años que estuve coordinando el PIAI, constantemente nos preguntábamos por qué no hacer algo. Cuando escuchamos el compromiso del rector, decidimos aprovechar esa oportunidad. Fue una actividad colectiva muy bonita porque nos reuníamos personas de diferentes instituciones dedicadas a trabajar con indígenas y, como no teníamos nada, cada una aportaba lo que podía: todo mundo ponía una pequeña piedra para colaborar.

De alguna manera teníamos la intención de hacer historia. Habíamos anhelado tanto hacer algo que vimos ahí esa oportunidad histórica, creo que los planetas estaban alineados. No diseñamos una estrategia, sino que fue una oportunidad que decidimos agarrar, porque en aquel momento nada hubiera pasado sin ese *switch* del rector.

Después hubo un conjunto de buenas voluntades entre los representantes ante la mesa de educación, por parte de las siguientes instituciones: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, Consejo Nacional de Fomento Educativo, Coordinación Estatal de la Tarahu-

mara, Instituto Chihuahuense para la Educación de los Adultos y Fundación Tarahumara José A. Llaguno. Trabajamos en equipo para hacer una propuesta que pudiera ser atractiva para la UACH. Posteriormente se incorporó personal del Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Chihuahua (CECYTECH), debido a sus varios planteles ubicados en la sierra.

¿Cómo organizaron las primeras actividades para atender a los estudiantes del Programa Universitario Indígena?

Aclaro que cuando iniciamos no había un nombre, únicamente nos referíamos a los estudiantes indígenas. El primer año lo hicimos a través de la coordinación del PIAI, a mi cargo, pero en la medida que fue creciendo nos dio más trabajo y mi compromiso solo era de medio tiempo; estaba ya bien ocupado con las mesas de recursos naturales, derechos humanos, educación, y además ese programa.

Cuando nos dimos cuenta de que estaba creciendo mucho, decidimos que no lo podíamos estar llevando nosotros, necesitábamos un apoyo particular; pero esa es una razón que nos hicimos un año después de iniciar. Con una visión estratégica nos dijimos: "Si queremos que esto prospere, hay que darle sus recursos y sus medios propios". Así fue que contrataron a Yolanda Ortega como asistente operativa.

La intención central en el PIAI era fomentar ideas y procesos, pero no era un órgano de gestión, y en este proyecto de estudiantes indígenas sí la había. Recuerdo que los primeros estudiantes no tenían nada para su estancia en la ciudad. Entonces, entre todos, reuníamos recursos para facilitarles papel de baño, champú, toallas higiénicas, y en el Colegio Llaguno les conseguíamos hospedaje gratuito.

La Fundación Llaguno jugó un papel importante porque tenían un programa de becas y aceptaron incluir a otros estudiantes, que no eran sus becarios, para que pudieran tener un apoyo mínimo; y cualquier dependencia rascaba poquito dinero para poder obtener recursos. Así, una vez al mes les hacíamos la entrega de un apoyo en dinero que realmente era muy poco, algo así como un "domingo" mejorado. En la reunión proyectábamos una película o un documental, después propiciábamos un intercambio de ideas, y al terminar entregábamos el recurso.

Como expliqué antes, era algo que se estaba volviendo pesado. Ya teníamos una asistente operativa, pero se nos presentó la oportunidad de gestionar recursos ante Christensen Fund, les interesó el proyecto, nos apoyaron para financiarlo y así fue posible contratar un coordinador que trabajara de manera independiente.

¿Quiénes fueron los interlocutores de la Universidad Autónoma de Chihuahua? Tengo entendido que también tuvieron que hacer labor de convencimiento con los directores de las facultades.

En un principio el rector decidió que tratáramos directamente con el secretario general, Heriberto Altés Medina. Después de un año, consideró que era más adecuada la coordinación con la Dirección Académica, entonces nuestro interlocutor fue su titular, Alfredo de la Torre, quien encaminó el proceso de manera institucional.

Por un lado, teníamos los deseos de los estudiantes de acceder a la universidad y, por otro, a los directores de facultades, que eran como feudatarios: algunos lo veían de muy buen ojo, otros donde había más competencia lo veían con malos ojos porque estaban sometidos a mucha presión

de amigos, de poderosos, para hacer que gente que estuviera recomendada pudiera entrar, y veían que nosotros proponíamos quitarles algunos lugares para proporcionarlos a estudiantes indígenas.

En las carreras de Derecho, Medicina y un poco en Odontología, los directores dijeron: "Estamos totalmente de acuerdo, pero los estudiantes indígenas no tienen el nivel, nunca lo van a poder hacer, es decir, no es que estemos en contra, pero no se puede". Para nosotros era clave tener futuros médicos y abogados indígenas. Fue una discusión fuerte en la que el rector, aunque fuera el rector, no pudo imponer su voluntad, y no pudimos hacer que entraran a Medicina y Derecho, solo a Odontología.

¿En este contexto surgió la propuesta de impartir un curso de preparación para presentar el examen de admisión?

Los primeros aspirantes hicieron el examen sin preparación previa. Por los resultados y las opiniones adversas de algunos directores de facultades, vimos la necesidad de prepararlos para que se presentaran en mejores condiciones, y que también les sirviera para más adelante, aunque tuvieran un acceso facilitado por políticas de equidad.

El primer curso lo hicimos en Creel, con una duración de dos días, pero no nos convencieron los consultores que nos recomendó el director académico y que fueron pagados entre la Fundación Llaguno y la CDI, además de que era costoso. Al año siguiente, como no había tanta plata para gastar en eso, lo hicimos con profesores voluntarios del CECYTECH.

Solo puedo referirme a esos dos cursos, en 2007 y 2008, porque después me retiré de la coordinación del PIAI.

La idea de los promotores del PUI era demostrar que esos estudiantes, aunque tuvieran rezago educativo,[28] eran capaces de ponerse al nivel, esa era nuestra fe y demostró ser cierto. Los hechos han dado razón a una hipótesis de trabajo que no era nada evidente, porque los directores decían: "Es que los vamos a destruir porque cuando vean que no están al nivel, van a volverse depresivos, entonces tenemos que protegerlos, no pueden entrar".

¿Qué objetivo se plantearon inicialmente para apoyar a los estudiantes indígenas?

El PIAI era un programa de *chabochi*[29] para indígenas, es decir, no había ningún indígena en el PIAI, solo eran gente de buena voluntad que pensaban con algo de criterio propio y buena fe, de pensar que podían hacer algo para los indígenas; pero había debate entre nosotros, a saber: ¿Era bueno o no que los estudiantes indígenas accedieran a la educación universitaria? Atrás de eso, saber si no iban a perder sus raíces estando en contacto con lo *chabochi*, por ejemplo: la gente de la diócesis de la tarahumara estaba tal vez un poquito más prudente, mientras que las instituciones de gobierno como la CET y la CDI y las instituciones de educación decían: "Es que hay que llevarlo a cabo y después ellos decidirán qué hacer".

---

[28] De manera errónea se ha utilizado este término para referirse a las deficiencias académicas, porque el rezago educativo implica la deserción, la reprobación y la extraedad (un desfase entre la edad y la etapa educativa), y los estudiantes apoyados son recién egresados del bachillerato acorde con su edad, incluso, algunos tienen 17 años; con unos cuantos casos de excepción.

[29] Término usado por los ralámuli para referirse a la población no indígena.

El otro debate era determinar si después de sus estudios regresaban o no regresaban a sus comunidades; porque apostábamos a tener médicos, enfermeras, ingenieros, etcétera, que apoyaran el desarrollo de sus lugares de origen, entonces una de las preguntas que tuvimos fue si el hecho de que nosotros los ayudáramos les crearía un compromiso hacia sus colectivos. Al principio creo que la mayoría de los representantes de instituciones, tal vez con un poco de paternalismo, pensaban que de alguna manera los estudiantes tenían que devolver algo a sus comunidades.

Yo apoyaba mucho el decir que ellos están libres; sí, nosotros podemos hacer un trabajo de concientización con ellos, pero su proyecto de vida será dentro o fuera de la comunidad; ahí hay una incógnita que no podemos controlar, y hay que dejarlos libres en ese sentido.

Por eso queríamos al principio hacer esas sesiones de capacitación, una vez al mes con la entrega de recursos, para intentar crear una conciencia, no tanto étnica, sino de ciudadanía. Proyectábamos películas o documentales que ilustraban la dificultad de indígenas de otras partes del mundo para establecer un diálogo con los mayoritarios sin perder sus raíces; había unas películas aparte bonitas.

Considero que esos fueron los dos debates que generaron más discusión interna.

En la actualidad son debates que continúan, tanto el de regresar a sus comunidades como el de pertenencia a un pueblo indígena. Al iniciar el proyecto, ¿cómo decidieron la selección de estudiantes?

Después del evento en el Paraninfo Universitario le enviamos al rector una propuesta por escrito, con un listado de

estudiantes indígenas que querían ingresar, pero no todos eran indígenas porque había unos de Creel que estaban becados por la Fundación Llaguno —eran serranos, pero no indígenas—, sobre todo en las carreras de deportes. Tuvimos que negociar así porque necesitábamos los apoyos de la FTJALL.[30]

Claro que el hecho de dar un acceso privilegiado a la universidad crea oportunismos. Para la selección nos basábamos en la afirmación del joven de decir soy o no soy indígena, después cambiamos un poco las cosas, pero ese era el criterio inicial. Salvo el primer año, después no tuve la impresión de que existieran tantos problemas en cuanto a personas que se hubieran aceptado sin ser indígenas. A lo mejor hay cosas que desconozco, pero más bien el debate fuerte era la cuestión de saber qué iban a hacer ellos con sus vidas al egresar.

En ese problema me involucré poco porque estaba algo deslindado, pero me acuerdo que el primer año tuvimos esa discusión y que no fuimos muy estrictos porque necesitábamos el apoyo de la Fundación Llaguno, sin embargo, no me sorprende que subsista porque en su momento fue uno de los temas más debatidos.

¿A quién se le puede atribuir la iniciativa de apoyar a estudiantes indígenas para su ingreso a la educación superior?

Me acuerdo de algo muy bonito: gente con fuertes personalidades aceptaron fundirse en colectivo, teníamos la im-

[30] Como aparecerá más adelante, no fue una situación exclusiva de la Fundación Tarahumara José A. Llaguno.

presión de hacer historia, era una oportunidad que no debíamos dejar escapar. Adquirimos la costumbre de trabajar en conjunto, sin protagonismo innecesario, lo que había permitido que personas con intereses tan divergentes se pusieran a trabajar hacia un objetivo común. Pero no participaban todos los integrantes porque la mesa completa de educación, constituida por gente entrenada en actividades educativas, sesionaba en Guachochi y en Creel.

Como mencioné antes, creo que fue una dinámica de personas, algunas de ellas eran de sociedad civil, otras de dependencias de gobierno. Una vez al año hacíamos una reunión con las instancias para que supieran lo que estábamos haciendo en su nombre, pero siempre ha sido gente dentro de su autonomía organizativa desde la sociedad civil o desde el gobierno haciendo cosas.

Para mí no es tanto un planteamiento de gobierno o de sociedad civil, sino de gente que quiso hacer que las cosas cambiaran y algunos lo hicieron, todos con mucha autonomía frente a sus mandos, lo hicieran desde el gobierno o desde la sociedad civil, pero sí es cierto que fue una cosa de personas después de todo.

Para algunas dependencias, el PIAI no era una instancia de poder, entonces no llamaba la atención, era una mesa horizontal de buena voluntad, la gente de poder no entendía y no le veía interés. Tal vez pensaban: "Júntense si quieren, pero...".

A la distancia, ¿crees que valió la pena?

Me hubiera gustado tener más relación con los egresados, para ver qué cuentan ellos, pero estoy en contacto con uno

de los chavos y me digo: si en ese momento nos hubieran dicho que el responsable de proyectos para la sierra, por parte de la FECHAC, iba a ser uno de los estudiantes de la primera generación, pues hubiéramos firmado con mucho entusiasmo, ¿no?

Para mí es motivo de orgullo, por los efectos de impacto de los estudiantes que ahora son profesionistas, aunque eso no lo tengo bien documentado, y por mi papel, que era como el de jefe de orquesta de solistas, que eran muy buenos, pero que no siempre tenían la costumbre de trabajar juntos; de haber logrado que todos esos esfuerzos estuvieran jalando en la misma dirección: apoyar el ingreso de jóvenes indígenas a la universidad. Fue algo muy bonito, nos juntaba que teníamos la impresión de hacer algo importante.

Con este último comentario concluimos la plática. Lo trasladé a la casa de su suegra y lo vi entrar pensando en que podría volver a verlo hasta dentro de dos años, que es la periodicidad con la que visita a su familia por afinidad.

Visión de futuro

Raúl Arturo Chávez Espinoza, originario de la ciudad de Chihuahua, es el mayor de seis hermanos y está casado con Flora Estela González Brodie. Es una persona sencilla, de trato agradable, con un estupendo sentido del humor. Pidió a sus hijos que estudiaran en la Universidad Autónoma de Chihuahua, aun cuando pudo enviarlos a una escuela particular, lo que muestra su afecto y entrega a la universidad.

Transcurrió su infancia y juventud en una casa cercana al Parque Revolución. Para sorpresa de los adultos, con sus amigos y vecinos del barrio jugaba entre las osamentas removidas por las obras de construcción del parque.

Conoció a su esposa en la preparatoria de la Universidad Autónoma de Chihuahua, cuya familia llegó a Chihuahua procedente de Guachochi cuando ella tenía 12 años, debido a la elección de su papá como diputado local.

Fue director de la Facultad de Contaduría y Administración en 2002 y rector de la universidad de 2004 a 2010. Además instituyó la evaluación del CENEVAL, para evitar que el uso de influencias políticas provocara injusticias en la selección de aspirantes.

En la actualidad está retirado de la vida pública. Dedica su tiempo a las labores del campo, en un rancho propiedad de su familia.

Fue entrevistado por escrito —debido a sus ocupaciones no fue posible hacerlo de manera personal—. El escrito derivado del cuestionario de entrevista fue recibido el 5 de diciembre de 2024, gracias a la colaboración de su

hija, Ana Chávez González. Así, refiere su experiencia de la siguiente manera:

> Con el conocimiento de la disparidad existente entre la educación impartida en las principales áreas urbanas de nuestro estado y la de los municipios con población indígena, llevamos a cabo una reunión de trabajo con una comisión de la mesa de educación del Programa Interinstitucional de Atención al Indígena, quienes vieron con mucho agrado nuestro ofrecimiento de generar una política de inclusión, para aceptar un número determinado de indígenas en las diferentes unidades académicas de la universidad.
>
> Decidimos mantener el requisito de que presentaran el examen de admisión aplicado por el Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior (CENEVAL), a la par de todos los aspirantes, como una manera de incentivarlos para prepararse mejor y hacerlos sentirse iguales, al contar con la misma responsabilidad.
>
> Serían seleccionados de acuerdo con los puntajes obtenidos, hasta un número predeterminado, ingresando prácticamente todos. Conociendo las necesidades de alta marginación que privan en sus comunidades, por supuesto que estuvieron exentos del pago de colegiaturas.
>
> Antes de que llegara a la Rectoría, como director de la Facultad de Contaduría y Administración recuerdo que recibimos un porcentaje muy elevado de recomendaciones para nuevo

ingreso, la mayoría de las cuales eran atendidas, restándonos injustamente capacidad para admitir a muchos aspirantes que habían obtenido un mejor puntaje en su examen. Esta situación se manifestó nuevamente en el primer semestre, que ya como rector tuve que enfrentar.

Ante tal injusticia analizamos la forma de operar del CENEVAL y, una vez confirmada su calidad y profesionalismo, planteamos ante el Consejo Universitario la coordinación con dicha institución. Obtuvimos su aprobación y este examen de admisión fue obligatorio para todas las unidades académicas, logrando así la total trasparencia en el ingreso de nuevos estudiantes.

Para atender parte de las necesidades económicas de los estudiantes indígenas los incorporamos al Programa de Becas Alimenticias del Comité de Damas Voluntarias, que estaba presidido por mi esposa Flora González Brodie, originaria del municipio de Guachochi e hija del señor Roberto González Loya, profesor de primaria en la zona serrana y a la postre diputado.

Conocedora de primera mano de la problemática existente, tuvo la magnífica idea de reunir a un número muy amplio de esposas de directores y funcionarios, todas entusiastas amigas voluntarias, para realizar una serie de actividades con el objetivo de allegarse recursos y brindar apoyo a través de becas alimenticias a los estudiantes no solo indígenas, sino a todos los que estuvieran en situación de marginación. Llevaron a cabo varias

reuniones con los integrantes de la sociedades de alumnos, a quienes les plantearon su proyecto, invitándolos a sumarse, aportando un 50% cada quien del costo de un alimento completo diariamente en las cafeterías de cada facultad.

Lo anterior creó una sinergia sin precedente, ya que la comunidad universitaria participaba en gran parte de los eventos que las damas organizaban, ya fueran colectas, espectáculos, conciertos, actividades culturales o visitas a algunas comunidades, entre otras muchas actividades.

También asignamos un tutor a cada uno: mediante reuniones individuales o colectivas se conocían y atendían sus necesidades.

Con todo lo anterior, muchos de ellos lograron su titulación de licenciatura, incluso en algún posgrado.

En el informe del 2010 del Comité de Damas Voluntarias de la UACH, su presidenta, Flora González Brodie, informaba:

A la juventud universitaria chihuahuense es a quienes se ha dedicado gran parte del trabajo y esfuerzo del voluntariado, pues sabemos que son muchos los alumnos universitarios que por falta de recursos, especialmente en estos tiempos tan difíciles, quieren desistir en continuar sus estudios.

Gran parte de ellos sabemos que provienen de comunidades serranas, y vienen a la ciudad a enfrentarse con una infinidad de gastos de manu-

tención, transporte y vivienda en la ciudad. Bajo esta premisa, se creó el Programa de Becas Alimenticias, dando continuidad a lo que fue la campaña "Manos unidas para dar", en el 2005.

El Programa de Becas Alimenticias consiste básicamente en convenios tripartitos entre las direcciones de las distintas áreas académicas, sociedades de alumnos y el Comité de Damas Voluntarias, trabajando en conjunto con las cafeterías. La aportación del Comité de Damas Voluntarias es variada, dependiendo el caso particular de cada una de las unidades académicas, y se ayuda en algunos casos desde el 30% hasta el 50% del total del costo de las becas alimenticias.

La buena alimentación es sinónimo de salud, y por lo tanto de un mejor desempeño escolar; es por eso que el Programa de Becas Alimenticias ofrece una comida caliente al día de manera gratuita durante todo el semestre y consta de: sopa, guisado, frijoles y agua o refresco.

Conscientes del gran compromiso adquirido para el sostenimiento de este programa y sabiendo que es muy importante seguir proporcionando estas becas que son de tanta ayuda para nuestros estudiantes universitarios, hemos decidido dejar cubierto el semestre comprendido de agosto a diciembre del 2010; así durante el periodo de transición por el cambio de administración los alumnos no se verán afectados. (González, s.f., pp. 2-3)

Alianza para la educación

Silvia Guadalupe Quezada González, coordinadora de zona de la Fundación Tarahumara José A. Llaguno (FTJALL) en los primeros años del Programa Universitario Indígena (PUI), accede a una entrevista para conocer la participación que tuvo esa organización. Es importante su testimonio para ampliar la comprensión sobre los inicios y la evolución del PUI. Su presencia ejerció un papel determinante en las acciones de seguimiento para los estudiantes indígenas universitarios, por lo que es recordada con especial afecto por los egresados que fueron apoyados por la FTJALL y el PUI.

La entrevista transcurre en una cafetería sobre la avenida Paseo Bolívar. A esta hora de la mañana hay poca concurrencia, solo nos interrumpe, de vez en cuando, el ruido producido por un molino de café.

Originaria de la ciudad de Creel, en el municipio de Bocoyna, estudió desde el kínder hasta la preparatoria en esa localidad. En el año 2002 consiguió un empleo como secretaria en la Fundación Llaguno. No tenían oficinas y su jefe inmediato, Luis Octavio "el Gordo" Híjar, atendía desde su casa. Los tres programas básicos eran educación, nutrición y un programa de agua para la tarahumara, pero no contaban con lineamientos. Así estuvo trabajando alrededor de un año y medio como asistente: ella y su jefe eran todo el personal.

A mediados del 2003 decidió ingresar a una universidad. Contaba con 21 años cuando platicó con Rodrigo Llaguno y "el Gordo" sobre su intención de cursar una li-

cenciatura. Aprovechó que la fundación tenía un programa de becas para solicitar apoyo porque sus papás no podían sufragar los gastos de colegiaturas, renta, comida y materiales de estudio, ya que no había opciones universitarias locales. La respuesta de Rodrigo Llaguno fue inmediata: "Claro que sí, nosotros te vamos a becar, ve a estudiar".

Sin enterar a su familia investigó la oferta académica y las condiciones de diferentes universidades en las que podría inscribirse. La Universidad Regional del Norte (URN) en Chihuahua era muy costosa, la extensión de la Universidad Autónoma de Chihuahua (UACH) en Ciudad Juárez no le resultaba atractiva; al final eligió lo más cercano a su localidad para aminorar los costos: una universidad en la ciudad de Cuauhtémoc, en la que le ofrecieron una beca de hospedaje.

Una mañana de mediados de agosto se trasladó a la casa donde viviría, ubicada en la entrada a la ciudad por la carretera Chihuahua-Cuauhtémoc, con chicas desconocidas entre sí, llegadas de diferentes partes del estado. Para llegar a la universidad usaba el transporte público o conseguía un "raid", y después caminaba medio kilómetro.

Después de un par de meses de llegar a Cuauhtémoc, consiguió trabajo en un consultorio médico por las tardes y los sábados en la mañana. Los fines de semana, al terminar su jornada laboral, se trasladaba a Creel para estar con sus padres y su hija.

Al concluir sus estudios de licenciatura, regresó en diciembre de 2006 como voluntaria para cumplir con el servicio social en retribución por la beca otorgada por la fundación. Durante nueve meses estuvo laborando en las

oficinas del Ichimeame, en Creel. Al terminar su servicio, en junio de 2007, "el Gordo" le propuso trabajar para el programa de educación.

A mediados de 2008 contrajo matrimonio y decidió mudarse a Chihuahua. Su plan era renunciar a la fundación, pero le ofrecieron hacerse cargo de la coordinación de zona respectiva. Recién habían regionalizado las actividades en Urique, Guachochi y Guadalupe y Calvo. Debían establecer la región de Chihuahua para mejorar la atención al público, sobre todo la entrega de becas en efectivo y la asistencia a las reuniones, ya que en algunas ocasiones era necesario trasladarse a la ciudad solo para entregar las becas y recabar los comprobantes respectivos.

¿Cómo iniciaste tu labor de enlace de la Fundación Tarahumara José A. Llaguno en el PUI?

Mi primera actividad consistió en apoyar el rediseño del programa educativo de la fundación para definir los objetivos y las actividades. En ese tiempo ya estaba establecida la obligatoriedad del servicio comunitario. Había pocas becas para universitarios, como diez o catorce, que se llamaban becas porque se entregaban a través de otras instituciones, como los Hermanos Maristas, por eso la fundación se confundía mucho con una asociación de segundo piso, porque no operaba.

Empezamos la coordinación en el PUI con aquellos catorce estudiantes llamados "los sobrevivientes" y todos los demás nombres que le pusimos al grupo de primera generación. Fuimos conociendo, poco a poco, a los jóvenes; el programa fue cambiando mucho: empezó por solo entregar apoyos económicos y hacer una reunión informa-

tiva, hasta que fue evolucionando para realizar un mejor acompañamiento de sus beneficiarios. Creo que este programa de la fundación invariablemente ha estado muy de la mano con el PUI, pues siempre compaginamos lineamientos y formatos.

La metodología consistía en hacer alianzas con otras organizaciones, como el Programa Interinstitucional de Atención al Indígena y el Programa Universitario Indígena, para sumar esfuerzos; en lugar de dar una beca de mil pesos, se sumaban otras instituciones para apoyar mejor a los jóvenes.

Desconozco cuándo hicieron un estudio que establecía la cantidad de $3,500.00 pesos para que un joven estudiara en Chihuahua; en consecuencia, la Llaguno empezó otorgando mil pesos de beca mensual en efectivo para contribuir con este esfuerzo.

¿Cuál era el procedimiento para entregar las becas?

No recuerdo la fecha exacta en que dejamos de entregar las becas en efectivo, pero fue por manejo transparente del financiamiento de la Fundación Christensen.

Apoyamos a los jóvenes para abrir sus cuentas bancarias, donde les depositábamos mensualmente su beca.[31] Todo apoyo era entregado de manera transparente, bajo mecanismos establecidos que generaban evidencia para nuestros donantes. Solo continuamos durante un corto

[31] En la reunión del 23 de febrero de 2008, Luis Octavio Híjar informaba sobre la apertura de cuentas bancarias a nombre de los estudiantes.

tiempo manejando entrega en efectivo para unos cuantos chicos de preparatoria debido a su minoría de edad.

También atendíamos a jóvenes de secundaria y preparatoria, a los cuales involucrábamos en las actividades no siendo becarios del PUI, pero sí de la fundación.

Al inicio tuvimos varias complicaciones porque no teníamos experiencia con la banca electrónica, y los chicos no habían tenido antes una cuenta bancaria, ni habían usado un cajero automático. Gracias al manejo eficiente y transparente de los recursos, la fundación ha mantenido su donataria autorizada y ha estado en regla con las auditorías.

Los donantes siempre estuvieron contentos por la manera en que se ejercían los recursos.

¿Cómo era la relación interinstitucional al interior del Programa Universitario Indígena?

Todas las organizaciones acuerpadas en el PUI contaban con reglas operativas propias, cada una mantenía su individualidad y operatividad, por lo tanto, tenían diferentes medios de comprobación, reportes y evidencias. Era una alianza y, tal vez, algunos tenían reticencias porque sus directivos no estaban involucrados, no tenían el conocimiento completo del programa, entonces siento que había un poco de resistencia, sobre todo cuando se convocaba a los directivos y no asistían todos. Sin embargo, la fundación siempre estuvo comprometida con el PUI.

No hubo imposición de decisiones, en todo caso faltó, porque en ocasiones hasta parecía un trabajo personal de algunos enlaces que participaban, pero no había la aportación institucional respectiva. Como la fundación tenía el objetivo

de apoyar el seguimiento de sus becarios, conforme avanzaban en su formación académica, se preocupaba por incluirlos a todos y después ver qué disponibilidad de becas tenía para estudiantes del PUI que no eran becarios suyos. No impuso el PUI, en todo caso, actuó de manera por demás flexible.

¿De qué manera llevaban a cabo la selección de becarios?

En la experiencia de la fundación podemos decir que era a través de compromisos de la familia del obispo, no había lineamientos. Pero en un punto se decidió que el 80% fuera de indígenas y el 20% de mestizos. Así se le manejó al donante durante un tiempo. Después se fue institucionalizando y con el tiempo dejó de ser familiar.

Hubo muchas sesiones de debate para llegar a concluir que en adelante los becarios serían todos indígenas. Bueno, pero, ¿cómo identificarlos? Primero, que si tenían la apariencia física, que si eran hablantes de su lengua materna, que si conocían la cultura respectiva o que si vestían el traje tradicional. Fueron meses de discusión sin llegar a un acuerdo sobre cómo se tenía que hacer, y creo que también eso pasó en el PUI. Hubo mucha discusión sobre este tema.

Recuerdo que llegamos al punto en el que dijimos: si el chavo se autoadscribe como indígena, ¡va!; aunque se presentaron problemas porque por conveniencia decían que sí, pero cuando se hacía alguna actividad, por ejemplo los encuentros en la sierra, y se les pedía que presentaran una danza tradicional, decían: "¿Y qué es eso?". Ha resultado muy complicado lograr esa selección, pero el PUI ha sido muy noble con el objetivo de ayudar a jóvenes para que terminen sus estudios y busquen una mejor vida para ellos, si se puede para su comunidad; si las oportunidades no se les

dan, pues no pasa nada, pero siento que la misma nobleza del programa lo llevó a eso, a no tener unos lineamientos estrictos para determinar "este es indígena y este no".

Por cierto, también demuestra su nobleza al haber acogido a jóvenes de etnias procedentes de otros estados.

¿Pretender una identidad estática funciona como una camisa de fuerza?

Se etiqueta a las culturas indígenas y se hacen generalizaciones. Dicen "es que las mujeres ralámuli se embarazan muy jóvenes", pero yo fui mamá a los 16 años y no soy ralámuli. "Si no hablas tu lengua materna, si no bailas en fiestas tradicionales, si no usas vestimenta de tu etnia, pues no eres indígena". Sin embargo, el PUI les ha dado la libertad de poder reconocerse, porque a veces ni ellos mismos logran reconocer su identidad étnica, pues han vivido en un sistema que les obliga a hablar en español y vestir un uniforme: les han negado hasta su identidad.

Al llegar al PUI han reconocido sus identidades. Algunos han encontrado un refugio, incluso se han creado familias entre ellos mismos. Existe el caso de unas chicas de Oaxaca que al llegar a Chihuahua encontraron una comunidad, una familia, al interior del PUI. Cualquier joven tiene necesidad de ser parte de algo.

No percibo al programa como una camisa de fuerza, en términos de forzar una identidad, por eso permanecen los chavos: si se organiza un reencuentro, una posada, etcétera, los jóvenes se siguen sintiendo parte; bueno (*agrega con una risa franca*), los jóvenes ya ni tan jóvenes.

Esa parte de reconocerse ellos mismos me resuena mucho.

¿Había un arquetipo de estudiante indígena?

No, porque había una gran variedad: el responsable, el que sentía que lo merecía todo, el que no quería estudiar, el joven al que se le dificultaba todo... Lo cierto es que llegaban con muchas limitantes tecnológicas y de conocimientos en general. Recuerdo el caso de varios chicos que no sabían lo que es un correo electrónico.

En cuanto a sus personalidades, atendimos a jóvenes con perfiles bien diferentes. Hubo quien llegó a la ciudad, sufrió un fuerte choque cultural y decidió irse, por eso tuvimos varias bajas: no se adaptaban.

Los que trabajamos en el área educativa creemos que el estudio da herramientas y abre puertas, pero, siendo realistas, la escuela no es para todos, tal vez algunos estén en sus comunidades trabajando, sacando adelante a sus familias de una manera u otra.

A los jóvenes que llegaron al PUI se les apoyó para ejercer su derecho a la educación superior, a través de reuniones, talleres, cursos y acciones de acompañamiento.

Algunos lo aprovecharon, otros se quedaron en el camino, pero, como mencioné antes, no se les forzaba. Algunas de las chicas que quedaron embarazadas durante sus estudios decidieron retirarse con el argumento de que no podían seguir, pero otras, con todo y sus hijos, continuaron y terminaron la licenciatura.[32]

[32] Una de las primeras estudiantes de Enfermería (2007) concluyó con muchas dificultades la licenciatura debido a los cuidados de sus hijos, después viajó a Canadá como becaria del CONACYT, y recién concluyó el Doctorado en Enfermería en la UACH, como parte de la primera generación de ese programa de posgrado.

¿Hubo casos que te hayan impactado?

Entre otros, el de un estudiante que tenía deficiencias académicas en general y ahora ocupa un puesto de dirección en una dependencia del gobierno federal, eso me impacta mucho.

Por cierto, la materia de inglés era un dolor de cabeza para todos ellos. La historia de las chicas que abordaban el transporte público y no les creían que eran estudiantes universitarias cuando mostraban sus credenciales.

Además, las historias de los estudiantes que sobrevivían con la beca alimenticia proporcionada por la UACH: "Pido dos burritos para comer uno y cenar el otro más tarde".

Otros caminaban para ahorrar el transporte o porque ya no lo alcanzaban, y tenían que caminar una hora u hora y media hasta sus casas. Por esta razón tuvimos casos de asaltos, algo que mucha gente no sabe, ni siquiera algunos de los enlaces institucionales en el programa.

La parte bonita es verlos graduados, incluso algunos formaron parejas entre ellos y se casaron.

¿Cuál es tu evaluación del PUI?

Lo considero más que un programa de becas, a través del cual los jóvenes crearon una red de apoyo y de contención, un lugar seguro para los que se quedaron y formaron una familia.

El objetivo, en conjunto con la Fundación, era impartirles capacitación y acompañamiento por medio de cursos y talleres. Recuerdo los de cerámica y talabartería, que no eran para que aprendieran y se dedicaran a elaborar ollas de barro o artículos de cuero, sino para fomentar el sentimiento de pertenencia a un colectivo.

Viví sus historias con ellos y a pesar de tantos años que salí de la Fundación y del PUI, lo tengo muy claro: en las reflexiones que hago con los jóvenes con los que trabajo ahora, les digo que todo es posible y pongo de ejemplo a los estudiantes apoyados por el Programa Universitario Indígena.

III. Evolución

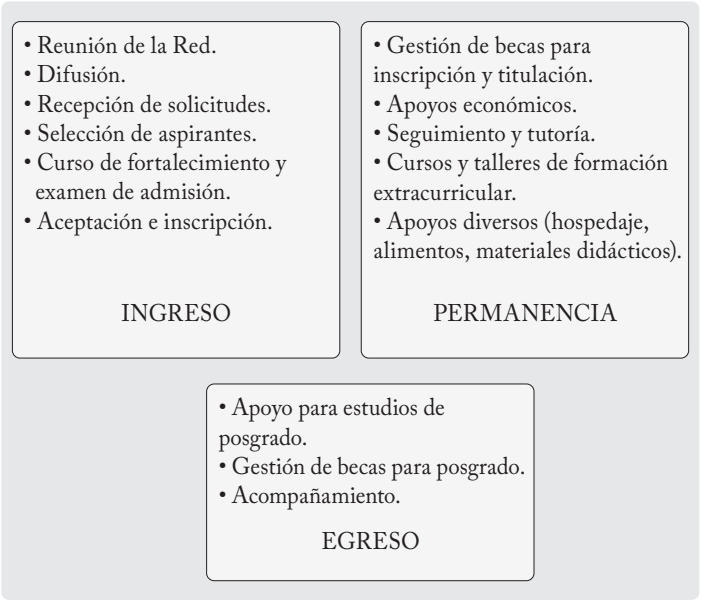
La vida solo puede entenderse mirando hacia atrás; pero hay que vivirla mirando hacia adelante.

Søren Kierkegaard

El Programa Universitario Indígena surgió en el año 2006 como una instancia interinstitucional para crear condiciones de equidad en el ingreso, permanencia y conclusión de estudios universitarios de jóvenes indígenas. Los dos primeros años dependió de la mesa de educación del Programa Interinstitucional de Atención al Indígena, a partir de 2008 contó con un coordinador independiente y, a partir del 2015, se constituyó como una red interinstitucional donde las instituciones participantes comparten información de sus beneficiarios con fines de coordinación, transparencia y mejora de sus procedimientos.

Inició sin un proyecto escrito, en consecuencia, las acciones y estrategias de atención fueron desarrolladas de acuerdo con la experiencia de las primeras generaciones. Sin embargo, cabe aclarar que debido al financiamiento de Christensen Fund fue elaborada una propuesta con objetivos, metas y plazos de cumplimiento. La descripción de dicha evolución está enmarcada en tres grandes rubros de atención: ingreso, permanencia y egreso, de conformidad con el Cuadro III-1.

Cuadro III-1. Procesos del PUI



Fuente: Elaboración propia con apoyo de CEFOSC-Christensen.

Ingreso

En el periodo inicial el proyecto funcionaba sin financiamiento externo: todas las actividades eran desarrolladas con los recursos aportados por las instituciones integrantes.

Las autoridades de la UACH facilitaron el ingreso de aspirantes indígenas, y de manera interinstitucional emprendieron acciones y estrategias para el ingreso y seguimiento de los aceptados.

De acuerdo con Jean-Baptiste Cousin, el primer año las acciones fueron establecidas en coordinación con la Secretaría General de la UACH, ya que ahí se autorizaban las becas, pero el resto de acciones correspondían a la Dirección Académica, por lo que a partir del 2007 estas actividades pasaron a la competencia de esta última.

Sin embargo, desde el 2006 el director académico estuvo en contacto con el PIAI, incluso participó en la reunión del 25 de julio en la que "informó sobre la posibilidad de preparar el examen de admisión en algunas materias, a través de un curso específico, que se pudiera organizar en la sierra para los aspirantes interesados". También insistió en que la coordinación fuera entre la Dirección Académica y el coordinador del PIAI porque en algunas negociaciones intervenían distintos integrantes de la mesa de educación, como en el caso de la CET, que llegó a emitir constancias de identidad, cuando únicamente la CDI había sido aceptada para cumplir esa función.

Como al inicio intervino la Dirección de Extensión y Difusión hubo una confusión temporal, que fue resuelta de manera inmediata. Con estas y otras acciones, desde la

Dirección Académica dieron orden a ciertos protagonismos generados dentro de la mesa de educación del PIAI y al interior de la universidad.

El titular de la Dirección Académica, Alfredo de la Torre, nombró a la jefa del Departamento de Proyectos Educativos, Edna Gómez Ochoa, como responsable del seguimiento de los estudiantes indígenas. También participó la titular de la Unidad de Tutorías, Elvia Meléndez, y posteriormente se sumaron Lucila Radillo y Raúl Herrera, este último, a la postre, sería el jefe de la Unidad de Atención a Estudiantes Indígenas.

En el caso de la ULSA, el rector Salvador Valles Gámez asistió a las primeras reuniones del 2006, pero esta universidad ingresó al programa hasta el 2008. Según la minuta del 27 de febrero de ese año, el rector formalizó el compromiso de enviar un representante ante el PUI, otorgar diez espacios anuales con beca del 100% y dar servicio de asesorías.

La Escuela de Antropología e Historia-unidad Chihuahua (posteriormente Escuela de Antropología e Historia del Norte de México) inició su participación en el 2008. Su titular, Rodolfo Coronado Ramírez, nombró como enlace ante el PUI a Blanca de Villa, y después de dos años a Mónica Iturbide Robles.

La Universidad Autónoma de Chihuahua, la Universidad La Salle y la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México tuvieron una participación activa en la discusión y toma de decisiones al interior del Programa Universitario Indígena. Caso diferente es el de las IES en las que estaban inscritos estudiantes apoyados por el programa, sin participación directa, es decir, no enviaban a

algún representante a las reuniones ni aplicaban los acuerdos interinstitucionales.

Al inicio, la Universidad Regional del Norte (URN) proporcionó a un estudiante una beca de descuento para la Licenciatura en Derecho. Aun con el descuento, el pago resultaba oneroso, por lo que no hubo más interesados. A pesar de las dificultades académicas y económicas, la persona referida concluyó la licenciatura y en la actualidad trabaja para una dependencia del gobierno del estado de Chihuahua.

El Instituto Tecnológico de Chihuahua II inscribió a un estudiante —que primero presentó examen en la UACH y no ingresó debido al puntaje obtenido en el examen de admisión—, el cual concluyó con el plan de estudios respectivo y en la actualidad trabaja para un programa del gobierno federal.

En situación similar estuvieron la Universidad Tecnológica de Chihuahua, el Claustro Universitario de Chihuahua y la Escuela de Enfermería Florencia Nightingale.

Reuniones

Con el objetivo de proporcionar una mejor atención, a través de la coordinación del PUI se llevaban a cabo reuniones con una periodicidad mensual para los estudiantes y bimestral para los representantes de las instituciones participantes. Las damas voluntarias facilitaban su sala de juntas, después, por el aumento de estudiantes, fue necesario celebrarlas en el auditorio que se encuentra frente a la radiodifusora universitaria.

Bajo esta práctica asambleísta, los términos de las actividades de difusión, recepción de solicitudes y selec-

ción de aspirantes eran acordados en dos o tres reuniones con todos los enlaces institucionales. A partir del 2007 fue agregado el tema organizativo del curso de fortalecimiento para la presentación del examen de admisión.

Varias de las reuniones con enlaces institucionales fueron realizadas en la Escuela de Antropología. Durante la pandemia fueron suspendidas, después solo se retomaron las reuniones interinstitucionales; se abandonaron las de estudiantes porque eran muchos y representaba un gran esfuerzo contar con un espacio para tantos estudiantes y proporcionarles un refrigerio. A partir de 2022 también están representados los egresados con fines de análisis y consenso de las decisiones colectivas.

Difusión

Durante varios años los lineamientos fueron difundidos en las reuniones regionales desarrolladas en Turuachi, Creel y Guachochi.

En 2014 fue publicada la primera convocatoria formal enviada por correo electrónico a los planteles de bachillerato en la Sierra Tarahumara y, en algunas ocasiones, transmitida por medio de la radio indigenista XETAR ubicada en Guachochi.

Los requisitos para los solicitantes han tenido mínimas modificaciones, conservando los básicos: pertenencia a una etnia indígena, certificado o constancia de estudios de bachillerato sin adeudo de materias y promedio mínimo de 8.

Las IES que podían elegir eran aquellas en que les proporcionaran una beca académica, sin embargo, a partir de la pandemia solo han sido consideradas la UACH y la

ULSA porque generaron un programa propio coordinado con el PUI, en tanto las demás no lo hicieron y resultaba complicado el seguimiento en esas instituciones.

Recepción de solicitudes

El periodo para recibir solicitudes era establecido de acuerdo con el calendario de la UACH: iniciaba con la apertura para el trámite de las fichas del examen de admisión y cerraba unos días antes del vencimiento para permitir la gestión de condonación del pago.

Las solicitudes y los documentos agregados, como las constancias de estudios, eran entregados en la coordinación. En el periodo de pandemia fue necesario establecer un sistema de entrega virtual, que continúa en la actualidad: en el caso de la UACH, en el 2020 fue aplicado un cuestionario en línea para captar las solicitudes para nuevo ingreso, ya que no era posible hacerlo de manera presencial debido a la pandemia. A partir de ese año las convocatorias anuales consignan el enlace para acceder al formulario respectivo, y el cuestionario de solicitud para la ULSA.

Selección de aspirantes

El primer conjunto de estudiantes seleccionados fue captado por personal de las mismas instituciones integrantes del programa. Este esquema fue necesario por la premura de los plazos establecidos para el ingreso, pero sus resabios perduraron varios años después.

A pesar de la publicación de una convocatoria accesible para los estudiantes indígenas interesados, algunas instituciones continuaron interviniendo como intermedia-

rios con una clara intención paternalista, en algunos casos argumentando "el seguimiento de sus becarios".

En la actualidad los trámites son realizados por los propios interesados y las instituciones integrantes solo participan en la difusión. Las bases están contenidas en una convocatoria emitida anualmente para apoyar el ingreso del ciclo agosto-diciembre.

El Cuadro III-2 fue elaborado con información del archivo de *Excel* correspondiente al 14 de junio de 2006. El registro de los cuarenta y dos solicitantes los identificaba por la institución que los proponía bajo el rubro de "avales".

Cuadro III-2. Aspirantes a la UACH 2006

Institución "aval"	Solicitantes
FTJALL	18
CONAFE/ICHEA	7
PA/ICHEA	6
DIRECTO UACH	4
ICHEA	3
CET	1
CDI	1
CONAFE	1
EDUCACIÓN INDÍGENA	1

Fuente: Elaboración propia con datos del archivo del PUI.

Los "avales" institucionales constituían prueba de la pertenencia a una etnia indígena de los estudiantes propuestos. No obstante, las condiciones de marginación y pobreza imperantes en la Sierra Tarahumara provocaron que jóvenes no indígenas hicieran uso de la autoadscripción para acceder a un proyecto diseñado para personas indígenas.

Desde el primer grupo apoyado en 2006 hubo crítica al considerar que estaban incluyendo de forma indebida a jóvenes mestizos, si bien algunos de ellos compartían condiciones adversas de vida con la población indígena, no debían ser apoyados porque comprometían el propósito inicial del proyecto. Esta inquietud derivó en una amplia discusión, la cual concluyó en que "…cada institución de la mesa es responsable de verificar que los estudiantes que recomienda son efectivamente indígenas" (minuta del 14 de octubre de 2006).

Con la finalidad de corroborar que los apoyos estaban dirigidos a la población indígena, las autoridades de la UACH, desde el inicio, solicitaron constancias que acreditaran la pertenencia a una etnia indígena de los estudiantes propuestos por la mesa de educación del PIAI. En la reunión del 9 de septiembre de 2006, personal de la CDI informó que habían dirigido a la Dirección Académica de la UACH "unas cartas certificando que los jóvenes eran indígenas", emitidas por un perito práctico de dicha institución (minuta del 9 de septiembre de 2006).

A continuación se transcribe la parte del texto que sustentaba dichas constancias:

> De acuerdo al artículo segundo de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, en el tercer párrafo señala que "la sola conciencia de su

> identidad indígena deberá ser criterio fundamental para determinar a quienes se aplican las disposiciones para pueblos indígenas", y según el Convenio 169 de la OIT de la cual México es firmante, en la parte I, Política General, artículo segundo, que estipula "que el solo hecho de autoadscribirse como indígena, es suficiente para que una persona sea considerada como tal", como esta persona se ha manifestado, pero además, de acuerdo a mi saber y entender y basado en datos proporcionados en entrevista, es que me permito asegurar que esta persona es indígena del pueblo Tarahumar o Rarámuri, como se denominan a sí mismos.

En contraste, la Universidad La Salle solo pedía que los solicitantes fueran propuestos a través de la coordinación del PUI.

Las constancias continuaron emitiéndose, hasta que en el 2009 sucedió el siguiente caso, narrado por el coordinador del PUI:

> Era costumbre, en cada periodo de admisión para el ciclo escolar de agosto a diciembre, observar los pasillos del edificio de la Dirección Académica abarrotados de jóvenes y padres de familia intentando hablar con el director, para informarse sobre su posible admisión en los casos en que no habían alcanzado el puntaje requerido en el examen aplicado por el CENEVAL.
>
> Una mañana ajetreada, y con muchas personas esperando turno de pie porque todos los asientos estaban ocupados, ingresó a la oficina del titu-

> lar de Dirección Académica un señor residente en La Junta, municipio de Guerrero, que le conocía de tiempo atrás y había acudido para enterarse de la situación de una aspirante. Transcurridos solo un par de minutos, ambos salieron de la oficina para buscarme y exponer una queja: "El peticionario al darse cuenta de que el nombre de su familiar estaba incluido en la relación de estudiantes indígenas, se mostró sorprendido y le dijo al director que no entendía esa situación, ya que ellos nunca se habían ostentado como tales, ni tenían parientes con esa pertenencia étnica. En ese momento la joven no se encontraba en el lugar, pero la localizaron por llamada telefónica y solo respondió: "Unas personas se ofrecieron a conseguirme una beca. Me dijeron que solo tenía que decir que soy indígena"". El director, visiblemente molesto, solicitó una reunión con el delegado de la CDI para analizar por qué habían emitido una constancia de pertenencia étnica a una persona que no se asumía como tal.

En el transcurso de esa misma semana, en las oficinas de la delegación de la CDI, platicaron de manera franca y cordial, el director académico de la UACH, Alfredo de la Torre, el delegado de la CDI, Eberto Jabalera, el representante de la CDI ante el PUI y perito práctico firmante de las constancias, Alfredo Ramírez, y Guillermo Vázquez, coordinador del PUI. Como resultado, este último envió un comunicado con fecha del 4 de agosto del 2009, para que los enlaces de instituciones revisaran mejor las propuestas de estudiantes indígenas, en cuanto a su autoadscripción a una etnia indígena.

> Por medio del presente me permito informarles que los términos de coordinación con la Dirección Académica de la Universidad Autónoma de Chihuahua han sido altamente positivos, por lo que para este ciclo escolar se aceptaron 35 estudiantes por examen y 15 por principio de equidad; sin embargo, durante el proceso se detectaron estudiantes propuestos por el Programa que no cumplen con el requisito de ser indígenas. Dicha situación nos compromete con la Universidad debido a lo delicado de esta situación, por lo que sugiero ser más estrictos en la selección de los estudiantes propuestos, sin olvidar la buena fe que guía nuestra actuación bajo el principio de autoadscripción consagrado en el artículo 2º constitucional.

El error residía en que, hasta ese momento, las constancias se hacían presumiendo que los jóvenes propuestos por las instituciones integrantes eran indígenas; en adelante, se realizaron las entrevistas sin considerar los "avales" institucionales, solo los datos aportados por los interesados y, en caso de duda, mediante consulta a personas o estudiantes ya inscritos de las comunidades de procedencia de los solicitantes.

En el ciclo agosto-diciembre de 2014 sucedió el siguiente caso: Alrededor de veinte solicitantes presentaron constancias emitidas por una institución indigenista. Dichos documentos fueron analizados al detectar algunas inconsistencias y varios solicitantes fueron entrevistados, los cuales admitieron no ser indígenas, en consecuencia, en adelante dejaron de solicitarse constancias e inició un proceso de

asesoría y capacitación de los enlaces para mejorar los instrumentos de solicitud (el curso sobre identidad étnica fue impartido por Norma Luz González Rodríguez, doctora en Antropología por la Universidad de Barcelona, España).

Algunas instituciones establecen como requisito ineludible en sus convocatorias, la condición de hablante de lengua indígena (HLI), pero el PUI responde a una visión más amplia del derecho a la educación superior que tiene la población indígena. Varios enlaces institucionales llegaron a pronunciarse por imponer esta condición como una manera de facilitar el cumplimiento del objetivo de apoyar solo a estudiantes indígenas. Sin embargo, prevaleció la idea de considerar otros elementos: los antecedentes familiares, la comunidad de residencia, la práctica de rituales, ceremonias, danzas, juegos tradicionales, etcétera, porque existe una acelerada pérdida de las lenguas indígenas debido a múltiples razones, como la discriminación, el desplazamiento forzado y la falta de espacios de uso de la lengua, entre otras.

También es práctica común que en instituciones públicas exijan constancias o peritajes de pertenencia a una etnia indígena, para proporcionar los servicios dirigidos a esta población.

Para ilustrar la complejidad aquí planteada, exponemos los siguientes casos:

La autoridad judicial federal solicitaba el apoyo de peritos en antropología de la CDI, para cumplir con lo establecido en el artículo 2º, apartado A, fracción VIII de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos en cuanto a que:

> Esta Constitución reconoce y garantiza el derecho de los pueblos y las comunidades indígenas a la libre determinación y, en consecuencia, a la autonomía para: (…) Acceder plenamente a la jurisdicción del Estado. Para garantizar ese derecho, en todos los juicios y procedimientos en que sean parte, individual o colectivamente, se deberán tomar en cuenta sus costumbres y especificidades culturales respetando los preceptos de esta Constitución. Los indígenas tienen en todo tiempo el derecho a ser asistidos por intérpretes y defensores que tengan conocimiento de su lengua y cultura.

Para constatar qué personas pueden acceder a tales derechos, los juzgadores solicitaban un peritaje. En una ocasión, por requerimiento de un juez de distrito, un par de peritos de la CDI entrevistaron a dos personas detenidas. La primera afirmó ser ralámuli, después de responder preguntas sobre la conducta por la que estaba recluido, su comunidad de origen, su familia, etc., y, por supuesto, la pregunta concreta de si se consideraba indígena. La segunda persona dijo no ser indígena, pero, por sus apellidos, el perito se percató del parentesco con la primera persona, por lo que le preguntó si había relación familiar, a lo cual contestó que eran hermanos. Sin embargo, persistió en no ser indígena. Ante la insistencia del perito para dilucidar esa situación, explicó que desde niño había vivido con una familia no indígena y consecuentemente no tenía contacto con su familia consanguínea ni con su comunidad de origen, por lo tanto no se consideraba indígena, pues no era hablante de ralámuli ni seguía sus costumbres, es decir, su

crianza fue en una familia mestiza y estuvo alejado totalmente del mundo ralámuli.

Antes de dar por terminada la entrevista, el perito le explicó los beneficios que obtendría al asumirse como indígena, de acuerdo con los ordenamientos legales, pero se mantuvo en su decisión: "No sé... pero yo no soy indígena" (anécdota narrada por Alfredo Ramírez Hernández, CDI).

Como conclusión, el perito entregó el informe donde se determinaba que la primera persona asumía una identidad indígena y la segunda había dicho no tenerla.

De acuerdo con esa entrevista, la persona que se asumió como no indígena, subjetivamente no se consideraba ralámuli, como sí lo hacía el resto de su familia, aun cuando pudiera resultar beneficiada por el sistema de impartición de justicia. Ejerció su derecho a la autoadscripción: no existe obligación para asumir una identidad que no se desea.

En un caso contrario, sucedido al coordinador del PUI, una funcionaria del gobierno estatal le dijo en una ocasión: "Si se ve como pato, camina como pato y actúa como pato: es pato". Al decirle que su expresión era profundamente racista y que seguramente su jefe no estaría de acuerdo, se desdijo de su dicho. Con esa expresión había demostrado el menosprecio que existe al interior de algunas dependencias gubernamentales hacia lo indígena. Cabe explicar que en esta expresión estaba dando preponderancia a los elementos objetivos con un sentido negativo, pues el vestido, la fisonomía, el color de piel, etc., son vistos como un "marcador" de inferioridad.

Otro ejemplo: para tramitar o renovar la credencial preferente del transporte público, las personas indígenas

deben presentar una constancia de identidad étnica. En el caso de la renovación de vigencia, una estudiante dice que tal parece que ella deja de ser indígena cada seis meses. Y en algunas instituciones estatales han llegado al extremo de considerar que la mejor manera de que una persona acredite su pertenencia a una etnia indígena es presentando su acta de nacimiento para verificar que nació en una localidad de la Sierra Tarahumara.

Se dificulta más tomar una decisión si a la parte correspondiente al individuo agregamos la atribución que corresponde a los pueblos y comunidades indígenas de decidir quiénes pertenecen a esos colectivos. Una profesionista ódami-ralámuli, egresada de la Universidad La Salle, lo expresa de la siguiente manera:

> En cuanto a la discusión de a quién se le identifica como indígena, mi opinión es que no existe un formulario o carta que pueda "demostrarlo", porque en realidad cualquiera puede expedir, firmar y sellar una carta. Así lo hacen muchas personas para hacerse de beneficios.
>
> En realidad, la identidad se expresa en cada persona, según como hablas y te comportas, quizá no tanto en cómo te vistes, pues, en mi caso, no ando vestida con mis trajes tradicionales todo el tiempo, con lo cual, cualquiera podría decir que no soy indígena, sin embargo, al platicar expresas de manera automática tu pertenencia a un pueblo indígena.
>
> (…) En resumen, quien debe determinar la identidad es, primero, cada persona y, después, la

> comunidad, pero no una autoridad. La comunidad siempre va a apoyar a la persona porque así lo hemos visto, o sea, si tú dices algo, y la comunidad no apoya tu dicho, entonces no tiene validez, pero si tú dices que eres algo y la comunidad te apoya, tiene validez y no necesitas cartas o constancias; mientras la comunidad te reconozca, con eso es suficiente. Incluso, en el caso de personas que salen de la comunidad y regresan con estudios no es que ya no los reconozcan, sino que más bien las personas pierden pertenencia y ellos mismos rechazan lo que son, eso lo siente la comunidad, es como cuando una persona no tiene buenos pensamientos y tú los sientes, yo digo que es eso y no tanto porque hayan estudiado. Si tú sientes rechazo a las personas de tu comunidad, también ellos te van a rechazar. (Vázquez, 2022, pp. 93-94)

Existen muchos casos de suplantación de la identidad étnica para acceder a beneficios sociales, candidaturas a puestos políticos, etc., tanto como de apropiación cultural. Por lo tanto, no es suficiente con la declaración unilateral, sino que debe existir también la aceptación del colectivo al que se dice pertenecer. Sin embargo, en algunos casos las constancias son obtenidas con presiones o engaños a las autoridades tradicionales.

Asimismo, hay otro tipo de experiencias en otras partes del país, como el siguiente caso narrado por un profesionista indígena con autoadscripción nahua:

> Reconocimiento y sentido de pertenencia sobre la cultura náhuatl en Pueblo Hidalgo:

Dentro de la comunidad cualquier persona puede decir y sentirse miembro y parte de la cultura náhuatl, y eso nadie puede discutírselo, sin embargo, cuando el individuo requiere que la comunidad lo reconozca como perteneciente a la cultura náhuatl a través de un oficio o una constancia, se tienen que evaluar ciertas condiciones.

Si la constancia es para un trámite personal o de carácter privado, el delegado municipal puede evaluar el caso y otorgar la constancia en donde se indica a quién va dirigida y el motivo por el que se expide, bastará entonces que la persona manifieste ser de origen náhuatl, y ambos o uno de sus padres hable la lengua, y en ciertos casos puede tomarse en cuenta que los abuelos lo hablen.

En cambio, cuando un individuo solicita ser reconocido como miembro de la comunidad y de la cultura náhuatl con el fin de acceder a un cargo público, el delegado de ninguna manera puede expedir ningún documento sin antes ponerlo a consideración de los señores principales, jueces y fiscales pasados, y son ellos los que aprobarán el reconocimiento y la expedición de dicho documento, si es que es en calidad de urgencia y la persona merezca la atención de los señores principales, sin embargo, si la persona es poco conocida y no causa confianza, su solicitud pasa a espera de la siguiente asamblea para que sea el pueblo el que decida la respuesta que se le ha de dar.

Para solicitar ser reconocido por el pueblo y acceder así a un cargo público se tienen que cumplir los siguientes requisitos:

1.- Hablar la lengua náhuatl. No se le puede reconocer pertenencia a alguien para un cargo público si no podrá atender en su propia lengua a los que realmente pertenecen.

2.- Estar al corriente con las contribuciones que solicita la comunidad.

3.- Tener una buena reputación, como alguien justo y otras cualidades que se puedan sumar.

Si alguno de estos tres puntos no están presentes en la persona que solicita una constancia de pertenencia a la cultura y a la comunidad, no puede recibir ningún documento por parte de las autoridades, y si una autoridad lo hiciera sin la debida evaluación, esa persona será destituida de su cargo.

Cuando el reconocimiento de pertenencia a la cultura náhuatl se requiera para acceder a un puesto, o cargo público, en donde probablemente se tenga que atender a gente de habla náhuatl, no se le puede reconocer solo por el simple hecho de que diga pertenecer a la cultura si no comprueba que es hablante de náhuatl, porque en ese caso no se puede tomar en cuenta solo el derecho de autoadscripción, sino que es más importante el derecho de los demás, o sea, el de ser atendidos

en su propia lengua.[33] (Testimonio de David de la Cruz, egresado de Relaciones Internacionales de la UACH)

En el ánimo de mejorar la selección continuó la aplicación de la "matriz de datos" para recabar la información básica de los solicitantes, y fue adecuado el cuestionario de solicitud al agregar la siguiente leyenda: "De acuerdo con el artículo 2 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, no se establece como requisito presentar "constancias de identidad indígena" y el presente instrumento tampoco determina la pertenencia a una etnia indígena, ya que se privilegia el principio de auto adscripción del solicitante".

En la actualidad, la UACH determina la selección con la información que proporcionan los solicitantes al responder un formulario en línea elaborado por la Unidad de Atención a Estudiantes Vulnerables, desde la cual se atiende a estudiantes indígenas, con discapacidad, en migración y sobresalientes. Fundamenta sus preguntas en el cuestionario consensuado del PUI. La ULSA continúa aplicando el instrumento antes mencionado. Y, en ambas instituciones, si existen dudas, se someten a la opinión de estudiantes inscritos o egresados y a los enlaces de las instituciones integrantes.

No es perfecto el sistema instaurado, mas, atendiendo una de las conclusiones de Magdalena Gómez en la lec-

[33] Testimonio de David de la Cruz, egresado de Relaciones Internacionales de la UACH.

tura comentada del Convenio 169, es respetado el derecho de autoadscripción: "Ningún Estado o grupo político tiene el derecho de imponer una definición de quién es o no indígena. Son los propios indígenas quienes deben autoidentificarse" (Instituto Nacional Indigenista, 1995, p. 55).

Curso de fortalecimiento y examen

Los estudiantes apoyados en el 2006 presentaron el examen de admisión sin el apoyo de un curso previo, debido a la premura de las actividades de difusión, selección y trámite de fichas.

A mediados del mes de junio de 2006, un grupo de 35 jóvenes cargados de sueños y esperanzas desafiaron el *statu quo* al acudir a la evaluación de un examen estandarizado para competir por un lugar en la Universidad Autónoma de Chihuahua. Hombres y mujeres con distintas historias de vida, que compartían la pertenencia a un pueblo indígena y las condiciones de pobreza, marginación y deficiencias académicas imperantes en sus comunidades de la Sierra Tarahumara. Prueba de ello es que varios habían logrado su preparación escolar asistidos en albergues operados por instituciones públicas, religiosas y de la sociedad civil.

A las anteriores circunstancias debemos agregar que era la primera ocasión en que se aplicaba el examen CENEVAL porque anteriormente el ingreso se determinaba por una evaluación interna llamada PACES,[34] pero estaba en

[34] Prueba de Aptitudes y Competencias para la Educación Superior. El problema no era la calidad del examen, sino la omisión de sus resultados para determinar a los aceptados.

entredicho por supuestas prácticas sometidas a influencias políticas y económicas.

Llegaron a la ciudad de Chihuahua desde el día anterior, debido a la lejanía de sus comunidades. En una reunión realizada en las instalaciones del Colegio Llaguno, que en ese tiempo funcionaba sobre la calle Coronado, en el centro de la ciudad, les explicaron las reglas para presentar el examen y las características de los apoyos que les serían proporcionados para facilitar su ingreso y estancia en la universidad. Por tratarse del primer grupo apoyado, recabaron información socioeconómica a través de una ficha técnica, para otorgar un seguimiento adecuado a sus necesidades.

Significó un reto mayúsculo movilizar a un grupo de estudiantes que no estaban acostumbrados a desplazarse en un medio urbano. El coordinador del PIAI y personal de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, Consejo Nacional de Fomento Educativo, Instituto Chihuahuense para la Educación de los Adultos y Fundación Tarahumara José A. Llaguno que "apadrinaban" a los sustentantes, apoyaron la logística de traslado a la ciudad y a las distintas sedes de aplicación, ya que no todas las facultades estaban ubicadas en el mismo lugar.

En el campus uno debían presentarse los aspirantes a Derecho, Odontología, Educación Física y Ciencias Agrotecnológicas; en el campus dos: Ingeniería, Química, Contabilidad y Administración; y en ubicaciones fuera de estos campus y con una gran distancia entre ellas: Enfermería, Medicina y Zootecnia.

A cuarenta y cinco aspirantes se les proporcionó de manera gratuita la ficha para el examen, pero por distintos

factores solo lo presentaron treinta y cinco, de los cuales seis fueron seleccionados acorde con la puntuación obtenida. Por acuerdo con el rector y los directores de facultades permitieron el ingreso de dieciséis, basados en una política de equidad. Dos de los rechazados fueron apoyados para su ingreso en la URN y el ITCH II.

De ese primer grupo, catorce se reinscribieron al segundo semestre de la UACH, de los cuales, once cubrieron en su totalidad los respectivos planes de estudio, más los otros dos aceptados: uno de la URN y otro del ITCH II. En la actualidad, los trece egresados trabajan para dependencias de gobierno, iniciativa privada, sociedad civil e instituciones educativas (ver Cuadro III-4); son una generación emblemática, ejemplo para los siguientes jóvenes que se animaron al ver los resultados: marcaron el camino para los actuales inscritos y egresados.

Las deficiencias académicas de los jóvenes aspirantes constatadas por los resultados de la primera generación, suscitaron la organización de un curso de preparación. El primero fue impartido del 12 al 15 de mayo del 2007 en las instalaciones del Centro de Alto Rendimiento de Creel. Los costos del curso estuvieron a cargo de algunas de las instituciones integrantes de la mesa de educación del PIAI.

En los dos años siguientes los cursos fueron realizados en las instalaciones del Centro de Estudios Ichimeame, A.C. (CEI), ubicado en la localidad de Creel, municipio de Bocoyna. Al primero asistieron sesenta y tres estudiantes del 11 al 18 de junio de 2008. El segundo registró una asistencia de ciento dieciséis, entre el 5 y el 9 de junio de 2009 (considerando el primero y el último día para el traslado). En ambos los instructores fueron proporciona-

dos por el CECYTECH, la logística desarrollada por los representantes de las instituciones y organizaciones que conformaban el PUI, y los gastos generados por el uso de instalaciones, alimentación y hospedaje fueron cubiertos al CEI con recursos recibidos de la Fundación Christensen.[35]

Las acciones para apoyar la presentación del examen fueron similares de 2006 a 2009. La siguiente descripción las ilustra:

> Dos semanas después del curso de 2009, los aspirantes fueron trasladados a la ciudad de Chihuahua para presentar el examen de admisión a la UACH.
>
> En el transcurso del jueves 25 de junio los jóvenes fueron llegando a las instalaciones del Colegio Llaguno: una casa antigua del primer cuadro de la ciudad habilitada de manera improvisada como escuela-albergue en la calle Coronado, a espaldas del museo Quinta Gameros. Los atendieron Lupita Quezada e Isabel Gardea, de la Fundación Llaguno, y Guillermo Vázquez, del PUI. Conforme iban llegando les proporcionaron comida y les indicaron el espacio que les correspondía en los dormitorios. Quedaron hospedados 25 mujeres y 16 hombres.
>
> Por la tarde acompañaron el proceso de atención Mario de la Torre, del CECYTECH,

[35] Al finalizar el curso de 2008 los aspirantes a la ULSA presentaron ahí mismo el examen de admisión, para evitar gastos posteriores para el traslado a la ciudad Chihuahua.

y María de Jesús Arvizo, del ICHEA. Los aspirantes recibieron indicaciones sobre el uso de las instalaciones, así como la disposición de alimentos como cereal, leche y sándwiches. Incluso, los turnos para uso de las regaderas por la noche para que por la mañana no tuvieran complicaciones de tiempo.

Surgieron dudas relacionadas con los requisitos que deberían cumplir para que les permitieran el acceso a los salones del examen, como presentar la ficha impresa y una identificación oficial con fotografía. Dos aspirantes, uno para Educación Física y otro para Enfermería, no contaban con identificación, y uno para Ingeniería Forestal no tenía identificación ni el pase impreso. En los tres casos, la representante del ICHEA les tomó un foto digital para elaborarles una constancia que les sirviera como identificación, y a la persona que acompañaría al día siguiente a los sustentantes para las carreras en Delicias, se le pidió que apoyara al estudiante que no tenía el pase para que solicitara su impresión al personal de la universidad encargado de apoyar la aplicación del examen. Por otra parte, los cuatro estudiantes que presentarían examen para Educación Física expusieron que no pudieron adquirir el traje y la gorra de natación que les solicitaron para el examen práctico. En este caso, por gestión de Isabel Gardea, la CET autorizó los recursos para que al día siguiente adquirieran lo necesario para presentarse a la práctica de rendimiento físico.

Al finalizar la reunión distribuyeron lápices y sacapuntas para cada estudiante. Al retirarse los representantes de las instituciones, Isabel Gardea y el estudiante Melesio Rascón (egresado del Colegio Llaguno), quedaron comisionados para garantizar el cumplimiento de las instrucciones.

Al día siguiente, conforme a los acuerdos para facilitar la presentación del examen de ingreso, la CET proporcionó dos camiones para el traslado a las sedes de examen. Uno partió de la Plaza del Ángel para los campus uno y dos, y el otro del Colegio Llaguno para distribuirlos en la Facultad de Enfermería y la Universidad La Salle. La CDI apoyó el traslado a la Facultad de Medicina y otros puntos por medio de dos vehículos tipo Suburban. Jesús Mendoza, de la CET, realizó el traslado a la Facultad de Zootecnia. Y el día anterior, a las 6:00 p.m., fueron trasladados los aspirantes a la Facultad de Ciencias Agrícolas y Forestales en la ciudad de Delicias, por Mario de la Torre, del CECYTECH.

Al terminar el examen regresaron todos en los camiones, excepto el que había hecho el traslado a Enfermería porque fueron a las oficinas de la CET para recoger los boletos de camión. A las 5:00 p.m. les fueron entregados. Ese mismo día salieron a sus comunidades los de Carichí, algunos de Guadalupe y Calvo que pernoctarían en Parral, y uno de Urique.

Los aspirantes a la Facultad de Educación Física presentaron su examen práctico el sábado a

> las 12:00 a.m., y al concluirlo salieron a sus comunidades de Guadalupe y Calvo, Guachochi, Samachique, Rocheachi y Creel. (Relato del coordinador del PUI, de acuerdo con las anotaciones de su libreta de campo)

Debido a los altos costos y los problemas logísticos, en 2010 por primera ocasión el curso de preparación fue impartido en las instalaciones de la UACH, y se sentaron las bases para los siguientes en cuanto a la logística y el financiamiento.

La UACH formalizó su participación mediante el escrito del 26 de abril de 2010, firmado por Edna Gómez Ochoa, jefa del Departamento de Proyectos Educativos. Comprendía los siguientes conceptos: instructores, manual y material didáctico, aulas, refrigerio y condonación del costo de la ficha de $680.00 a $300.00.

Los cursos de preparación de aspirantes del 2010 y 2011 fueron impartidos por docentes de la Facultad de Ciencias Químicas. La logística para el traslado, hospedaje y parte de la alimentación fue solventada con la participación interinstitucional del CECYTECH, la CET y la FTJALL.

Cabe hacer notar que del 2006 al 2009, la mayoría de los estudiantes que presentaban el examen de admisión se hospedaban en instalaciones del Colegio Llaguno y unos cuantos en el albergue de la Coordinación Estatal de la Tarahumara. Situación que cambió a partir del 2010, pues al día siguiente de terminar el curso, en el que tenían garantizado el hospedaje en un hotel, presentaban dicha evaluación.

El curso de 2012 fue realizado del 17 al 21 de junio, con personal de la Dirección Académica como instructo-

res, algunos de ellos docentes jubilados de otras instituciones educativas. La alimentación, aulas y materiales fueron aportados por la UACH, el hospedaje y los desayunos por la FTJALL, y el transporte por la CET.

En 2013 el curso fue impartido del 23 al 27 de junio, con los mismos apoyos y características del año anterior. Y del 2014 al 2019 fueron impartidos bajo las mismas condiciones de logística y aportaciones institucionales consensuadas en una o dos reuniones previas con los enlaces (los aspirantes para ingresar a la UACH y la ULSA asistieron al mismo curso desde el 2008 hasta el 2019).

En términos generales, la UACH proporcionaba comida y cena, materiales y aulas; la FTJALL el hospedaje y los desayunos, y la CET (después COEPI) los boletos de transporte foráneo. En algunas ocasiones, el INPI apoyó parte de la alimentación, y el ICHEA algunos traslados.

Los cursos tenían una duración de cuatro días, con dos grupos integrados con sesenta a setenta aspirantes. También contemplaban un tercer grupo con asesoría específica para ingeniería y derecho. Los instructores y personal de apoyo logístico, para área de hospedaje y asesoría, eran elegidos y capacitados en una o dos reuniones para acordar las funciones correspondientes. Participaban entre doce y quince voluntarios de los últimos semestres, o recién egresados, algunos en cumplimiento del servicio social que les pedía la FTJALL a sus becarios.

Como ejemplo, en el 2016 fueron recibidas noventa y siete solicitudes, de las cuales ocho fueron rechazadas por no cumplir con las bases de la convocatoria. De las ochenta y nueve aceptadas, sesenta y nueve correspondieron a la

UACH y veinte a la ULSA. Al curso asistieron cuarenta y cinco aspirantes a la UACH en carreras presenciales impartidas en la ciudad de Chihuahua, y veinte a la ULSA.

En el último curso llevado a cabo en el 2019, la UACH aportó desayuno, comida y cena; el INPI (antes CDI) alimentación para la llegada y salida de los aspirantes, y el CECYTECH el traslado foráneo e interno, pues en esa fecha la COEPI ya no formaba parte de la Red. El servicio de transporte para los cursos de 2018 y 2019 fue resuelto con el apoyo del CECYTECH, a través de su directora general en esos años, Ana Belinda Ames Russek.

El curso de preparación para presentar el examen de admisión fue impartido de manera ininterrumpida desde el 2007 hasta el 2019, sumando un total de trece cursos; después no fue posible realizarlo debido a la pandemia de la COVID-19. Una vez recuperadas las actividades públicas, en la Red PUI discutieron su pertinencia y coincidieron en que estaban cubiertas las posibilidades de ingreso de los rechazados, por lo que ya no era necesaria su realización; sin embargo, no quedó descartada la propuesta de retomar esta actividad para posteriores generaciones.

Aceptación e inscripción

Los estudiantes indígenas que alcanzaban cupo, de acuerdo con el puntaje obtenido, tramitaban su inscripción según el calendario escolar de la universidad. Aquellos que no lograban el puntaje requerido eran propuestos por el PUI, atendiendo a los lugares más cercanos al último seleccionado de la lista de aspirantes respectiva, como parte de las acciones de equidad emprendidas para facilitar su ingreso.

Los directivos de algunas facultades fueron más receptivos que otros, por lo que al inicio del programa no fue posible colocar rechazados en las facultades de Medicina y Derecho. En palabras del coordinador Jean-Baptiste Cousin: "Genera discusión y molestia a directores y docentes que se ocupe un espacio que ellos podrían proporcionar a 'mejores' estudiantes".

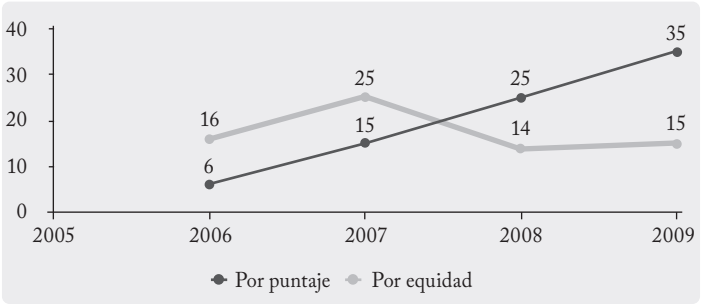
O como en el siguiente caso:

> En uno de los cursos de tutoría un maestro llegó a expresar: "No saben distinguir entre un planeta, un continente y un país, cómo van a ser aceptados en la universidad" –respaldado por algunos de sus compañeros–, y otros aduciendo que tenían instrucciones de regalarles la calificación. El jefe del Departamento de Planeación e Innovación Educativa, Luis Felipe Moriel, y el jefe de unidad, Raúl Herrera, les instaron para que dijeran quién les había dado esas instrucciones y respondieron con evasivas, no acertaron a justificar sus argumentos. (Anécdota relatada por el coordinador del PUI)

Algunos de los aceptados por este mecanismo lograron concluir la licenciatura, incluso, realizar estudios de posgrado. Entre otros, destaca el de una estudiante de Guachochi aceptada en la Licenciatura en Enfermería sin haber alcanzado cupo por puntaje: concluyó la licenciatura, curso una maestría con recursos propios derivados de su trabajo, y recién terminó una especialización en la Facultad de Enfermería de la UACH.

Con la experiencia acumulada fue mejorando el curso y, en alguna medida, la preparación previa de los aspirantes.

Gráfica 1. Aceptados por puntaje y equidad en la UACH 2006–2009



Fuente: Elaboración propia con datos del archivo del PUI.

Permanencia

Las circunstancias económicas, sociales y educativas de los primeros aspirantes recabadas mediante una cédula de información básica, fundamentaron las propuestas de los apoyos consistentes en becas académicas, alimenticias y económicas. Algunas acciones como el apoyo para transporte foráneo y despensas de la CET fueron transitorias y solo abarcaron a las primeras generaciones.

Becas para inscripción semestral

A) Becas académicas

a) Con la finalidad de apoyar la economía de los aspirantes, la universidad autorizó un descuento para el pago del examen de admisión, aun no tuvieran registro alguno como estudiantes regulares, el cual variaba cada año y era de alrededor del 56%.

En 2006 el secretario general de la UACH, Heriberto Altés Medina, recibió un listado de cuarenta y cuatro aspirantes para otorgarles el descuento acordado en la ficha del examen de admisión, mediante un escrito firmado por Jean-Baptiste Cousin Humbert como representante de la mesa de educación del PIAI (escrito sin fecha, que corresponde al 23 de mayo del 2006, según la fecha de creación del documento).

> Al final fueron apoyados cuarenta y cinco aspirantes con ficha, de los cuales treinta y cinco presentaron el examen.
>
> Por petición del PUI, en 2011 la UACH autorizó la condonación del costo total de la ficha para solicitar el examen de admisión.

> El año pasado los estudiantes indígenas que solicitaron ficha solo tuvieron que pagar $300.00 (trescientos pesos 00/100 M.N.), pero debido a la situación económica imperante mucho le agradeceremos que pudieran hacerles condonación del total del costo de la ficha. (Oficio del 7 de abril de 2011 dirigido al director académico, Alejandro Chávez)

b) Los ingresos por inscripción semestral correspondían a la Rectoría y las diferentes unidades académicas, por lo tanto, desde la Dirección Académica hacían la petición a cada facultad para el otorgamiento de un descuento en el costo de inscripción, dándoles a conocer que la rectoría ya había hecho lo propio con un 28% en todos los casos; el de las facultades oscilaba entre el 20% y el 25%, y en algunas hasta del 35%.

En la ULSA acordaron otorgar diez becas anuales, sin generación de adeudos al término de la licenciatura. En la UACH continuó la condonación parcial, pero a partir del 2016, con apoyo financiero de gobierno del estado, autorizaron la condonación total, cobrando solo los conceptos referidos a la sociedad de alumnos y el costo del libro de inglés. En la actualidad, el único concepto cobrado es el referente a la sociedad de alumnos.

B) Becas alimenticias

Este apoyo fue organizado por el Comité de Damas Voluntarias en coordinación con la Sociedad de Alumnos. Garantizaban el suministro de un alimento diario a cada estudiante, en las cafeterías de las facultades respectivas; cada una de ellas proporcionaba diferente atención, tanto

en la calidad de la alimentación como en el trato de su personal hacia los estudiantes.

Por otra parte, la representante de la ULSA ante el PUI, Mónica Villarreal, gestionó la entrega de becas alimenticias, que permitía a los estudiantes indígenas consumir un alimento al día en la cafetería de la institución.

> Cuando empezamos a notar algunas ausencias, platicamos con los muchachos y concluimos que existía una carencia alimenticia grave: tenían para pagar el camión o para comprar comida. El hermano Salvador Valles insistía mucho en decirnos que alguien con hambre no va a rendir, y nos puso a la tarea de buscar cómo apoyarlos para su alimentación. Conocían que en la UACH les daban un alimento al día a sus estudiantes indígenas, a través de las Damas Voluntarias, debido a que yo les había dado esa información. (Vázquez, 2022, p. 25)

En la actualidad la ULSA continúa con este apoyo. Sin embargo, en la UACH ya no existe el trámite que se hacía a través de la Unidad de Atención a Estudiantes Vulnerables, por lo que no está garantizada su entrega a todos los estudiantes indígenas.

Apoyos económicos

Las instituciones integrantes del PUI que operaban proyectos de becas priorizaron a los estudiantes sugeridos a través de este programa, para recibir apoyo económico de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), la Coordinación Estatal de la Tarahumara (CET) y la Fundación Tarahumara José A. Llaguno (FTJALL).

El Consejo Nacional de Fomento Educativo (CONAFE) proponía a jóvenes que estuvieran becados como instructores por esta institución. El Instituto Chihuahuense para la Educación de los Adultos (ICHEA) no proporcionaba becas, pero asignaba algunas asesorías remuneradas.

Dos instituciones tenían sendos proyectos de becas económicas, la CDI y la FTJALL, la primera con una convocatoria nacional, poco conocida en Chihuahua, y la segunda que contaba con mayor experiencia e impacto.

En el caso de la CDI:

> El otorgamiento de becas para estudios superiores, tiene el propósito de fortalecer la educación de jóvenes indígenas de escasos recursos económicos que se preparan en las diferentes escuelas de nivel superior.
>
> Así, en 1990 se apoyó a 51 estudiantes con N$200.0; en 1991, las becas se otorgaron a 102 estudiantes, con un monto de N$250.0 al mes; en 1993, el monto de la beca fue el mismo, y se otorgó a 123 jóvenes; y en 1994, se apoyó a 85 estudiantes de nivel superior con N$500.0 al mes y a 20 jóvenes de preparatoria con N$300.0.
>
> Las becas fueron destinadas, principalmente, a estudiantes que cursan la Licenciatura en Educación Indígena y solo en parte se apoyó la demanda de jóvenes que realizaban sus estudios en otras carreras profesionales. (Instituto Nacional Indigenista, 1994, p. 245)

En Chihuahua había desconocimiento sobre la existencia de este programa de becas, hasta que empezó a publicitarse entre los jóvenes indígenas apoyados por el PUI. Así lo refiere Alfredo Ramírez, enlace de la CDI ante el PUI:

> En Oaxaca, el INI otorgaba becas para estudiantes de secundaria: a los muchachos se les practicaba un examen de lengua indígena porque tenían que ser hablantes para que les dieran la beca, sin embargo, era poca la cantidad de becas y pocos los muchachos que accedían. Posteriormente, me di cuenta de que en Chihuahua también tenían becas, pero era un programa que no tenía mucho "pegue", ni publicidad. (Vázquez, 2022, p. 10)

Por tratarse de un programa nacional estaba sujeto a lineamientos que después se convirtieron en reglas de operación:

> Durante los diez años que trabajé en la CDI, siempre fui la responsable de las becas para educación superior. Inicié con el seguimiento de siete becas y terminé con treinta y ocho, las cuales se pagaban como un apoyo especial.
>
> (…) Cuando inicié mi labor en el área de becas de la CDI, mi actividad principal era solamente tramitar los pagos porque eran pocas becas, pero conforme fue pasando el tiempo, a nivel nacional se fueron haciendo formatos y reglas de operación más estrictas: los solicitantes llenaban los formatos validados por las Reglas de Operación, esa información la subía al sistema, desde oficinas centrales se hacía la selección y a los solicitantes aceptados se les depositaba desde la Ciudad de México la

> beca correspondiente, a través de una transferencia bancaria en la cuenta proporcionada por los mismos beneficiarios. (Vázquez, 2022, pp. 37-38)

En 1996 la Fundación Tarahumara José A. Llaguno inició de manera informal un programa de becas para estudiantes mestizos e indígenas de los niveles de secundaria, bachillerato y educación superior.

> En el primer año formal del programa, 1999-2000, la fundación entregó 45 becas con un costo de $144,228.00. En 2004-2005 otorgó 342 becas con un presupuesto de $1'232.329.00. Cada año del programa, la fundación ha donado aproximadamente una tercera parte de las becas a hombres y dos terceras partes a mujeres. Con relación a la distribución por raza, los datos se reunieron solo en 2003-2004 y 2004-2005. En estos años, aunque los indígenas tienen un número de becas igual o más que los mestizos en general y al nivel de secundaria y preparatoria, tienen mucho menos al de la universidad.
>
> El programa se organizó de tal manera que cada becario tiene un tutor con la responsabilidad de seguir su progreso académico. La mayoría de los tutores son maestros o directores en las escuelas a las que asisten los becarios. Los tutores pueden tener entre uno y docenas de estudiantes bajo su cargo. Por lo general, el dinero de la fundación es entregado a los tutores, quienes dan el dinero directamente a los becarios. En el caso de albergues o internados, los estudiantes no ven el dinero en sus manos porque es enviado direc-

> tamente al director para pagar el hospedaje y/o colegiatura. Cada mes los estudiantes tienen que entregar a su tutor las calificaciones y recibos que muestran como usaron el dinero. Las becas pueden ser usadas para inscripción, colegiatura, hospedaje, libros, útiles escolares o uniformes. (Tiven, 2005, pp. 1, 10)

En el 2006 la FTJALL dispuso de catorce becas para estudiantes adscritos al PUI, las cuales eran entregadas en efectivo a cada uno de los becarios, aprovechando las reuniones mensuales. Para tener derecho al siguiente pago, cada estudiante debía comprobar el gasto ejercido, solo en los conceptos autorizados.

Luis Octavio Híjar estuvo a cargo de la entrega y seguimiento de las becas durante el 2006 y la primera mitad del 2007; a partir de junio del 2007, la responsabilidad recayó en Silvia Guadalupe Quezada González, con el nombramiento de coordinadora de la zona Chihuahua, que atendía a todos los estudiantes de las IES ubicadas en la ciudad de Chihuahua.

El representante de la FTJALL entregaba los apoyos económicos al finalizar cada reunión mensual, retirados del banco minutos antes, mediante una relación de beneficiarios, frente a todos los estudiantes y los enlaces institucionales. Años después adoptaron las transferencias bancarias, tal como fue descrito en la entrevista "Alianza para la educación".

La CET no contaba con un programa de becas. Apoyaba a algunos estudiantes de manera informal, sobre todo hijos de maestros o líderes comunitarios. Cuando ingresó

al PUI instauró un mecanismo de entrega de apoyos económicos para indígenas universitarios, a través de una cuota mensual que se proporcionaba en dos entregas: a mitad y fin del semestre y, en ocasiones, una sola entrega al finalizar.

Los estudiantes registrados en el PUI debían acudir a las oficinas de la CET para retirar, de manera personal, el importe del apoyo económico que les era entregado en efectivo o, en algunas ocasiones, mediante un cheque.

El Programa Nacional de Becas para Educación Superior (PRONABES) flexibilizó sus requisitos para atender a estudiantes indígenas en educación superior de primer semestre, aunque no alcanzaran el promedio requerido, pero con la condición de obtenerlo conforme avanzaban en sus estudios; así como apoyar en el mismo sentido a los solicitantes de refrendo.

Para tal efecto, las instituciones integrantes del PUI, incluida la UACH, se comprometían a realizar "(…) reuniones periódicas mensuales con todos los estudiantes para analizar su situación socioeconómica y académica, haciendo énfasis en el compromiso de mejorar su desempeño académico" (Oficio del 29 de agosto de 2011).

Respecto a las becas de la CDI, personal de oficinas centrales asistió al Encuentro de Estudiantes Indígenas Universitarios, realizado el 25 de mayo del 2011, a quienes se propuso que consideraran la posibilidad de modificar las reglas de operación de su programa de becas de educación, para apoyar a los jóvenes indígenas que estaban estudiando en la ULSA.

Dicha modificación permitió el acceso a este programa de becas, mediante un escrito emitido por la institu-

ción de educación superior donde constara que el solicitante tenía una beca de estudios por el total del costo de pago de colegiaturas, sin que esto le generara un adeudo al término de sus estudios.

Este acuerdo contenido en la reglas de operación del Programa de Apoyo a la Educación Indígena a cargo de la Coordinación General de Fomento al Desarrollo Indígena, de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, perduró hasta el 2018, porque en 2019 se emitieron nuevas reglas que no les permiten apoyar a estudiantes inscritos en universidades privadas.

> Con el tiempo fueron existiendo más necesidades, nos apegábamos mucho a la Red del PUI para decidir a quienes asignar las becas porque no es nada fácil, había muchas solicitudes y pocas becas, así que buscábamos que tanto la Fundación Llaguno o la Coordinación Estatal de la Tarahumara cubrieran las que nosotros recibíamos y no podíamos atender. Con la participación de todos se fueron logrando muy buenos e interesantes avances. Fuimos creciendo junto con el PUI e incluso logramos que se modificaran los lineamientos de becas de la CDI para becar a estudiantes de la ULSA, ya que antes solo podíamos apoyar a los de universidades públicas. (Vázquez, 2022, p. 38)

En los primeros años también hubo distribución de despensas:

> A través de la CET se proporciona a los jóvenes una beca alimenticia mensual en especie compuesta de 30 productos entregados a domicilio. Así como boletos gratuitos de transporte para que

> los estudiantes visitaran a sus familias y no perdieran los vínculos con su comunidad: transporte en camión tres veces al año hacia las poblaciones atendidas. (Minuta del 4 de julio de 2006)

Por otra parte la CET y la FTJALL facilitaron instalaciones de hospedaje temporal para algunos estudiantes que tenían dificultades en encontrar una renta económica. La Facultad de Ciencias Agrícolas y Forestales de la UACH, ubicada en la ciudad de Delicias, ha proporcionado desde el inicio del programa, y hasta el momento, el uso de una casa que se encuentra al interior de sus instalaciones, con dormitorios y cocineta.

Todos los apoyos económicos fueron otorgados sin importar la IES, excepto las becas académica y alimenticia que fueron proporcionadas solo por la UACH y la ULSA. La Escuela de Antropología otorgaba a sus estudiantes indígenas una beca académica, pero no podía hacerlo con la alimenticia por cuestiones presupuestales.

Para proporcionar una aproximación sobre la diversidad de procedencia de los estudiantes atendidos fue elaborada la siguiente relación, de acuerdo con la lista de enero de 2014 de la Coordinación Estatal de la Tarahumara.

Cuadro III-3. Becas CET 2014

Municipio y localidades	Etnia	Apoyos
Guachochi: Guachochi, Norogachi, Rejogochi, Siquirichi, Tonachi, Aboreachi, Hueleyvo, Samachique, Basigochi, Otovachi, Laguna de Aboreachi	Ralámuli	24
Guadalupe y Calvo: Baborigame, Turuachi, El Ocote, Yerbitas, Cabeza de Oso, Agua Fría	Ralámuli y Ódame	15
Urique: Cerocahui, Cuiteco, Mogotavo, Porochi, Guapalayna, San Rafael	Ralámuli	10
Bocoyna: Bahuinocachi, Sisoguichi, Panalachi, Creel	Ralámuli	5
Carichí: Carichí, Napuchi	Ralámuli	3
Batopilas: Batopilas, Munerachi, San José de Valenzuela	Ralámuli	3
Chínipas: Chínipas	Ralámuli	2
Nonoava: Nonoava, La Junta	Ralámuli	2
Guazapares: Corarayvo, Curuyvo	Ralámuli	2
Balleza: Las Coloradas	Ralámuli	1
Guerrero: Guerrero	Ralámuli	1
Amealco, Querétaro: Santiago Mesquititla	Otomí	1
Temascalcingo, Estado de México: Santa María Canchesda	Mazahua	1
Total de estudiantes apoyados		**70**

Fuente: Elaboración propia con datos del archivo del PUI.

No acudían a las reuniones del programa tanto la Universidad Regional del Norte (URN) como el Instituto Tecnológico de Chihuahua II (ITCH II), donde estaba inscrito un alumno, respectivamente. Sin embargo, los dos estudiantes mencionados asistían a las reuniones y recibían los apoyos de las instituciones integrantes. Ellos mismos gestionaban todo lo relacionado con sus instituciones educativas. Lo mismo sucedió después con una estudiante apoyada en el Claustro Universitario de Chihuahua.

Algunos años fueron apoyados estudiantes en la Escuela de Enfermería Florencia Nightingale que recibían beca económica de la Fundación Llaguno, pero no tenían apoyos de esa institución educativa de nivel técnico.

Seguimiento

En el segundo año de operación, el coordinador Jean-Baptiste Cousin solicitó personal de apoyo, debido a que el seguimiento de los estudiantes universitarios implicaba más actividades e inversión de tiempo. Por lo tanto, en mayo del 2007 contrataron a Yolanda Ortega Díaz como asistente para apoyar el trabajo operativo. Su labor consistía en atender las necesidades de los estudiantes, para lo cual obtenía rentas económicas y los visitaba para constatar sus condiciones de vida.

> Les conseguí cobijas y catres con el CONAFE, y con mis amistades anduve consiguiendo sillas, mesas, hasta tenedores, cucharas, vasos y platos; también conseguí departamentos en renta y los acomodé de dos en dos para que la renta y el pago de servicios fueran más económicos.

Además coordinaba acciones de seguimiento con personal de la Dirección Académica:

> Como parte del seguimiento iba a la UACH con los tutores para preguntar cómo andaban los estudiantes. Me acuerdo cuando una de las chicas no quería asistir porque la discriminaban, una maestra se burlaba de ella, y ya no se quería poner el traje tradicional; le dije: "Si a usted le gusta su traje, lo va a usar hasta que se muera, m'ija, usted no se lo va a quitar"; y traté la solución de este problema directamente con la directora de la Facultad de Enfermería. (Vázquez, 2022, p. 16)

Esta estrategia de trabajo fue vista por algunos como asistencial y paternalista, pero muy apreciada por esa generación de estudiantes porque, al ser los primeros en llegar a la ciudad, carecían de redes de apoyo y desconocían tanto la dinámica citadina como la universitaria.

De alguna manera influyó en estrategias posteriores, como la renta de vivienda entre varios compañeros para compartir los gastos, así como la creación de redes de apoyo al interior de la universidad y del PUI. A partir del 2009 fue abandonándose de manera paulatina este método de atención, para evitar actitudes de dependencia y facilitar la generación de procesos autonómos en los estudiantes.

A partir del 2009 las acciones de seguimiento eran atendidas desde la coordinación y algunas específicas por las mismas instituciones que atendían a sus becarios, como en el caso de la Fundación Llaguno.

En 2016, la ULSA inició con el comodato de una computadora portátil, incluido el mantenimiento y soporte

técnico que se realiza cada semestre, para facilitar el cumplimiento de las actividades académicas de los estudiantes adscritos al PUI-ULSA.

En cambio algunas acciones paternalistas fueron impulsadas con el argumento de contrarrestar las condiciones de discriminación, marginación, pobreza y deficiencias académicas de los estudiantes indígenas.

La preocupación de la mesa de educación por caer en ese tipo de actitudes fue expresada en una reunión realizada a mediados de 2006:

> Se recuerda que la mesa tiene como objetivo facilitar el ingreso de los jóvenes indígenas en la educación superior y si bien hay que dar un seguimiento específico a esa primera "generación" para que sea exitosa y abra el camino a los demás, la mesa y las organizaciones que la compongan, no pueden "arreglar" todo lo concerniente a su situación, por razones de tiempo, de recurso y por no caer en el asistencialismo y el paternalismo. (Minuta del 4 de julio de 2006)

Algunos enlaces insistían en proporcionar apoyo económico, de acuerdo con un estudio que determinaba cuál era el costo de vivir y estudiar en la ciudad para los jóvenes provenientes de comunidades de la sierra. Suministrar el total de ese importe no era posible aunque había pocos becarios. La opinión mayoritaria coincidió en que la suma de apoyos en becas económicas, académicas y alimenticias era suficiente en términos de equidad; así como en la estrategia de eliminar procesos de dependencia.

Respecto al examen de admisión, algunos pedían eliminar este requisito o diseñar uno especial para los aspirantes indígenas. Sin embargo, desde el primer grupo propuesto han presentado esta evaluación. El rector de la UACH decidió que debían presentarse al examen del CENEVAL, como todos los aspirantes. En el caso de la ULSA, también. Y en la Escuela de Antropología debían cursar el propedéutico y aprobar la evaluación.

Algunos docentes de la UACH argumentaban que los aspirantes indígenas no presentaban examen para ingresar y eso era injusto. Esto era una falacia, pues todos los estudiantes apoyados por este programa deben presentar el examen de admisión.

En la actualidad es una discusión superada. Los solicitantes indígenas presentan el examen de admisión, sin objeciones o propuestas en contrario.

El promedio mínimo y la constancia de no adeudo de materias del bachillerato, establecidos como requisito en la convocatoria para nuevo ingreso, también fueron temas de discusión, pues algunos enlaces insistían en aceptar a solicitantes con promedios que apenas rebasaban el seis, incluso, con materias reprobadas.

En el caso del promedio, la representante de la ULSA ante el PUI fue quien más insistió en exigir su cumplimiento en la etapa de recepción y selección de solicitudes.

> La tercera generación fue catastrófica, de nueve que llegaron quedaron dos, la verdad es que fue terrible ver cómo se iban; posteriormente, entre las personas que conformábamos el Programa, analizamos poner más restricciones; fui muy in-

> sistente con que los jóvenes tuvieran un promedio mínimo de ocho, porque notamos que nos estaban llegando de la sierra con promedios de siete o seis, lo que equivale a un cinco para escuelas de la ciudad de Chihuahua. Obviamente, se enfrentaban a los primeros exámenes y se frustraban al darse cuenta de que no sabían nada, a pesar de que habíamos implementado las tutorías académicas, pero muchos de ellos no saben solicitarlas o lo hacen muy tarde. (Vázquez, 2022, p. 25)

Por lo que hace a la constancia de no adeudo de materias, en la reunión realizada en el 2009 para revisar las solicitudes de apoyo, dos enlaces institucionales insistieron en aceptar a solicitantes que no contaban con la constancia de estudios sin materias reprobadas, aunque fuera en contra de la convocatoria. Hubo un fuerte intercambio de argumentos con el coordinador, pero al final impusieron su punto de vista, arguyendo que "el coordinador no es nadie para cortar los sueños de los jóvenes aspirantes". Durante el curso de preparación para el examen de admisión, en servicios escolares de la UACH notaron que había cuatro estudiantes con materias reprobadas en el bachillerato, por lo que mostraron descontento al incumplir con los requisitos de la convocatoria. No obstante, bajo la promesa de aprobar sus exámenes extraordinarios pendientes, dichos estudiantes continuaron con el curso, presentaron el examen, fueron inscritos y, una vez vencido el período para presentar el certificado de bachillerato, fueron dados de baja, pues continuaban reprobados. Con esta experiencia, en adelante no volvieron a presentarse más casos.

Asimismo, fue impulsada la idea de implementar un semestre cero, pero no tuvo eco ni en las autoridades universitarias ni entre los estudiantes apoyados, quienes lo consideraban como tiempo perdido.

También el seguimiento consideraba entre sus componentes el regreso de los egresados a sus comunidades para retribuir los apoyos recibidos. El coordinador Jean-Baptiste Cousin, en la entrevista contenida en el capítulo II, lo formulaba así:

> El otro debate era determinar si después de sus estudios regresaban o no regresaban a sus comunidades; porque apostábamos a tener médicos, enfermeras, ingenieros, etcétera, que apoyaran el desarrollo de sus lugares de origen, entonces, una de las preguntas que tuvimos fue si el hecho de que nosotros los ayudáramos les crearía un compromiso hacia sus colectivos. Al principio creo que la mayoría de los representantes de instituciones, tal vez con un poco de paternalismo, pensaban que de alguna manera los estudiantes tenían que devolver algo a sus comunidades.
>
> Yo apoyaba mucho el decir que ellos están libres; sí, nosotros podemos hacer un trabajo con ellos de concientización, pero su proyecto de vida será dentro o fuera de la comunidad; ahí hay una incógnita que no podemos controlar, y hay que dejarlos libres en ese sentido.

En la opinión de la representante de la Fundación Llaguno:

> La experiencia nos dice que los chavos no van a volver a su comunidad, menos si estudiaron ingeniería aeroespacial o mecatrónica; pero no necesariamente el alumno egresado de mecatrónica tiene que regresar a vivir de manera permanente en su comunidad para ayudarles.
>
> Estar en contacto con su comunidad, conocer sus necesidades y poder aportar, a lo mejor de manera remota, algo, lo que sea: información de becas, de derechos humanos, de situaciones agrícolas, de defensa de territorio, igual puede ser a la distancia; creo que con eso nos deberíamos dar por bien servidos. (Vázquez, 2022, p. 23)

Por otra parte, algunos enlaces de instituciones insistían en que regresaran a sus comunidades al terminar sus estudios. Entre otros planteamientos, una representante institucional hacía el siguiente: "El coordinador debe promover e insistir en que vuelvan a sus comunidades". A la pregunta de qué harían en una comunidad donde no hay fuentes de empleo, respondía que los egresados de ingeniería podrían construir aulas para escuelas o puentes que ayudaran a cruzar los arroyos crecidos. Por supuesto, el problema es que los recién egresados no tienen los recursos económicos para emprender tales obras de construcción.

En resumen, no es posible su cumplimiento porque choca con la idea de limitar el proyecto de vida de los egresados y las egresadas, así como la ausencia de fuentes de empleo y la gravedad de la violencia generada por la delincuencia organizada. Aunque se cumple de manera parcial con algunos profesionistas laborando en instituciones de

gobierno y sociedad civil que operan programas y proyectos en la sierra.

Tutoría

La UACH atendió el compromiso de priorizar la asignación de tutores, a través de su programa institucional de tutoría operado desde la Dirección Académica. En el inicio no todos los estudiantes tuvieron un tutor asignado debido a algunas inercias institucionales, sin embargo, con el paso del tiempo fue mejorando la atención para atender las deficiencias académicas, las carencias económicas y la atención psicológica.

También en la ULSA fue proporcionado el servicio de tutoría:

> Desde el inicio quedó establecido que se otorgarían diez becas completas anuales, puesto que así son nuestros programas. A los diez jóvenes que llegaron en la primera generación les asignamos un tutor, no tanto para cuestiones académicas, sino para apoyo emocional y orientación, así como cubrir algunas necesidades personales. Esta estrategia no funcionó porque los tutores eran personas con otras cargas de trabajo y tampoco había suficiente personal para atender a todos los estudiantes que esperábamos en un futuro; además, los muchachos indígenas si no te tienen confianza no se abren, si no saben que los vas a apoyar no se van a acercar a ti, por lo tanto no funcionó y nada más duró ese primer año.
>
> (…) La situación emocional de los jóvenes también nos preocupaba, por el impacto que tiene en ellos llegar de pequeñas comunidades a la ciu-

> dad, generalmente sin familia, sin conocer a nadie, la verdad, es un impacto cultural y emocional muy fuerte. No teníamos departamento psicológico, a partir de este hecho, se implementó un programa psicológico, que después se abrió para toda la comunidad estudiantil. No ha funcionado como lo planeamos porque no quieren ir con el psicólogo y no se les puede obligar; obligado, nada. Sin embargo, a todos los que han asistido les ha funcionado y han salido adelante. (Vázquez, 2022, p. 25-26)

Por otra parte, el responsable del PAEI y el coordinador del PUI eran invitados al diplomado de tutoría de la UACH, para incluir información sobre las condiciones académicas, culturales y socioeconómicas de los estudiantes indígenas.

Esta participación era insuficiente, por lo que en el Foro Intercultural de Tutoría llevado a cabo el 7 de mayo de 2015 en el Auditorio del Instituto Confucio fueron expuestas las necesidades particulares de los estudiantes indígenas.

En el 2018, con iniciativa de las titulares del Departamento de Planeación e Innovación Educativa, Aidé Parra, y de la Unidad de Tutorías, Paola Argüelles, dependientes de la Dirección Académica, el contenido del diplomado de tutoría incorporó un enfoque inclusivo para garantizar que todos los estudiantes indígenas contaran con un tutor formado en las temáticas de inclusión y atención a la diversidad, y de la gestión intercultural en las aulas universitarias.

La actualización al diplomado fue bien recibida por los docentes tutores. La tutora de un estudiante ralámuli hablante de su lengua materna, expresaba así su experiencia:

> Recuerdo a un chico proveniente de la sierra al cual le di la clase de biomecánica de quinto semestre; me llamaba mucho la atención porque siempre fue una persona retraída, no se veía que socializara mucho, a diferencia de sus compañeros.
>
> Sé que los estudiantes indígenas vienen con carencias de tecnología y rezago social, de cierta manera por eso lo veía más rezagado que el resto del salón; en las exposiciones, temeroso de hablar, no se paraba al frente, no hablaba mucho, pero me llevé una sorpresa cuando encargué el trabajo final, para lo cual tenían que utilizar un *software* y evidenciar la técnica de algún deporte de manera digital. Les comenté que para ese trabajo cada quien lo hiciera del deporte que quisiera.
>
> Este chico, llamado Esteban, decidió evaluar a un corredor ralámuli y su trabajo todavía lo pongo como ejemplo. Grabó un video de él mismo corriendo y utilizó un video de *Youtube* donde está corriendo el papá de Lorena Ramírez para hacer una comparación en la técnica de correr de ambos, ese fue su trabajo final, un gran trabajo; como conclusión, comentó que le había ayudado para ver sus errores y con ello corregir su técnica y mejorar sus tiempos en las carreras. (Vázquez, 2022, p. 51)

Como crítica sobre la prestación del servicio de tutoría, podemos advertir que algunos de los tutores consideran esta actividad solo como una carga más de trabajo.

En los primeros años era común el nombramiento tardío: "Los dos primeros semestres no tuvimos tutor,

hasta el tercer semestre nos asignaron a Carolina Zubias, la cual siempre estuvo al pendiente de apoyar nuestras necesidades" (Vázquez, 2022, p. 58).

En otros casos era insuficiente la atención: "Tuve una tutora a la que vi en escasas ocasiones, finalmente fue el director el que firmó como mi tutor para un trámite que necesité al finalizar la universidad" (recogido en este mismo volumen, en el testimonio titulado "Raíces de mi vida").

Cursos y talleres extracurriculares

Estas actividades fueron diseñadas para apoyar el desempeño académico, así como facilitar la convivencia y la creación de lazos de solidaridad entre los estudiantes.

A lo largo de la existencia del programa se han realizado algunos foros, encuentros y conferencias sobre temas de identidad étnica e interculturalidad. Asimismo, se ha llevado a cabo una posada cada fin de año, de manera ininterrumpida desde el 2006 hasta la actualidad, excepto en la pandemia de la COVID-19.

Las temáticas de los talleres y cursos han versado sobre cerámica, talabartería, *Microsoft Office* básico, desarrollo humano y liderazgo, expresión oral, oratoria, autoestima, sexualidad, diseño de página web, proyecto de vida, inglés para inscritos, egresados y posgrado —en Lingua Franca, en la Esquina Benjamín Franklin ubicada en la Mediateca Municipal, y de manera virtual por el Consulado de Estados Unidos en Ciudad Juárez, con apoyo de Brian M. Straight, cónsul de Prensa y Cultura, y Juan Pablo Santana, de Asuntos Culturales y Académicos.

Egreso

Los apoyos para egresados están centrados principalmente en actividades relacionadas con la continuación en estudios de posgrado y empleo, así como la estimulación de redes de apoyo solidario. Cada vez hay un mayor interés por cursar estudios de posgrado y algunos estudiantes lo están haciendo por cuenta propia.

Apoyo para estudios de posgrado

La UACH empezó a becar a estudiantes indígenas para realizar programas de posgrado dentro de la misma universidad a partir del año 2015, con la estudiante de ingeniería Abril Martínez Reyes. Ese mismo año, la universidad participó en el Programa de Incorporación de Mujeres Indígenas a Posgrados para el Fortalecimiento Regional, a través de la Dirección de Investigación y Posgrado. La encargada del seguimiento, Bertha Casillas García, intervino en tres convocatorias en las que postularon a veintiún mujeres indígenas de las etnias ralámuli (dieciséis), ódami (tres), mixteca (una) y chatina (una).

Como parte del programa estaba previsto un curso de regularización de tres meses y uno intensivo de inglés durante un mes, convenido con la Universidad de Thompson Rivers, en la ciudad de Kamloops, Columbia Británica, Canadá. Para cumplir con esta actividad fueron realizados dos viajes. En el primero participaron las estudiantes de la primera convocatoria: Sandra Yaneth Aguirre Bustillos, Ana Gabriela Solís Sánchez, Bertha Alicia Carrillo Castro, Rocío Janeth Palma Rubio, Isela Ivón Palma Rubio, y las de la segunda: Izmenne Jackeline Vázquez Mendoza,

Pilar Chaparro Barro, Graciela Chaparro Barro y Mariela Vázquez Tobón (tres de las integrantes de este grupo cuentan en la actualidad con estudios de doctorado). En el siguiente: Alondra Arisbeth Acosta González, Diana Margarita Peña Cruz, Brenda Berenice Navarrete Ochoa, Karen Alexandra Salazar Chávez, Martha Guadalupe Lazos Vega, María Elena Ruelas Hernández y Lucía Elena Rubio Rodríguez.

Después la UACH dejó de participar en esa convocatoria, por aparentes desacuerdos de normatividad administrativa, y solo permanece el apoyo para programas de posgrado dentro de la misma universidad.

Una de las estudiantes apoyadas por la primera generación de maestría, continuó con un programa de doctorado que recién concluyó:

> Mi experiencia en el doctorado ha sido un camino de aprendizaje profundo y transformador, aunque también desafiante.
>
> Elementos complejos han marcado esta etapa, lo que incluye, un aprendizaje intensivo porque implica volverse un experto en un tema específico. También requiere de la capacidad de contribuir con nuevo conocimiento al campo e investigación independiente, ya que desarrolla habilidades para identificar problemas, formular hipótesis, diseñar experimentos y métodos de análisis, y defender los resultados; es un proceso que fomenta la autonomía y la creatividad.
>
> Además, me ha permitido generar relaciones académicas con asesores, colegas y otros in-

vestigadores en conferencias, que puede ser tanto inspirador como desafiante, ya que incluye recibir críticas constructivas y colaboraciones.

He aprendido a gestionar el tiempo y ser resiliente, porque tengo que manejar plazos, equilibrar vida personal, académica y laboral. También los desafíos emocionales, ya que se viven momentos de frustración, aislamiento o síndrome del impostor. Sin embargo, lo más bonito de esta etapa es que hay grandes satisfacciones al ver avances y logros. Mirando hacia atrás, pienso: ¿En qué momento hice todo esto? (Bertha Alicia Carrillo Castro, entrevistada en noviembre de 2025)

Apoyo para el empleo

Las instituciones que integran la Red-PUI emplean o promueven a los egresados en otras instituciones, sin embargo, no es suficiente, pues las condiciones adversas no cesan al contar con un título universitario:

> Las jóvenes y los jóvenes indígenas, a pesar de contar con leyes que protegen su derecho al acceso a la educación universitaria, acciones afirmativas (acceso por equidad, becas y apoyos económicos) y con ello, poseer un título profesional, experimentan mayores complicaciones para adquirir un empleo bien remunerado y con derechos laborales. Es así que, a pesar de poseer los conocimientos técnicos (objetivos) necesarios para desempeñar alguna profesión, se enfrentan a una desvalorización de su fuerza de trabajo como pro-

> fesionistas, a causa de una falta de capital social (ausencia de redes sociales exógenas a las redes familiares), y capital político (o capital simbólico, según Bourdieu, en Giménez, 1997) que dé pertinencia, reconocimiento, autoridad, prestigio, inteligencia, notoriedad y crédito al resto de los capitales adquiridos en el ámbito escolar; en este sentido, se presenta una descapitalización política (Reguillo, 2010), la cual se define como la dificultad de convertir la posición social en reconocimiento del "otro". (Salas, 2017, p. 11)

De acuerdo con el testimonio de la responsable del seguimiento de estudiantes indígenas en la Universidad La Salle:

> El tema del empleo es otro reto: hay empresas que se quieren abrir a contratar indígenas, pero les falta entender la cultura, pues los quieren con todas las condiciones de alguien de la ciudad; sin embargo, no se le puede exigir lo mismo a un chavo indígena por su condición económica, cultural y emocional, que a alguien de la ciudad; por ejemplo, piden a alguien con altas calificaciones y no lo hay, entonces les mandamos candidatos que obviamente no les gustan, y no los contratan. Por lo tanto, es momento de que las empresas aprendan de su cultura, que al final de cuentas cuando el chavo se siente a gusto, identificado y en un lugar cómodo, va a salir adelante, va hacer la chamba y la va hacer bien, va a ser cumplido y a veces más que los de la ciudad. (Vázquez, 2022, p. 28)

En entrevista a una tutora de la UACH queda patente el bajo aprecio por los profesionistas indígenas:

> A la pregunta ¿Los docentes universitarios requieren de formación, actualización o capacitación para atender a estas personas surgidas de alguna etnia de la región o del país? Respuesta: Sí. Por ejemplo, a mí me sirvió mucho haber tomado el diplomado en tutorías porque en el contenido se aborda este tema. Es necesario ser empático con esas personas, pues ellos, como indígenas, no es lo mismo, no son bien aceptados por los pacientes. En odontología se da el servicio a pacientes que prefieren a gente que no sea indígena. Pues existe este tipo de segregación. No es lo mismo.
>
> (Mancera-Valencia, Herrera y Vázquez, 2025, p. 135) (El subrayado es propio)

De acuerdo con una encuesta sobre empleo aplicada en 2021 a profesionistas indígenas que fueron apoyados por la Red del PUI, 46% trabajaban en gobierno, 37% en la iniciativa privada, 8% en organizaciones de la sociedad civil y el 9% se autoempleaba (Vázquez, 2022, p. 8).

Los profesionistas hablantes de una lengua indígena (HLI) tienen relativa facilidad para desempeñarse como traductores e intérpretes, sin embargo, existe la práctica institucional de no retribuir estos servicios, pues consideran que es un favor hacia las personas de su etnia. Existen algunas experiencias para profesionalizar esta actividad organizadas desde instituciones de gobierno y la sociedad civil, que por desgracia no han podido cristalizar en una normativa que establezca criterios claros para retribuir esta importante labor.

Financiamiento Christensen Fund

En el año 2007, dentro de la mesa de educación, surgió la propuesta de solicitar financiamiento al Fondo Christensen para apoyar la operación del proyecto de estudiantes universitarios indígenas:

> En un momento dado, el PIAI dejó de ser totalmente financiado por FECHAC; un compañero que estaba en la mesa ambiental, nos comentó que había una organización en Estados Unidos que le apoyaba, y era flexible para conseguir recursos, fue como entramos en contacto con Christensen Fund y se le presentó el proyecto del PIAI; una parte empezó a financiarla, la otra, FECHAC. Más adelante surgió el proyecto del PUI, se los presentamos y aceptaron apoyarnos. (Vázquez, 2022, p. 13)

Podemos distinguir tres etapas de desarrollo: la inicial caracterizada por el manejo de recursos propios, la intermedia por la subvención de Christensen Fund, y la última por operar solo con recursos de las instituciones integrantes.

La primera subvención fue otorgada para el período del 1 de abril de 2008 al 31 de marzo de 2010. El coordinador y la asistente fueron contratados por la FECHAC, como administradora de los recursos otorgados al PUI, ya que este programa carece de personalidad jurídica.

Los recursos recibidos del Fondo Christensen, desde la primera hasta la última subvención, eran administrados por alguna de las instituciones integrantes del PUI siguiendo

las normativas internas respectivas. El coordinador no tenía acceso directo al financiamiento del fondo: tenía que solicitar las erogaciones a la institución firmante del convenio.

El coordinador tenía la obligación de presentar los informes intermedios y finales en los tiempos acordados, mediante la elaboración de un informe narrativo donde se detallaban las acciones, estrategias y resultados, al cual sumaban el informe financiero de la organización administradora.

En el primer período, los apoyos económicos destinados a los estudiantes eran entregados por la Fundación Llaguno como intermediaria, previa transferencia de los mismos por la FECHAC, porque de acuerdo con sus estatutos no podía hacerlo de manera directa.

La segunda subvención correspondiente al período de 2010 a 2011 fue administrada por la FTJALL.

Del 1 de agosto de 2012 al 31 de julio de 2013 el financiamiento fue administrado por la FECHAC, debido a un conflicto entre el PUI y la Fundación Llaguno generado por el manejo de los recursos de la subvención: esta última ingresó una propuesta de manejo del financiamiento de Christensen de manera independiente al colectivo, que participaría solo como un "consejo consultivo" sin poder de decisión; no obstante, el acuerdo al interior del PUI solo consistía en la representación ante Christensen Fund.

De manera "salomónica", Laura Monti, del Fondo Christensen, decidió que el recurso asignado al pago de becas lo manejara en adelante la FTJALL de manera independiente del PUI, y la parte asignada al pago de la coordinación y actividades de capacitación continuara a disposición del colectivo.

La separación de la FTJALL solo fue por unos cuantos meses, en cuanto arribó la nueva directora, Carmela Pírez Carbó, solicitó una reunión para comunicar su decisión de continuar en el programa. Su propuesta fue aceptada, sin embargo, en adelante la subvención se mantuvo en los mismos términos de separación.

En el período del 1 de agosto de 2013 hasta el 31 de agosto de 2018, la subvención fue administrada por la UACH, a través de tres convenios con la siguiente periodicidad: 1 de agosto de 2013 a 31 de julio de 2014, 1 de septiembre de 2014 a 31 de agosto de 2016 y 1 de septiembre de 2016 a 31 de agosto de 2018. Esta es considerada la etapa con mayor actividad.

Para continuar con la estrategia de alternar la administración del financiamiento, en el PUI acordaron que la UACH actuara en su representación ante Christensen Fund. La redacción de la propuesta para solicitar la primera subvención estuvo a cargo de Raúl Herrera Ruvalcaba, como responsable de la Unidad de Atención a Estudiantes Indígenas. Por tratarse de un acuerdo formal, la participación del rector Enrique Seáñez Sáenz y del director académico Alejandro Chávez en las pláticas con Christensen fue decisiva para lograr la firma del primer convenio.

A partir del 2014 opera como una red interinstitucional con participación de instituciones de gobierno federal, estatal y sociedad civil: "Somos una red de organizaciones que busca gestionar y facilitar apoyos a estudiantes indígenas para que logren su formación profesional en un contexto intercultural y de retribución social".

Este proceso fue apoyado por el Centro para el Fortalecimiento de la Sociedad Civil (CEFOSC), a través de

sus directoras en ese período, Imelda Borunda Carrillo, Anabelle Prieto y Martha Baca Trespalacios, y sus consultoras Lourdes Pico y Karla Hernández Ochoa.

> Nos comprometimos con Christensen Fund para apoyar el fortalecimiento de las organizaciones que subvencionaba en Chihuahua y que atendían diferentes problemáticas de poblaciones indígenas.
>
> Al Programa Universitario Indígena le apoyamos en la elaboración de su planeación estratégica, imagen institucional y en varios cursos y talleres, mediante los consultores y asesores en diferentes temáticas con que contaba el CEFOSC, y con la vinculación con otras organizaciones civiles que atendíamos en ese momento. (Karla Hernández Ochoa, ex consultora de CEFOSC. Entrevista 9 de septiembre de 2025)

En el análisis FODA, elaborado con apoyo del CEFOSC, destacaban los siguientes aspectos:

Entre las fortalezas estaba la colaboración con organismos federales, estatales y municipales, el reconocimiento de la importancia del proyecto y la experiencia en el área de trabajo, es decir, varios de los enlaces institucionales contaban con una amplia trayectoria en la atención a poblaciones indígenas.

En las oportunidades existía la capacidad de diversificación y crecimiento en la cobertura del programa, así como la prestación de un servicio personalizado: estaba lejos de ser una ventanilla de becas.

Algunas de las debilidades: baja calidad en el ingreso, falta de infraestructura, de personal de apoyo y de difusión.

Y en las amenazas: austeridad en los programas de gobierno y de las universidades, politización de los apoyos y servicios ofrecidos por el programa, y pobreza en las comunidades serranas. Con base en los dos últimos, algunas personas ejercían presión bajo el argumento de que también los estudiantes mestizos requerían de apoyos para acceder a la educación universitaria.

Durante la etapa de pandemia, del 2020 al 2022, el programa operó solo con recursos de las instituciones integrantes. La contingencia provocó algunos cambios para adecuarse a la atención sin reuniones. También decayó el interés institucional. Algunos estudiantes externaron su intención de abandonar temporalmente hasta que se restablecieran las clases presenciales. Fueron pocos los casos de abandono; aunque con muchos problemas de conexión, la mayoría continuó durante este período.

El proceso de retorno a la normalidad cotidiana ha sido lento. La posada navideña es el único evento masivo que es celebrado desde el inicio del programa hasta la actualidad.

Estadística

No hay estadística confiable sobre estudiantes indígenas cursando estudios de educación superior en Chihuahua. En el encuentro Nuestra es la Voz, llevado a cabo en el 2005, un joven le recriminó a las autoridades de la UACH que manifestaran orgullo al decir que tenían ocho estudiantes indígenas (Vázquez, 2022, p. 11), pero este dato contradice el escrito de la mesa del PIAI al director académico de la UACH, Alfredo de la Torre, en el que le solicitaban destinar "un porcentaje de plazas por facultad a estudiantes indígenas que demuestren tener la capacidad, vocación y motivación requeridas". Dicho escrito inicia así: "Distinguido doctor, sabemos de su buena disposición hacia los Pueblos Indígenas del Estado; también tenemos información de que actualmente más de cincuenta indígenas están estudiando en algunas de las facultades de la UACH" (escrito sin fecha que corresponde al 23 de enero de 2006). No referencian alguna fuente de información; no obstante, es creíble que fueran más de ocho, mas no hay certeza porque no existía un seguimiento específico por adscripción étnica.

En consecuencia, son incorrectas las publicaciones actuales que consignan: "Primera mujer tarahumara egresada de Enfermería", "primer egresado del Tecnológico de Chihuahua de origen ódame", "primer tarahumara con posgrado", etcétera.

El siguiente cuadro integra a los trece egresados del primer grupo apoyado por el PUI en 2006.

Cuadro III-4. Egresados de la primera generación

Nombre	Carrera
1. María Concepción Aguirre Bustillos	Educación Física (UACH)
2. José Carlos Batista Villalobos	LAE (UACH)
3. Margarita Salas Osorio	Enfermería (UACH)
4. Moncerrat Elizabeth Torres Requejo	Minas y Metalurgia (UACH)
5. Juan Carlos Durán Ramos	Ingeniería Civil (UACH)
6. Luis Ángel Flores Amaya	Ingeniería Civil (UACH)
7. Luis Daniel Ramos Torres	Ingeniería Civil (UACH)
8. Antonio Chaparro Chaparro	Cirujano dentista (UACH)
9. Yamel Antonia Luna Olivas	Cirujana dentista (UACH)
10. Héctor Nahúm Segura Palma	Ecología (UACH)
11. Lizania Janeth Torres Requejo	Ecología (UACH)
12. Ismael Ferranez Vázquez	Derecho (URN)
13. Edgar Noé Viniegra Hernández	Ingeniería Industrial (ITCH II)

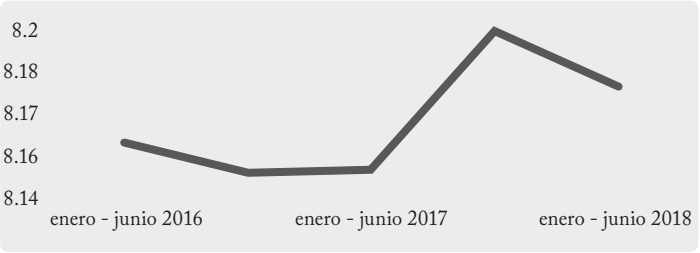
Fuente: Elaboración propia con datos del archivo del PUI.

Desde los inicios del proyecto ha existido una crítica constante sobre el supuesto bajo desempeño académico de los estudiantes indígenas, lo cierto es que un promedio generalizado de 8.0 se ha mantenido con el tiempo, excepto en los inicios del programa.

De acuerdo con el reporte anual de 2009 presentado al Fondo Christensen: "Se finalizó el ciclo escolar 2008-2009 con 78 estudiantes, 40 hombres y 38 mujeres, con un promedio general de 7.5, igual al reportado en diciembre de 2008" (el ciclo comprende de agosto de 2008 a junio de 2009).

Más adelante mejoró este indicador. Como ejemplo, el siguiente gráfico muestra cinco semestres, entre enero de 2016 y junio de 2018, con los promedios solicitados al final de cada semestre a los estudiantes apoyados por el programa, sin importar la IES en la que estuvieran inscritos (en la actualidad la UACH, a través de la Unidad de Atención al Estudiante Vulnerable, UAEV, reporta un promedio general de 8.53 en sus estudiantes indígenas inscritos a partir del segundo semestre).

Grafíca 2. Promedio general



Fuente: Elaboración propia con datos del archivo del PUI.

Es prudente mencionar que, de acuerdo con la lista de becarios propuestos por el PUI al PRONABES en 2009 (sesenta y dos de la UACH, una en la UTCH y otra en el ITCH II), tenían un promedio general de 7.7, tal vez debido a la postulación de los de mayor necesidad económica, algunos de ellos con empleos que les restaban tiempo de estudio.

Sin embargo, cabe hacer las siguientes precisiones: de cinco estudiantes reportados en esta lista con promedio de 7.0 y menos, tres causaron baja y dos concluyeron. De esta misma relación, una estudiante con 7.3 terminó la licenciatu-

ra, cursó una maestría becada por el CONACYT, y realizó un viaje a Canadá, apoyada por esta institución y la UACH, para asistir a un curso de inglés. Otra de ellas, con 7.4, recién concluyó sus estudios de Doctorado en Enfermería, con lo cual forma parte de la primera generación de ese posgrado en la UACH; tanto en la maestría como el doctorado fue becaria del CONACYT y también realizó el curso de inglés en Canadá (cabe aclarar que finalizaron la licenciatura con el promedio necesario para postularse a un posgrado CONACYT).

En el período de 2006 a 2019 fueron apoyados 862 estudiantes indígenas para ingresar a una IES en Chihuahua.

El Cuadro III-5, elaborado con datos de diciembre de 2019, muestra la cantidad de egresados indígenas apoyados por el PUI, agrupados por área de conocimiento y promedio final sin distinción de la IES de egreso.

Cuadro III-5. Egresados a diciembre de 2019

Área de estudio	Egreso (M-H)	Promedio
Agropecuarias	87 (49-38)	8.24
Salud	97 (69-28)	8.37
Administrativas	52 (34-18)	8.40
Humanidades	43 (35-8)	8.41
Ingeniería	43 (13-30)	8.21
Total	322 (200-122)	8.32

Fuente: Elaboración propia con datos del archivo del PUI.

Nota. Estadística actualizada al 2026. Solo se muestran las de la UACH y la ULSA porque son las que continuaron en la red del PUI después de la pandemia.

La Universidad Autónoma de Chihuahua, a través de la Unidad de Atención a Estudiantes Vulnerables, y la Universidad La Salle reportaron los siguientes datos cuantitativos en el mes de abril de 2026:

Cuadro III-6. Ingreso-Egreso UACH, ULSA (2026)

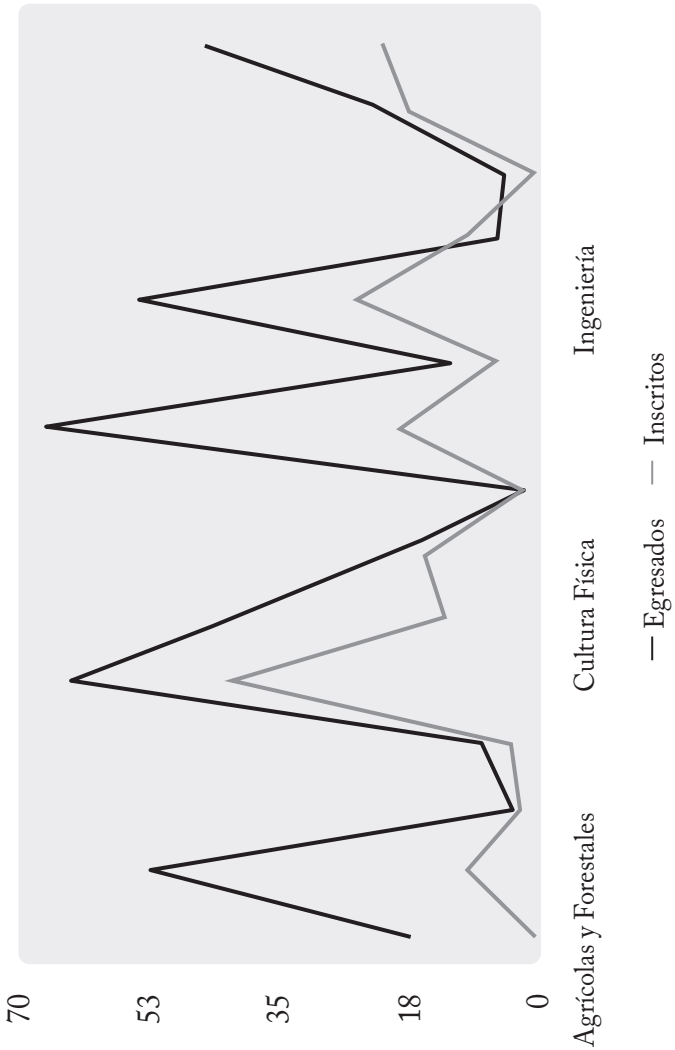
IES	Inscritos (M-H)	Egresados (M-H)	Registro histórico
UACH	190 (135-55)	417 (246-171)	1508
ULSA	29 (16-13)	46 (33-13)	152
Total	219 (151-68)	463 (279-184)	1660

Fuente: Elaboración propia con datos de la UAEV (UACH) y la ULSA.

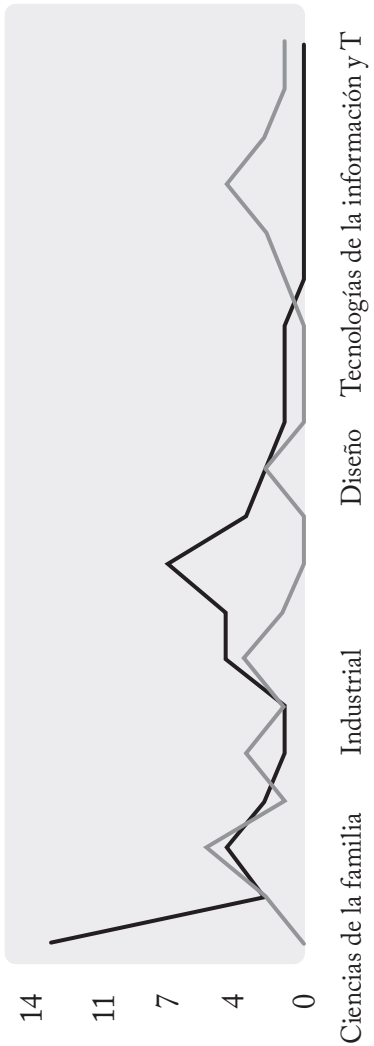
Nota. El registro histórico de la UACH parte desde 2006 y el de la ULSA de 2008, correspondiendo con la fecha de integración al PUI.

Es notoria una marcada feminización de la matrícula, en la que es necesario profundizar para conocer sus causas. En las Gráficas 3 y 4 se muestran los egresados al 2026 y los actuales inscritos a partir del primer semestre, en la UACH desglosados por facultad y en la ULSA por licenciatura.

Gráfica 3. Egresados e inscritos UACH 2026



Gráfica 4. Egresados e inscritos ULSA 2026



Epílogo

Toda marcha se proyecta en al menos tres dimensiones del tiempo: primero la soñamos, luego la hacemos y, finalmente, la recordamos y la contamos.

David Le Breton
Caminar la vida. La interminable geografía del caminante (2022)

El Programa Universitario Indígena se ha construido a lo largo de casi veinte años, indudablemente con el esfuerzo de cuantiosas personas, pero también da cuenta de un camino recorrido: estas narraciones de vida intentan transmitir las variadas apreciaciones, posiciones y experiencias de cómo se transitó ese camino. Su característica principal es la no linealidad, no es plano, más que nada zigzagueante y con bifurcaciones, con sinuosas subidas y bajadas, escarpados cañones. En ocasiones, sus angostas brechas y senderos conducen por una caminata que se habrá de sortear en soledad y silencio. Atreverse a transitarlo pone a prueba la capacidad de resistencia y perseverancia de quienes lo caminan. Todo esto, en un primer momento, lo acuerpan y viven las y los estudiantes, como mujeres y hombres indígenas en una universidad, si bien les plantea retos académicos, además de confrontar ambientes desconocidos y hostiles, y donde se saben "lo otro", "lo no blanco", cuerpos racializados con prácticas culturales y saberes tradicionales, que han sido devaluados y tildados como

algo menor y subordinado a un conocimiento occidental denominado como racional y científico. Ahí radica la importancia de la presencia del estudiantado indígena en las aulas de educación superior, ya que provoca una fisura que posibilita una real convergencia de conocimientos y saberes humanos. Lo convierten en un espacio más universal y cosmopolita.

Este documento constituye un crisol de memorias que dan testimonio de un momento histórico único, en el que por fin vemos florecer lo que las luchas sociales indígenas sembraron con sudor y sangre para estas generaciones. Atestiguamos, así, la reivindicación de los derechos que el colonialismo les arrebató y hurtó durante siglos, con sus prácticas soterradas y evidentes de exterminio corporal y cultural, además de la homogeneización e integracionismo nacional. No obstante, el derecho para acceder a la educación universitaria es tan solo un primer paso. Ejercer y disfrutar el camino de ese derecho ha sido el axioma del PUI y de sus múltiples estrategias aquí recopiladas. Sin olvidar el tan importante factor de los actos voluntariosos, así como las ideas y propuestas materializadas por las personas enlaces de la Universidad Autónoma de Chihuahua, la Universidad La Salle y de las dependencias de gobierno estatal y nacional, así como organizaciones civiles y empresas que a lo largo del tiempo han participado en el PUI.

Las y los jóvenes indígenas, en compañía de sus familias, emprenden el camino universitario en medio de situaciones de precariedad económica y de persistentes prácticas sociales racistas y discriminatorias; no obstante, persiguen su sueño con una actitud férrea. La Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica 2023, realizada por

el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), reporta respecto al acceso a la educación superior para población indígena que solo el 6.4% de hombres y 5.1% de mujeres han alcanzado ese nivel de escolaridad.

Este programa, indudablemente, es el principio de algo que crece y se transforma, deviene en conjunto *con* las vidas de las y los jóvenes indígenas trastocados por la experiencia universitaria. Ante este hecho, resulta inevitable la mutación, que es recíproca. Aún nos falta por escribir y atestiguar el crecimiento del PUI, que se distingue como una política para la igualdad sustantiva: con su quehacer interinstitucional fortalece el ejercicio del derecho a la educación universitaria para la población indígena. La sinergia y colaboración con otras organizaciones con intereses similares han jugado un papel destacado para la consecución de metas ante un panorama político y económico adverso, como lo fue la COVID-19 en el 2020, marcando un antes y un después en el Programa Universitario Indígena.

Desde el 2025 se incorporó la organización Uno de Siete Migrando, A.C., con su programa *Benéame Betélachi*, abriendo sus instalaciones como un espacio seguro para que estudiantes indígenas cuenten con un hospedaje digno y alimentación diaria, además de acompañamiento y orientación, así como atención a la salud física y mental.

De igual manera, se trabajará en conjunto con organizaciones y fundaciones para vincular a egresados y egresadas indígenas con empresas locales para que accedan a un primer empleo y puedan realizar sus prácticas profesionales.

Un importante indicador para el Programa Universitario Indígena consiste en incrementar el índice de termina-

ción y de titulación, el cual se verá estimulado por la divulgación de becas y reuniones informativas. En los siguientes ciclos escolares también se proyecta trabajar en el incremento del índice de personas indígenas egresadas e interesadas en matricularse en los programas de posgrado disponibles, y que además cuenten con la beca de la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación (SECIHTI).

Como se ha mostrado en este breviario, el PUI continúa trabajando como una red constituida por nodos, y que, de a poco, se conforma principalmente por las voluntades de personas diversas, impulsadas por un acto de resistencia ante la barbarie e indiferencia, y que insisten, obstinadamente, en un futuro fundado en la justicia social y la empatía.

Doménica Salas Santos

Posfacio

En el Chihuahua contemporáneo la presencia indígena sigue creciendo no solo en población, sino en acciones públicas que poco a poco se han emprendido para reducir las desigualdades económicas y sociales que, durante muchos años, las políticas indigenistas no atendieron en su justa dimensión. Sin embargo, aún queda un largo camino por recorrer en el análisis y la transformación de la situación de la comunidad indígena.

Con el antecedente del rezago educativo de nivel superior entre los habitantes indígenas del estado de Chihuahua, en el año 2006 surgió un proyecto estatal: el Programa Universitario Indígena (PUI) que se implementó en la ciudad de Chihuahua con el invaluable respaldo de personas pertenecientes a diversas instituciones públicas y privadas, con el objeto de formar profesionales indígenas que apoyaran, entre otras iniciativas, el desarrollo de sus comunidades mediante el análisis y producción del conocimiento de la educación formal, así mismo, la reducción de la marginación y desigualdad, promoviendo su desarrollo profesional, entre muchos otros objetivos igual de importantes, como el diálogo y el respeto intercultural para que actuaran como agentes de cambio respetando sus tradiciones y sus propios saberes culturales.

Para dar cuenta de lo que ha aportado este programa surge esta publicación, en la que se da constancia del trabajo realizado: antecedentes de su formación, articulación de encuentros, diálogos interinstitucionales, testimonios, historias de vida y reflexiones.

Lejos parece ya el año 2006, cuando veinticuatro estudiantes indígenas fueron apoyados para cursar estudios de educación superior en la ciudad de Chihuahua. Aquel hecho, que en su momento pudo parecer apenas un dato estadístico, marcó un precedente histórico: trece de ellos concluyeron sus estudios y conformaron la primera generación de profesionistas indígenas bajo un esfuerzo institucional deliberado. Más que una cifra fue el inicio de una ruta.

En los primeros años del proyecto, uno de los propios estudiantes expresó con claridad una verdad sencilla y contundente: "Somos estudiantes con sueños y aspiraciones que no siempre se pueden realizar por problemas económicos, no tanto de educación". A esa afirmación habría que añadir otros obstáculos igualmente determinantes: la lejanía geográfica que implica trasladarse desde comunidades serranas hasta la capital; la mirada prejuiciada de ciertos sectores de la sociedad chihuahuense, que oscila entre la desconfianza y la condescendencia; la actitud, en ocasiones prepotente, de algunas autoridades que confunden acompañamiento con control, y la persistente idealización del indígena como figura estática, depositaria de una tradición intocable, pero no necesariamente como sujeto contemporáneo capaz de pensar, cuestionar y dirigir.

Existen también barreras menos visibles: la exigencia de adaptarse a códigos culturales no escritos; la presión de representar a "todo un pueblo" en cada intervención; la carga simbólica de ser el primero en la familia en pisar un aula universitaria. Cada una de estas experiencias configura un terreno complejo que va mucho más allá de lo estrictamente académico.

El PUI, planteado a partir de 2005, representó en

este contexto una visión necesaria, profunda y ambiciosa. No se trató únicamente de abrir espacios de acceso, sino de reconocer que la educación superior indígena requería acompañamiento, comprensión intercultural y políticas sostenidas. Con el paso de los años ha sido posible constatar un cambio sustancial en el panorama de la educación superior indígena en el estado: mayor presencia y, sobre todo, visibilidad de trayectorias exitosas que antes parecían excepcionales. A este proceso se suma la diversificación de los campos profesionales, con egresados de carreras como ingeniería en horticultura, administración agrotecnológica, derecho, ciencias de la familia, periodismo, ingeniería civil, ecología, enfermería y medicina, lo que evidencia la amplitud de intereses, capacidades y aportaciones de los estudiantes indígenas en distintos ámbitos del conocimiento y del servicio social.

Tal es el caso de Brenda, de la etnia warijó, originaria de la comunidad de El Frijolar, en el municipio de Uruachi. Desde muy temprana edad enfrentó la pérdida de su padre y, a los 4 años, su madre migró a la ciudad de Chihuahua, dejándola al cuidado de sus abuelos. Más adelante, ya en la ciudad de Chihuahua, ingresó a una casa-hogar, donde concluyó sus estudios de educación primaria y más tarde los de secundaria y preparatoria.

Gracias al acompañamiento y al apoyo económico de las instituciones que conforman el PUI, Brenda ingresó a la Licenciatura de Derecho y logró concluirla. Esta trayectoria le ha permitido integrarse laboralmente en diversas instituciones, como el Instituto Estatal Electoral, donde ha contribuido de manera activa en favor de las comunidades indígenas.

Otro caso digno de mencionar, es el de Bertha, quien combinó sus estudios de enfermería con la maternidad de tres hijos, sin que esto fuera un impedimento para seguir atendiendo sus estudios de licenciatura y posgrado, apoyada por el PUI y un Programa de Incorporación de Mujeres Indígenas a Posgrados. Al darse cuenta sus asesoras de maestría en la Universidad Autónoma de Chihuahua de su gran entusiasmo y capacidad por seguir aprendiendo, la animaron para que estudiara el Doctorado en Enfermería. En la titulación de maestría estableció un precedente al acreditar el español como segunda lengua, y no el idioma inglés, como está reglamentado en la mayoría de las instituciones de educación superior.

Sus historias no son únicamente un ejemplo de superación individual, sino una muestra concreta de cómo las políticas de acompañamiento, cuando son sostenidas y sensibles a los contextos de origen, pueden transformar de manera profunda las posibilidades de vida y de participación social de jóvenes indígenas.

Pero el alcance de este esfuerzo no se limita al acceso individual: implica reconocer que los pueblos originarios no solo pueden beneficiarse de las políticas públicas, sino también diseñarlas, implementarlas y evaluarlas desde su propia visión, enriquecida por el diálogo con la cultura occidental y el conocimiento académico. La interculturalidad no es una concesión, sino un ejercicio de reciprocidad intelectual y ética.

Ante este recorrido surge una pregunta inevitable: ¿Qué más abona el Programa Universitario Indígena para que existan mayores oportunidades para los estudiantes indígenas universitarios? La respuesta no se agota en becas o apoyos económicos, aunque estos sean indispensables.

Supone transformar mentalidades, desmontar prejuicios, fortalecer redes de tutoría, consolidar espacios de acompañamiento psicosocial, promover el respeto institucional y, sobre todo, reconocer a los estudiantes indígenas no como beneficiarios pasivos, sino como actores centrales de su propio proceso formativo y de la transformación social.

En la sierra, la identidad se vive sin necesidad de explicaciones: se es parte de un entramado colectivo donde la palabra, el trabajo y la memoria circulan de generación en generación. En la ciudad, en cambio, la identidad se vuelve consciente, se nombra y, muchas veces, se defiende. Es por ello, que en esta desarrollan una identidad flexible, que pueden incluirse o excluirse de otras adscripciones étnicas según su conveniencia.

Cada aula, cada pasillo universitario, cada calle recorrida se convierten en un espacio de aprendizaje, pero también en un territorio donde se ponen a prueba la dignidad y la pertenencia. Esta experiencia amplía su mirada crítica y le permite cuestionar tanto el mundo urbano como el propio, estableciendo puentes donde antes había fronteras.

A estas dificultades se suman experiencias de discriminación, estigmatización o incomprensión, explícitas o veladas, que obligan a desarrollar una fortaleza interior poco visible. En ese contexto, estudiar una carrera profesional no es solo un proyecto individual, sino un acto de resistencia y afirmación. Es la decisión de ocupar espacios históricamente negados y de demostrar, una y otra vez, que el conocimiento no tiene un solo origen ni una sola forma legítima de expresarse.

La experiencia que da origen a esta obra es testimonio de ese cruce de caminos. No narra una historia de

ruptura, sino de continuidad transformada; no habla de abandono, sino de expansión. En sus páginas se entrelazan la memoria, la experiencia personal y la reflexión, dando cuenta de un proceso donde el aprendizaje académico se acompaña de una profunda reafirmación identitaria.

Esta obra invita al lector a acompañar un trayecto íntimo y valiente, y a reconocer que la educación, cuando se vive desde la identidad, la memoria y la dignidad, puede convertirse en una forma de regreso, de diálogo intercultural y de construcción de futuros posibles. Salir de la Sierra Tarahumara para llegar a la ciudad de Chihuahua no es únicamente un desplazamiento geográfico: es un tránsito interior que transforma de manera profunda la forma de habitar el mundo.

Para un joven ralámuli, o'óba, ódami o warijó, así como de otras etnias del país, que decide emprender el camino de la formación profesional, el viaje implica dejar atrás no solo un territorio físico, sino una manera de entender el tiempo, el silencio, la comunidad y la relación con la naturaleza. Es un paso que exige valentía porque supone caminar hacia lo desconocido sin desprenderse del origen.

La formación profesional redefine también el proyecto de vida. Aparece con fuerza el sentido de responsabilidad hacia la familia y la comunidad de origen, así como el deseo de regresar –física o simbólicamente– con nuevos conocimientos que puedan ser útiles para otros. La educación se convierte entonces en una forma de compromiso colectivo, en una promesa de retribución y en una apuesta por el futuro.

Mónica Sofía Iturbide Robles

Referencias

Archivo PUI. Archivo de la Red Interinstitucional del Programa Universitario Indígena (Red-PUI).

Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (2006). *Percepción de la imagen del indígena en México. Diagnóstico cualitativo y cuantitativo*. CDI.

Embriz, A. (1992). *El Instituto Nacional Indigenista: Cuarenta años de trabajo en la Sierra Tarahumara*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez / Instituto Nacional Indigenista.

González, F. (s.f.). *Boletín Informativo 2010 Comité de Damas Voluntarias de la UACH*.

Instituto Nacional Indigenista (1994). *Instituto Nacional Indigenista 1989-1994*. Artes Gráficas Panorama.

Instituto Nacional Indigenista (1995). *Derechos Indígenas. Lectura comentada del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo*. Multigráfica Cueto Hnos.

Mancera-Valencia, F.; Herrera, R. y Vázquez, J. (2025). *Estudiantes indígenas en la Universidad Autónoma de Chihuahua: Historia y evaluación de programas de apoyo 2006-2024*. Universidad Autónoma de Chihuahua.

Salas, D. (2017). Jóvenes Indígenas en Educación Superior. Un análisis antropológico de la experiencia universitaria. *Acoyauh, Revista del Centro de Investigación y Docencia* 57. https://revista.acoyauh.xyz/ojs/index.php/3/article/view/4/1

Tiven, G. (2005). *Becas académicas: ¿Solo dinero o algo más? Un informe sobre el programa de becas de la Fundación*

Tarahumara José A, Llaguno. Universidad de Yale.
Vázquez, J. (2022). *TAMUJÉ NIWALA JÚ RA'ICHÁ-LA. Memoria colectiva*. Taller de Encuadernación Ari.

Siglas y acrónimos

ANUIES	Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior.
BRT	Sistema de Tránsito Rápido en la ciudad de Chihuahua (*Bowí*).
CBTA	Centro de Bachillerato Tecnológico Agropecuario.
CCI	Centro Coordinador Indigenista.
CDI	Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
CBETIS	Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios.
CECYT	Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos.
CECYTECH	Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Chihuahua.
CENEVAL	Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior.
CET	Coordinación Estatal de la Tarahumara.
CETIS	Centro de Estudios Tecnológicos, Industriales y de Servicios.

CFOSC	Centro para el Fortalecimiento de la Sociedad Civil.
CIDECH	Centro de Información del Estado de Chihuahua.
COEPI	Comisión Estatal de Pueblos Indígenas (anteriormente la Coordinación Estatal de la Tarahumara o Coordinadora de la Tarahumara).
CONACYT	Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (actualmente Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías, de la SECIHTI).
CONAFE	Consejo Nacional de Fomento Educativo.
Convenio 169	Convenio 169 de la OIT sobre pueblos indígenas y tribales.
COPIAI	Comité del Programa Interinstitucional de Atención al Indígena.
DIF	Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia.
EZLN	Ejército Zapatista de Liberación Nacional.
FACIATEC	Facultad de Ciencias Agrotecnológicas.
FECHAC	Fundación del Empresariado Chihuahuense, A.C.
FTJALL	Fundación Tarahumara José A. Llaguno.

HLI	Hablante de lengua indígena.
IES	Instituciones de educación superior.
ICHEA	Instituto Chihuahuense de Educación para los Adultos.
IMSS	Instituto Mexicano del Seguro Social.
INEE	Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación.
INEGI	Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
INI	Instituto Nacional Indigenista.
ITCH	Instituto Tecnológico de Chihuahua.
OIT	Organización Internacional del Trabajo.
ONU	Organización de las Naciones Unidas.
PACES	Prueba de Aptitudes y Competencias para la Educación Superior.
PAEI	Programa de Apoyo a la Educación Indígena.
PIAI	Programa Interinstitucional de Atención al Indígena.
PRONABES	Programa Nacional de Becas para Estudios Superiores.
PUI	Programa Universitario Indígena.
SECIHTI	Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación.
SEGA	Sistema Estratégico de Gestión Académica.
SEP	Secretaría de Educación Pública.

TIMI	Tecnologías y Manejo de la Información.
UACH	Universidad Autónoma de Chihuahua.
UAEV	Unidad de Atención a Estudiantes Vulnerables (del Departamento de Planeación e Innovación Educativa de la Dirección Académica de la UACH).
ULSA	Universidad La Salle.
UNESCO	Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
UNICEF	Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.
URN	Universidad Regional del Norte.



Contenido

Agradecimientos 16

Prólogo 17

Prefacio 23

Introducción 27

I. Cruzar el rubicón 33
Imaginario de dignidad 33
Primera generación 45
Ódami 57
Raíces de mi vida 66
Adversidad 84
Superación ante la inequidad 92
Ra'ichali bi tibí 101
Construyendo una historia propia 115
Hombres de lodo 137
Batopilas 148
Entre culturas 166
Irrupción 183

II. Prelusión 195
Causa 195
Así empezamos 201
Hacer historia 214
Visión de futuro 226
Alianza para la educación 231

III. Evolución 241
Ingreso 243
Permanencia 272
Egreso 294
Financiamiento Christensen Fund 299
Estadística 304

Epílogo 311

Posfacio 315

Referencias 321



Historias de mi ciudad

PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA

Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx

PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA

Este libro se terminó de imprimir en octubre
de 2026 con un tiraje de 300 ejemplares.
Impreso y hecho en México